

TOBIE NATHAN

ESE PAÍS
AL QUE TE
PARECES



13

La historia de un amor prohibido entre dos jóvenes en el Egipto de Faruq, el rey-niño.

El Egipto multicultural y las décadas más convulsas del siglo XX se convierten en el escenario de un amor imposible.

Zohar nace en el gueto judío de El Cairo, de una madre bruja, Esther, y de un padre ciego, Mouty. Zohar le debe la vida a una mujer árabe, Jihane, la de la voz de oro, su ama de cría, que durante cuarenta días amamanta a Zohar y a su propio bebé, una niña llamada Masreya. Quince años más tarde, los hermanos de leche se encuentran por azar y la atracción será inmediata. Se amarán toda la vida en secreto, pues el amor entre hermanos de leche está prohibido. Masreya se convertirá en una famosa bailarina, pretendida por su belleza. Conocerá a muchos hombres, pero su único amor será Zohar. Al mismo tiempo que el lector sigue la historia de los dos amantes, también conoce la convulsa historia del país y un retrato singular de Egipto.

Tobie Nathan

Ese país al que te pareces



Título original: *Ce pays qui te ressemble*

Tobie Nathan, 2015

Traducción: Rosa Alapont, 2017

Revisión: 1.0

27/05/2019

«Contigo. Contigo. El mundo es tan bello contigo...
Me aceptes o me rechaces..., cualquiera que sea la ciudad,
cualquiera que sea el país, dondequiera que vayas,
iré contigo.
Contigo... Contigo... El mundo es tan bello contigo...».

Wayak, Farid el Atrash

«Ven, amado mío,
ven, reúnete conmigo,
mírame, mira el efecto de tu ausencia,
cómo me veo reducida a dialogar con tu fantasma...».

Ya habibi taala, Asmahan;
letra de Farid el Atrash

«Huye, amado mío,
huye como la gacela,
como el tierno cervatillo
que brinca por la montaña de los aromas».

El Cantar de los Cantares

1925

Haret el Yahud

Los egipcios son unos caníbales. Mirad bien un haba, observadla de cerca, veréis cómo se parece a un feto. Desde la Antigüedad, los egipcios son devoradores de habas, devoradores de fetos. Mi madre se llamaba Esther. Debió de comer gran cantidad de fetos antes de quedarse embarazada por fin...

Como todas las mañanas, Esther se había levantado antes de la salida del sol. Había preparado el café a la luz de una vela, un café negro, muy negro, en la kanaka, la pequeña cafetera de mango largo. Después procedió a servir el ful medames. Con la ayuda de un tenedor, chafó las habas cocidas tras verter un chorro de aceite de oliva y añadió trocitos de huevo duro. Acercó el rostro; olía bien esa mañana afortunada. No todos los días podían permitirse habas y huevos para desayunar. Por lo general se limitaban a una simple torta de pan y un cuenco de té casi translúcido. Sin embargo, la víspera había pasado por casa de su tía Maleka, que había insistido en que se las llevara. Esther se había negado, por supuesto... ¡Tampoco eran ningunos mendigos! Por orgullo, claro está, pero no solo por eso..., ¡también por cortesía! Uno no debía aceptar regalos a menos que se viera obligado a hacerlo. El otro tenía que metértelo en el bolsillo, fingir que se enfadaba, jurar que estaba en juego su honor, incluso su vida... «Por amor de Dios, debes coger estas habas; ¡debes hacerlo!». «¡Ni hablar! ¡No las necesitamos!». «¡Por encima de mi cadáver! No saldrás de mi casa sin ellas...». Solo entonces, tras varios intentos y varias

negativas, uno aceptaba a regañadientes. Sofisticación de una cortesía que coloca al pródigo en posición de pedigüeño.

De resultas de tal regateo, había vuelto a casa con una cesta de habas secas, dátiles, café y pasta de albaricoques, golosina que aquí denominamos «el astro de Dios».

No se lo había confesado a Motty, su marido. Se habría puesto furioso, eso seguro. Tal vez habría salido dando un portazo. Ya lo había hecho alguna vez. Y ella tendría que haber ido en su busca a través de las callejuelas del Muski. Cuando salía solo, se volvía loca de preocupación. De manera que había guardado las provisiones con sigilo y esperado a que se durmiera para poner las habas en remojo, y las había cocido al rayar el alba.

Lo dispuso todo en una bandeja y fue a sentarse en el borde del lecho, a la espera de que los aromas de la comida penetraran en el sueño de su marido. Se mantenía muy quieta, con la mirada perdida en el vacío, rememorando la tristeza de la víspera. Por primera vez, Motty había permanecido silencioso toda la velada. Incluso había rodado una lágrima por su mejilla. Ella sabía por qué se preocupaba, y no era nada bueno. Una pareja solo debía su existencia a la alegría, estaba convencida de ello. Y cabe decir que, en los siete años que llevaban casados, les había correspondido su parte.

A sus veintiún años, Esther era toda una mujer. Los senos y las nalgas turgentes bajo el ligero vestido de cotonada, el cabello castaño con llamaradas rojas que le caía suelto sobre los hombros como a una amazona, el rostro franco, los labios lozanos y carnosos, y aquella manera de andar, como si sus pies flotasen varios centímetros por encima del suelo... ¡Ah, sin duda podía despertar el deseo de los hombres! Ahora bien, ella era ajena a eso, pues en lo relativo a los hombres, Esther solo pensaba en el suyo. En Haret el Yahud, «la callejuela de los judíos», nadie era feliz en su matrimonio. La gente se casaba por el mero hecho de que respiraba, caminaba, comía habas y cebollas y porque tocaba hacerlo. Ellos habían contraído matrimonio como todos los demás, pero habían obtenido el amor como premio, un don de Dios, sin la menor duda.

Por entonces ella tenía catorce años y él el doble. Eran primos, huelga decirlo, pero nunca habían jugado juntos, la diferencia de edad era demasiado grande; ni siquiera habían hablado jamás. Él era guapo. Parecía inmenso con

su galabiya inmaculada, pero era ciego desde la más tierna infancia... Con tres años había sufrido una infección mal curada, como ocurría con frecuencia. Sus ojos eran claros, demasiado claros, dos perlas descoloridas, y fijos. Ella era joven, una gacela; decían que estaba loca desde que, a la edad de cinco años, se cayó de una terraza de un segundo piso. Perdió el conocimiento. La creyeron muerta. Todo el callejón se arremolinó a su alrededor y, mientras la familia se lamentaba ante el cuerpecito inanimado, un perro —sin duda una perra, pero en aquel momento a nadie se le ocurrió comprobarlo— se acercó a lamerla. Transcurrieron varios minutos, la gente estaba estupefacta ante la visión del animal movido por la simpatía. Poco a poco, los dedos de la niña empezaron a temblar, primero la mano derecha, luego la izquierda. El pie derecho tuvo un espasmo. Entonces abrió un ojo y pronunció esta extraña frase: «¡Tiene fuerza!». ¿A qué se refería? Primero pensaron en el perro; lo buscaron, pero había desaparecido, ahuyentado por las piedras que le arrojaban los chiquillos.

—¡Es un milagro! —exclamó Nafussa, la madre de Esther—. «Tiene fuerza»... Es lo que ha dicho, ¿verdad? Hablaba de Dios, que ha venido a reanimarla cuando ya estaba muerta. ¿Acaso no decimos todos los días, en la oración: «Bendito seas, Dios nuestro, que haces revivir a los muertos»?

Las viejas asintieron. Dios había devuelto a la pequeña, que ya estaba de camino hacia el paraíso. No obstante, la tía Maleka, la envidiosa de ojos claros como el jade, se apresuró a proponer otra interpretación:

—«Tiene fuerza»... En efecto, eso es lo que ha dicho. Más bien creo que hablaba de un demonio..., y evidentemente lo ha nombrado en árabe: un afrit..., que se ha introducido en ella durante su ausencia. Cuando uno pierde el conocimiento, pierde asimismo al guardián que vigila en el umbral de su alma. ¿No habéis visto cómo ese perro se ha acercado a olfatearla y lamerla? ¡Ha reconocido a un semejante, ni más ni menos!

—Ni más ni menos... —repitió la madre, burlona—, ni más ni menos... ¡Oh, querida!

Desde aquel día, y a lo largo de casi un año, fue como si Esther se hubiera retirado del mundo. Sentada en la cama, no prestaba atención a nada, ya no aprendía nada, se pasaba las horas meciéndose, pronunciando de vez en cuando frases en una lengua incomprensible. Sin duda, el alma se le había

escapado durante la caída... Preguntaron a Murad, el rabino, quien, habiendo frecuentado algún tiempo la Alianza Israelita Universal, se había atribuido la tarea de erradicar las viejas supersticiones de los mugrientos judíos del gueto.

—Tuvo una conmoción —había zanjado el rabino—, ¡eso es todo! Se trata de un traumatismo...

La palabra los había impresionado: «traumatismo», un término médico que parecía explicarlo todo y que repetían cada vez que el comportamiento de Esther los asustaba. «Chitón..., tiene un traumatismo». Lo pronunciaban «traumatisemo».

—Dejadla en paz —había rezongado Murad en una siguiente visita—, dentro de unas semanas volverá a ser la de antes. El traumatismo es como una herida, una herida en el alma. Se requiere tiempo para que la cicatriz se consolide.

El rabino estaba en lo cierto: Esther acabó por salir de su letargo. Pero también se equivocaba; no fue el tiempo lo que la curó, sino la muerte de su madre, que actuó sobre ella como un nuevo traumatismo. A Sett Nafussa, la atolondrada, se la llevó en pocos días una fiebre tifoidea. (¡Pobrecilla! ¡Que Dios la arroje en su matriz!). Así pues, vieron a la chiquilla salir de su letargo, hacerse cargo de la organización de la casa, ocuparse de sus dos hermanos pequeños, prepararles la comida... Y helo ahí de nuevo tan dinámica como antes, revoloteando de una casa a otra, corriendo por las callejuelas. La familia se mofaba del rabino: «Un traumatisemo se la llevó, otro traumatisemo la ha devuelto. Como dicen en árabe: ¡el espanto cura del espanto!». Y él replicaba encogiéndose de hombros y farfullando para sus adentros: «¿Acaso no es Dios quién ha creado la ciencia? Entonces, ¿por qué os negáis a creer en ella?».

Si bien Esther había regresado definitivamente entre los humanos, se trajo consigo un extraño comportamiento tras su excursión al país de los demonios. Decían de ella que estaba «del revés»; pretendían que el afrit, el diablo formado con el limo del Nilo que había entrado en ella durante su caída, le había dado la vuelta como a un calcetín listo para zurcir. En efecto, su conducta era opuesta a la que cabía esperar en una niña. Blasfemaba como un aguador, desgranando rosarios de palabras soeces, insultando a los adultos en la calle e incluso a los hombres de su familia. Solo se mostraba dulce con los

animales —¡y no con todos!—, en especial con un gatito negro, un minino callejero, escuálido, de pelo ralo y mirada torva, al que ella era la única que se acercaba. De hecho, la tía Maleka, que se había convertido en su tutora tras la muerte de su madre, no cesaba de repetir: «¿Cómo vamos a casar a esta? Una guarrindonga sin educación y medio loca... ¡Tendrá que casarse con su gato!».

Cuando tuvo la primera menstruación, se produjo una nueva crisis. Perdió el conocimiento, y esta vez ningún perro vino a rescatarla del mundo de los muertos. Permaneció ajena a los humanos todo un día y toda una noche. Tan pronto como volvió en sí, se arrastró hasta el lecho y se quedó allí tendida durante un mes, sin poder hablar, ni comer, ni beber, ni siquiera hacer sus necesidades. Una vez más, la creyeron perdida. Llamaron a Murad, el rabino, a su cabecera. «¡Reza tus oraciones para alejar a los diablos!», exigían Maleka, Adina y Tofaha, las tres tías de Esther. Pero el otro se negaba. Qué rabino tan extraño, que no creía en las plegarias milagrosas. ¡Ellas desde luego que sí!... Bueno, no era tanto que creyeran en ellas como que les constaba que dichas plegarias contribuían a mantener el orden en el mundo. En cambio, se habría dicho que él pretendía destruirlo. Insistieron invocando la memoria del viejo rabino muerto de disentería, que tenía la mano bendita. Una mano que utilizaba para curar, pero que también nunca dejaba de deslizar por las nalgas de las muchachas.

—Entebi, el muy cochino, a quien Dios envuelva en su misericordia, habría confeccionado un amuleto...

—¡Sí! Y se lo habría prendido en la ropa...

—Justo en el pecho, en el lugar del corazón. ¡Él era un verdadero rabino!

Murad no quiso iniciar una discusión filosófica en presencia de la chiquilla, pero en fin... Pese a todo poseía unos conocimientos elementales, indiscutibles, tan evidentes, tan auténticos como la existencia de Dios. ¿Acaso aquellas supersticiosas campesinas ignoraban que la religión supone ante todo la lucha contra la idolatría? Pues precisamente eso era lo que le pedían que hiciera, ¡idolatría! Ahora bien, la idea contraria no tardó en pasar por su mente; después de todo, si un simple artificio era susceptible de aliviar el sufrimiento..., ¿por qué negarse a prestar ese servicio? Por lo demás, no le desagradaba la idea de poner a prueba lo que emanaba de él. ¿Tendría la

capacidad para difundir la baraka? ¿Disponía de un ápice de fuerza divina, como el famoso Entebi, su predecesor? No era imposible. Su padre afirmaba que su familia descendía en línea directa de una gran cabalista. «¿Y bien...?», lo apremiaban las mujeres. Así pues, de mal grado pero en aras de la experimentación, acabó por apoyar su libro de oraciones en la frente de Esther al tiempo que farfullaba un salmo. Se trataba de uno de los más largos. Los minutos fueron pasando. Con los ojos cerrados y a media voz, Murad salmodiaba y seguía salmodiando. Se había retirado al interior de sí mismo. ¡Era algo digno de ver! Las tres hermanas colgadas de sus labios, tratando de adivinar las palabras que pronunciaba, y él de pie, serio como un sultán con su caftán negro. De pronto soltó un hipido, y luego un segundo. Y empezó a bostezar. No un breve bostezo sofocado, sino uno grande, inmenso, con la boca desmesuradamente abierta, acompañado de un jadeo. De repente, todos se sobresaltaron. Esther se había sentado con un solo movimiento. Sus tías exclamaron:

—¡Se acabó! Mirad, ¡está curada!

Si se había incorporado de aquel modo, eso significaba que él se había marchado. Se referían al demonio, por supuesto, al afrit. ¿Lo habría expulsado Murad con la fuerza de su plegaria? Es sabido que la baraka rezuma palabras sagradas, aun cuando el rabino que las pronuncia no sea consciente de ello. De manera que las miradas seguían clavadas en él, interrogantes, esperando una confirmación del pequeño milagro local. Murad se frotó los ojos, como si saliera de un sueño. Al reparar en las mujeres que lo observaban, tomó conciencia de que estaba obligado a convertirse en un santo en breves instantes. Imaginó el número de veces que sería convocado a la cabecera de una u otra de aquellas mujeres. Le entró miedo.

—¿De qué sirve todo esto? —empezó.

Y ellas, con ojos como platos, como si se hallasen ante una aparición:

—¿Crees que no sirve de nada librar a una pobre chiquilla inocente de las garras de la muerte? Pero ¿qué clase de rabino estás hecho?

—¿Queréis saber lo que he visto? —replicó entonces Murad—, ¿de verdad queréis saberlo? Pues bien, os lo diré: sufre de la falta...

—¿La falta? —exclamaron las tías al unísono—. ¿Y eso qué significa? ¿La falta de qué? Pero si no le falta de nada...

—En su vientre lleva una especie de bestia, un animal voraz —repuso el rabino—. Cuando pongo la mano así, mirad... —Deslizó la mano bajo el camión de Esther. Y las tres se acercaron—. La noto moverse bajo la piel, ahí, en el bajo vientre. —Apretó con la mano y Esther soltó un grito—. ¿Lo veis? Ese animal... ¡Ojo! No estoy diciendo que exista realmente, ¿eh? Ese animal tiene hambre...

—¿Y bien? —lo interrogaron con una sola voz—. ¿Y bien?

—La bestia... —empezó a explicar el rabino—. No se trata de un animal real, ¿de acuerdo? La bestia se alimenta de esa sustancia a medio camino entre la sangre y la leche..., mitad y mitad...

—Pero ¿de qué está hablando? —Se enfadó la tía Maleka—. ¡A fe mía que la plegaria lo ha vuelto loco!... Este es un chalado de armas tomar.

—Escuchadme, escuchadme bien...

Y, por una vez, logró el silencio.

—Esa sustancia compuesta de sangre y leche es la misma que los hombres llevan en su cuerpo. ¿Lo entendéis? La gota de la vida... Es de eso de lo que se alimenta la bestia.

—¡Ah, ya lo entiendo! —exclamó el tío Elie, hasta entonces silencioso en su sillón—. ¡Lo entiendo! La gota de la vida..., ¡la que llevamos en los huevos!

—En los huevos... Pero bueno... —masculló la tía Maleka—. Desde luego, él no la lleva en la sesera.

—¿Y bien? —volvieron a preguntar las otras dos tías.

—Pues bien —zanjó finalmente el rabino—, el hecho es que... ¡hay que casarla! De ese modo, la bestia obtendrá su pitanza cotidiana y dejará en paz a la pobre niña.

Hermosa teoría, en verdad, que ponía en escena el equilibrio del mundo. La bestia, un ser que no existía, se instalaba en la mujer, que sin duda existía, en el seno de su matriz, a la espera de su alimento, el espermatozoide del marido. La bestia constituía, pues, la condición de la alianza entre el hombre y la mujer, o bien cabía pensar que la alianza de los humanos no era sino la parte visible de la comida de la bestia. Pero, en fin, casar a Esther... ¿Estaba de broma o qué? ¿Y con quién iban a casarla? ¿Quién iba a querer a una retrasada?

Cuando Mordechai Zohar, su primo por parte de padre, al que llamaban

Motty, se enteró de la recomendación del rabino, hizo partícipe de sus intenciones al tío Elie. Había pensado sobre ello largo y tendido. Planeaba pedir la mano de Esther. ¿En serio?... ¡Pues sí!

—¿Cómo sabes que es hermosa? —le preguntó el anciano—. Nunca la has visto. Cuando perdiste la vista, que Dios nos proteja, ella aún no había nacido... No conoces su rostro.

Con mirada ausente, Motty aferró las manos del tío Elie, que oprimió y besó, para finalmente suplicarle:

—Dime, tío, es hermosa, ¿a que sí? Lo presiento. Lo sé. Cuando pasa por delante de mí, es como si destapasen un frasco de esencia de mirra. Y cuando me sirve de beber y rozo su brazo, experimento un calor que me invade el pecho.

Desbordado por la emoción, el anciano no supo qué responder. Ciertamente, Esther era trabajadora, honesta y entregada a su familia..., cualidades que harían de ella una buena esposa, pero... Llegado a ese punto, no osaba enunciar su opinión. Uno no debe irse de la lengua para decir una maldad... ¡No! ¡No debe! Las palabras impregnadas de hiel siempre acaban por revelarse como ciertas. ¿Iba a decirle que le faltaba algo, como si la razón hubiera escapado de su alma durante la caída?

¡O más bien no! Tenía algo de más... ¡Sí! Incluso a alguien de más. Eso era lo que pensaba el tío Elie: si Motty se casaba con Esther, tendría a dos personas en su lecho, a su esposa y al demonio que la acompañaba. Pero ¿cómo hacérselo entender?

—¿Conoces la historia de Tuvia? —le preguntó el tío Elie.

—¿Tuvia...? ¿Quieres decir... como en el libro de Tuvia?

—¡Sí! Tuvia, el hijo del ciego; Tuvia y su prima Sara, que estaba poseída por un demonio...

Motty se sabía las oraciones de memoria, desde la primera hasta la última línea. La ceguera le había aguzado los demás sentidos y, sobre todo, la memoria. Sabía recitar las tres plegarias diarias, pero también las de las fiestas, las que se rezaban por los muertos, en el cementerio, también las siete bendiciones del matrimonio, así como largos fragmentos de los salmos. Hasta tal punto que en la sinagoga Haim-Capucci, así llamada en honor de un cabalista del siglo XVII que había vivido en El Cairo, recurrían a él, el ciego,

con frecuencia; era a él a quien solicitaban alguna precisión sobre un versículo, sobre una pronunciación, sobre el orden de las bendiciones. No obstante, si bien en las oraciones aparecen secciones enteras de la Torá, el libro de Tuvia no figura, ni siquiera una sola alusión; la Biblia siempre ha desconfiado de los demonios. Por supuesto, Motty conocía la historia, pero jamás había oído el texto exacto; lo recordaría. ¡Se acordaba de todo! Preguntó a su tío:

—También él, Tuvia, acabó por casarse con su prima, ¿no es cierto?

—En efecto —encareció Elie—, para satisfacción de todos, puesto que le estaba destinada. Ahora bien, ¿sabías que, cuando Tuvia se acercó a Sara, el demonio que la poseía ya había matado a siete pretendientes que se habían presentado sucesivamente antes que él? ¡A siete!... ¿Me oyes? La hermosa Sara, tan dulce, tan deseable, su hermana, su amor, constituía asimismo la puerta del infierno.

—Pues bien, eso a mí no me pasará. El demonio no desconfiará de un ciego.

Una oleada de emoción invadió de nuevo a Elie.

—¿Por qué crees eso, hijo mío?

—¿Acaso no dicen que el demonio utiliza la fuerza de aquel a quien posee? Si utiliza mis ojos, entonces con toda seguridad no me verá.

Élie reflexionó un momento en silencio. Motty le parecía sinceramente atraído por Esther. Y su opinión se tambaleó. Se dijo que, bien mirado, semejante matrimonio tampoco era tan mala idea: una medio loca y un ciego..., tal vez entre ambos compondrían una persona sana. Sin embargo, debían velar por que Motty no fuera destruido por el demonio, el guenn, como decían los eruditos, o el afrit, como lo llamaban en la callejuela... Cualquiera que sea su nombre, si existe, ¡que Dios lo destruya! Eso fue lo que se dijo.

Élie, el hombre más anciano de la familia, gozaba de influencia. Supo convencer a la tía de Esther. Una vez ganada para la causa Maleka, la lengua-raz, el resto de la familia accedió sin porfiar demasiado. Cabe decir que de una tacada se libraban de dos problemas: la ceguera de Motty y la locura de Esther.

Pero, una semana antes de la ceremonia, Élie fue presa de remordimientos. Abordó a su sobrino para recomendarle que no se acercara a su esposa

durante los tres primeros días siguientes a la boda.

—¿Qué quieres decir, tío?... ¿Que no me acerque a ella, que no duerma en la misma cama? ¿Es eso lo que quieres decir?

—¡Sí! No debes compartir el lecho con ella ni la primera, ni la segunda, ni siquiera la tercera noche. Como la desposarás el miércoles —que ellos llamaban el «cuarto día»—, debes esperar a la noche del sábado, mucho después de la puesta de sol, para juntarte con ella.

—¿Y ni siquiera debo permanecer en la misma habitación?

—Puedes estar en la misma habitación, pero siempre que otra persona se encuentre entre los dos.

—¿Y hablarle? ¿Podré hablarle, tío?

—Pero... ¿adónde quieres ir a parar con tantas preguntas? ¿Qué caray ibas a decirle? Te bastará con rogar a Dios que la esposa que te está destinada venga a ti con el alma en paz.

Motty quedó impresionado por las palabras de su tío. No las comprendía, pero no cesaban de dar vueltas en su cabeza.

Las repetía a quien quisiera oír las, como para extraerles todo el significado: «Mi esposa se acercará a mí con el alma en paz».

Algunos se burlaban de él. «Creemos contraer matrimonio con una mujer y es con toda una familia con la que hemos de cargar. ¡Y podemos considerarnos afortunados si se trata de hijos de Adán!». Hijos de Adán es como se designa en árabe y en hebreo a los seres humanos, para distinguirlos de los otros, los hijos de las criaturas que uno teme nombrar..., ¡los demonios! Otros lo compadecían: «Pobre Motty, tropieza a cada paso y no puede ver las rodadas del camino...». En la callejuela de los judíos se hablaba a menudo mediante imágenes. Motty se sentía cada día más ansioso. Acudió otra vez a su tío con nuevas preguntas. Tenía tantas... La gente contaba que Esther estaba «acompañada»... Algunos incluso decían «habitada»; afirmaban que no era dueña de su cuerpo, ni siquiera de su voz. Así explicaban sus bruscos cambios de humor, sus accesos de cólera, sus ausencias, sus pérdidas de conocimiento. Era porque otra voluntad se expresaba en su interior, otra personalidad, colérica, vengativa, violenta en ocasiones. Pero ¿cómo entender eso? Esther tenía demasiado carácter para permitir que otro decidiera por ella, que hablase en su lugar. Él no sabía qué pensar. Motty era así, a un tiempo recto y

profundo. La ceguera ponía freno a su imaginación; temía demasiado las ilusiones. Por eso lo que oía adquiriría valor de ley. Ignoraba que las personas hablan sobre todo para mentir y con frecuencia para herir.

El tío Elie lo agarró del hombro y se lo apretó afectuosamente.

—Yo me ocuparé —prometió—. Mañana iré en tu lugar al zoco de los perfumes en busca de inciensos. Tendrás que quemarlos durante tres días y tres noches en la estancia donde se hallará tu prometida. No deberá moverse de allí, ¿me oyes? Aunque proteste, ¿de acuerdo? Tendrá que bañarse en esos aromas, que la envolverán como el hiyab envuelve a las mujeres árabes.

—¿El incienso? ¿Te refieres al incienso?

—Sí, el incienso la cubrirá como un velo durante tres días y tres noches. La cuarta tarde, a la salida del sabbat, su tía la conducirá de nuevo al baño ritual. Allí se purificará y luego te esperará en el lecho. Solo entonces podrás acercarte a ella.

Esto es lo que cantaban las mujeres la noche de la boda de Motty y Esther Zohar, una especie de poema que habían inventado para la ocasión:

«Él ha desposado a la huérfana, ella ha desposado al adivino. Él ha desposado a la huérfana, que se cruza con su padre en el camino de sus noches, sin verlo. Ella ha desposado al adivino, que no sabe ver el hoy porque vive ya en el mañana. A él le han dado a Esther como se entrega un perro a un ciego; a ella le han dado a Motty, que han posado sobre sus labios, como el nombre de Dios para librarla del mal. Ella hablaba de él, tenía su nombre en los labios. Él le cogía la mano, ella era la luz de sus ojos. Él ha desposado a la huérfana, ella ha desposado al adivino».

Y la canción era certera: el nombre de Esther canturreaba en el corazón de Motty y el rostro de Motty brillaba en los ojos de Esther. Esa noche se cantó mucho en la callejuela, y bailaron y bebieron. Y esa noche los judíos, con el corazón entregado a la fiesta, olvidaron cerrar con llave la puerta del gueto. Pero esa noche no hubo trifulca con los árabes.

Siguiendo las recomendaciones de Elie, pese a que ya se había convertido en su marido, Motty no se acercó a Esther. El tercer día del ritual del incienso, volvió a confiarse a su tío. Hacía dos noches que no lograba conciliar el sueño. La primera noche Esther se había desplomado en el lecho, vestida con sus preciosas galas de novia, y de inmediato se había entregado al sueño. Él

había permanecido en la entrada, cerca del brasero, y en cuanto los aromas perdían intensidad, arrojaba nuevos trozos de incienso. Ella había hablado en sueños.

—Eran gruñidos, querido tío, y también gritos y llanto...

—¿Gruñidos, gritos y llanto? ¿Y palabras también?

—Solo pude distinguir una palabra, que repitió decenas de veces. Y era «¡No!».

—¿Quieres decir que en su sueño repetía «No»?... ¿Simplemente «No»?

—¡Eso es!

—¿Y gritaba y gruñía?

—¡Y también lloraba! Gritaba «¡No!» y se debatía en el sueño.

—¿No te acercaste a ella?... Estás bien seguro, ¿eh?

—¡No, querido tío! Me quedé al otro lado de la puerta, tal como me aconsejaste. Traté de hablarle con dulzura, pero solo percibía furia.

Motty esperaba explicaciones, pero Élie no se las dio. Se limitó a recomendarle que se dirigiera a la sinagoga y animase el camino, es decir, que no dejara de dar limosna a todo mendigo con el que se cruzase. Y le prometió que iría a pasar la noche siguiente, la tercera, con él.

Por la noche, después de cenar, dispusieron la tawla, el juego del *backgammon*, se prepararon una tetera llena y se instalaron en la calle, a la entrada de la casa de la tía Maleka, donde dormía Esther. Élie no comprendía cómo Motty, el ciego, conseguía derrotarlo en este juego. Por supuesto, debía anunciarle el resultado de la mano en voz alta. Y lo hacía en kurdo, según la costumbre: «Dochá..., “doble seis”; dorgui, “doble cuatro”; cheche béche, “seis cinco”; habyak, “doble uno”...». Todas las veces Motty obtenía el mejor juego. Pero lo más extraordinario era que concebía perfectamente el tablero y la disposición de las fichas, y no vacilaba ni un instante en sus desplazamientos. Esa noche iba ganando partida tras partida, sin dejar ni una sola a su tío. Es más, conseguía conducir todas sus fichas al campo contrario antes de que Élie llevara una sola. Lo que le valía un doble punto: un «marzo».

—¡Marzo! —exclamaba riendo.

Y el otro venga a protestar:

—¡A ver, te he dejado ganar! Pero dime: ¿cómo puedes tener el juego en la cabeza de ese modo y conocer, sin verlas, las posiciones de todas las fichas?

—Veo las cifras —respondió Motty—. Las cifras son como gente...

«Gente» constituye una curiosa palabra en árabe, que significa «los humanos», pero también «los seres, los no humanos». En dicha lengua, en ocasiones la gente no es gente.

—Pero ¿qué estás diciendo?

Debía de ser medianoche. Elie sujetaba los dos pequeños dados de marfil entre el índice y el pulgar y se disponía a lanzarlos. Un profundo estertor que llegó desde la habitación donde dormía Esther interrumpió a los dos jugadores. El estertor se repitió. Se trataba de un jadeo grave, pavoroso, el gruñido de una bestia salvaje atrapada en una trampa y luchando por liberarse. Y a continuación, un rugido de cólera seguido de un grito casi humano, agudo y desgarrador.

—¡Está atrapado! —exclamó Elie—. Aléjate, ahora se dispone a salir.

—¿Cómo? ¿Qué dices? —titubeó Motty, que pese a todo se refugió en un recoveco del muro.

Y entonces se oyó un crujido, el estallido de una tabla de madera, el derrumbe de un armario o el estrépito de una mesa, o tal vez una silla; y después, nítidamente, un ruido de carrera y un jadeo. Un relámpago rasgó el cielo y desveló pares de ojos fluorescentes que aparecían aquí y allá. El ruido de trueno que siguió dejó petrificado a Elie, que se protegió el rostro con la mano. Y un viento terrible se adentró ululando en la callejuela. Motty recitó una plegaria. Expulsado de su silla por la violencia de la ráfaga, Elie rodó por el suelo. Repetía en árabe: «En el nombre de Dios, en el nombre de Dios, lleno de misericordia...». Sin darse cuenta de que los musulmanes comienzan así su oración. El viento sopló varios minutos más y, de manera casi igual de repentina, volvió la calma. En la callejuela se abrieron unos postigos. Se oyó a un hombre preguntar si necesitaban ayuda. Entonces apareció Esther en el umbral, con expresión soñolienta. Se sujetaba la cabeza con las manos. Lanzó una mirada alrededor, pero sus ojos parecían no ver nada, ni a su viejo tío ni a su joven marido. Volvió a la cama con paso de sonámbula. Motty se acercó a tientas hasta reunirse con Elie, que seguía tendido en el suelo. Lo levantó con esfuerzo, pero el anciano había recibido un golpe en el muslo y no conseguía apoyarse en el pie izquierdo.

Eso fue lo que ocurrió durante la famosa noche del 21 de septiembre de

1918, en un callejón del gueto judío de El Cairo. Al día siguiente, Motty fue al encuentro de su joven esposa, y el tío Elie se quedó cojo. Contaban que el anciano había recibido el golpe que el demonio reservaba al marido. En lo sucesivo, muchos recordarían los extraños hechos acaecidos aquella noche, la tormenta sin lluvia, la violencia sin autor, los gritos y los gruñidos sin animales. Y en las memorias de la comunidad judía de El Cairo, el gran rabino consignó, en escritura rasí, la que se reservaba para los comentarios esotéricos, que todo se hizo siguiendo las recomendaciones del libro de Tuvia antes de poner a la novia junto a su marido. Fue así como Esther, hija de Shmuel Zohar y de Salha Cohén, quedó liberada del ser que la atormentaba desde hacía años y se convirtió en la esposa de Mordechai Zohar, su primo hermano, con quien había contraído matrimonio el 18 de septiembre anterior.

Fue ese mismo 21 de septiembre de 1918 cuando el general Edmund Allenby libró en Palestina la batalla de Megido, que decidió la suerte de la Primera Guerra Mundial en Oriente, expulsando a los turcos de la región. En los días que siguieron, Elie recordaría con gravedad que es por la noche cuando se deciden los destinos, pues, como reza el Talmud, todo acontecimiento es hijo de la noche. Egipto se volvió cada vez más inglés y Motty se instaló con Esther en el entresuelo del colmado que su tío Elie poseía en Darb el Nasir, muy cerca de la sinagoga Haim-Capucci, así llamada en honor del cabalista que curaba las enfermedades con palabras sagradas y amuletos.

Motty se apresuró a hacerse cargo de sus responsabilidades. Convertido en cabeza de familia, tenía que ganarse la vida. Tal como había confiado a su tío la famosa noche del alboroto del demonio, las cifras eran gente a la que veía agitarse ante sus ojos. Les atribuía colores, olores, maneras de moverse, de acoplarse, de engendrar. El cero era un punto casi invisible, el extremo de una lanza, un sexo. Cero, que se dice sefir en árabe, de donde las lenguas romances sacaron el término «cifra», y el hebreo, sefer, que significa «el libro», era rojo y desprendía el mismo olor que la sangre. Cero era el demiurgo, el origen de todos los números, aquel por el que las cifras fueron capaces de conformar la estructura del universo. Sin el cero, las otras cifras habrían permanecido separadas, únicamente como cifras, sin llegar a ser números. Uno era la esposa de Cero, su complemento, que no gozaba de

existencia alguna en su ausencia y devenía una totalidad en cuanto él aparecía. Uno era único porque Cero lo precedía; Uno se transformaba en infinitud cuando Cero lo sucedía. Por eso, la primera letra del alefato, la que se asocia con la unidad, el aleph, pasa de uno a mil cuando se le retira una letra. En árabe, «mil» se dice alph, mientras que aleph, primera letra del alefato, es «uno». Uno era amarillo, como el oro, y su olor fuerte como el de la resina. Así, Cero era el padre y Uno la madre; juntos tenían ocho hijos. Cinco, el más astuto, era una serpiente, y era de color verde. Expresaba la fuente, pues la mano, con sus cinco dedos, constituye el origen de todo, y cuando uno acaba de contar sus dedos no sabe hacer otra cosa que volver a empezar. Cinco siempre protegía, en forma de una mano que uno oponía al ojo.

Las cifras, que hacían compañía a Motty desde la infancia, poblaban sus largas horas de reflexión solitaria. Se emocionaba con sus combinaciones, se regocijaba con sus alianzas, trataba de mediar en sus conflictos y evitar sus rupturas. Era mucho más que una pasión, una suerte de obsesión. Cuanto concernía a las cifras era provincia de su reino; reinaba en secreto sobre un pueblo de números. Así, era capaz de retener listas infinitas tras haberlas oído una sola vez, o de realizar mentalmente las operaciones más complejas, con mayor rapidez que cualquier máquina. Había utilizado durante largo tiempo sus capacidades para divertir a la familia; tras su boda, había llegado la hora de sacarles partido. Se convirtió en el contable de los artesanos judíos del zoco de los orfebres. En cuestión de pocas semanas retuvo las cifras de negocios de cada una de las cien tiendas que fabricaban los anillos y las pulseras de oro de las mujeres, las decoraciones de plata de los rollos de la Torá y los amuletos de bronce que alejaban la mirada torva de los enemigos. Decían que la cabeza de Motty era una pirámide; en sus paredes estaban grabadas las cuentas de los orfebres del zoco, a modo de cartuchos, para toda la eternidad. Todas las mañanas Esther lo conducía a los puestos, y él pasaba de uno a otro, hablando de las ventas y las compras, de los beneficios y las pérdidas. Y acababa dándoles una cifra. Los comerciantes seguían anotando las entradas y salidas en sus libros, pero casi nunca las consultaban ya, tan fiable era la memoria de Motty. Oh, no estaba bien pagado; de hecho, jamás exigía dinero. Cuando llegaba el fin de semana, el viernes a la hora de la comida, tras haber conducido a Motty a la sinagoga, Esther se adentraba en el

Jan el Jalil hasta la galería de los joyeros. Entraba en cada tienda y se sentaba un momento, a la espera de la escasa retribución por el trabajo de su marido. La vida proseguía su curso, el oro cincelado por las manos de los orfebres partía para engalanar a una rica prometida, algunas piastras iban a parar a manos de Esther, apretadas en su pañuelo, y la memoria de los intercambios quedaba registrada en la mente de Motty.

Ya la primera noche que compartieron el mismo lecho, Esther amó a Motty, el misterioso. En la oscuridad, ambos igualmente ciegos, se recorrían con los dedos, extraviándose en los aromas de sus cuerpos. Ya la primera noche, Motty amó a Esther, la salvaje. Hablaban poco, y se limitaban a murmurar sus nombres. Él espiraba en su cuello, ella respiraba en su boca, depositando cada uno una porción de su aliento en las fronteras del otro. Ella lo llamaba «mis ojos», ella que era los suyos. Él la llamaba «alma mía», él que era su nombre. Al despertar, ella le besaba las manos, dando gracias a Dios por haberla hecho mujer para él. Por la noche, se acostaba la primera. Él se acercaba a la cama y tomaba su rostro entre las manos mientras recitaba un pasaje del Cantar de los Cantares, y siempre terminaba pronunciando su nombre: «Esther, la reina Esther», «Esther, la divina Ishtar», «Esther, Astarté de mis noches»... Por la mañana se sentían dichosos ante un nuevo día ganado a las tinieblas. Al ponerse el sol, sus cuerpos vibraban por la idea de tenderse el uno al lado del otro.

Mientras Motty trabajaba en las cuentas de los orfebres, Esther, una vez concluidas las tareas domésticas, se instalaba en el primer escalón, a la entrada de la casa. ¿Por qué razón las mujeres se acercaban a hablarle? Sin duda eran sensibles a aquella quietud extraña que emanaba de ella desde su boda, tal vez presentían la fuerza de la tierra que precede a toda cosa. Las mujeres aparecían con un cucurucho de pipas tostadas, de sandía o de girasol, se acomodaban a su lado y le contaban, a ella que apenas acababa de dejar atrás la infancia, sus problemas de mujeres. Mondaban las semillas con los dientes y escupían la corteza entre los labios, sin recurrir a las manos, como papagayos. Esther sonreía en su corazón, pues las mismas preguntas se repetían una y otra vez: «¿Cómo conseguir que vuelva el deseo cuando se ha desgastado con la repugnancia de los embarazos, las fricciones de la vida cotidiana, las angustias a la salida del sol?». Ella siempre respondía de

manera metódica: «Ante todo, el tacto —decía—, ¡el tacto!». En árabe, el término significa, al mismo tiempo, tacto, sensación y sentimiento; la lengua sabe que quien toca es a su vez tocado, y que no es posible tocar sin amor: «Debes agarrar su paloma en la mano. Los hombres son como niños. Tuvieron una madre que los lavaba, ¿no es cierto?». Y las mujeres soltaban una risita, con la nariz en sus cacerolas de cinc, que llamaban zingo.

Una mañana, una vecina, mirándola con aire desafiante, replicó: «¿Acaso crees que no sé transformar el cuello del pollo en bastón, como hiciera antaño nuestro padre Mussa con las serpientes en presencia del faraón?». Todas se echaron a reír. Esther fue un poco más allá.

—¿Y también sabes echar las especias rojas en la salsa con la que riegas el arroz la noche del sabbat?

—¿Las especias rojas? Pero ¿a qué especias te refieres?

—¡A ver, pues a las especias rojas!

—¿Quieres decir azafrán?, ¿o cúrcuma?

—¿O quizá guindilla? —añadió otra.

Y una de ellas, comprendiendo las medias palabras: «¡No! Se trata de la especia que mana de las mujeres cuando la luna está llena, ¿a que sí?». Y una tercera, la de más edad, expresando su repulsión: «¡Puaj! Dejad de hablar de esas guarradas...». Y ya las tenía a todas prorrumpiendo de nuevo en carcajadas. Fue entonces cuando Esther anunció su prescripción:

—El último de los cinco días debéis recoger las últimas gotas, cuando la sangre es más oscura, y exponerlas al primer sol de la mañana.

—¿En un plato?

—Pero ¿cómo podéis hablar de cosas semejantes?

—En un plato, sí, ¡por supuesto! Hay que recoger una cantidad igual a los posos que quedan en el fondo de la taza tras tomaros el café.

Se acercaron a Esther y en voz baja le pidieron que continuase:

—¿Y entonces, qué?

—Lo dejas secar hasta que la sangre quede reducida a polvo, tan fino como la cúrcuma. Basta con un día. Luego guardas ese polvo en un rincón oscuro. No debe ver la luz. ¡Y ya está!

—¿Cómo que ya está? Eso significa...

Esther dejó que suplicaran. A decir verdad, por mucho que les explicase

que conocían la continuación, que bastaba con incorporar el polvo así obtenido —que llamaban, precisó, «polvo de luna»— a la salsa, todas exigían una descripción exacta. ¿Qué salsa? ¿Con qué ingredientes? ¿Había que freír antes las cebollas?

Consintió en proporcionar varios detalles suplementarios. Había que condimentar mucho la salsa, a fin de que el marido no sospechase nada. Además de cebollas, llevaba tomates, desde luego, pero también guindilla, y azafrán...

—¿Y después?

—En el momento de añadir el polvo de luna, debéis pronunciar la frase...

—¿La frase? ¿Qué frase, querida amiga?

Ella permaneció en silencio. De manera que las mujeres se acercaron a Esther, quien finalmente soltó en voz baja:

—La frase de la Torá: «Eres para mí un esposo de sangre...».

Luego la repitió en hebreo. Entonces reinó un silencio respetuoso, un silencio de muerte... Una mujer que citaba la Torá o bien era un hombre o bien era una bruja.

¡Por supuesto que las mujeres pusieron en práctica la receta de Esther! El viernes prepararon el plato sin ayuda de nadie, a escondidas de las hijas y de las suegras. Acto seguido se fueron al hammam, donde pasaron más tiempo de lo habitual. Se hicieron depilar largo rato con caramelo, se restregaron la piel con la áspera esponja vegetal, la *lifa*, se alisaron el cabello con alheña, y finalmente se perfumaron hasta los rincones más íntimos de la piel con vapores de mirra, olíbano y palo de aloe. Cuando oyeron la llamada del muecín a la oración musulmana de la tarde, ya se habían puesto el vestido azul y habían incensado su casa. Cuentan que esa noche las serpientes irguieron con orgullo la cabeza bajo las galabiyas de los maridos. La experiencia, repetida en varias ocasiones, le valió a Esther una sólida reputación de hechicera. No tardaron en ser numerosas las mujeres que, a la hora en que se animan los lagartos, acudían a charlar en los escalones de su casa. Le consultaban los problemas más inquietantes. Su prima Tayeba, que había traído al mundo a cinco niñas, temía un nuevo embarazo. Si de nuevo era una niña, a todas luces su marido la repudiaría.

—¡Desde luego que no! —exclamó una—, jamás se atrevería. Teme

demasiado a su tío...

De hecho, su tío era al mismo tiempo su suegro.

—Ya lo creo que lo hará —replicó la otra—, ¿acaso no ves cómo ha echado el ojo a la pequeña Narguess? Me ha contado que en varias ocasiones ha intentado arrinconarla en el pasillo que lleva a la cocina. En el pasillo, ¿te das cuenta? Ante las propias narices de su mujer. Salta a la vista que está pensando en volver a casarse.

Entonces, volviéndose hacia Esther, su tía más joven, Tofaha, la crédula, le preguntó si podría hacer que el vientre de Tayeba acogiese un varón. ¡Menuda pregunta! Las demás parecieron escandalizadas. ¿Cómo iba a hacer eso? Si al menos hubiera solicitado semejante prodigio a hombres de Dios, como los que se cruzaban a veces por la calle el día de Yom Kipur, que se pasaban el día y la noche rezando entre lamentaciones... Tal vez a tales hombres Dios pudiese concederles un favor especial. Pero a unas mujeres que solo conocían de la religión los residuos que rezumaban de las viejas piedras y cuyos actos, de creer al rabino Murad, no eran sino idolatría y favores a los Baales... «¡Eso es haram!», dijo la primera, que significa pecado, prohibido... «Haram, absolutamente haram», encareció la otra. Momento en que Tofaha zanjó la cuestión: «Precisamente porque es haram puede funcionar, ¿no?».

Ya no sabían si había que reírse o bien sentir miedo. Entonces, las mujeres se acercaron a Esther. Ella se echó la cabellera hacia atrás e inspiró hondo. Emanaba de su persona una sensación de fuerza física. Para imponer el sexo al niño, les explicó, había que invocar la fuerza de los animales y de los muertos.

¿Los muertos? Palabras semejantes no se pronunciaban. Uno no decía «los muertos», y menos aún «la muerte», era algo que no se hacía. Y cuando se evocaba el nombre de un difunto, siempre había que añadir una protección. Decías, por ejemplo: «Mi abuelo, Soli, que Dios cuide de su alma», o incluso «Nuestro-padre-Soli-a-quien-Dios-proteja», como si desde su muerte su nombre se hubiera modificado, recompuesto, se hubiese alargado, transformado en fórmula. Se requería una suerte de demonio como Esther para soltar frases tan tremendas, que contenían a los muertos y la muerte, y por añadidura sin pestañear, sin temer la cólera de Dios. ¿Pedir ayuda a los muertos? ¿Utilizar la fuerza de los animales? Por otra parte, ¿cómo demonios lo sabía, ella que nunca había aprendido nada? Lo que ocurre es que la tierra

piensa; el barrio, la hara, la callejuela de los judíos, piensa; los antepasados piensan, y existen almas sensibles que perciben todos esos pensamientos. Eso fue lo que pasó por la mente de Tofaha.

—No estoy segura de poder conseguirlo —añadió Esther—. Tendréis que ayudarme...

Las mujeres se quedaron aterrorizadas. Les pedía que fueran sus cómplices en brujería. Buscaron otras soluciones.

—Dicen que hay que cambiar el emplazamiento del lecho.

—¡Sí! He oído que la cabecera de la cama debe mirar a la primera estrella...

Tayeba se encogió de hombros.

—¿Crees que no lo sé? Docenas de veces, querida, pero docenas he escuchado ese cuento de la cabecera de la cama. En mi casa, la cama mira a la estrella, mi marido mira a la estrella, y yo sigo buscando el varón...

—También dicen que hay que amarse de lado...

—¡Sí! Del lado derecho si quieres un chico, del izquierdo para conseguir una chica...

—Amarse de lado..., ¡menuda tontería! Cuando te agitas en la cama —era su manera de designar el acto amoroso—, das vueltas en todas direcciones. Y además siempre acabas por levantarte, ¿no? Entonces, todo se mezcla, ¿no te parece? El calor, el frío, la sangre y la leche, todo... Eso solo son memeces.

—Yo he oído que hay que procurarse el prepucio de un niño justo después de la circuncisión...

—¡Sí! ¡Yo también lo he oído! Un niño de la familia. Lo pones en remojo en agua caliente y haces un caldo con él. No has de añadir nada, ni sal, ni especias. Y te tomas el caldo justo antes de recibir a tu marido.

Las mujeres asintieron con la cabeza a esa nueva propuesta. Aunque no supieran muy bien por qué, intuían que semejante receta debía de ser eficaz. No obstante, exigía ciertas condiciones, la primera y más importante, procurarse la materia prima.

—¿Y cómo consigo ese prepucio? —preguntó Tayeba—. ¿Acaso tengo que robarlo? ¿Tú has visto cómo rodean las abuelas al niño tras la circuncisión? Viene a ser tan fácil como robar la alfombra sagrada destinada a la tumba del Profeta el día de la ceremonia. Puede que esa manera de concebir un varón

resulte eficaz, no digo que no, hija de no sé qué..., pero es imposible de realizar, más difícil todavía que procurarse el pene de un lobo o de una hiena. ¡No! La madre del niño debería entregarme el prepucio como un regalo. Y no se me ocurre nadie que pudiera acceder a hacerlo.

—Tendría demasiado miedo de que su hijo no se casara nunca...

—O de que se convirtiera en un adepto de Lot. —Se refería a un homosexual.

Entonces, las mujeres se volvieron de nuevo hacia Esther.

—Oye, Sett Blila...

Así era como las mujeres llamaban a Esther cuando querían obtener de ella un favor. Sett Blila, «Señora Gachas de Trigo», porque, según afirmaban, su sopa de trigo con leche era la mejor del barrio.

—Sett Blila, seguro que tienes una solución...

—En efecto —respondió Esther—, pero no estoy segura del resultado. Nunca lo he hecho.

—¿Y bien? ¿Qué pasa si nunca lo has hecho? ¿Significa eso que nunca lo harás?

—¡Es verdad, venga ya! ¿Qué perdemos con probar?

Un jueves, poco antes del mediodía, a la hora en que sabían que los hombres estaban reunidos en la sinagoga para la lectura de la Tora, se dirigieron al cementerio, Esther a la cabeza, con paso decidido, seguida de su tía Tofaha y de Tayeba, la solicitante. Las acompañaba Mahmud, el trapero, que las seguía a cierta distancia. No conviene que las mujeres paseen solas a través de la ciudad. Llevaban en la cabeza grandes barreños de agua para limpiar las tumbas. Esther parecía conocer el lugar. Las otras dos murmuraron entre ellas:

—Seguro que no es la primera vez que viene al cementerio... Ya has visto que no ha vacilado una sola vez.

—Dicen que lo visita por la noche.

—¿Tú crees? Pues yo no me aventuraría sola por aquí en plena noche.

Había niños por todas partes, negros de piel y de mugre, que corrían descalzos por la arena ardiente. Había mujeres que salían de los panteones, que les servían de vivienda. Extendían la ropa y la fijaban sobre las tumbas con la ayuda de grandes piedras. El lugar se hallaba poblado tanto por vivos

como por muertos. Curiosamente, nadie hablaba. Pese a la agitación, reinaba un insólito silencio.

—Aquí es —dijo Esther.

—¿Dónde?

—Donde estás tú. Es una tumba sin nombre.

—¿Se trata de la tumba de un judío, al menos?

—Por supuesto —respondió Esther—, es la del tío materno de tu abuelo, Saad el Largo. Era delgado y tieso como una caña. Se dice que murió de pie, recostado en un muro, y que permaneció allí hasta la noche. Lo creían sumido en sus ensoñaciones, perdido en los efluvios del hachís. Y cuando finalmente comprendieron que estaba muerto y quisieron llevárselo, se dieron cuenta de que se había transformado en estatua de madera. Es verdad, estaba rígido como un hueso. He ahí a uno que murió sin vivir y cuya vida no sirvió para nada, puesto que no dejó hijos.

Las dos mujeres miraron alrededor. Percibían docenas de ojos que seguían el menor de sus movimientos. Aunque la tumba no fuera la de Saad el Largo, sin duda correspondía a un judío. En varias estelas dispuestas de soslayo se podían distinguir textos en hebreo.

—¡Hala, chicas, manos a la obra!

Empezaron a frotar la piedra cubierta de tierra y arena. Esther canturreaba en una jerigonza judeo-árabe: «Tú que mantienes en pie a los cojos, que abres las puertas de las prisiones, tú que concedes la vida y la muerte y que puedes resucitar...».

Así transcurrió una hora. Poco a poco, la piedra fue recuperando algo de su color yesoso. Vertieron el agua que quedaba en el fondo de sus barreños y permanecieron allí plantadas, inmóviles, mirando cómo se evaporaban las manchas. Tayeba pensó que había mucha más gente bajo tierra que sobre ella. Tofaha recordó esta frase de la Biblia: «Polvo eres, y en polvo te convertirás». Estaba claro que Dios debía de conocer Egipto, ese país donde costaba separar a los hombres del polvo. Entretanto, Esther miraba fijamente un agujero debajo de la piedra. Lo señaló con el dedo.

—¡Ahí! —exclamó—. ¡Ahí! Se le ve la lengua.

Las otras dos hicieron amago de acercarse, pero ella las contuvo.

—¡No! Esperad... Vais a asustarla.

En efecto, asomando del agujero se distinguía una lengua, ágil y larga, tal vez la de una serpiente, que avanzaba a sacudidas, como para degustar el lugar antes de aventurarse por él.

—¡Tengo miedo! —dijo Tayeba.

Sin embargo, Tofaha no pudo evitar bromear.

—¿De qué tienes miedo? También el niño sale de un agujero, ¿no es cierto?

—Y también él viene de entre los muertos —añadió Esther con gravedad—. Por eso le ponemos el nombre de un antepasado.

En ese momento vieron aparecer una cabeza, una gran cabeza con casco, de la anchura de un puño.

—¡Es un guerrero! —exclamó Esther, que agarró el barreño.

Atraído por el agua, el camaleón asomó lentamente, paso a paso. Tenía exactamente el tono de la piedra, incluido el jaspeado y las manchas. Sus ojos, montados sobre torretas como los cañones de un carro de asalto, exploraban los cuatro puntos cardinales.

—Tu hijo será un guerrero. No cabe la menor duda.

Hay que tener en cuenta que «guerrero» es el nombre del camaleón en árabe, y el que salía de la tumba lo era, con su casco mucho mayor que la cabeza. Cuando llegó al centro de la piedra, Esther se abalanzó sobre él y lo cubrió con el barreño. Tofaha la ayudó a envolver a su presa en un paño, y las tres volvieron sobre sus pasos para dirigirse al Muski. Por el camino se sentían contentas de haber superado su miedo a los muertos y a las serpientes. Cantaban una especie de balada, una historia de amor, y el camaleón daba saltitos en el barreño, como un feto en el vientre de su madre. Esa misma noche Esther entregó el extremo del rabo a Tayeba y le aconsejó que se lo comiera crudo. A ninguna de las dos mujeres le sorprendió la prescripción, únicamente se preguntaban cómo se las había arreglado Esther para matar al camaleón. ¿Lo habría degollado como se hace con un cordero, o decapitado como con una paloma?

—Dentro de un mes te quedarás embarazada —dijo a Tayeba—, y será un chico. Recuérdalo, tienes que llamarlo Saad, como el tío de tu abuelo.

Más adelante las dos mujeres interrogaron a Esther en varias ocasiones, querían saber qué había hecho con los restos del camaleón. Ella siempre

respondía con la misma fórmula: «El camaleón es como una mujer. Caza con la lengua. ¡Haríais mejor en morderos la vuestra!».

Esther era la más joven de las que se reunían en los escalones de la callejuela conocida como «del jueves», es decir, Haret el Yahud. Las otras le profesaban cierto aprecio, la criticaban mucho en su ausencia y también la temían en su corazón. Cabe decir que el mismo año que conoció el embarazo de Tayeba se produjo un acontecimiento extraño, un acontecimiento que agudizó su miedo. Un viernes, Esther regresaba de su visita al zoco de los orfebres ciñéndose con fuerza la falda. Con la cabellera al viento, corría como un galgo. Cuando llegó a su barrio, se dio de bruces con Adina, la segunda de sus tías.

—¿Adónde vas corriendo de ese modo? ¿Acaso te has cruzado con un satán en pleno mediodía?

Entonces Esther tuvo la ingenuidad de contar a su tía que el viejo Amine Lichaa le había dado una libra —¡sí, cien piastras!— por el trabajo de Motty. Era esa moneda lo que apretaba de aquel modo en el hueco del vestido.

—¿Una libra? No me digas... Con lo avaro que es. Pero ¿qué mosca le ha picado?

Esther se encogió de hombros y prorrumpió en carcajadas.

—Y pensar que es un caraíta —se mofó su tía—, que pretende ser judío y se quita los zapatos para prosternarse como un musulmán, ¡menuda vergüenza! ¿No le habrás concedido algún otro favor?

Adina, que tenía una mente retorcida, imaginaba que su sobrina se había dejado pellizcar las nalgas o incluso acariciar el pecho por el viejo roñoso. Esther ni siquiera comprendió la alusión, ignoraba la sexualidad, solo conocía el amor; ignoraba el deseo, solo conocía la llamada de Dios en los pequeños valles de su cuerpo.

—¡Dame ese dinero! —exigió su tía—. Yo te lo guardaré. ¿Qué ibas a hacer tú con esa suma tan grande?

¿Y por qué habría de dárselo? A lo largo de todo el camino, Esther había imaginado la tela de algodón sedoso que iría a comprar al mercado para confeccionarle una nueva galabiya a Motty. Tal vez hasta le quedara suficiente para un tarbush, un fez; su viejo gorro estaba roído por las polillas. Se encogió de hombros por segunda vez y se metió en el entresuelo.

Durante la velada del sabbat y al día siguiente, canturreaba a solas, muy alegre. Incluso accedió a entrar en la sinagoga y permanecer con calma en el espacio reservado a las mujeres.

No tuvo desvanecimientos, no hizo seña alguna a los hombres, no charló con su vecina, no bostezó ni se echó a reír. Sin embargo, al día siguiente, domingo (que llamaban el «primer día»), cuando volvió del zoco de los orfebres tras haber acompañado a su marido, el dinero había desaparecido. Lanzó un grito y cayó al suelo redonda. Desde su boda, era la primera vez que sus diablos se manifestaban, y fue más fuerte todavía que la ocasión anterior, cuando tuvo la primera menstruación. Rodaba por el suelo entre alaridos, se debatía, volvía a ponerse de pie con los ojos en blanco y caía de nuevo profiriendo el mismo grito. Un grito profundo, surgido de las entrañas, el de un animal salvaje. La vieja Massuda, la mujer del tío Elie, salió de la casa gritando: «¡Ayudadme!». E insistió: «¡A mí! ¡A mí!». Las demás mujeres acudieron corriendo. Pero ¿qué podían hacer, salvo asistir impotentes a la crisis de Esther?

—Que la desgracia caiga sobre mí... ¡Que me muera ahora mismo! — chillaba Massuda, claramente conmocionada—. Yo no he hecho nada. Ni siquiera le he hablado. Estaba en la cocina. Ha entrado en su habitación y he oído un grito. Y cuando he llegado, se retorció por el suelo como si se peleara con un diablo.

—La pobre niña —se lamentó la tía Adina—. Estoy segura de que es por culpa de ese joyero caraíta, el tal Lichaa, ese hijo de perra.

—¡Perro, hijo de perra! —añadió otra escupiendo en el suelo.

Las mujeres se estaban planteando ir en busca del rabino Murad, pero la crisis solo duró unos minutos. Esther se levantó, se arregló el vestido con gesto maquinal y se desenredó el cabello con los dedos. Su tía Maleka le tendió un vaso de agua. Se lo bebió de un trago. Acto seguido se pegó contra el muro de la casa dando la espalda a la pequeña reunión. ¿Por qué hacía eso?

—¡Esther! —llamó la vieja Massuda—. ¡Esther!

No reaccionaba; parecía rezar. No obstante, todas sabían que desconocía las oraciones y que en la sinagoga ni siquiera simulaba moviendo los labios como las demás mujeres. De pronto, golpeó la pared con la mano plana diciendo:

—¡Está escrito en este muro! ¡Lo que hoy estaba oculto en la noche, aparecerá mañana con el sol!

Se volvió, con los ojos desorbitados e inyectados en sangre. Miró de hito en hito a las mujeres una tras otra, demorándose en cada una. El ambiente era tan tenso que los niños interrumpieron sus juegos. Las matronas, en semicírculo, la observaban boquiabiertas. Entonces, dando media vuelta, se metió en el entresuelo para preparar la comida. Poco a poco, la vida reanudó su curso. Fue la tía Maleka quien quebró el silencio.

—Siempre ha sido así la pobre. —Y precisó—: Vibrante.

—¿Vibrante? —se sorprendió Adina—. Más bien habitada.

—¡Sí, sí, habitada! —encareció Tofaha—, e incluso penetrada por un guenn que se sirve de ella como de un ropaje.

—¡No digas eso! —suplicó Massuda—. Que Dios nos proteja. ¡Que se haga según su ley!

El relato de los acontecimientos no tardó en circular por la pequeña comunidad. Se supo que Esther había caído tras haber constatado la desaparición del dinero que le había entregado Lichaa, el joyero. Alguien había robado las cien piastras escondidas bajo el colchón. Tal era la explicación de su crisis. Sin embargo, era imposible, en la callejuela no podía haber ladrones. Los judíos vivían tan apiñados unos con otros que conocían el contenido del bolsillo del vecino mejor que el del suyo propio. ¡No! Solo podía tratarse de una artimaña de los espíritus, de los afrit. Se sabía que eran unos guasones. A veces cambiaban el emplazamiento de los objetos. Los buscabas y, cuando acababas por resignarte, por aceptar que se habían perdido, reaparecían en otra parte, en un sitio inesperado. Uno refería la desaparición de un zapato, otro la de una cafetera. «El dinero reaparecerá aquí o allá, ¡no os preocupéis!». Sin embargo, una libra, cien piastras... Jamás habían visto nada semejante; nunca se había oído que a los espíritus les interesaran las monedas, el dinero moderno, es decir, las monedas de curso legal.

A la mañana siguiente, la tía Adina no pudo levantarse de la cama. Estaba cubierta de granos de los pies a la cabeza.

Llamaron a su madre, la vieja Helwa, a la que todos conocen como Ommi, que significa «mi madre». Era la abuela de Esther. Debía de tener al menos

ochenta años y sabía mucho de remedios. Cuando vio los granos, exclamó:

—¡Qué desgracia! No puede ser el sarampión, lo pilló cuando era muy pequeña. Incluso estuvo a punto de morir.

Solo en el rostro tenía más de veinte granos. Massuda fue la primera en reparar en su forma.

—¡Mirad! ¡Qué desgracia! ¡Mirad!

—Pero ¿qué pasa? —preguntó Maleka.

—¿No os habéis dado cuenta?

—¿Hablarás de una vez? ¿Qué es lo que hay que mirar?

—Los granos...

—Vale, ¿qué? ¿Qué pasa con los granos?

—¡Mirad! Son piastras.

Las mujeres se acercaron y observaron con atención. En efecto, los granos tenían aspecto de monedas, perfectamente circulares y con una especie de motivo en relieve, pero los del rostro eran demasiado pequeños. Cuando examinaron las piernas de Adina, descubrieron una rojez del tamaño de una moneda, y esta vez se distinguía, claramente, el relieve del perfil del rey. Le pidieron que se diera la vuelta. En la parte inferior de la espalda, en otra rojez de tamaño similar, se veía en el centro la cifra uno. ¡Una piastra! ¿Las cien piastras que la tía Adina había robado a Esther reaparecidas en forma de granos en su cuerpo? Los contaron. En efecto, había cien, ¡exactamente cien! La primera mujer lanzó un grito, la segunda lanzó otro grito y Massuda perdió el conocimiento.

Las tías fueron las primeras en comprender que no era posible hacer daño a Esther, que estaba protegida (ellas decían «envuelta»). Es más, el daño volvía al agresor, a modo de espejo, atacándolo y denunciándolo al mismo tiempo. Adina se convenció de que se curaría si restituía el dinero, cosa que se apresuró a hacer. No obstante, la erupción se prolongó más de tres semanas, casi un mes entero. Y durante ese tiempo, la historia circuló por el barrio. La contaban a los niños, la contaban a los empleados, incluso la contaban a los árabes. Muchos intentaron introducirse en la habitación de Adina para ver aquellas monedas que se habían inscrito en su cuerpo. Creían que podían enriquecerse solo con tocarlas. Sin embargo, la familia montaba guardia. Lo lógico habría sido que Esther obtuviera prestigio e influencia. Pero fue más

bien al revés. Algunas mujeres se distanciaron, y rehuían encontrarse con ella a solas; otras desconfiaban, y evitaban cualquier palabra que pudiera ofenderla. En ambos casos, las relaciones se fueron enfriando y Esther recuperó poco a poco el papel de paria de su infancia.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Motty una noche—. Te noto pesarosa. Se diría que la alegría ha abandonado tu pecho. ¿Se debe a las preocupaciones del día o bien a las de la noche?

Le acariciaba las manos, se las acercaba al rostro. Esther no pudo reprimir un sollozo.

—¿Lloras, pequeña mía?

A Motty el ciego se le podían ocultar muchas cosas, pero sin duda no las emociones.

—No es nada, «querido tío»...

Rara vez utilizaba esa palabra hebrea, que significa a la vez «querido tío» y «querido mío», únicamente cuando todo su ser iba hacia él para llamarlo.

—Tu alegría me da fuerzas —prosiguió Motty—; en cambio, tu tristeza borra la existencia del mundo.

—Tayeba está embarazada —se limitó a decir Esther—, y eso que la creían destinada a envejecer rodeada de guijarros, abandonada por su marido y por Dios. Será un chico; lo llamará Saad. Porque, según dice, la llegada a su vientre la ha colmado de dicha. —Saad es «feliz» en árabe.

Motty no respondió. Mantenía las manos de Esther entre las suyas. ¿Acaso sabía que era ella quién había sacado al pequeño Saad del mundo de los antepasados, quien había sabido domesticarlo, convencerlo para que abandonase el aire enrarecido de las tumbas y fuera a reunirse con la familia en Haret el Yahud, la callejuela de los judíos, situada en el barrio viejo de El Cairo? Seguro que no, pero lo que sí sabía era lo que las mujeres contaban sobre la pareja que formaban. Hasta entonces no había prestado demasiada atención. Con frecuencia se repetía esta frase del Talmud que le había enseñado el tío Elie: «Dios derramó diez medidas de palabras sobre el mundo. Las mujeres se quedaron con nueve y los hombres con una sola». Por lo tanto, había que dejarlas hablar, escucharlas desde lejos, como el canto de las aves. Ahora bien, algunas palabras se clavaban en el corazón como puñales. De esas no había que mantenerse apartado, sino, por el contrario,

afrontarlas, anular su efecto e incluso replicar. Las mujeres contaban que Esther era una bruja; y esa era la razón de que no tuviera hijos. Su verdadero marido, añadían en ocasiones, no era Motty el de los ojos muertos, sino un afrit, un demonio con cuatro ojos, dos delante y dos detrás. Era cierto que llevaban siete años casados y el vientre de su mujer jamás se había redondeado.

Al principio lo atribuyeron a la juventud de Esther, que apenas contaba catorce años. Una niña no puede tener hijos. Sin embargo, cuando cumplió los diecisiete y sus senos parecían dos granadas en sazón, el niño siguió sin llegar. Y cuando a los diecinueve su cuerpo se volvió firme y su aroma adquirió la intensidad del jazmín, a Motty le dio por pensar que él era el niño que Esther jamás concebiría. El tiempo había seguido fluyendo como el agua del Nilo bajo el puente El Guezira. Ahora tenía veintiún años y algunas mujeres pronunciaban palabras terribles. Decían que Esther devoraba a los niños en su vientre. Añadían que eso era lo que le confería aquella fuerza extraña que le permitía invertir el destino.

—Mañana iré a ver a Murad, el rabino, y le pediré un remedio —dijo Motty.

—¿Un remedio? —exclamó Esther—. No estoy enferma, ni tú tampoco.

—Iré a pedirle que interceda ante Dios para que tengamos un hijo.

En compañía de su tío Elie, Motty se dirigió a la sinagoga para consultar al rabino. No se atrevieron a hablar, pero Murad sabía que algo les pesaba en el corazón. Los tres deambularon a través de las callejuelas conversando. Los niños los seguían haciéndoles preguntas. Finalmente, se aventuraron fuera del gueto. Cruzaron las puertas del Muski y se adentraron en la ciudad. Caminaron largo rato, los dos que gozaban de visión flanqueando al que miraba con el corazón. Cuando llegaron al río, se acomodaron en el suelo, en la ribera. Seguían sin haber abordado la cuestión. Un tanto incómodo, el rabino iba describiendo lo que veía. Dijo a Motty:

—¿Oyes cómo la brisa hace temblar las hojas? Arrastra a las falúas, que navegan a la velocidad de las aves.

—¡Sí, lo sé! —respondió Motty—. Puedo ver el viento, puedo ver los olores y el tiempo que pasa. Todo eso puedo verlo.

Elie hizo muecas al rabino para aconsejarle que no prestara atención a las

palabras de su sobrino. En Haret el Yahud, la gente respondía a la tristeza redoblando las chanzas. Para desviar la atención, dijo:

—Ve de noche como los gatos, y las mujeres le tiran de la cola.

—¿Cómo pretendéis que un día Dios nos envíe al Mesías si habláis como carreteros? —replicó Murad fingiendo mostrarse severo.

Al cabo de varias horas, tras haber agotado los chistes, que sin embargo los tres conocían, y desplegado todas las groserías que contenía su lengua, un árabe trufado de expresiones en hebreo y palabras de otras muchas lenguas, Elie acabó por revelar el objeto de su visita. Su sobrino llevaba siete años casado con la hermosa Esther de vientre de fuego, pero ningún niño había llegado, ni siquiera insinuado su llegada. No obstante, la pareja respetaba el sabbat y las reglas de pureza y, como el rabino sabía muy bien, Motty era siempre el primero en acudir a los oficios. Y aunque formaban parte de los más pobres del barrio, nunca dejaban de contribuir con una moneda. Es sabido que Dios obra de tal suerte que siempre haya alguien más pobre que tú, a fin de que todos puedan dar limosna, lo cual constituye una obligación. De manera que, si el niño no llegaba, sin duda era porque Dios albergaba algún designio. Sabían, por supuesto, que nuestro padre Abraham no tuvo el primer hijo de su esposa Sara hasta la edad de cien años, y Motty apenas contaba treinta y cinco. De manera que no se quejaban. Sin embargo, no podían por menos que hacerse preguntas... Y no eran lo bastante sabios para descifrar el enigma que se les planteaba. Por eso habían decidido preguntar al rav Murad. Él sabría indicarles lo que convenía hacer para guiar al niño de aquella pareja hasta su hogar.

Murad reflexionó largo rato.

—Sabemos que conoces algunas plegarias susceptibles de expulsar a los demonios —añadió Elie—. Sin duda conoces otras para guiar a las almas en su camino hacia nosotros.

—Aguardad —replicó el rabino—, ¡aguardad! Debemos plantear el problema hasta en los menores detalles. En primer lugar. ¿Motty conoce el uso de su esposa?

—¿El uso de su esposa? —se sorprendió Elie—. ¿Y eso qué significa? ¿Acaso una esposa es como esos automóviles que se ven en ocasiones en la calle que bordea el Nilo, del lado de las islas, por esa parte? Ciertamente, si

es así, ni Motty ni siquiera yo, que sin embargo soy su tío, conocemos el uso del automóvil.

—El uso de su mujer... —prosiguió el rabino—, el uso de su mujer... quiere decir... Escucha, Motty, ya que estamos entre hombres, te hablaré como a un hombre. Mira, no se trata solo de penetrar a tu mujer con tu palomo...

—Pero ¿qué estás diciendo, rav Murad? —se enfadó Elie—. No hablas como un erudito. Puede que abuses del zbib, del anisete o qué sé yo. Acabamos de pedirte una plegaria y nos hablas de palomos.

—¡Escuchad! Haced el favor de escucharme, especie de asnos... Dios os ha dado tres maneras de entender las cosas: a través del pensamiento, del sentimiento y de la razón. Os propongo que uséis el raciocinio. A ver, si uno quiere saber por qué una máquina no funciona, ante todo se preguntará si sabe hacerla funcionar.

—¿Lo que significa...?

—De manera que ahora me dirijo a ti. Motty, mi príncipe, mi pachá, por favor, respóndeme. Te decía que no se trata solo de meter tu palomo en lo más secreto de tu mujer, también hay que moverse, ¿lo sabías?

¡Aquello era demasiado! Tal vez deberían haber comprobado si aquel rabino que siempre apelaba a la razón disponía de ella en sus propias alforjas. Motty sabía muy bien que había que moverse. Era ciego, no retrasado. Es más, cuando se movía, Esther también lo hacía, y siempre se asombraba al comprobar hasta qué punto iban al unísono, cómo el movimiento de uno se sincronizaba con el del otro. Se encogió de hombros y se alejó solo apretando el paso. Elie lo persiguió cojeando. Y Murad se quedó allí, en la ribera, con los brazos colgando...

Esa noche, todo el mundo estaba al corriente de la pregunta que había hecho a Motty. Y la polémica quedó servida. «Dicen que es con su marido afrit con quien Esther tiene hijos —afirmó Dudú, el marido de Adina—. Y ese tonto que está ciego no se da cuenta de nada». Y Elie replicó: «Motty es un hajam, un sabio, uno de verdad. Está ciego y puede ver. Ve mejor el revés de las cosas que vosotros el derecho». Sin embargo, Dudú insistió: «Motty debería conceder el get a su mujer, abandonarla. No tener hijos es prueba de adulterio». ¿El get? ¡Sí que iban fuertes! Por favor, no somos faraones para repudiar a una esposa a la que amamos porque no nos ha dado descendencia.

De hecho, Murad no conseguía calmar a los hombres que llenaban la callejuela con sus vozarrones. Refugiado en su casa, Motty estaba sentado en el suelo, de cara a la pared. Esther se ocupaba como podía, sin atreverse a interrumpir lo que tomaba por una meditación.

Como ya no aguantaba más, se arrodilló ante él y le besó las manos.

—Motty, oh, ojos míos, oh, alma mía...

Él no respondió.

—¿Por qué darle tanta importancia? Los hombres hablan. ¿Y qué? ¿Sabemos siempre por qué los perros ladran? La mayor parte del tiempo ni siquiera ellos mismos lo saben.

Él acabó por soltar estas palabras, que quedaron grabadas en el corazón de Esther:

—Hermana mía, mi dulzura, ¿qué hemos hecho para que nos sobrevenga tamaña desgracia, la de dar a luz la nada?

¿Quiénes somos, pues, para haber recibido la vida y no saber darla a nuestra vez?

Esther se quedó conmocionada ante aquella voz lastimera, apenas murmurada, que jamás le había oído, como si los sufrimientos por los que había pasado durante toda su vida, sus humillaciones de ciego, las piedras que le arrojaban los niños árabes cuando caminaba solo por la ciudad, las burlas de los malvados y los cobardes, se expresaran finalmente en un dolor lacerante, brutal, total... Se le encogió el corazón, pero no lloró. Por el contrario, se crispó, muy decidida. No le arrebatrían a su Motty. Era su vida, su alma y su nombre. Se juró que encontraría los medios para tener un hijo puesto que era lo que él deseaba, lo que toda la familia esperaba. Para ello, haría cuanto fuera necesario; incluso acudiría desnuda a la sinagoga, tal como hizo Hanna, la madre del profeta Samuel, desesperada ante su esterilidad.

La ocasión de hacer algo —más tarde sus tías dirían que una tontería— se le presentó al sábado siguiente. Acompañó a Motty a la sinagoga, pero no entró. Se quedó fuera, plantada contra el muro. A través de las ventanas abiertas oía la voz de tenor de su marido, que iniciaba cada estrofa del salmo. Cuando Motty cantaba, se podía saber a kilómetros de distancia, puesto que los milanos acudían por docenas a posarse en la cúpula del edificio. Algunos creían que no se trataba de aves, sino de almas, las de las generaciones de

judíos de Egipto enterrados en Bassatine, que venían a reclamar su regreso a Jerusalén. De manera que, cuando levantaban la vista al cielo y veían a los milanos descender planeando armoniosamente por encima del Muski, la gente decía: «Hoy, Mordechai Zohar se ha levantado para cantar».

Esther se mantenía a la sombra, con la cabeza gacha, abismada en sus melancólicos pensamientos. Pasó una pobre mujer árabe, cubierta, pese al calor, con varias capas de tela sucia y con la cabeza envuelta en un gran pañuelo. La mujer se acercó tendiendo la mano. Iba acompañada de un joven de unos veinte años, descalzo, vestido con una galabiya rasgada y tocado con un curioso gorrito abigarrado; su hijo, sin duda. Parecía un poco corto; de la boca abierta le caía un hilillo de baba.

—Pobre... ¿No habla? —preguntó Esther.

—No con los hijos de Adán —respondió la mujer—, pero tiene un vivo ingenio, y no te fíes, su mano es ágil. No vengas a quejarte de que te ha robado. Tiene hambre.

—No tengo nada. Ya sabes que el día del sabbat los judíos jamás llevamos dinero encima. Pero voy a darle el pan de habas que he preparado para mi marido.

Esther se lo ofreció al muchacho. Este se apoderó con delicadeza del paquete envuelto en una hoja de periódico, lo olfateó y se acarició el rostro con él.

—¡Puedes! —le dijo su madre—. ¡Cógelo!

Los ojos del joven brillaron de alegría, dos grandes ojos claros, perfilados de negro como los de una gacela. Se comió el pan. La mujer cogió las manos de Esther.

—¡Que Dios bendiga tus manos, hermana! El pan es la carne de las plantas, y las habas que has entregado a mi hijo serán otros tantos hijos que Dios te concederá.

—¡Ay! —se quejó Esther—. Hace siete años que conocí a mi esposo y mi vientre sigue triste hasta el día de hoy.

—¡Oh, pobrecita! —respondió la mujer—. ¿Tienes idea de cómo me llaman?

—Dime tu nombre, y que tu día sea de luz.

—Sett Ualida, «Señora Mamá», así es como me llaman, porque me basta

con mirar a la búfala y todavía no le he vuelto la espalda cuando ya queda preñada. Conozco las plantas, las piedras y las palabras que propician la llegada de los hijos; también conozco los gestos que provocan su partida. Por eso me llaman «Señora Mamá», porque rijo la llegada de los hijos, cuando son deseados, y también su partida, cuando su propósito es impedir la vida. La gente me teme y pronuncia pérfidas palabras sobre mí. No hay que prestarles atención. Me acusan de ser una hechicera. ¡No los creas! Libero los vientres y también sé desatar los cordones de las bolsas de los maridos. ¡Mira!

La mujer se levantó el bajo del vestido, exhibiendo los muslos ante la mirada pasmada de Esther.

—De todos los hijos que han pasado por este vientre, solo me queda este...

Dejó caer de nuevo la falda y dio un tirón de orejas al muchacho, que hizo una mueca.

—Cuando paso cerca de Bab Zuweila, el barrio que me vio nacer, las madres dicen a sus hijos: «Ahí va la Babula que se os llevará para devoraros». Al verme, los niños corren a esconderse. Ya ves lo injustas que son, yo que soy la reina de los niños, que les entrego su alma —el término árabe significa asimismo «el deseo»— y la hago partir.

Esther observó más atentamente a la mujer. Era alta como un hombre, con la piel oscura de las gentes del sur. De su rostro emanaba cierta dulzura. La joven confió en su palabra. Pensó: «Dios ha atendido mis súplicas. No quiere que un alma pura como la de Motty se suma en la tristeza».

—¿Puedes hacer algo por mí? —le preguntó.

El trato no tardó en quedar cerrado. Esther se encontraría con ella en su propio mundo. Sett Ualida vivía en la calle, dormía bajo los soportales y se pasaba los días deambulando por la ciudad vieja.

—Me encontrarás ante el taller de un fabricante de colchones. Los artesanos me dan de vez en cuando un trozo de pan; en ocasiones los ayudo a limpiar el algodón.

Esther debería llevar su vestido y su manto, así como el pañuelo de la cabeza. La mujer le prometió que no pasaría un año antes de que un hijo varón descansara contra sus senos. Ante esas palabras, el joven apoyó el rostro en el pecho de su madre. La mujer miró alrededor. La callejuela se hallaba vacía.

Todos los judíos estaban rezando en el interior de la sinagoga y los árabes evitaban pasar por allí el día del sabbat. Con un solo gesto, se sacó un pecho. Era grande y firme, con la aréola casi negra y el pezón prominente. El muchacho posó delicadamente los labios en él. Después empezó a chuparlo cerrando los ojos. En la sinagoga iniciaban la lectura del Cantar de los Cantares. Era el pasaje: «Tus pechos son como dos cervatillos, los gemelos de una gacela que pacen entre los lirios...».

—¡Date prisa, idiota! —le dijo su madre, acompañando su recomendación con una leve palmada en la cabeza.

Esther contemplaba desconcertada la escena, que no trataba de entender. Después de todo, cuando el borriquillo mama de su madre, está de pie y vigoroso como lo estaba aquel joven.

Al cabo de unos minutos, la mujer rechazó a su hijo y se guardó el pecho.

—Dios da a todo el mundo —dijo—. Bienaventurados los que aceptan sus presentes. Yo puedo garantizarle el paraíso cinco veces al día, dado que él no sabe rezar.

Se alejó cojeando ligeramente, apoyada en el brazo del muchacho, dejando un rastro de intenso aroma a almizcle.

—¡Que tu día sea para bien! —le soltó Esther.

Sin volverse, la mujer respondió:

—¡Que nuestro padre te guarde, oh, hermana mía!

Los niños empezaban ya a salir de la sinagoga.

Bab Zuweila

Al día siguiente, a la hora de la colada, Esther, que ya no aguantaba más, relató su encuentro a sus tres tías. Maleka, que no tenía pelos en la lengua, exclamó:

—Conozco a esa bruja, se llama Jaduja. ¡Cuidado con acercarte a ella! Devorará a todos tus hijos, desdichada.

Las brujas no son tan estúpidas como para devorar la ausencia, se dijo Esther encogiéndose de hombros. Adina, la pérfida, soltó algunas de esas palabras envenenadas cuyo secreto poseía:

—¡Ve a verla, anda! El niño que te llegue será como el suyo. Dicen que de día lo alimenta con su leche, y que de noche es él quien la nutre con su simiente.

Y soltó una risita ahogada hundiendo el rostro en el hueco de las manos. Solo Tofaha, la más joven, dijo con un suspiro, comprensiva:

—Los niños nacen de la victoria sobre las fuerzas del mal. Si la medicina de los judíos no ha podido liberar al hijo que te está destinado, tal vez la de los árabes consiga abrir tu vientre.

Entonces Esther sonrió; aquellas palabras la habían calado hondo. Se sintió reconfortada. A menudo se había dicho: «Vivimos tan cerca de los árabes como un hombre de su hígado. El Corán contiene nuestras historias, y nuestra boca se llena con su lengua. ¿Por qué no son nosotros? ¿Por qué no somos ellos?». Le preguntó:

—¿Vendrás conmigo, querida tía?

—¿Crees que voy a dejar a mi hija, la hija de mi hermana mayor, sola frente a una bestia salvaje en Bab Zuweila sin siquiera mover un dedo? Bab Zuweila...

Y entonces las cuatro se echaron a reír, hasta tal punto las palabras «Bab Zuweila» les resultaban agradables al oído.

Habrían de transcurrir aún quince días antes de que, una mañana, Tofaha fuera en busca de su sobrina, recordándole que, tal como le había recomendado Sett Ualida, llevara consigo un vestido y un pañuelo de cabeza.

Muy cerca de la puerta de la tribu Zuweila, la encontraron sentada en el suelo, con la espalda apoyada en el muro de uno de los minaretes. Su hijo dormía en el mismo suelo, con la cabeza descansada en el regazo de su madre. Esta salmodiaba sin cesar las mismas palabras de una canción que empezaba con estos versos: «¿Acaso me ha engañado el amor, que se hace esperar todos los días y me hace soñar con él todas las noches?». Cuando vio a Esther, sacudió a su hijo. Él se apartó con presteza, protegiéndose el rostro con el brazo. Conocía la agilidad de la mano de su madre. La mujer invitó a las dos judías a tomar asiento en la sucia tela, como si se tratase de sillones en un salón burgués.

—¡Que vuestro día resplandezca de luz!

—¡Que tu día tenga la blancura del jazmín! —respondió Tofaha—. Te he traído tarta de sémola con miel para tu hijo.

—Me pregunto si mi hijo, el muy borrico, conoce otra cosa que no sea el placer de su boca.

Esther percibió chispas en la mirada del muchacho. Recordó las palabras de su tía Adina y se preguntó si se debían únicamente a la evocación de la tarta o bien pensaba en otros placeres menos confesables.

—No conocemos el nombre de tu hijo, a quien Dios guarde.

—¿Acaso lo sabe él mismo? —exclamó la madre—. Para mí es Nadji. Vete a saber cómo lo llaman aquellos a quienes habla en sueños.

Conversaron de esa guisa un rato, a la sombra de los dos minaretes que guardaban la entrada de la ciudad santa de los musulmanes, hablando de familias que no existían, de un pasado que imaginaban, de un futuro que jamás llegaría. Filosofía del instante, que sabe que la palabra es de significado libre.

Palabra para dejar transcurrir el tiempo, para respirar, para tomar parte en la cacofonía de la ciudad. Cuando la conversación pareció agotarse, Tofaha se sacó de un pliegue del vestido el manto de Esther y se lo dio a Jaduja.

—Aquí tienes lo que nos has pedido.

—¿Ha dormido con este pañuelo en la cabeza?

—¡Sí!

—¿Y el vestido?

—¡También tenemos el vestido! —respondió Tofaha señalando el paquete que Esther llevaba debajo del brazo.

La mujer tomó el manto y lo espolvoreó con un polvo rojizo que sacó de una caja de metal oxidado. Acto seguido encendió una cerilla y le prendió fuego. La tela crepitó proyectando chispas multicolores.

—¡Mirad! —dijo la mujer—. Los colores...

Las llamas cambiaban sin cesar de colorido, pasando del azul al rojo, otras veces al amarillo y otras al verde. Unos verdaderos fuegos artificiales. Entonces Jaduja tiró al suelo el pañuelo y este empezó a avanzar crepitando. Parecía un animal, una especie de araña, que reptaba en dirección a Esther.

—¡Oh, madre! —se sobresaltó esta, dando un salto hacia atrás.

El fuego se había consumido y aquella extraña cosa acabó plana en el suelo. Solo quedaba un montoncito carbonizado. Esther se acercó y, al tender la mano, el fuego se reavivó de repente. Retrocedió rápidamente. Y la cosa acabó de consumirse hasta el último hilo, desprendiendo un olor nauseabundo.

—¿Habéis visto? —preguntó Jaduja, la bruja.

Las otras dos la miraban con ojos como platos.

—Lo habéis visto, ¿verdad? ¡Son siete! Y tienen un jefe. A ese lo reconozco —dijo riendo burlona— por el olor... Se llama Nofal el Rojo. Por eso necesitaremos una plancha de cobre.

Cuando volvieron a Haret el Yahud, a tía y sobrina no les llegaba la camisa al cuerpo. Respondieron con evasivas a las preguntas de las otras dos tías, sin atreverse a hablar de su expedición. Lo cierto era que las extrañas propuestas de Jaduja las habían asustado. Al mismo tiempo, les daba vergüenza sacar a la luz su ingenuidad. Le habían dejado el vestido. ¿Qué pensaba hacer Jaduja? Todo el mundo sabe que resulta fácil echar un sortilegio sobre una prenda todavía impregnada de la persona. ¿El remedio que habían

ido a buscar no se revelaría peor que el propio mal? Si los hombres se enteraban de adonde habían ido y lo que habían hecho, darían una buena paliza a la mendiga y al retrasado de su hijo. Guardaron el secreto.

Esa noche, Motty percibió un olor extraño procedente de la cocina. «Mira a ver si hay una rata muerta en el cubo de la basura...». El cubo estaba vacío; todo estaba perfectamente limpio. Pese a ello, Esther procedió a lavar el suelo con abundante agua. Acto seguido quemó incienso. Sin embargo, el olor persistió. Al día siguiente fue todavía peor. Y esa noche se declaró de repente un fuego en el cuarto de aseo de Tofaha, un fuego extraño donde no se distinguía qué era lo que estaba ardiendo, como si el propio aire se hubiera inflamado. Al día siguiente, cuando las mujeres subieron a tender la ropa, cayeron piedras sobre la azotea que no procedían de ninguna parte, como si llovieran del cielo. Cada día, y cada noche, se producía un nuevo fenómeno, unas veces en casa de Esther y otras en la de Tofaha. Los objetos más usuales desaparecían, en especial los utensilios de cocina. Las alcarrazas, esas pequeñas vasijas de arcilla en las que se deja refrescar el agua, se vaciaban misteriosamente. Una mañana, cuando Tofaha fue a ponerse las babuchas, notó una sensación extraña. Se habían vuelto inmensas, hasta el punto de que habrían podido albergar dos pies cada una. Los fenómenos se iban repitiendo día tras día. El agua subía de los sifones, las puertas y las ventanas se abrían al revés, los cristales se rompían solos, sin que nadie se acercara a ellos... Al cabo de una semana, cuando ya no aguantaban más, las dos mujeres hablaron por fin de ello. Hasta entonces no habían intercambiado palabra alguna en relación con las recomendaciones de Jaduja.

—Tendremos que volver allí —balbuceó Esther.

—Ella dijo «la primera noche de la luna».

—¡Es mañana!

Se pusieron en camino a la puesta del sol. Oyeron el canto desde lejos...

«Oh, la belleza, la languidez de la noche. Vi su pecho a la luz de la luna. Y su rostro reflejado en el agua del Nilo. Oh, Nofal, oh, Nofal, oh, Nofal... Rojo, tu color es tu fuerza; es la guía de nuestras vidas...».

No se sabía de dónde salía esa voz de hombre, potente, profunda, de timbre perfecto, en un momento de música absoluta. Y la nota se prolongaba, sola, a capela, minutos enteros... «Oh... Oh, Nofal, oh, Nofal, oh, Nofaaaa...». De repente, la voz calló, dejando en el espacio un vacío inquietante. Y fue la tambura, la lira tradicional de seis cuerdas, la que desgranó la melodía con virtuosismo. A continuación, el ritmo, llevado por docenas de manos, y seguidamente, a contratiempo, las tarabokas, los tambores; los graves primero, el gran bendir, y luego el tabla. Llegó el segundo ritmo, los taks y los doms de los tablas, después el tintineo de los crótalos, y ya estaban todos implicados. Una caravana que se pone en marcha, el ritmo lacerante de los camellos, el movimiento de los jinetes en las sillas. Y una vez que el ritmo se hubo instalado, la voz regresó, un tanto ronca, también sufriente, la de un trabajador, un campesino que, en el ocaso, se complace en honrar su tierra y cantar su mística... «Oh, Nofal, oh, Nofal, oh, Nofal... Oh, Nofal, oh, Nofal, oh, Nofal... He visto a la luna iluminar su pecho... Semejante belleza solo existe en los sueños».

Al capturar a los campesinos en sus espejismos, la ciudad de El Cairo engendraba a miles de poetas nostálgicos cuyo llanto surgía con la luna, como las nubes de mosquitos, escoltados por invisibles camellos. Así, con sus cantos a los espíritus, los campesinos del Nilo soportaban la ciudad adónde la miseria los había conducido; de esta manera, la ciudad extraía su fuerza del limo milenario.

Jaduja, la bruja, aquella a la que llamaban «Señora Mamá», las había conducido a una especie de patio interior, donde unas treinta mujeres se afanaban de un lado para otro. Contra la pared, una decena de músicos, de pie, afinaban sus instrumentos. En las cuatro esquinas ardían antorchas.

Esa noche Jaduja estaba casi elegante, vestida de negro de pies a cabeza. Por la noche la mendiga se transformaba en vestal. Se había delineado los ojos con un trazo de kohl. Allí desempeñaba la función de ayudante de la kudiya, la maestra de ceremonias, una anciana de brazos musculosos, más fuerte que un hombre. Cuando cruzaron el umbral del patio, la kudiya señaló a Esther con el dedo y preguntó, con una voz que parecía la de un hombre:

—¿Es ella la que ve, toca y retiene?

—¡Tu palabra es dulzura, oh, tú que gobiernas! —respondió Jaduja.

Entonces la kudiya midió a Esther. Recorrió su cuerpo con un palo de un codo de largo, obteniendo cifras..., cinco, luego siete, doce y por último diez. Desplegó el vestido que Tofaha había confiado a Jaduja una semana atrás y que visiblemente había sido preparado y perfumado. Acto seguido le ordenó:

—Ponte esta prenda. Vamos a leer los signos...

¡Ah, leer los signos! Buscar en las sustancias impalpables, en el aire que quema, en el ritmo de los tambores, en los pasos de la danza, las huellas dejadas por los invisibles... ¡Eso era leer los signos!

Entonces, la kudiya levantó una mano en dirección a los músicos y la voz del hombre, un campesino sin edad con una galabiya a rayas, se elevó de nuevo imponiendo silencio.

«Aaaaah... Oh, Nofal, oh, Nofal, oh, Nofal... Los que descienden son dichosos en las profundidades; los que suben florecen en el cielo. Qué hermosa es, sus ojos negros como los del cervatillo. He visto a la luna iluminar su pecho. Cada maestro de ceremonias posee su propia visión. Aaaaah... Oh, Nofal, oh, Nofal, oh, Nofal...».

Fue así como comenzó la danza, el trance, la ceremonia de las presencias. Fue así como empezó el rito de los señores, a los que a veces denominaban zars... Una primera mujer se lanzó al centro de la reunión. Sus pies volaban, guiados por los tambores. Su masa había desaparecido como por arte de magia. Se había convertido en viento, olor, esencia...

Uno que tocaba la taraboka inició un interminable solo. Los músicos lo acompañaban con sus gritos: «¡Toca, hijo mío, sigue tocando!». Las mujeres lanzaban yuyus. Y la bailarina aceleró el paso sin dejar de dar vueltas. Una estrofa acudió entonces al cantor. No se trataba de lo que llamaban los «momentos», los cantos ya conocidos, repetidos semana tras semana, sino de una improvisación:

«Contempla, Abdalá, la belleza que surge de la mujer y se difunde por el mundo... ¡Toca, sigue tocando!».

Entonces la mujer cayó. Quedó tendida de bruces, presa de estremecimientos. Las demás se acercaron sin dejar de bailar, le acariciaron la cabeza y la espalda con ternura. La ayudaron a levantarse y la sacaron del círculo. La condujeron a otro patio, donde pudo recuperar el aliento, mimada por las manos de las mujeres.

Noche de las presencias, noche de locuras. Una segunda mujer avanzó. Esta era mucho más joven. Su vestido ligero empapado en sudor dejaba entrever sus formas mejor que si estuviera desnuda. La voz del primer cantor repitió el estribillo: «He visto su pecho a la luz de la luna...». También ella bailó; y también acabó cayendo. Su voz era grave, como la de las verduleras del mercado. Rodaba por el suelo diciendo: «Oh, Nofal, oh, Nofal, oh, Nofal...». Y los músicos respondían: «Aaaaah... Has desposado las tinieblas de la noche e intensificado la negrura de tus ojos».

Esa noche fueron más de diez las que cayeron sucesivamente por Nofal, bañadas por las palabras de los músicos, ofreciendo su voz a los espíritus.

No eran varias, habían dejado de ser unas y otras; juntas, confundidas, ¡se habían convertido en Nofal! Era a él a quien sentían vibrar, brincar, oler, tocar... Nofal era esa unión de mujeres, y aunque tomaba posesión de cada una, residía en la danza, en la música de todas ellas. ¡Nofal era presencia!

De pronto, Esther empezó a estremecerse. Le temblaban los brazos, el vientre, también la boca, y una extraña sonrisa iluminaba su rostro. Su tía la agarró por los hombros para sujetarla. Pero ella se soltó con un solo movimiento y salió corriendo al centro de la reunión. Los músicos se apartaron de la pared y se aproximaron a la neófita.

«Cada maestro de ceremonias posee su propia visión. La belleza ha abandonado el sueño. Ha plantado un pie en el suelo. Ven a mí, oh, belleza, ven a mí. Tú que reúnes a los espíritus de la noche. Tú que posees la gracia de la gacela. Oh, Nofal, oh, Nofal, oh, Nofal...».

Esther jamás había bailado en toda su vida, pero esa noche la música se apoderó de sus pies, de sus caderas, de su vientre. «¡No!», exclamaba la tía Tofaha, que a cada vuelta trataba de agarrarla, de sacarla del círculo encantado. ¡Nada que hacer! Esther se dirigió hacia la pared de los músicos, se acercó al que tocaba la lira, le arrancó el cigarrillo que pendía de la comisura de sus labios y, llevandoselo a la boca, dio una profunda calada. Los hombres rezongaron. Uno de ellos exclamó: «¡Oh, el valeroso! Oh, el señor...». Esta vez había recurrido a una palabra antigua. Al utilizar el término «señor», lo hacían en el sentido de «señor de la noche», «señor de lo oculto»... Los zars descendían para visitar a los vivos.

Los solos de taraboka se sucedían vertiginosos, calmados en cada ocasión

por la voz pausada del primer cantor, que invocaba indefinidamente a Nofal, reclamando su presencia, a quien ofrecían la belleza de las mujeres. Esther seguía dando caladas al cigarrillo. A continuación quedó presa en un movimiento de atrás hacia delante, que le arrojaba el cabello contra la nuca y luego lo devolvía hasta taparle la vista, adelante, atrás, adelante, atrás... El que tocaba la taraboka avanzó, primero adoptando su ritmo, que acompañó varios minutos antes de acelerarlo. Esther daba un paso, iba hacia delante, retrocedía, luego hacia atrás. Su cabellera seguía la oscilación de las llamas de la antorcha.

«Mira cómo lanza la mirada la novia; cómo los ojos de la novia despiden llamas. Yo canto, canto, canto, hasta la mañana de los amantes. Canto, canto, canto, por el placer en sus ojos».

Y el conjunto de los músicos reanudó a coro: «Canta, canta, oh, canta el amor de los novios. Oh, Nofal, oh, Nofal, oh, Nofal... Es la primera vez que se ven con sus propios ojos. Oh, la belleza, la belleza, la belleza...».

El movimiento de sus caderas se volvió cada vez más vertiginoso, entrecortado, siguiendo el ritmo de los tambores. Y todo su cuerpo empezó a temblar como si la recorriese una corriente eléctrica. Finalmente, se derrumbó en el suelo con un suspiro. Jaduja la cubrió con la tela roja. Y los hombres lanzaron gritos a coro, como si llorasen.

La kudiya, la maestra de ceremonias, sentada en su viejo sillón de madera como en un trono, hizo una seña a Tofaha, que acudió a su lado. Le habló al oído:

—¿Sabes?, todo esto proviene de un error muy antiguo. El sultán de los yinns, enamorado de la hija del faraón, pretendía desposarla. Pidió su mano a su padre. Sin embargo, el faraón se negó a dejar marchar a su hija al reino de los yinns. Entonces, el yinns tomó posesión del cuerpo de la muchacha. Solo accedió a salir de él si le organizaban una velada como esta a la que acabas de asistir. Cuantos más regalos le ofrecía el faraón, más lo honraba el sultán de los yinns, pero siempre aplazaba para más tarde la liberación de la joven.

Tofaha escuchaba el relato con los ojos como platos, sin poder aceptarlo ni tampoco cuestionarlo.

—¡Dame dinero!

—¿Cuánto? —preguntó Tofaha.

—¡El que tengas! ¡Qué más da!

Tofaha le entregó las pocas monedas que llevaba apretadas en un pliegue del vestido. No era gran cosa, apenas con lo que comprar unas tortas de pan. La kudiya se levantó, dio siete vueltas al dinero por encima de la cabeza de Esther y fue a ofrecerlo a los músicos. Las mujeres lanzaron yuyus.

Era la primera noche.

Durante las semanas siguientes, Tofaha acompañó en varias ocasiones a Esther a Bab Zuweila para asistir a otros rituales de danza. Cada vez, la joven caía antes al suelo, más deprisa; su danza era más y más bella. Nunca evocaban juntas los gestos impúdicos de las bailarinas, las canciones de un erotismo endiablado, las miradas de los músicos cargadas de deseo ni el ardor del ambiente, que les penetraba hasta las entrañas. Compartían un secreto que las avergonzaba y que, sin embargo, las llenaba de orgullo. En realidad, tenían la sensación de estar transgrediendo los límites de su comunidad, al igual que los del decoro, pero al mismo tiempo se hallaban convencidas de que actuaban por un bien.

Una noche encontraron el patio vacío de músicos. Únicamente oyeron el ruido repetido de un martillo que alguien golpeaba con cadencia. En un rincón, un hombre pelirrojo, con una larga galabiya blanca y un turbante en la cabeza, estaba plantado ante una hoguera que un joven ayudante avivaba con un fuelle. Empapado en sudor, trabajaba una plancha de cobre. Esther y Tofaha retrocedieron asustadas.

—No temas nada —dijo la kudiya a Esther—. ¡Esta noche voy a liberarte!

Y esa noche le sellaron al tobillo una pulsera de cobre similar a la que en tiempos muy antiguos se fijaba a los pies de las esclavas. La kudiya no le explicó cómo una pulsera de esclava podía liberar a las cautivas de los arars. Tampoco le hizo ninguna recomendación. Se limitó a pronunciar bendiciones musulmanas acompañadas de palabras que le eran desconocidas, palabras de los pueblos del sur, probablemente. Entre las frases en árabe, Esther reconoció «En el nombre de Dios», por supuesto, también «El misericordioso que otorga su misericordia»... y «La novia ha entrado en la casa del señor...». Una frase que resonó en ella y se grabó para siempre en su memoria.

De vuelta en la callejuela de los judíos, Esther ocultó su pulsera tobillera, su joljal. Adquirió la costumbre de llevar largos vestidos que le cubrían los

pies. Ahora bien, un objeto semejante no podía permanecer oculto mucho tiempo. Estaba el hammam, donde las mujeres compartían largas horas, a menudo completamente desnudas, examinándose la una a la otra, o también masajeándose, peinándose, depilándose.

—Oh, querida... —le soltó Adina, que fue la primera en reparar en ella—, una joya árabe. Me perdonarás, cariño, pero la encuentro vulgar. Si tu marido la viera...

Esther se encogió de hombros con desdén. Motty había percibido de inmediato el joljal. Lo recorrió con los dedos sin hacer ningún comentario ni plantearle pregunta alguna. Sin duda había comprendido la necesidad de aquel objeto, puesto que le susurró al oído: «Cuando nazca nuestro varón, te regalaré siete pulseras de oro». Y esa noche fue como la primera noche. La acarició largo rato, murmurándole palabras que hablaban a las entrañas: «Belleza mía, mis ojos, luz de mis días, dulzura de mis noches...». Y cuando se dejó deslizar entre sus dedos, las estrofas de Bab Zuweila daban saltitos en el alma de Esther: «Canto, canto, canto, hasta la mañana de los amantes...». ¡Eso no!, se decía. Jamás podría contarle aquello.

Su tía Maleka adoptó un aire grave cuando la hizo objeto de sus reproches. ¿Tenía idea de cómo llamaban los judíos a lo que había hecho en aquel estercolero que era Bab Zuweila? Entre aquellas basuras, aquellas arrastradas... ¡No! No lo sabía porque era una ignorante. Y añadió, sentenciosa: «Como dicen nuestros eruditos, es a través de los ignorantes como la maldad entra en la familia...». Pues bien, ya le enseñaría ella a aquella iletrada. Lo que había hecho tenía un nombre:

—Lo llaman «el servicio a los dioses ajenos». Y es haram, pecado. Tú no lo entiendes. Se trata de algo grave, muy grave. Tendré que preguntar al rav Murad. Tal vez conozca la manera de purificarse tras tamaña ignominia...

Esther bajó los ojos, porque lo propio es respetar a tu tía, la hermana de tu madre, pero no se sentía culpable. En cuanto a Murad, no tenía nada contra él. Al contrario, lo apreciaba, había sabido defenderla durante sus crisis de adolescente, impedir que su familia la rechazase tildándola de loca. Pero en fin, ¡el rav Murad no era una mujer! Cuando Dios quiere enviar un alma a la tierra, no es al rabino al que se dirige, sino al vientre de las mujeres. De manera que ya podía contarle que había que hacer esto, que no había que hacer

lo otro... Para guiar a un caballo, primero hay que cabalgarlo. Dicha frase, que no sabía de dónde le venía, se le antojaba acertada. Fue así, pues, como respondió a su tía:

—Para guiar a un caballo, primero hay que cabalgarlo.

Quién sabe lo que entendió la tía Maleka; sin duda percibió en ello una alusión sexual, porque respondió a Esther con una bofetada.

—¡Hija de puta! —le soltó—. Esas cosas no existen en nuestra familia.

La disputa se envenenó. Se mezclaron en ella otras mujeres que apoyaban a su tía, a excepción de la vieja Helwa.

—Tenéis voz, por supuesto —dijo la anciana—, y la lengua se agita en vuestra boca. Pero ¿acaso hay una razón que la rijan? ¡Miradme! ¿Alguien me ha reprochado alguna vez que sirviera a dioses ajenos?

Las otras, estupefactas, guardaron silencio. Helwa se levantó el vestido y agitó el pie izquierdo. Un joljal le ceñía el tobillo, pero no era de cobre bruto como el de Esther, sino de cobre labrado con motivos en oro, enrojecidos por el tiempo.

—¡Mirad! También yo participé en ceremonias de presencia.

—¿Tú, oh, abuela mía? —exclamó Esther—. ¿También tú bailaste al son de los tambores? Pero ¿por qué?

—¡Por nada! —mintió la anciana—. Uno se siente mejor cuando ha bailado, eso es todo. Pero no he vuelto desde que nació Tofaha. Como ves, hace mucho tiempo...

Y Helwa esbozó un paso de baile para demostrar que su cuerpo aún lo recordaba.

—Canto, canto, canto...-farfulló.

Esther sonrió al reconocer la melodía que trotaba en su cabeza desde hacía semanas.

Pese a aquel golpe teatral, Maleka no aflojó. Arrastró a su sobrina a ver al rabino. La anciana las acompañaba.

—¡Sin duda! —dijo Murad—, ¡sin duda! La danza con los tambores, los fuegos y los colores, ¡oh, sí! Está claro que se trata de un servicio a los dioses ajenos. Incluso es el peor de todos, puesto que, para designar ese acto impío, en hebreo decimos: avoda zara. ¿Y sabéis cómo se llama la ceremonia en la que participó Esther?

—¡El zar! —respondieron las tres mujeres al unísono.

—¡El zar! Que Dios nos proteja... ¡El zar, exactamente! Zar..., zara... Comprenderéis que cuando nuestros eruditos definieron a los dioses ajenos, utilizaron la palabra «zara» porque tenían al zar en mente. De hecho, para ellos, de todos los dioses ajenos, el zar era el más ajeno.

Las tres mujeres, impresionadas por la claridad meridiana del razonamiento del rabino, movieron afirmativamente la cabeza con aire de entendidas. Sin embargo, al cabo de un rato se sintieron manipuladas. Helwa fue la primera en reaccionar.

—Y dime, hijo mío —le preguntó mirándolo de arriba abajo—, si servimos a un dios ajeno, ¿eh?... ¿qué se supone que debería ocurrirnos, vamos a ver?

—Ah... —vaciló Murad—, si nos fiamos de lo que está escrito en la Torá, la persona que ha cometido tal monstruosidad se verá apartada del seno de su pueblo...

—¡Oh, pequeño mío! Apartada del seno de su pueblo... ¿significa... apartada?

—Significa... ¡eso, sí! Se irá para no volver. Incluso tal vez muera...

—¡Oh, vaya! —exclamó la anciana riendo burlona antes de enfadarse—. ¡Que tu madre te aparte del seno de tu pueblo, hijo de perra!

—¡Pero madre! —se lamentó Maleka—. No se puede hablar así al rabino.

—¡Y que su madre vaya a reunirse con él en el Gehena, donde ambos arderán durante mil años! ¿Cómo que no se puede?... ¿Y por qué no se iba a poder? ¿Acaso tiene una pierna más que nosotras? ¿Y de su culo salen quizá pétalos de rosa? Yo te digo que este lleva un cuchillo en el culo...

Murad era joven y aún no conocía la vehemencia del vocabulario que empleaban los habitantes de la callejuela de los judíos. No obstante, comprendió que le urgía hacer acopio de cierta diplomacia.

—¡Esperad! —exclamó—. ¡Esperad!

—Que lleva un cuchillo en el culo, te digo —insistió la vieja—. Por eso no puede ni sentarse ni permanecer de pie.

—¡Pero déjalo hablar, por Dios!

—¡Sí, déjalo hablar, querida abuela! —intervino Esther.

—¡Hay excepciones, por supuesto! —empezó el rabino contorsionándose.

—Excepciones..., ¿y qué significa eso?

—¡Pues significa excepciones!... Cuando se trata de curarse, por ejemplo.

—¡Ja, ja! —canturreó la abuela.

—¡Que sí! Cuando uno está enfermo y se ha comprobado que los remedios conocidos no lo ayudan, está autorizado a recurrir a dioses ajenos. Pero solo para curarse, ¿eh? ¿Lo entendéis?

—Y no para acudir a la... —Maleka no encontraba la palabra—, la..., la putada esa del zar.

—¡Cállate, so petarda! —la reprendió su madre, escandalizada por la expresión.

—Has dicho «curarse», ¿verdad? —preguntó Esther al rabino.

De repente la anciana Helwa se mostró más conciliadora.

—Entonces —propuso—, ¿y si dijeras que fue para curarse de una enfermedad cuyo único tratamiento es el que conocen las mujeres árabes..., si dijeras que mi pequeña se dirigió a Bab Zuweila por esa razón, qué te parece? ... ¿Estarías de acuerdo en presentar las cosas así, con el fin de acallar las murmuraciones que corren de boca en boca por la callejuela?

El rabino se rascó largo rato la barba.

—Diría que eso es asunto de mujeres, y que las mujeres conocen la manera de tratar sus asuntos. Eso es lo que diría...

La abuela no se sentía satisfecha con la respuesta del rabino; era demasiado ambigua y permitía que subsistiera la duda sobre la naturaleza del tratamiento.

—¡Venid! Volvamos a casa. Este debe de ser un bastardo. Vamos a ver, ¿qué saben los asnos sobre la degustación del sirope de jengibre?

Y, volviéndole la espalda, las tres prorrumpieron en carcajadas, reconciliadas en un instante a expensas de Murad.

La palabra del rabino hizo su parte, y el tiempo obró el resto. Pronto nadie reparó ya en el joljal que ceñía el tobillo de Esther. Tres meses más tarde, su vientre se redondeó.

«¡Dios nos asista! —le decían las mujeres con las que se cruzaba—. No querría importunarte, pero, querida, ¡cómo resplandece tu rostro!». «¡Es el aliento de la primavera!», respondía Esther.

Era el mes de marzo y, en aquel año de 1925, el barrio zumbaba con mil

rumores. Pretendiendo servir de ejemplo, el mariscal Allenby, el vencedor de Megido, había renunciado a sus funciones de alto comisario británico. Mediante un acto simbólico, quería poner de manifiesto su fe en la independencia del país. Por primera vez desde los faraones de la Antigüedad, Egipto iba a ser egipcio. Y en el mismo momento —¿casualidad?—, un gigante surgía de la tierra. «Al parecer estamos desenterrando al padre terror...». Así era como árabes, coptos y judíos llamaban en Egipto a la Esfinge de Guiza, de la que por entonces solo se divisaba la cabeza, gigantesca, que se bañaba en las dunas. Y cada cual soltaba su comentario o su chiste al respecto. De hecho, no sabían distinguir lo uno de lo otro. «Bajo tierra, como prolongación de esta cabeza, hay una inmensa estatua, de cientos de metros de altura. Según parece, se trata del cuerpo del golem que se petrificó cuando Moisés retiró el nombre de Dios que previamente había deslizado bajo su lengua...».

El año en que desenterraron la Esfinge, los comunistas intentaron implantarse en la callejuela de los judíos. A lo largo de varias semanas, Joseph Rosenthal, el fundador del partido, se instaló en la linde del Muski, en el café que bordea el hotel del Nilo. Abordaba a los hombres de la callejuela con un acento alemán que se podía cortar con cuchillo: «¡Proletarios, unios!», y les distribuía octavillas escritas en árabe que él no sabía leer. Por lo demás, la palabra «proletario» la pronunciaba en francés.

—Eso significa... ¿Qué significa «broletarios»? —preguntó el tío Dudú.

—Ya sabes, Rosenthal es un shlecht —le respondió Elie.

—¿Y qué es un shlecht?

—Un shlecht es un ruso o un alemán al que no le gusta la tarta de sémola con miel.

¿Era posible que hubiera alguien a quien no le gustara la bashoussa?

—¿Eh? Pero ¿qué estás diciendo?

—¡Es verdad! —insistió Elie—, la tía Oro le ofreció una porción. La probó y luego la escupió en el suelo diciendo: «¡Schlecht! ¡Schlecht!». Desde entonces, a todos los que son como él los llamamos «shlecht».

Y en vista de que el otro seguía sin entender, añadió:

—¡Sí! Tienen ojos transparentes, llevan trajes dentro de los cuales se mantienen tiesos como títeres y no saben pronunciar la letra ain.

—¡Ah! ¿Quieres decir un wuz-wuz?... Entonces, lo de «broletarios»...

¿Qué es eso de «broletarios»?

—Lo de proletarios, esto..., es para explicarnos que somos pobres.

—¿Que somos pobres?... Vaya con el fisgón, el metomentodo, que Dios maldiga a su madre y a la madre de su madre... —zanjó Dudú. Y añadió—: ¡A lo largo de diez generaciones!

—No digas eso, pobre hombre. El año pasado lo metieron en la cárcel junto con los comunistas de Alejandría. Claro que tú no sabes lo que son los comunistas.

—¿Cómo? ¿Que no sé lo que son los comunistas? ¡Sí que lo sé! Son wuz-wuz, judíos del invierno, que quieren volverse cristianos.

—¡Idiota! ¡Eres idiota! Es un movimiento po-lí-ti-co. ¿Sabes algo de política?

—Bolitika o Boliturk, tanto da, es como un viento de arena. Los granos siempre acaban por caer de nuevo al suelo.

Y los dos se echaron a reír. Ahora bien, ese año no solo los comunistas estaban interesados en los humildes judíos del barrio. Un hombre, cuya familia había abandonado la callejuela de los judíos varias generaciones atrás, se había convertido en ministro de Fuad I, el nuevo rey de Egipto. Ennoblecido, llevaba el título de bey, pero pronunciaba su nombre en francés, con una partícula, como los aristócratas. Moise de Cattai Pachá, banquero y judío de corte, destinaba gran parte de su fortuna en ayuda social para los necesitados del barrio.

Esa mañana, el automóvil Hispano doble faetón, precedido de dos sayes con librea de brocado de oro abriéndole camino, se había detenido ante la entrada del Muski. El pachá, vestido con una galabiya inmaculada, una capa de terciopelo sobre los hombros y con la cabeza ceñida por un turbante blanco, avanzó por la callejuela, majestuoso como un papa. Había decidido elegir, entre los más despiertos, a una decena de muchachos para concederles una beca de estudios en su escuela de Sakakini, donde enseñaban francés según las reglas dictadas por la Alianza Israelita Universal. Aún no había alcanzado la pasarela que atravesaba la primera calle, cuando ya una densa multitud lo rodeaba, intentando tocar aunque solo fuera el dobladillo de su capa. Detrás de él, dos secretarios, también con librea, iban distribuyendo una a una pequeñas monedas. No debían de ser ni las ocho de la mañana cuando llegó

ante el colmado del tío Elie. Justo en ese momento Esther y Motty salían de la casa, ella sujetándolo del brazo, él tanteando con el pie para evitar las rodadas y las piedras. Fue él quien tropezó con el bey; Motty palpó el traje del hombre rico, acariciando el terciopelo de la capa, demorándose en la seda de la galabiya. Su mano llegó a la barba blanca, perfectamente recortada. Recorrió un instante el rostro. Un silencio de plomo reinó de repente entre la multitud. ¿Cuál sería la reacción del bey? ¿La cólera? ¿El desprecio?

—Este hombre tiene muchas preocupaciones con su hija —dijo Motty—. No entiende el motivo, pues es un hombre recto y temeroso del Señor. ¿Y acaso no dicen: «Dios siempre vela por que aquel a quien ama sea a su vez amado por los hombres»? Es preciso que sepa que se trata de una prueba; no debe creerse víctima de una injusticia. Un poco de paciencia. Dos años más y el árbol que ha cuidado en su jardín le dará los más bellos frutos.

Motty apartó las manos del rostro del hombre y lanzó un suspiro. Los demás contenían el aliento. El bey sonrió y, comprendiendo que tenía ante sí a un ciego, se volvió hacia Esther.

—¿Es tu marido? —le preguntó.

—Es mi hermano, mi dueño y mi marido —asintió Esther.

—Llévalo a mi casa mañana por la mañana, a la mansión de los Cattai, en Zamalek. Quiero hacerle algunas preguntas.

Al día siguiente, Esther y Motty regresaron de los barrios ricos hacia el mediodía. Cuando el automóvil llegó por Joronfesh, abriéndose paso a grandes toques de claxon por las cada vez más estrechas callejuelas, los niños salieron de La Gota de Leche, la institución donde podían obtener gratuitamente un poco de pan, y se pusieron a gritar: «¡Motty Zohar va en el coche y el coche avanza!». Ciertamente, no se trataba del Hispano, sino tan solo del pequeño, un Oakland de seis cilindros, azul, rutilante. Pero en Haret elYahud nunca habían visto una cosa semejante: un judío de la callejuela acomodado como un pacha en el asiento trasero de un automóvil. Esther bajó la primera, ayudada por el chofer con librea. Se había puesto el vestido rojo, el de los rituales de zar. Por una vez, se había recogido el cabello en un moño y se había maquillado los ojos. Incluso había tomado prestados unos zapatos de su tía Tofaha, que se apresuró a quitarse tan pronto como sus pies tocaron el suelo de Haret elYahud. Caminaban cogidos del brazo, con paso olímpico,

acompañados de docenas de niños, que armaban gresca.

—¡Mira! —dijo la tía Maleka—. Mira cómo levanta la nariz.

—Querida, siempre lo he pensado —respondió la tía Oro—. Los yinns le han revuelto los sesos. Se cree la reina Nazli.

—¡Oh! La queen... ¡La reina de las moscas, sí! ¡Menuda hija de perra!

—Algún día alguien tendrá que bajarle los humos —añadió Adina.

Y las tres hermanas, Maleka, Adina y Tofaha, junto con su prima Oro, miraron pasar atónitas a la pareja. Si en aquel momento hubieran sabido que Moise de Cattai Pacha, el bey, impresionado por la precisión de las adivinaciones de Motty, había concedido a la pareja una dádiva de diez libras —mil piastras, diez mil milésimas...—, tal vez alguna de ellas habría sufrido una crisis cardíaca, o bien se habría arrojado al Nilo o incluso al fuego. Adina se limitó a escupir en el suelo.

Una semana más tarde, Esther despertó en plena noche y se notó un líquido viscoso entre los muslos. Encendió una vela y lanzó un grito. Estaba sangrando. La criatura a la que tanto le había costado hacer llegar..., aquel hijo se disponía a partir sin haber visto a su padre siquiera. Se deshizo en lágrimas.

—¡Estate quieta! —ordenó Motty—. No te agites; evita hacer el menor movimiento. Con las primeras luces del día te pones en camino.

Cuando oyó moverse a Mahmud, el trapero, Esther le suplicó que la llevase. Por cinco piastras, él accedió a conducirla en su carreta. Y allá que fueron los dos, él tirando de las varas del carro y ella repitiendo incansable la única frase que había retenido de las oraciones: «Escucha, Israel, Dios es nuestro dios; Dios es Unidad».

A la entrada de Bab Zuweila, un rayo de sol iluminaba la cúspide del minarete. Encontró a Jaduja, la bruja, tendida sobre sus harapos; el simple de su hijo dormía con la cabeza apoyada en su vientre. La sacudió.

—¡Levántate! De vez en cuando sale el sol, y es entonces cuando mueren los hijos de Adán.

—¡Que la desgracia caiga sobre mí! —respondió la otra—. ¿Qué ocurre?

—Debes conducirme de inmediato a casa de la kudiya.

Mientras Jaduja dirigía a Mahmud y su carreta a través de las callejuelas de Bab Zuweila, Esther contemplaba el cielo. El sol brillaba al igual que la

víspera; brillaba como lo hace siempre en Egipto, potente y muy cercano. La ciudad despertaba, plena de fuerza y de ruidos. El mundo se mostraba indiferente a su dolor. Ni la tierra ni el cielo nos hacen una señal cuando la aflicción nos asedia, se dijo Esther. Quien no parte en busca de mensajes, morirá en la calle, abandonado por todos, como un perro.

La kudiya la tendió en un sofá y le preparó té.

—Los celos, oh, la amada, la novia... ¡Son los celos! —Y añadió—: Voy a arreglar tu asunto.

—¿Los celos?

—¡Sí! Los celos han entrado por la puerta grande porque no sabes ocultar tu felicidad... ¿Alguien te ha mirado? Una anciana... ¡Piensa! Llevaba un colgante. ¿No te diste cuenta de que la joya apestaba? Hedía a podrido..., ¿lo recuerdas? Pues bien, yo te lo diré: lo que ocurre es que su colgante llevaba dentro la sangre de un muerto, de un accidentado, un asesinado o incluso un suicida. Sin duda, recogió la sangre en un cementerio, tal vez en la morgue. Después empapó un pañuelo, un trapo viejo, que encerró en la joya. Se inclinó sobre ti. Respiraste la muerte. ¡De ahí proviene tu desgracia!

—¿Y entonces?

—Le devolveremos el hechizo a esa puta, a ese pendejo... ¡Se va a enterar de lo que vale una hija de Nofal! Pero primero vamos a limpiarte. Dame toda tu ropa, la quemaremos. Dame tu cabello, lo enterraremos. Dame tus uñas e iremos a depositarlas a los pies de un santo. Y cuando vuelvas a casa, le pides a tu marido un vestido nuevo. Lo incensaremos con mirra... y te fabricaré un cinturón, un talismán que llevarás alrededor del talle. Y tu bebé se sentirá tan bien a tu lado que ni siquiera después del noveno mes querrá salir a la luz...

—Pero ¿y ahora?... Ahora... ¿qué vas a hacer? —preguntó Esther, preocupada.

—¡Dejarte dormir, oh, novia!

El tratamiento se prolongó mucho tiempo, casi un mes, durante el cual Esther no volvió a poner los pies en Haret el Yahud. Todos los días, Gugú, un chiquillo del barrio, se presentaba en busca de noticias, enviado por Motty. Todos los días volvía cargado de exigencias. Se necesitaban tres pollos, diez metros de algodón tejido, una libra para comprar un cordero, docenas de velas... Y Motty pagaba, sobra decirlo, tanto era así que al cabo de un mes la

suma que habían recibido del bey se había fundido como la nieve al sol. Elie le decía: «Tu don, la capacidad para leer el futuro, Dios no te lo vendió, ¿a que no? Te lo entregó. ¿Acaso crees que, ahora que está en tu poder, vas a transformarlo en moneda de cambio? —Y añadió meneando la cabeza—: Dios es un buen comerciante. Siempre recupera más de lo que da... Por eso debes gastarlo todo, y más que tengas...». Esther recibía los cuidados de la kudiya, pero también aprendía el arte de disponer sobre la bandeja los polvos de colores, cómo echar las cartas y leer el destino, a fijarse en las series de cifras que salían en los dados y asociarlas con los relatos de yinns que le narraba la cheija.

Un día, una mujer apareció con una víbora cornuda que se sacudía dentro de una bolsa de tela.

—¡He aquí tu talismán! —dijo la kudiya blandiendo la bolsa—. Pronto podrás volver con tu marido.

La agarró por la cola y la sacó de la bolsa. Las mujeres huyeron entre alaridos a la vista de la víbora, pero la anciana la sujetaba con firmeza, riendo. Después, con mano experta, le agarró la boca con dos dedos y la obligó a morder un gran trozo de cuero. Entonces le quebró limpiamente los dos colmillos del veneno.

—¡Esto es para la vieja que te echó el sortilegio! —dijo exhibiendo los colmillos.

No resultaba difícil adivinar que contaba con utilizarlos para fabricar uno de esos terribles objetos que actúan a distancia. Guardó con sumo cuidado los colmillos en una vieja caja de hierro. Acto seguido estrelló el cráneo de la víbora contra una piedra. Preparó broquetas con la molla de la serpiente, y esa fue la primera carne que autorizó a Esther a comer desde el inicio de su tratamiento. Ante la mueca de la joven, le dijo:

—¡Adelante! ¡Come! Sin duda no es un alimento muy lícito, pero recuerda que se trata de un remedio. Y además, ¡está bueno! —añadió con un guiño.

Con la piel de la serpiente, la kudiya confeccionó un cinturón con el que ciñó el talle de Esther.

—¿Ves? —le dijo al tiempo que se lo abrochaba—, he hecho varios agujeros. Así podrás ensancharlo a medida que avance tu embarazo. La serpiente cuidará de tu hijo mejor que de su propio nido si estuviera viva.

Esther dejó Bab Zuweila un viernes por la mañana, a la hora de la segunda oración de los musulmanes. Llevaba un largo vestido blanco e immaculado. El cabello que le habían rapado volvía a crecerle en forma de suave pelusa dorada. Con su cuello esbelto y la cabeza bien alta, tenía el porte de una princesa. Avanzaba con paso firme, con las manos apoyadas en el pequeño vientre abultado. El resplandor de sus ojos atraía la mirada de las mujeres, que veían en él —tal vez un recuerdo atávico— el de las vestales de un tiempo olvidado. En cuanto a los hombres, apartaban la vista, impresionados por la indecencia de un embarazo dichoso. Recorrió parte de la ciudad a pie, sin que nadie se permitiera un silbido, un comentario, un insulto. Accedió a Haret el Yahud desde la calle El-Moez, el sector menos pobre. En Darb-Mahmud se adentró por el estrecho «pasaje del baño de los judíos» y llegó ante la sinagoga del rab Moshé, que, según decían, había albergado los restos mortales de Moisés Maimónides antes de que se los llevaran para enterrarlos junto a sus antepasados, a la orilla del «lago violín», el lago Tiberíades. Algo lo impulsó a entrar, como si necesitara volver a sumergirse en las fuentes.

Diseminados de dos en dos por la gran sala, los niños repetían el Talmud. Hacía fresco. El lugar rezumaba calma. Sin preguntar nada, bajó a la cripta, posó las manos en la tumba vacía que, más de setecientos años después de su muerte, todavía irradiaba la presencia del santo filósofo, cerró los ojos y prometió susurrando: «Rab Moshé, si Dios me concede ofrecer un hijo a Mordechai Zohar, mi bienamado, mi marido, le pondré tu nombre, Maimón, pues su vida estará dedicada al estudio y su alma a hacer el bien». Justo en ese momento empezó a bostezar, una vez, dos veces. Un extraño torpor se apoderó de ella. Se sentó en la piedra, se tumbó hacia el lado derecho y se quedó dormida. Una primera imagen acudió a su mente. Se deslizaba por el pavimento hexagonal del patio de la sinagoga. Tuvo un estremecimiento, pero de inmediato volvió a sumirse en imágenes de ensueño. Primero, una silueta se irguió ante su rostro, inmensa. Era el rab Moshé... en persona: Maimónides, tal como lo había visto en las imágenes que circulaban por el barrio, severo y bueno, con caftán claro, la cabeza cubierta con un turbante, la barba recortada, los ojos negros y penetrantes.

—¡Ah! ¿Estás aquí? —se asombró.

Él le mostró las manos y fue como si sus dedos lanzaran rayos.

—El fuego lo llevo aquí —le dijo—, en las yemas de los dedos.

Entonces los juntó de dos en dos, separando el par que formaban el índice y el corazón del que asociaba el meñique con el anular; los dos pulgares se unían con absoluta naturalidad. Los dedos seguían crepitando. Acto seguido sacó la lengua, y era bífida, como la de la víbora, e igual de larga.

—Y la serpiente la llevo en la boca —añadió la aparición.

Con las manos juntas en aquella extraña postura, se apartó la ropa y dejó el vientre al descubierto. Se señaló el ombligo. Ella apartó la vista, incapaz de contemplar la desnudez de un padre. Pero él insistió.

—Y la danza, ¡mira! La danza la llevo en el vientre.

Cuando Esther accedió a levantar la vista, la prenda había vuelto a su lugar y Maimónides sujetaba en la mano una flor de loto, abierta, al final del largo tallo todavía húmedo.

—Extraerás el jugo de esta planta y lo mezclarás con aceite. Es para tu vientre.

Y de pronto la aparición se petrificó, convertida de nuevo en grabado.

—¡Espera! No te vayas... Quería hacerte una pregunta.

Maimónides permanecía inmóvil, como si el hálito de vida que había aparecido misteriosamente por la fuerza del sueño se hubiera evaporado de repente. Ella insistió:

—Dime, oh, rabino mío, tú que en vida fuiste el médico de reyes y príncipes, ¿por qué te interesas por nosotros, meros gusanillos que reptan por la miseria de Haret elYahud?

La imagen de Maimónides empezó a desdibujarse y finalmente desapareció. En su sueño, Esther veía ahora la piedra desnuda de la tumba y la cripta vacía. Despertó y lo que apareció ante su vista era idéntico, la misma cripta, la misma tumba. Se arregló el vestido. El rav Pardo acompañaba a una mujer anciana deshecha en lágrimas. Sin duda venía a pedir al rab Moshé que intercediera por la curación de un enfermo, pensó Esther.

—Te reconozco —le dijo el hombre—, eres la hija de Shmuel Zohar, que Dios bendiga su memoria. ¡Cómo te brillan los ojos! ¿Quieres contarme lo que te ha dicho el rab Moshé?

—¡Oh, padre mío, que Dios aleje de mí la desdicha! —exclamó ella con un suspiro.

Y subió corriendo la escalera sin volverse.

Motty estaba tendido en el lecho, profundamente absorto en una de sus meditaciones. Reconoció los pasos de Esther apenas esta empezó a bajar por la callejuela. Se incorporó, buscó el bastón a tientas y se dirigió a la puerta, que como siempre estaba abierta de par en par. La llamó:

—¡Oh, alma mía! ¿Son tuyos los pasos que oigo o solo es el latido de mi corazón que te llama?

—Chitón, Motty, chitón... ¿Acaso pretendes trepar al minarete para anunciar mi regreso? —Luego susurró—: Sí, soy yo, oh, ojos míos. Pero solo soy yo porque te veo.

Motty recuperó a Esther y no cesó de recorrerla con las manos. Esther recuperó a Motty y se pasó el día contemplándolo en silencio. «¿Qué haces?», le preguntaba él. Y ella respondía: «Lleno mis ojos con tu presencia, como Rivka cuando iba a la fuente con la tinaja al hombro».

Esther pidió a Jaduja que le trajera varias flores de loto frescas. De la transpiración de las flores obtuvieron una sustancia amarillenta que mezclaron con aceite de oliva, según las indicaciones recibidas en el sueño. Esther se masajeaba el vientre con el unguento cuando sentía algún dolor. Y su vientre creció día a día; era redondo, era hermoso, y ella lo lucía hacia delante con orgullo. Sus tías le preguntaban: «¿Se mueve por la noche? Te da pataditas, ¿verdad?». Sin embargo, ella no respondía, ya que la criatura no se manifestaba en modo alguno, como si hubiera decidido pasar desapercibida. Motty se preocupaba: «¿Por qué nuestro hijo no se mueve como los demás niños?». Pero Esther lo tranquilizaba: «Lo conozco. Quiere que lo olviden por temor a que la gente le haga daño de nuevo».

El embarazo prosiguió de ese modo hasta el séptimo mes. A veces, Esther decía: «Cuando toco este vientre redondo y duro, tengo la sensación de llevar dentro el huevo de un ave gigantesca, como el que encontró Simbad el Marino». Ahora bien, a partir del octavo mes, la criatura empezó a golpear con el pie, a dar puñetazos. Pataleaba día y noche en su vientre. Nada conseguía calmarlo salvo las manos de Motty, y su voz, que se ponía a entonar pasajes enteros del Cantar de los Cantares.

«Tu madre te ha dado a luz. Es ahora cuando te ha dado a luz, cuando te ha dado la vida. Colócame como un sello en tu corazón, como un sello en tu

brazo. El amor es fuerte como la muerte».

El niño nació en Haret el Yahud el 15 de Hesván del año 5686; inscrito en el registro civil de El Cairo el mismo día, el 7 de Rabi ath Tani del año 1344; era el primer día, un domingo, el 25 de octubre de 1925. Llegó al amanecer, tras un día y una noche de intensos dolores, en el entresuelo del colmado del tío Elie.

Quiso el destino que ese mismo día el arqueólogo Howard Cárter acabase por abrir el sarcófago de Tutankamón. La cámara funeraria había sido descubierta tres años antes, en 1922; el muro de dicha cámara, perforado en febrero de 1923, dejó al descubierto cuatro tumbas encajadas cada una dentro de la otra. La tapa del primer sarcófago de cuarcita fue levantada en 1924, pero hubo que esperar a octubre de 1925, cuando se atenuó por fin el conflicto entre los arqueólogos británicos y la administración egipcia, para que el rostro de oro del joven rey fuera mostrado al mundo entero.

Calle Muffetard

Yo nací de eso... en el país de los faraones, de una madre poseída por los diablos y de un padre ciego. ¿Qué podía hacer entre esos dos que se amaban con pasión infinita?

Estoy hecho de músicas endiabladas, de carne de víbora y de esencia de loto. Para protegerme recibí fragmentos del Cantar de los Cantares y un nombre surgido de la tumba. Mi nacimiento proporcionó a mi madre un vestido nuevo y siete pulseras de oro. Yo era su primer hijo; sería el último. Nadie sabía de dónde venía; nadie podía decir adonde iría...

He empezado este relato por el principio, el embarazo de mi madre... Sin embargo, me pregunto: ¿se trata realmente del principio? Si hablamos del niño que está a punto de nacer, sin duda. Pero el niño no es sino una manifestación del ser. A todas luces el ser había aparecido antes, cuando mis padres aún no se conocían, tal vez incluso antes de su nacimiento, ¿quién sabe dónde comienza la historia?

Hermanos egipcios, pienso de nuevo en las pirámides. Se dice que nosotros, los judíos, las construimos para vosotros. Como en la fórmula de los cuentos egipcios, «ocurrió o no ocurrió». No se trata de ídolos, sino de rayos de sol petrificados. No las destruyáis. Dudo que nos fuera posible construir otras nuevas.

Dicen que Egipto es la madre de los mundos, *um el donia*... ¡También es la mía! Quiero decir: Egipto es mi madre; es la matriz de todos mis

pensamientos. Soy de allí. Nosotros, los judíos de Egipto, somos de allí, desde siempre. Ya estábamos allí con los faraones. En un remoto pasado, Egipto fue invadido por los persas y nosotros estábamos allí; por los babilonios, por los griegos, por los romanos, por los árabes, y allí seguíamos. Los judíos somos como los jóvenes búfalos, amasados con barro del Nilo, del mismo color oscuro; autóctonos.

Eramos múltiples, éramos tribus. Es cierto que algunos de nosotros procedíamos de otros lugares, llegados en el siglo n, en el XI, en el XV o en el XIX. Eramos de Sefarad, españoles expulsados por la Inquisición; de Ashkenaz, rusos y alemanes que huían de los pogromos de Europa; de Mizrah, persas, uzbekos o tayikos, atraídos por las promesas otomanas... Y también que éramos extranjeros por naturaleza, como los gitanos, siempre otros para los otros... Pero Egipto es nuestra sustancia, la materia que nos constituye; el Nilo es la arteria que irriga nuestro cuerpo. En la actualidad ya no estamos allí. Hermanos egipcios, inquilinos del país de los vestigios, os quedan las pirámides y algunas sinagogas deshabitadas. ¡Cuidadlas bien! ¿Cómo podéis vivir sin nosotros?

Me llamo Zohar, de nombre y de apellido, Zohar Zohar, así es como me llamo.

Nací a finales del mes de octubre de 1925. Cabe decir que no fue precisamente ayer..., ¡digamos anteayer, si lo preferís! Crecí en Haret elYahud, «la callejuela de los judíos», el gueto del barrio viejo de El Cairo, flor de estercolero, criada silvestre entre las inmundicias bajo el sol de Egipto. Pasé mi infancia en la calle.

El parto fue difícil. Era su primer hijo; le abrí el vientre desde el interior. No tardaron en comprender que yo era un problema. Llegué con los pies por delante y el cordón alrededor del cuello. Jaduja, la sabia Sett Ualida, la «Señora Mamá», a la que habían ido a buscar a Bab Zuweila para que asistiera a mi madre, dijo:

—¡Esto es grave! El niño viene en contra de su madre.

—¿Qué quieres decir, pedazo de acémila? —se sublevó la tía Maleka—. ¿Acaso un niño que acaba de nacer puede estar en contra de su madre?

—Viene en contra de su madre —repitió Sett Ualida—. Viene para hacerla sufrir, para hacerle daño. ¡Hasta podría matarla!

Mi tía abuela la insultó:

—¡Que el sortilegio que supura de tu boca vaya a parar lejos! ¡Vete al diablo, hija de las calles! Mira lo grande que es. Verás como tendrá la fortaleza de un león.

Mi madre, la pobre, sufría tanto que sus gritos se oían hasta en el barrio caraíta, en el zoco el nahassin, el mercado del cobre, y en Joronfesh. Sett Ualida le untaba el vientre con el aceite de loto del rab Moshé, lo que la calmaba un rato, pero después las contracciones se reanudaban y sus terribles alaridos desgarraban de dolor el alma de Motty, mi padre. Hicieron venir a diez hombres que sabían orar y les pidieron que cantaran salmos para mitigar la severidad de Dios. Y mi madre gritaba. Y los hombres rezaban. Y mi padre lloraba. Finalmente, al cabo de veinticuatro horas de sufrimientos, Motty, mi padre, que permanecía en el polvo de la calle, acabó por entrar. Aplicó las manos al vientre de mi madre y se decidió a entonar el pasaje del Cantar de los Cantares.

«Tu madre te ha dado a luz. Es ahora cuando te ha dado a luz, cuando te ha dado la vida. Colócame como un sello en tu corazón, como un sello en tu brazo. El amor es fuerte como la muerte».

A continuación, los hombres lo repitieron, cambiando únicamente la última frase: «El amor es más fuerte que la muerte». Y según me contaron, fue en ese preciso momento cuando me di la vuelta y salí del vientre de mi madre, la cabeza por delante, con un solo movimiento. La tía Maleka no esperó a que me lavasen. De inmediato me colgó un cordón rojo alrededor del cuello, con un ojo azul a modo de colgante. Y escupiendo tres veces en el suelo, conjuró:

—Marchaos de aquí, hijos de la noche. ¡Este niño nos pertenece!

Sett Ualida, sacerdotisa de los zars, se desternilló de risa.

—¿Crees realmente que un ojo de cristal impresionará a los señores? Ve en busca de un cordero y ofréceles su sangre antes de que la noche venga a relevar al día.

Todos se quedaron quietos, hombres y mujeres, por una vez reunidos en el mismo espacio, el entresuelo de la tienda del tío Élie. Una pregunta planeaba sobre los presentes. ¿A quién había que dar las gracias por proteger a la madre y al hijo? ¿Al dios de los judíos, enternecido por los cantos de los diez orantes reunidos alrededor de mi padre, o a los señores, los propietarios del suelo,

los afrit de Sett Ualida, que me habían autorizado a abandonar su mundo? Decidieron ofrecer acciones de gracias a las dos potencias. En el crepúsculo sacrificaron un cordero según el rito de los señores, y los hombres se pasaron la noche leyendo salmos y rezando en la sinagoga del rab Moshé.

Sin embargo, eso no supuso el fin de mis problemas. Ahora había que alimentarme, y mi madre no tenía ni una gota de leche; sus pechos estaban tan secos como una rama de balsamero.

—¡Esperad! —dijo Helwa, mi bisabuela—, mañana sus pechos se hincharán como un odre. Dejadla descansar.

Pero al día siguiente la leche seguía sin hacer acto de presencia, y al otro tampoco. Probaron con leche de vaca, con la que empapaban un paño que me hacían chupar, pero la escupía de inmediato. Veinticuatro horas después de mi nacimiento, seguía sin ingerir nada. Si querían que sobreviviera, debían encontrar a un ama de cría, una mujer que estuviera amamantando a su hijo. ¡Y sin pérdida de tiempo!

Calle Maruf

Al segundo día, cuando apenas había salido el sol, la tía Tofaha partió con Jaduja, la bruja, a la que llamaban Sett Ualida, y Nadji, su hijo deficiente — ¡pobrecillo!—, para un largo periplo hasta la calle Maruf. Iban a tener que caminar tres horas largas antes de llegar a aquellas callejuelas de mala fama, ocultas en el corazón de los barrios ricos, con sus tugurios oscuros donde una mujer no se aventuraba sola. Un viento procedente del norte soplaba desde la víspera. Apretaron el paso a fin de entrar en calor en el helado amanecer. Pasaron por la plaza Ismaleya, y no se cansaban de contemplar los bellos edificios, los cafés lujosos, a los hombres con traje europeo y tocados con el *tarbush*, el fez de fieltro rojo. «¿Has visto a ese? Balancea los brazos como un fanfarrón. Se diría que su madre lo lleva sujeto por el pelele para enseñarle a andar». Llegados a la calle Champollion, el espectáculo cambió bruscamente. Primero reconocieron los olores, una mezcla de especias, estiércol y efluvios de fritura, a la que se sumaba el tufo de las alcantarillas. De nuevo olía a Egipto, el auténtico, el que ellas conocían, de olor intenso, sofocado por la arena. Y luego el ruido; los gritos de los verduleros, el chirrido de las ruedas de las carretas, los cascos de los caballos en los adoquines redondeados, el paso de los camellos ante la mirada desdeñosa de los burros. Algunos edificios se habían derrumbado y en su interior, en medio de las ruinas, habían levantado toscas paredes, hechas de adobe y rematadas por chapas o madera de recuperación a guisa de techumbre. Supieron que no estaban lejos de su

objetivo. Abordaron a una pobre mujer que iba acompañada de dos niños.

—¿Conoces el hostel de Hassan el Shebab? —le preguntó Jaduja—. Estoy buscando a una mujer, Um Jinane...

—¿El hostel? ¿Y por qué lo llamas hostel? —respondió la otra—. Las únicas mujeres a las que uno encuentra en ese lugar son prostitutas y bailarinas. La mujer a la que buscas..., esa tal Um Jinane, ¿es una bailarina?

—Me da igual si baila, si canta o si trepa a las palmeras para coger dátiles, lo único que quiero es hablar con ella —replicó Jaduja—, ¡y es urgente!

La mujer le señaló un pasaje entre dos casas. Le bastaba con seguirlo. El pasaje serpenteaba, se estrechaba, retrocedía un poco... hasta desembocar en una placita con una fuente. Allí, a su derecha, encontraría un porche, como el de la entrada de una casa. «Chez Hassan», así se llamaba el fumadero.

Jaduja empujó enérgicamente la puerta. ¡Nadie! Se adentraron por un largo pasillo provisto de ventanas abiertas que daban a un solar. Tuvieron que salvar diversos obstáculos: vasijas rotas, barreños informes, una rueda de carreta, trozos de madera... Algunas gallinas en libertad se dispersaron a su paso. Llegaron a una amplia sala con suelo de tierra batida y los postigos cerrados. Les llegaba una algarabía de murmullos, un rumor. Jaduja reconoció el olor acre y cautivador. Poco a poco unas siluetas se recortaron en la penumbra, hombres sentados en silencio en grupos de tres o cuatro, cada cual aspirando por el bambú de su *goza*, la pipa de agua tradicional, con una cáscara de coco a modo de recipiente. Algunos chicos jóvenes se agitaban en todas direcciones en una coreografía silenciosa, aportando a los fumadores su ración de tabaco con miel, ajustándoles la caña, depositando parsimoniosamente, con las yemas de los dedos, el polvo azul de hachís. Las dos dieron unos tímidos pasos. Una mujer surgida de ninguna parte se interpuso en su camino. Iba exageradamente maquillada, con la piel brillante, y envuelta en un gran velo transparente que dejaba adivinar sus formas redondeadas. Bajo el velo llevaba una especie de calzones bombachos con una mariposa dorada a la altura del pubis. Cubrían sus senos dos conos de carey de los que colgaban guirnaldas de perlas, de tal manera que con cada movimiento los colgantes se bamboleaban en un interminable tintineo. Saltaba a la vista que sabía arremolinarlos al bailar, como fascinantes ruedas del

deseo. Y sobre todo estaba su voz, una voz aguda, hecha para llamar a los hombres, erizarles el vello y ponerles tieso el palomo.

—¡Ooooooh!... ¿De dónde salís, aves nocturnas? Aquí nadie viene en busca de su padre o de su hermano. Los hombres solo tienen una familia, la del humo azul.

Sin duda había creído que las dos mujeres buscaban a un marido perdido.

—No venimos a crear problemas, hermana, hemos salido de nuestra casa con la paz en el corazón —respondió Jaduja alargando las manos hacia la mujer y llevándoselas luego a la boca en señal de sumisión.

—¡Que la paz sea con vosotras! —dijo la otra.

—Y que nuestro padre te mantenga con vida —añadió Tofaha.

La mujer cogió un vaso de metal y vertió agua de la gran ánfora de barro posada en un trípode de hierro. Jaduja se mojó los labios con ella.

—¡Que Dios bendiga tus manos!

Tendió el recipiente a Tofaha, que bebió a su vez.

—Hasta el camello se apacigua cuando le ofrecen agua.

Luego tendió el vaso a Nadji, el retrasado, pobrecillo, que no conseguía apartar la vista de los colgantes de perlas que pendían de las puntas de sus senos y tardó unos instantes en darse cuenta. Las mujeres se pusieron a charlar. La bailarina era la esposa de El Cairo del Maalem Hassan el Shebab. Había precisado «de El Cairo» porque otra se había quedado en Kafr el Amar, su pueblo, cerca de Damanhur, en el Bajo Egipto, el Delta. Durante el día dirigía el servicio y vigilaba a los muchachos. «¿Sabéis?, resulta tan fácil ocultar bajo la uña una dosis de kif...». Y al atardecer bailaba para acunar los sueños de los hombres.

—¿Y por la noche? —le preguntó Jaduja guiñándole un ojo.

La otra dio una palmada meneando las caderas.

—¡Oh, hermana mía! Nuestro amo es como un gran simio. Cuando el Maalem está despierto, sus mujeres se postran volviéndole la espalda; cuando el Maalem está cansado, sus mujeres lo masajean con aceite perfumado; ahora bien, cuando el Maalem se duerme..., entonces sus mujeres pueden ganar algo de dinero.

Al ver desternillarse de risa a Jaduja, la mujer añadió:

—¡No desdeñes las noches de placer! Como suele decirse, nunca se

recuperan...

Tofaha bajó la vista, fingiendo no entender las alusiones picantes. Luego la conversación derivó hacia las personas que poblaban la casa. Había al menos cinco muchachos que preparaban el carbón para las *gozas* y las recargas de tabaco. Ganaban mucho dinero, sobre todo con las propinas, así como organizando un tráfico paralelo contra el que ella intentaba luchar. Los hombres, los consumidores, eran en su mayoría parroquianos. Algunos se procuraban el kif enfrente, en casa del jeque Ahmed. Allí, en el establecimiento de Hassan, era más caro, pero de mejor calidad. Muchos eran *jawagates*, «caballeros» de los barrios ricos, de Ismaleya, de los clubes Risotto o Mehemet Alí, de la plaza Sobmán-Pachá e incluso de Guezira.

—¿Y las mujeres? —preguntó Tofaha.

Al caer la tarde, mujeres de paso se apostaban a la puerta o en las ventanas. Debían atrapar ese momento fugaz tras la segunda o tercera dosis. Antes de eso están demasiado ocupados procurándose la pipa. Rebasado ese momento crítico, se sumen en sus ensoñaciones y ya solo sirven para arrastrarse de la silla a la alfombra. Cuando son presa del deseo, ellas los llevan fuera, a las callejuelas que bordean la mezquita del jeque Maruf. De vez en cuando se dejan caer por allí durante el día para charlar o ayudar en las tareas domésticas. «Es demasiado pronto. A estas horas todavía están durmiendo...». También hay una cantante, pero desde los primeros meses de embarazo ya no trabaja. Acaba de dar a luz a una niña.

—¿Um Jinane? —preguntó Jaduja.

—¿La conoces?

Um Jinane tenía veintiséis años. Emparentada con el Maalem, había nacido en ese mismo pueblo de Kafr el Amar. Aprendió a cantar allí mismo, a escondidas, espionando a su padre, el imán, requerido por las familias para las circuncisiones, las bodas y los entierros. Desde los siete años de edad, ante los tres búfalos de la familia, que llevaba a pastar, repetía el recital de cantos piadosos de su padre, que se sabía de memoria. Era esbelta, morena como un dátil en sazón y corría por doquier como un muchacho. Todos se quedaban

asombrados ante la belleza de sus ojos dorados.

Tras sorprender a la pequeña pastora cantando salmos con su voz angelical, la mujer del propietario la apostrofó: «Si cantas para los animales, acabarás pareciéndote a ellos. Mira lo tristes y sucios que están. Ven conmigo, te haré cantar en las casas de los ricos y llegarás a ser rica y hermosa como ellos». En primer lugar, la mujer obtuvo permiso de sus padres para inscribirla en el *kottab*, donde aprendió a recitar el Corán, la única chica entre los granujillas del pueblo. Y cuando cantaba la Fatiha, respondiendo a las frases de su padre, cuando su voz se elevaba cristalina, arrastrando de paso a las de los otros niños, los hombres interrumpían las labores del campo y las mujeres soltaban la ropa para escucharla. Incluso dicen que las cabras acudían a echarse ante la puerta de su casa.

Creció así, entre chicos, como un ruiseñor envasado en el limo, con la mente instruida en religión y las piernas nerviosas como las del cervatillo. A los catorce años sus caderas se redondearon, y su pecho, dos peras que apuntaban en libertad debajo del vestido, atraía las miradas. Le prohibieron el acceso al *kottab*. Entonces, la mujer del propietario la tomó como criada en su casa de Damanhur, a cambio de algunas piastras que se embolsaba su padre. Aquella mujer mantuvo su palabra, y por la tarde, después del trabajo, invitaba a los músicos y Jinane cantaba para los ricos, los convidados de la casa. Cantaba suras del Corán, las únicas tonadas que a la sazón conocía, pero su voz era tan límpida que los invitados no se cansaban de escucharla. Finalmente, su señora le dijo: «No puedes cantar solo temas religiosos. ¡Es el amor lo que aporta dinero, no las plegarias! Mañana viene a cenar Gergess Hakim, el poeta de Port Said. Le pediré que te escriba una canción».

La idea dio vueltas por la cabeza de Jinane toda la noche. Y cuando por fin consiguió dormirse, oyó en sueños una voz de hombre, grave y profunda, que repetía: «¡Canta!... ¡Canta!... ¡Oh, canta!...». Y al día siguiente, mientras servía la cena, fue esa misma voz, la voz de Gergess Hakim, la que le susurró al oído: «Estás abierta como una flor matutina». Era alto y grueso, llevaba la cabeza descubierta y vestía a la occidental, con un traje de lino blanco y unas gafas de sol que le ocultaban los ojos, incluso por la noche. Hablaba fuerte, bebía *whisky*, fumaba cigarrillos de tabaco rubio que desprendían un agradable aroma y contaba chistes verdes sin cesar. Al final de la comida, ella

quitó la mesa y se refugió en la cocina, jadeante. Desde allí oyó a los tres músicos, que afinaban sus instrumentos. Como siempre, la *simsimiya*, la pequeña lira que desgranaba los tresillos, le llegó al corazón. En cuanto oyó las primeras notas, se incorporó. Temblaba de excitación. Su cuerpo vibraba, su alma vacilaba. Los músicos tocaron la introducción largo rato. Al cabo, oyó a su señora llamarla: «¡Jinane! Ven a hechizar la noche...».

Y ante ellos, allí plantada con las piernas separadas, se presentó la hija del Delta, de tez cobriza, rostro redondo como la luna y ojos dorados.

La voz de Jinane se amoldaba a la Era, al igual que las líneas de la mano derecha se superponen a las de la izquierda. Dicen que existe un ángel que tiene por fibras del corazón las cuerdas de una lira; entre todas las criaturas de Dios, es su voz la que atraviesa los cielos. Es él quien hace que los hombres se enamoren.

La muchacha atrapó la nota más alta y se mantuvo en ella... un minuto, tal vez más, y luego cerró los ojos y se aventuró en el texto como en un bosque. «No hay más dios que Dios...». No cabe imaginar que alguien ignorase la letra, pero, modelada por su voz, convertida en sustancia, se insinuaba en su ser hasta poseerlos. «No hay más dios que Dios... No hay más dios que Dios...». Y los labios de los presentes empezaban a pronunciarla, los pies la acompañaban y los corazones latían al ritmo exacto del *bendir*. La profesión de fe que los creyentes repetían cinco veces al día, transfigurada por la gracia de una muchacha salvaje, abría en su alma un camino desconocido. Adaptándose a la música, el cuerpo de Jinane se estremecía y las palabras lacerantes se volvían materia. Aquellas palabras, oídas miles de veces desde la infancia, surgieron esa noche de lo más recóndito de su sueño para adquirir vida propia, y Dios era majestad, y el Profeta se erguía ante ellos, y todo devenía posible, verdadero, y cada segundo rezumaba belleza.

No cantó mucho rato, no más de media hora, hasta agotar su breve repertorio. Los músicos se quedaron paralizados al instante, con los dedos todavía en las cuerdas y la mano sobre la piel del tambor. Reinó un profundo silencio. Conscientes de que acababan de asistir a un acontecimiento mágico, los invitados no osaban aplaudir. El poeta, Gergess Hakim, bastante achispado, declamó un poema que acababa de ocurrírsele: «Oh, hermosa, oh, embellecida, oh tú, que confieres su color al mundo... Oh, tú, tú deberías

llamarte “El Mundo”». Solo entonces aplaudieron, y siguieron aplaudiendo. Jinane, ruborizada de vergüenza y de alegría, se llevó la mano al corazón y, torpemente, se inclinó para saludar. Luego corrió a reunirse con los criados en la cocina.

—Debería ir a cantar a El Cairo —dijo una mujer con autoridad.

—Y la próxima vez que vengas, ¿serás tú quien hechice la noche? —replicó la anfitriona.

Después volvieron a sus preocupaciones habituales: el precio del algodón que no dejaba de aumentar, los canales que de nuevo había que excavar, colmatados como todos los años por el limo de la crecida, los terrenos disponibles para su adquisición, la cuestión de la reforma agraria que surgía con cada nuevo gobierno...

El poeta se había ausentado camino de la cocina. Encontró a Jinane sola, derrumbada sobre la mesa con la cabeza entre las manos. Lloraba.

—Muchacha, sírreme un vaso de agua —le pidió.

Ella levantó la cabeza, asustada.

—A tus órdenes —le respondió poniéndose de pie. Y añadió—: Oh, príncipe...

Él se sentó con dificultad en el banco, sin saber dónde poner las piernas. La joven estaba plantada ante él como un pájaro con las alas rotas.

—¿Por qué lloras, oh, beldad?

—Estoy lejos de mi familia, príncipe mío, y una vez concluido el canto que colma mi alma, me quedo sola en la noche.

—¡Ven! Acércate...

Acomodó sobre sus rodillas a aquella chiquilla que aún no había alcanzado su decimosexto año. Ella temblaba de pies a cabeza. Le acarició los muslos; le acarició los senos. A Jinane le zumbaban los oídos, y los ruidos del mundo se volvían remotos. Le preguntó dónde dormía. Cuando supo que debía dirigirse al patio, a la cabaña de los criados, comprendió. Más vale una soledad triste que una compañía que te rebaja.

—¡Ven a reunirme conmigo en mi habitación! —le ordenó.

Ella no respondió. El hombre se levantó torpemente, con paso inseguro.

—Tu voz es más pura que la de la lira, y tu canto es la música de los ángeles.

Vio cómo se alejaba contoneándose. Jinane no sabía qué pensar.

Al día siguiente, Hakim le escribió una canción que empezaba con esta frase: «Acércate, oh, amada. Acércate, ven a mí». Tales eran las palabras que había pronunciado cuando, a la hora en la que caza el búho, Jinane, descalza y de puntillas, entró en su habitación, situada en el primer piso. «Acércate, oh, amada. Acércate, ven a mí». Fue así como la recibió el poeta.

En el corazón de Gergess Hakim, el copto, nació el amor por la pequeña musulmana, la hija del imán de Kafr el Amar. La amaba, conmovido por el amor que experimentaba, que le hacía imaginar la música y las palabras. Empezó a leer a los poetas, a los antiguos, Abu Nuwas, Ibn al-Rumi..., y sobre todo al moderno Ahmed Chawki... Deambulaba con un libro en la mano, recitando pasajes enteros de *Majnun Laña*, «el loco por Laila». Y, con el fin de copiarlo, jugaba gustoso con la ambigüedad del nombre de Jinane, que podía significar «el paraíso» o «la locura». Loco por ella, al menos en sus canciones, se hacía llamar Majnun Jinane y la declaraba «mi dulzura, mi locura, mi paraíso». Durante un año, Hakim escribió canciones para Jinane. Ella guardaba los textos en un cofre que ocultaba en un rincón del desván, consciente de que poseía un tesoro. Se encontraban por la tarde en el salón de música, adonde acudía para que ella ensayara. En ocasiones se veían por la noche, en la habitación situada en el primer piso de la villa de Damanhur, que cada vez frecuentaba más. Le compraba regalos, ropa, perfumes, ¡pero tampoco demasiados! La quería servil; a un tiempo vulgar y divina, irrupción del ángel con corazón de lira en la voz de una pastora mugrienta. La señora no ignoraba su relación, pero miraba para otro lado con la condición de que Jinane siguiera trabajando a su servicio de día y cantando para sus invitados por la noche.

Durante un año, Jinane cantó para los ricos terratenientes de Damanhur. Cada vez acudían en mayor número. Su fama aumentó y se extendió a las otras ciudades del Delta. Su señora accedió a «alquilarla» hasta por dos o tres libras la noche. Venían a buscarla en coche; acudía a dar recitales en casas de Tanta, de Mahalla, de Mansura. Hakim no la acompañaba. No veía cómo los hombres le pegaban billetes de banco en la frente o se los metían por el escote del vestido. Aquel dinero acababa junto a los textos de las canciones en el cofre secreto de Jinane.

Su señora no tardó en ser consciente del efecto que ejercía en los hombres. No les inspiraba deseo como una bailarina o una cortesana, ni amor como una novia, sino una especie de pasión mística, el ansia incontrolable del abandono de sí en aras del misterio. Venían a suplicar a su señora que les permitiera guiar a la muchacha por los caminos de la vida. «Confíamela; ¡se lo daré todo! Será más que mi hija; la trataré mejor que a mi madre. ¿Qué más puedo decirte? Para compensar tu pérdida, te daré cien libras... Doscientas...». La querían hija y amante, esposa e ídolo. Y hasta el momento, Jinane se limitaba a dejarse llevar, incapaz de desear o de rechazar. No es que fuera pasiva, más bien sentía curiosidad por averiguar la sentencia de Dios. ¿Le haría conocer la gloria? ¿La riqueza? ¿La felicidad?... No podía imaginar que le tenía reservada la decepción y la amargura.

Un día, su señora habló con Hakim:

—¡No te casarás con ella, lo sé! No pertenece a tu mundo; no comparte tu fe. La gente empieza a murmurar, ya los conoces... Las palabras constituyen un veneno que actúa lentamente. Pronto el escándalo caerá sobre ti y me salpicará. Dirán que he permitido que la inmoralidad se instalase en mi casa. Tal vez hasta me acusen de haberlo organizado. Tu padre acrecienta día a día la fortuna que te legará. A vosotros, los escritores ricos, os trae sin cuidado el qué dirán. En cambio, a los comerciantes no nos conviene arrastrar una mala reputación. Así que dime: ¿qué piensas hacer?

A Hakim le costaba despertar tras una noche de borrachera. Por el calor de las baldosas de la terraza dedujo que sería alrededor del mediodía. La pregunta de la propietaria fulminó su mente como un rayo. Jinane era su libertad interior, el espacio que se había creado y por el que deambulaba como un artista. ¿Qué quería de él aquella matrona avara? ¡Dinero, sin duda! ... ¡Seguro que era eso!... Y lo cierto es que se lo daba, pagaba tanto su silencio como el alojamiento del que disfrutaba casi todas las noches. Estaba claro que pensaba exigirle más. Después de todo, él disponía de medios. Sin embargo, el modo en que lo hacía le resultaba desagradable. El ataque era trapacero; por el sesgo de la moral era imposible replicar. ¿Qué hacer? ¿Argumentar? ¿Explicarle que, sin las canciones que le había dado, Jinane seguiría croando ante los sapos de los pantanos?... ¡No! Consideró que su dignidad estaba en juego. Y empezaba a cansarse de aquella pequeña

campesina inculta y silenciosa. De manera que recogió sus cosas en el acto y desapareció.

No había transcurrido más de un mes cuando se supo que Jinane estaba embarazada. Primero trataron de resolver el problema allí mismo, en Damanhur. Pero los hombres, que hasta poco antes se apresuraban a hacer de Pigmalión, huyeron en desbandada ante la perspectiva de encontrarse casados con una primitiva, padres de un bastardo probablemente degenerado.

Aquello supuso el regreso al pueblo, a Kafr el Amar, de una Jinane que antaño había partido de él como princesa con voz de oro y ahora volvía convertida en puta. Su hermano mayor la abofeteó a su llegada; su padre, el imán, la apaleó en público. Su madre no dejó de llorar cuando una de sus tías le hizo ingerir un brebaje a base de artemisa, azafrán y perejil. Fue presa de fiebre, sufrió disentería. Vomitó, lloró y nadie vino a consolarla. Cuando a la noche siguiente perdió al bebé, solo una vieja, una matrona desdentada, estaba allí para atenderla. Durante largo tiempo fue incapaz de caminar. Se enterró en la soledad de una choza, avergonzada, humillada. Ahora bien, Egipto es la tierra del olvido. Efectivamente, no se lo perdonaron, pero la historia de su mala conducta y de su embarazo se borró de las memorias.

Regresó junto a sus búfalos en las marismas del Delta. Ya no hablaba con los humanos, sus semejantes. Los niños que iban a jugar a los campos decían que se la oía cantar a la hora de las oraciones, pero se trataba de himnos de amor lacerantes que se confundían con los ruidos de la naturaleza. Decían que las ocas y los patos proporcionaban el ritmo, a modo de percusiones espontáneas; las grullas se sumaban con ecos, formando un coro; y los gritos de los cuervos sonaban en cadencia, como palmadas.

Iba descalza hiciera el tiempo que hiciese, con el cabello alborotado y cubierta con una inmensa tela con la que se envolvía arrollándola en torno a su cuerpo tal como hacen las mujeres del sur. Decían que, de la misma manera que Solimán hablaba con los animales, Jinane cantaba con ellos, que a petición suya podían convertirse en un ejército. Todos la temían un poco, le atribuían poderes maléficos. Cuando una serpiente se introducía en una casa, se preguntaban si la dueña habría ofendido a Jinane; y cuando un gato salvaje devoraba una gallina, preparaban un plato a base de pollo que ofrecían a Jinane a fin de que quedase saciada, como si creyeran que le era posible

metamorfosearse en felino durante la noche. También la compadecían; afirmaban que estaba condenada a la soledad de los seres desprovistos de alma. Cuando pronunciaban su nombre, siempre decían: «Jinane, la de la mente vacía, pobrecilla»... Y en ocasiones añadían: «Es lo que les ocurre a los que osan desafiar a Dios». Varios años más tarde, todos en el pueblo habían olvidado el maravilloso don de Jinane para la música y el canto, con excepción de su primo Hassan, que había comprado un fumadero de hachís en El Cairo.

La esposa de este prosiguió su relato: «¿Sabes?, todo el dinero que gana el Maalem Hassan el Shebab, el eterno joven, ¡y puedes creerme, gana mucho!, todo ese dinero se lo lleva al pueblo para comprar terrenos. Allí ha hecho construir la más preciosa casa, ¡de fábrica, por añadidura!, y ha instalado a su otra mujer y a todos sus hijos. Y mira cómo nos hace vivir aquí, en la miseria. Queriendo atraer a la clientela, introdujo la música en el fumadero. Necesitó una orquesta, y yo hice de bailarina. Los hombres fumaban, cautivados por las letanías del laúd, con la vista borrosa clavada en mi vientre desnudo. Al amante del kif le gusta disponer de un apoyo para sus sueños azules. En pocos meses nos hicimos con todos los clientes de la calle Maruf. El fumadero del jeque Ahmed se vació, incluso el de Abu Alí, el grande de la calle Champollion. Pero no le bastó con eso. Quería atraer a los clientes de Guezira y de Roda; también necesitaba a una cantante. Un día volvió del pueblo con la pequeña Jinane. Al principio creí que se trataba de una de esas mujeres de la calle que traía de sus expediciones por los pueblos del sur y que instalaba en las chozas de los alrededores. Sin embargo, cuando la oí cantar...».

Ocho años habían transcurrido desde su desdichada partida de Damanhur. A la sazón, Jinane tenía veinticinco años, rostro de niña y el cuerpo bronceado por los vientos ardientes. Hassan la acomodó en la pequeña habitación al final de la escalera. Si bien el camino para acceder a ella era peligroso, sembrado de vasijas rotas y de chatarra traicionera, el lugar resultaba acogedor, con una cama provista de un colchón de algodón y cortinajes en la ventana. Buscó largo tiempo dónde esconder su tesoro, las canciones de Hakim y los billetes de banco que habían escapado a los registros de su familia. Encontró una cavidad bajo una baldosa de la pequeña terraza que corría por delante de su ventana.

Accedió a cantar sobre el promontorio de tierra que había dispuesto Hassan y que pomposamente llamaba «el escenario», pero no quiso aparecer como una mujer. Su pequeña estatura y sus piernas musculosas podían hacerla pasar por un muchacho. Le apretaron el pecho con tiras de algodón. Le cortaron el pelo al rape. Le encontraron un traje de *sayes*, los pajes con librea que precedían a los carruajes de los ricos y los poderosos: pantalones bombachos, túnica amplia y chaleco rojo bordado en oro. En la cabeza llevaba un pequeño *tarbush* achatado, como el de Ismael el Magnífico, y sujetaba en la mano una larga vara que golpeaba en el suelo para dar la señal de inicio a los músicos.

Fue así como apareció por primera vez en el escenario del fumadero. Hassan la presentó con el nombre de Ibn Alí, «el hijo de Alí», lo cual era falso solo a medias, puesto que su padre, el imán, se llamaba Alí. Cuando, tras la larga introducción de la *simsimiya*, se apoderó de la nota y la modeló con su voz, se hizo un silencio absoluto. Las mujeres interrumpieron su parloteo, los fumadores dejaron la pipa, los muchachos se quedaron quietos, con la boca entreabierta. Empezó con la primera canción de Hakim: «Acércate, oh, amada. Acércate, ven a mí. Tu ausencia es un dolor. Mirarte es un dolor. Tocarte es un dolor. También besarte es un dolor. Acércate más. Acércate un poco más...».

Con su nueva cantante, el garito de Hassan siempre estaba lleno. Todas las noches Jinane daba dos recitales; el primero hacia las diez, el segundo a medianoche. Algunos, que solo habían ido para escucharla cantar, se quedaban luego a charlar y pedían una *goza*.

Ella evitaba encontrarse con los clientes. Aparte de los momentos que dedicaba a la música, los ensayos de la tarde y las actuaciones de la velada, se negaba a salir de su habitación, permanecía tendida en el lecho sumida en sus ensoñaciones. La imagen de su hijo desaparecido la acompañaba en secreto, una niña, estaba segura. En ocasiones la lloraba, imaginando que habría podido ser una artista extraordinaria, una cantante, una diva, como aquellas de las que le había hablado Hakim. No obstante, la mayor parte del tiempo se dirigía a ella como a un ángel, pidiéndole que la protegiese de la maldad de los vivos.

Creía poder preservarse gracias a su aislamiento, pero uno jamás escapa de su destino. Cuando te han hincado los dientes en la pantorrilla una vez,

cualquiera acaba por encontrar el lugar donde te has refugiado. De nuevo fue un hombre rico, aunque esta vez no se trataba de un artista.

Desde que había entrado en política, Abdel Wahab Mazlum Pachá se había instalado en un piso señorial de la calle Abdine, cerca del palacio real, dejando en su villa de Alejandría a su mujer y a sus tres hijos. En noviembre de 1924 había sido pasto de la actualidad al afiliarse al Wafd, el partido nacionalista que combatía a los británicos. Ante la presión del gobernador inglés, su jefe, Saad Zaghlul, se había visto forzado a dimitir de su puesto de primer ministro. Con anterioridad, Abdel Wahab se opuso durante mucho tiempo al líder adulado por el pueblo, pero, indignado por la mala fe británica, decidió comprometerse en la lucha por la independencia de Egipto. Delgado y de elevada estatura, era de una elegancia refinada, siempre lucía terno, provisto de un cuello duro cerrado con una chalina de seda blanca, y llevaba el *tarbush* ligeramente inclinado hacia el lado izquierdo. La preocupación obsesiva por su aspecto compensaba un rostro poco agraciado. Con su piel picada, las mejillas colgantes, espesas cejas y ojillos negros y penetrantes, habría podido encarnar a uno de los asesinos de las películas mudas que proyectaban en el Gaumont-Palace o el Métropole. Por lo demás, su fama igualaba a su apariencia, puesto que se decía de él que era duro con los subalternos, severo con los amigos y feroz con los rivales políticos. En el fumadero de Hassan, los muchachos tenían que servirle. Llegaba poco antes de medianoche, se situaba, siempre solo, cerca de una puerta y exigía su pipa y su *whisky* sin demora. Tal vez debido a la acción del humo azul, esa noche, sorprendido por la voz que parecía bajar de los cielos, vio desfilar con los ojos cerrados imágenes del paraíso. Una fortaleza inexpugnable en la cima de una montaña escarpada, un jardín umbrío donde inmensos parterres de flores exhalaban un aroma a jazmín... Y en el momento en que Jinane repetía «Mirarte es un dolor. Tocarte es un dolor. También besarte es un dolor. Estar dentro de tu cuerpo es el mayor de los dolores..., pues me doy cuenta, oh, amada, de que no soy tú por completo, hasta los movimientos de tu vientre...», Abdel Wahab, que seguía con los ojos cerrados, tuvo una aparición, la de una mujer morena de piel cobriza que avanzaba hacia él completamente desnuda. La sombra era tan real que lo obligó a abrir bruscamente los ojos.

Jinane había bajado del escenario, como hacía de vez en cuando para

honrar a un público entusiasta. Delante de él, con su indumentaria de paje oriental, recorría con la vara la silueta de Abdel Wahab. Él parpadeó, no sabiendo, por un momento, si se trataba de imágenes oníricas. Con gesto brusco, se apoderó de la vara. La vara era real, y todavía más la mano pequeña y fina que la sujetaba y aquel muchacho con voz de ángel que lo turbaba.

El público reaccionó con viveza, gritando: «¡Déjalo! ¡Déjalo!». Como hipnotizado, él seguía paralizado, incapaz de reaccionar. En su mente se imaginó levantándose, agarrando al chico por los brazos y besándolo en la boca. «¡Déjalo! ¡Déjalo!», gritaban los hombres en la sala. Jinane seguía cantando y balanceando suavemente las caderas al ritmo de los tambores... «Oh, amada, no soy tú..., no soy del todo tú..., hasta los movimientos de tu vientre, hasta los latidos de tu corazón...». Abdel Wahab meneó la cabeza como para ahuyentar las imágenes del sueño. Se sacó la cartera del bolsillo trasero y extrajo una libra, que tendió al chiquillo. Jinane cogió con delicadeza el billete con dos dedos y lo presentó al público con la última frase de su canción: «El amor es un sufrimiento que nada apacigua jamás». Acto seguido dio media vuelta y caminó hacia el escenario golpeando el suelo con la vara.

Su primo, el Maalem, vendió al pachá a precio de oro una noche de canciones para su uso exclusivo. A cambio de cincuenta libras, prometió a Abdel Wahab llevarle a Ibn Alí, y se comprometió a que se quedaría hasta el día siguiente.

—Ya verás, oh, pacha, como no quedas decepcionado. Todos tus sentidos se verán satisfechos, e incluso más que eso...

Noche de El Cairo, noche de eternidad. De luna llena. Abdel Wahab había encargado los manjares más exquisitos. Con el fin de crear un ambiente festivo, incensó el piso, distribuyó velas, dispuso un estrado para los músicos. Había invitado a dos amigos, dos militares con sólida reputación de mujeriegos, y contratado para ellos a dos muchachas entre las más hermosas. ¡No iba a dejar sin público a su cantor!

Caminos sinuosos del destino, también Jinane se había preparado. Siguiendo los consejos de las mujeres, había elegido el día, un jueves. Por la tarde se dirigió al *hammam*, sudó, se hizo depilar, masajear, perfumar, maquillar. Todas las noches de la semana anterior había tomado una tisana

preparada por una anciana, a la que añadía cucharadas de miel para soportar el amargor. Antes de ponerse el traje de *sayes*, se examinó largo rato ante el espejo. El pecho y las caderas estaban en su plenitud, su piel, abrigada con aceite, exhalaba un aroma a jazmín y a rosas. Tenía el rostro tenso por las expectativas. Se obligó a sonreír, y otra vez, y otra... Para terminar, pasó una mano por el espejo y murmuró: «Con la ayuda de Dios...».

—Dicen que te sientes muy atraído por el joven cantante —dijo el general—. No debes avergonzarte de ello. No sé si conoces estos versos de Abu Nuwas: «Le dicen: “¿Qué bebes?”. Responde: “¡De mi vaso!”. Le preguntan: “¿Qué te gusta?”. Responde: “¡Por detrás!”. “Entonces, ¿qué desatiendes?”. La respuesta, evidentemente, es: “¡La oración!”».

—Abu Nuwas es un gran poeta, estoy de acuerdo, ¡uno de los más grandes! Pero no comparto su crítica de la oración.

Abdel Wahab dio una palmada. Apareció un sirviente.

—Tráenos tres *shishas* —le ordenó.

Y los tres hombres se acomodaron ante sus narguiles. Las burbujas remolineaban en los depósitos de ópalo. Un olor a caramelo y a hachís invadió el salón. Los militares, a todas luces deseando honrar a su anfitrión, hicieron apología de la homosexualidad.

—Volviendo a nuestra conversación, yo diría que los chicos son superiores a las chicas. Su intuición sobre nuestros placeres es muy superior a la suya —dijo el coronel, que había apoyado la mano en el muslo de una de las muchachas.

Bebieron juntos, fumaron, exigieron nuevas dosis de tabaco aromatizado y volvieron a fumar; reían cada vez más fuerte. Los músicos tocaban. Las mujeres desaparecieron. Volvieron vestidas únicamente con pantalones bombachos y sujetador. Haciendo revolotear su largo velo transparente, se pusieron a bailar. Se acercaban a los hombres, acariciándoles las rodillas con sus caderas, se arrodillaban ante ellos, prometedoras y sumisas, rozándolos con la boca, invitándolos con sus gestos a las pasiones de su cuerpo.

La velada estaba avanzada cuando los músicos tocaron la introducción de *La desdicha de amar*, la canción fetiche de Jinane. Se oyó, primero de lejos, eco de cristal, y luego más intensa, una nota, una sola, prolongada como un dolor. Ella apareció en un rincón de la sala, rodeada de un halo de luna,

pajecillo dorado apoyado en su vara. Poderosa y surgida de las entrañas del mundo, su voz colmó la estancia: «¡Acércate, oh, dolor mío, acércate!». Entonces, los músicos y los invitados entonaron, a modo de armonioso jadeo, de suspiro, de queja: «Aaah...». Ella repitió el verso: «¡Acércate, oh, dolor mío, acércate!». Y todos corearon: «Aaah...». Cinco, diez veces... Habría podido repetirlo otras cien, y otras cien habría respondido el público suspirando, como un goce sin fin. Mientras la lira desgranaba sus arpegios en solitario, ella avanzó hacia Abdel Wahab y le recorrió el rostro con la mano: «Acércate, oh, amada. Acércate, ven a mí». Él cerró los ojos y lanzó un jadeo: «Aaah...». La joven repitió el segundo verso alejándose de él. «Aaah...». Y cuando llegó junto a los músicos, cantó: «Tu ausencia es un dolor». Sometido a la insoportable tiranía de la belleza, el público, que ya no aguantaba más, se puso a aplaudir. Jinane hizo una ligera inclinación, dándoles las gracias con un gesto de la cabeza, y prosiguió: «Mirarte es un dolor. Tocarte es un dolor...».

Abdel Wahab había cerrado los ojos, asaltado por visiones del paraíso. Jóvenes desnudas bailaban ante sus ojos. No eran dos, sino setenta. De piel blanca, eran libres, vírgenes de hombres y vírgenes de *yinns*. Revoloteaban por los aires, llevadas por almohadones de terciopelo verde o alfombras de caminos infinitos. Y cuando Jinane entonó una vez más «Mirarte es un dolor. Tocarte es un dolor. También besarte es un dolor...», abrió de repente los ojos, saltó del sillón, agarró al paje y lo besó en los labios. Su boca tenía sabor a naranja en flor.

En la habitación era noche oscura. Último ritmo todavía viviente, el tictac del gran reloj de péndulo, al que se acompasaba el paso del criado que recogía en silencio los restos de los placeres. De pie y con la mente embotada por el alcohol y los humos de la despreocupación, Abdel Wahab acariciaba el rostro del pajecillo capturado en pleno canto. «Esta noche cantarás para mí una música que procede del vientre». Le quitó el chaleco bordado y lo arrojó a lo lejos. Jinane contenía la respiración. La despojó de la amplia túnica de algodón fino. Ella se apresuró a cubrirse el pecho con las manos. Sorprendido, Abdel Wahab desenrolló la larga tira de algodón que lo oprimía bajo la ropa. Le acarició el pecho, sumido en turbadores pensamientos. Aquel muchacho tenía hermosos senos, anchos y puntiagudos. ¿Hermafrodita? Entre las vírgenes, tal como aprendiera antaño en las clases de teología, había diabras,

yenneyas... Algunos demonios llevan un sexo masculino en el muslo derecho y una vulva de mujer en el izquierdo. Y cuando se aburren, golpean la pierna derecha contra la izquierda para darse placer. Presa de repentina angustia, se echó a temblar. El efecto de las sustancias volvía en oleadas. ¿El Shaitán? El tictac del reloj se había amplificado hasta el punto de confundirse con los latidos de su pulso. Cerró los ojos, apretando los párpados para ahuyentar los terrores.

Le quitó los pantalones al muchacho y le acarició los muslos. Jinane, de pie a su vez, tan menuda ante él, emitió un suspiro de placer. «¿Quién eres?», balbuceó él. Y el pajecillo respondió: «Jinane», que también significa «paraíso»... Y de nuevo aparecieron imágenes ante los ojos de Abdel Wahab; sobre él pendían frutos rebosantes de zumo, uvas. Con la magia del cáñamo índico, veía en la oscuridad como un gato. Y sus ojos, los ojos dorados de Jinane... Ella le dijo unas palabras tranquilizadoras: «Jinane, soy Jinane, ningún hombre ni genio alguno me han conquistado jamás. Mi corazón es una perla enterrada en una concha que nadie ha abierto». ¿Llegó siquiera a pronunciar esas palabras? ¿O bien se limitó a guiarle el sexo, que el humo azul había vuelto tímido, hasta su corola? El hachís refuerza los vínculos amorosos. Ralentizando el placer del hombre, acrecienta el de la mujer. Se amaron largo rato, en silencio, sin otra palabra que sus nombres, que intercambiaban entre susurros. Al rayar el alba, las primeras luces colorearon las paredes de la estancia. El placer de Abdel Wahab, hasta entonces entorpecido por las sustancias, deslumbró su mirada. Jinane lo sintió a través de los espasmos de su vientre.

—¿Por qué? —le preguntó él—. ¿Por qué te has disfrazado de muchacho?

—La mujer que sabe cantar atrae la codicia y acaba destruida y humillada.

—Así pues, eres una mujer.

Ella sonrió.

—Una *fallaha*, es decir, una campesina, una mujer sencilla del Delta.

—El Nilo nos llega de lejos, de muy lejos. Sus torrentes se precipitaron por las montañas de Etiopía, sus turbulencias se abrieron paso por los pasillos sudaneses y, tras haber invadido la mitad de la tierra, finalmente fatigado, llegado al vientre de la vaca, se separó en siete brazos, creando un gigantesco candelabro verde que nutre al mundo. No eres una *fallaba*, eres la egipcia.

Eres la tierra. Eres Egipto.

Tras esas palabras, Abdel Wahab se sumió en un sueño tan profundo que los sirvientes que acudieron a despertarlo al día siguiente, pasadas las diez, lo creyeron muerto. Tan pronto el hombre se hubo dormido, ahíto de amor y embriagado de kif, Jinane se escabulló sin ruido para volver al garito de los placeres volátiles. A lo largo de los días siguientes, él le envió dinero, ramos de flores, pero no intentó volver a verla. En cuanto a ella, liberada por fin de su prolongada tristeza, escribió su primera canción, que empezaba así: «Jinane, soy Jinane, ningún hombre ni genio alguno me han conquistado jamás». La cantaba al final de su repertorio, tras haber desaparecido entre bastidores disfrazada de paje y reaparecido en el escenario con ropa de beduina.

Esperó cinco meses, hasta que su vientre se redondeó cual panza de burrito, para hacerle saber que estaba embarazada... ¡De él! Él no respondió de inmediato. En su soledad, se decía: «De mí, sin duda, y también de todos los demás...». Es la excusa de los hombres que dejan escapar su simiente. Sin embargo, Jinane sabía que no había conocido varón después de Gergess ni tampoco después de su noche con Abdel Wahab.

Al cabo de unas semanas, él le envió su automóvil con su chofer. La joven acudió al piso de la calle Abdine, que se le antojó ni tan grande ni tan lujoso como en su recuerdo. La recibió detrás de su escritorio, vestido con un terno de fino algodón gris, con la corbata anudada sobre el cuello duro y el rostro congestionado. Jugaba con la estilográfica. Hacía calor. En el techo, un inmenso ventilador de aspas de aluminio giraba, lento y potente, con ruidos de viento azotador, que sonaban como voces. Jinane le echó una mirada.

—¡Que tu día respire jazmín, oh, pachá!

Así fue como lo saludó, para luego añadir:

—Es posible fabricar viento, pero el hálito de vida procede del interior.

—Que tu día sea dorado como un río de miel bajo el sol —le respondió Abdel Wahab—. El hálito de vida, hija mía, es el Creador quien lo introduce en la gota de sangre.

A continuación se lanzó a una larga exposición política. Los ingleses eran unos hipócritas, pérfidos remilgados, que con una mano ofrecían la independencia y con la otra instituían tribunales, gestionaban las finanzas

públicas, instalaban a sus soldados en las encrucijadas estratégicas del país, sobre todo a lo largo del canal. Y si el rey Fuad los dejaba hacer, era porque también él era un extranjero, un turco, un albanés... Para poder nacer por fin, Egipto necesitaba a un patriota, un verdadero egipcio, como «nuestro maestro Saad Zaghlul». Le recordó que Zaghlul, el jefe del Wafd, su partido, al que acababa de afiliarse, era un *fellah*, un campesino del Delta como ella, que, surgido de la tierra, había crecido recto como una palmera y se había aupado por sus propios méritos al nivel de los más altos responsables, incluidos los de los países extranjeros. Ella escuchaba pasmada aquel discurso cuyo significado no comprendía. ¿Qué intentaba decirle? ¿Que el niño que iba a llegar era la encarnación de su reciente adscripción al partido independentista? Un poco más y a aquel niño habría habido que ponerle «Wafd». Con suma cortesía y la infinita dulzura del pueblo de aquel país, le respondió:

—Egipto es la madre del mundo, ¿no es así, príncipe mío? Y yo solo seré la madre de tu hijo.

—No creas que me estoy desentendiendo, pequeña —dijo Abdel Wahab con grave expresión—. Puedes estar segura de que a tu hijo no le faltará de nada. Llega en un momento en el que las fuerzas contenidas desde hace milenios, las fuerzas de nuestro país, Egipto, consiguen liberarse por fin. El Nilo, retenido en un estrecho pasillo a lo largo de su travesía del desierto, se libera a su vez, en ese lugar que llaman Batn el Bakara, «el vientre de la vaca»...

Jinane se dijo que era más bien la cabeza de Abdel Wahab la que estaba turbada y requería ser liberada. Le constaba que el abuso de hachís provocaba en algunos hombres extrañas palabras que persistían mucho tiempo después de la última dosis y en ocasiones jamás los abandonaban. Los había visto en el fumadero de Hassan postrados durante días, con la mirada extraviada, sin comer, casi sin beber, y al ser preguntados, creían ser reyes, príncipes o pachás. Daban órdenes a las ratas y luchaban contra enemigos a los que solo sus ojos veían. Sin embargo, él era un verdadero pachá, y hete aquí que su palabra surgía como un torrente; sus ojos, incandescentes, se movían sin cesar, y sus manos no lograban encontrar reposo.

—¡Es una niña! —declaró Jinane acariciándose dulcemente el vientre.

—¿Qué quieres? Dímelo con franqueza. ¿Dinero? ¿Es eso lo que quieres? ¿Qué les pasaba a todos con el dinero? No lo necesitaba en absoluto. Poseía cientos de libras, lentamente amasadas en su tesoro desde hacía años. No había gastado ni una sola... ¡No! Quería a su hija; que le devolvieran a su hija, arrebatada demasiado pronto por la maldad de los hombres. Su hija estaba de vuelta y se encontraba allí, agazapada en su vientre. Levantó la cabeza.

—¡A mi hija! —exclamó—. Quiero a mi hija...

—Pero entonces, ¿por qué vienes a importunarme? ¿Qué quieres de mí?

—¡Que le pongas nombre! —respondió Jinane con expresión repentinamente franca.

¿Ponerle nombre? Decididamente, ¡nunca entendería a las mujeres! Solo se da un nombre al séptimo día de vida, y su hija —si es que era una niña— ni siquiera había nacido. ¿Por qué había que decidir ahora su nombre? Además, no estaba seguro de que semejante acción fuera lícita, conforme a las recomendaciones religiosas.

—Su nombre, como sabes, está escrito por la mano de Dios en algún lugar del cielo.

Y para explicarle que Dios escribía el destino de los hombres en una especie de libro, trazó con el dedo unas letras ante él, en una pizarra invisible.

—¿Qué palabra acabas de escribir, oh, príncipe mío?

—No lo sé... Masr, «Egipto»... Creo que es esa palabra la que he dibujado en el espacio.

—Así pues, ¿es ese su nombre? —preguntó Jinane.

—No es nombre para una niña. Masr es un país; nuestro país no es ni hombre ni mujer. Ahora bien, podrías llamarla Masreya, «la Egipcia».

Entonces, ella se puso de pie, sonriente.

—¡Sí, príncipe mío! Su nombre será Masreya. Y cuando esté en edad de comprender, le diré que nació del vientre de la vaca, remota hija de los torrentes del Nilo.

Y Jinane abandonó la vivienda de Abdel Wahab Mazlum Pacha. Ocurrió varios meses antes de que fuese elegido diputado de la Asamblea.

La tía Tofaha tenía la sonrisa en los labios cuando comentó a la bailarina, la esposa cairota de Hassan:

—¡Es a ella, Um Jinane, a la que venimos a buscar! Su fama ha llegado hasta nosotras. ¿Es cierto lo que nos han dicho, que desde que dio a luz sus pechos rebosan leche, hasta el punto de que, si se la extrajeran, se podrían llenar tres grandes jarras al día?

—¡De tu boca salen palabras de luz, hermana mía! ¡Es verdad! Su hija apenas tiene dos días y su rostro es ya redondo como una sandía. Por la mañana, el camisón de Um Jinane está empapado, las sábanas entre las que ha dormido están empapadas, también el colchón está impregnado. Se podría creer que le han regado la cama en plena noche. Y puedes probar, es leche, nada más que leche.

La mujer las condujo a través del salón interior del fumadero y a lo largo de pasillos oscuros hasta el primer piso, donde se hallaba la habitación de Jinane. Un rayo de sol que se filtraba por la rendija de las cortinas trazaba una línea de fuego en la pared, como si estuviera agrietada. La pequeña mamaba golosamente del pecho, al ritmo de una tonada que le cantaba con dulzura su madre: «Soy la Egipcia, hija natural de los torrentes y del desierto, nací del vientre de la vaca, me llamo Masreya... Oh, Masreya...».

Conmovidas por el espectáculo, las dos mujeres se inclinaron hasta el suelo. Nadji, el débil de mente, que lanzaba gritos de excitación, recibió un pescozón detrás de la oreja. A Tofaha le venían a la cabeza imágenes antiguas. Dio gracias a Dios por haberla conducido hasta allí. Se arrodilló y besó las manos de la madre. Jaduja prodigó frases despreciativas sobre el bebé con el fin de evitarle el mal de ojo: «Mira que es fea. Con ese rostro tan arrugado, se diría que es una vieja bruja». Y daba palmadas con una mano sobre la otra y después en la segunda con la primera. «Ay, ay, ay... ¡Qué fea es esta egipcia!», repetía. Y Jinane, radiante de felicidad, daba las gracias a las mujeres y al mismo tiempo a Dios (no era seguro que se tratase del mismo dios).

Entonces Jaduja tomó la palabra. Explicó a Um Jinane que en el Muski, en la callejuela de los judíos, había nacido un niño de una pareja de la familia de

los joyeles, los Gohar, que ellos llamaban «Zohar». Su rostro era tan hermoso que, cuando las mujeres lo miraban, los ojos se les llenaban de lágrimas. En ocasiones, la belleza resulta más violenta que la fuerza. Y cuando te acercabas al pequeño, un perfume como a incienso emanaba de él. ¿Había que dejar morir a esa criatura porque su madre, la infortunada, no tenía una gota de leche? Habían intentado alimentarlo con leche de vaca y de oveja, pero rechazaba todo alimento. Habían recurrido a amas de cría de la zona, judías de Haret el Yahud, pero él apartaba el rostro escupiendo. Desde su nacimiento no había ingerido nada, ¡nada en absoluto! Pues bien, esto era lo que pensaban: sin duda aguardaba la leche de la bienaventurada, de Jinane, cuyo nombre sugiere el paraíso... Y Jaduja citó una sura del Corán que, evocando a Moisés —para quien, como es sabido, la hija del faraón buscó ansiosamente una nodriza—, rezaba así: «¡Amamántalo! No tengas miedo. No estés triste». Y añadió: «Créeme, ¡volverá a ti!».

«Volverá a ti»... ¿Significaba eso que sería el hijo de Jinane y que un día u otro vendría a reunirse con ella? ¿O tal vez que necesariamente se casaría con una árabe, una musulmana? Tofaha negó con la cabeza.

Entretanto, Masreya se había dormido sobre el pecho de su madre, con la boca entreabierta. Jaduja, incansable, volvió a la carga, razonando en voz alta: «Diste la vida una primera vez. Pero no podías hacer otra cosa. En tu vientre, la criatura, atraída por la luz y los ruidos del mundo, quería salir. No hiciste sino acatar su voluntad; te limitaste a ayudarla con todas tus fuerzas. Esta vez, será con tu decisión, con tu consentimiento, como darás vida a un niño que sin ti regresará entre los muertos. ¿Renunciarás a dar la vida mediante un acto voluntario?».

Ante tales palabras, Jinane aceptó. Se dijo que Dios le quedaría agradecido, que a cambio de su leche concedería larga vida, una hermosa vida, a Masreya, su hija, la pequeña egipcia que acunaba en sus brazos. Sí, respondió a Jaduja, iría con su hija a pasar varias semanas en la callejuela de los judíos, entre aquella familia de joyeles, para convencer al niño de que se uniera a los vivos.

Tofaha dio una palmada, gritando: «¡Gloria a Dios!».

A Dios, al que ella llamaba «Alá», en árabe, como todos los judíos del gueto. Y Jaduja posó las manos en la cabeza de Jinane y luego se las llevó a los labios repitiendo: «En

el nombre de Dios..., en el nombre de Dios...». Las mujeres lloraban y reían al mismo tiempo, y el idiota, Nadji, daba palmadas.

Tras el tiempo justo para recoger algunos efectos personales —¡había que actuar deprisa!—, las mujeres se subieron a un carricoche tirado por un gran caballo rojizo de crines doradas, y Nadji se acomodó en el pescante al lado del cochero. Jinane impuso, no obstante, una vuelta por la mezquita de Sayeda-Zainab. ¿De qué servía realizar una buena acción si Dios y sus ángeles no estaban al corriente? De tal manera que, cuando la comitiva llegó ante el colmado del tío Elie, el sol empezaba a caer en el cielo.

—No ha dejado de llorar en todo el día —se lamentó la vieja Massuda, la mujer del tío Elie—. ¿Qué quieres? Tiene hambre. Y su madre se ha retirado del mundo. Es triste ver a una madre llorar por no poder alimentar a su hijo hambriento.

Instalaron a Jinane, la del hermoso busto, en un ancho sofá de mimbre. En un brazo sostenía a Masreya, la hija del Nilo, que se había adormilado; las tías de Esther le acomodaron al niño que aún no tenía nombre en el otro brazo. El chiquitín se apoderó febril del pecho y procedió a alimentarse durante una hora de un tirón, sin detenerse. Motty, su padre, de pie y apoyado en el bastón, no cesaba de salmodiar en hebreo este versículo del Cantar de los Cantares: «Tu pecho es una copa redondeada, donde no falta el vino aromático. Tu cuerpo, rodeado de lirios, es un pan de trigo candeal».

La noticia del prodigio se extendió a la velocidad de la palabra. Ante la puerta del colmado se formó una aglomeración. Hasta la hora de acostarse, el niño se alimentó otras tres veces del pecho de la abundancia. Él se apoderaba de un pezón, la pequeña Masreya del otro, y de vez en cuando las manos de las dos criaturas se tocaban. Se habría podido pensar en dos amantes entrando en el paraíso cogidos de la mano. La noche estaba avanzada cuando lo acostaron, saciado, en brazos de Esther, su madre.

Alojaron a Jinane en la casa más espaciosa de la familia, la de la tía Maleka y su marido Yakub, al que llamaban Pupy. En el gueto se sentía protegida. Sabía que nadie iría a buscarla al reino de los excluidos. Se decía que allí su hija no corría el menor peligro, en la ignorancia de su familia, los desconfiados campesinos del Delta, a salvo de la mirada envidiosa de las mujeres de la calle Maruf, lejos de las previsibles exaltaciones de la calle

Abdine y de su dueño, Abdel Wahab. Por lo demás, las mujeres judías de la callejuela, con el corazón henchido de agradecimiento, la trataban como a una princesa. Todos los días le presentaban platos cuyo secreto conocían: en primer lugar, sopa de trigo con leche, la que se reserva a las parturientas; y luego calabacines rellenos de carne, que llamaban «italianos»; ragú de ternera, que jamás había probado en ningún otro sitio y que denominaban «séfrito»; arroz con lentejas y eneldo; y, por supuesto, las múltiples preparaciones *de ful medames*, a base de habas secas, el delicioso alimento del pueblo llano egipcio. Entre comidas, la emprendían con pastelillos, hojaldres de avellana chorreantes de miel, volovanes rellenos de puré de dátiles o bollos blancos de azúcar, como la luna llena, y hendidos como las nalgas de las mujeres.

Nunca la dejaban sola, ni un solo instante, atentas a sus menores deseos, evocando con ella a sus padres, su infancia. Y también la compadecían. «¡Oh, Dios! ¿Cómo puede alguien dar a luz sola, lejos de su madre, sin sus tías, lejos de la tierra que la vio nacer?», decía una levantando las manos abiertas al cielo. Y Masreya, la pequeña egipcia, iba de mano en mano de las tías, que la lavaban, la masajaban, la acunaban, como si se tratara de un miembro de su familia, tal como hacían con el niño de Esther.

Tofaha, la tía más joven, que sentía verdadero afecto por Jinane, pidió al *rav* Murad que le confeccionase el amuleto de las parturientas, destinado a mantener alejada a Lilit, el ángel femenino de la muerte. Sabía que su rabino era porfiado, pero honesto en el fondo, y sobre todo sabio. No obstante, pretendió escabullirse diciendo: «Vamos a ver, no se le puede fabricar un amuleto judío, ¿es musulmana!». Y entonces las mujeres lanzaron un grito de consternación: «¿Y por qué? ¿Acaso los diablos, los brujos y los microbios examinan la fe de la persona antes de atacarla?».

Maleka, la más sabia, declaró sentenciosa:

—A la hora de rezar, cada pueblo es diferente, pero para protegerse de la muerte, ¡todos somos iguales!

Por su parte, Tofaha lo apostrofó:

—De manera que desees la muerte de la hija de Jinane, cuando ha salvado la vida de nuestro pequeño...

Murad acabó por ceder, por supuesto, pero en su mente envió a los mil diablos a aquella familia Zohar que ni temía a Dios ni a los rabinos.

En el silencio de su noche, pese a su mal humor, se puso manos a la obra. Con su más hermosa letra, copió, en un ancho pergamino más o menos rectangular, la oración encontrada en un libro de cábala práctica que había heredado de su abuelo: «El Dios de nuestros padres no permitirá que vacile tu pierna. Como está escrito: el guardián de Israel ni duerme ni sueña despierto». Después dibujó en el centro de la hoja una mano negra de dedos separados, a la derecha un pez y a la izquierda un ojo, que se parecía un poco al ojo de Horus, cuyos grabados aparecían en los libros sobre el antiguo Egipto. Y dio rienda suelta a su imaginación: «¡Oh, vosotros, ojos malvados! ¡Ojo que miras hacia la derecha, ojo que miras hacia la izquierda! ¡Oh, vosotros, ojos del mal! Ojo torvo, ojo penetrante; ¡ojo que absorbes la vida, ojo que insinúas la muerte! ¡Oh, vosotros, ojos de la desgracia! Ojo de divorciada, ojo de marido engañado; ojo del ciego, ojo del cojo...». Seguía una larga letanía de los ojos tóxicos, de los ojos de envidiosos..., que concluía con el último, el más poderoso: el ojo que se acuerda del ojo... Murad se dirigía a todos esos ojos y los ponía en guardia: «Oh, vosotros, ojos malvados, el ojo de Dios os mira y os petrifica. Os impedirá actuar contra esos dos niños, a los que protege con su omnipotente mano. No podréis hacer nada, ni de día ni de noche, ni durante la vigilia ni mientras duermen; ni en los sueños ni a través de la locura. No podréis nada contra ellos, ni aquí ni en otra parte, ni en el Bajo ni en el Alto Egipto, ni en este mundo ni en el otro...». Apeló al centenar de ángeles cuyo nombre conocía; apeló a las legiones de demonios, cuyo nombre distribuyó por todo el perímetro del pergamino. Arriba del todo anotó el del más poderoso, Salomón, señor de los espíritus y de los animales. Y los diecisiete nombres de Lilit, la destructora, Shatrina, Abito, Kali... y todos los demás. Y en una esquina, enmarcado por bellos arabescos, contó la historia del profeta Elias, que supo reconocer a Lilit y petrificarla mediante sus palabras. Dedicó dos noches y un día entero a la fabricación del amuleto. Entonces lo llevó a casa de Maleka.

—Confío en que no vengas a contarnos que no has podido confeccionar el amuleto... —le soltó Tofaha poniendo mala cara.

—Mujer de poca fe —replicó Murad—. ¡Aquí lo tienes!

Y procedió a desenrollar el pergamino. Ella no sabía leer hebreo, y aunque hubiera sabido, de poco le habría servido, porque Murad lo había redactado

en arameo. Pero era un amuleto precioso, una especie de cuadro complejo, con aspecto de laberinto, con aquellos tres dibujos rodeados de palabras que bailaban y letras perdidas.

—¡Maleka! —gritó—, ¡Maleka! Ven rápido a ver el escudo que ha fabricado Murad.

—Eso sí, hay una condición —anunció este.

—¿De veras? ¿Una condición? ¿Qué clase de condición? —lo retó Tofaha con las manos en las caderas.

—¡Una condición, eso es todo! El amuleto protege a los dos niños, desde su nacimiento y para siempre...

—¿Y bien?

Era la pequeña venganza de Murad. Dado que había que proteger a los dos niños, para que el amuleto fuese activo ambos tendrían que mantenerse juntos bajo su égida. Y añadió:

—Esta piel es una armadura, una indumentaria impenetrable, pero solo actúa sobre los dos juntos.

Depositó el amuleto a los pies de Jinane e hizo sus recomendaciones.

Pupy fue el primero en reaccionar.

—Pero sabes muy bien, rabino, que Jinane solo está de paso —se quejó—. Se marchará dentro de unos días con la pequeña. ¿Cómo vamos a colgar el amuleto por encima de los dos niños si uno se queda aquí con su madre, en el seno de su familia, y el otro regresa al seno de la suya?

Murad, con una sonrisita de soslayo, levantó los brazos al cielo en señal de impotencia.

Oh, Murad, has heredado de tus antepasados, los cabalistas inmemoriales, la astucia, el arma de los demonios, con la que se los combate. Oh, Murad, ¿qué idea ha pasado por tu mente? ¿Eres consciente de que tu escritura ha determinado por siempre jamás el destino de esas criaturas? ¿Acaso la escritura no está reservada a los dioses? ¿Por qué se habrá dejado el arma de los ardides y las conspiraciones en manos de los humanos?

En torno a la mesa, reunidos la noche del *sabbat*, la familia decretó que Jinane se quedaría en Haret el Yahud, en casa de Maleka, durante cuarenta días.

—¿Por qué cuarenta? —quiso saber Tofaha, a quien le habría gustado

conservarla más tiempo a su lado.

—Tal vez a causa de los cuarenta años en el desierto... —aventuró Pupy.

—¡No, hombre, no! —lo contradijo Adina—, es por la purificación. ¿Acaso el barreño del *mikwe*, el baño ritual de las mujeres, no se llena con cuarenta medidas de agua?

Motty contribuyó con su comentario talmúdico:

—Cuarenta es el equivalente numérico de la palabra «agua» en hebreo —añadió ante el silencio de los presentes.

—¿Y bien? —preguntó Maleka, que no había entendido nada.

—Cuarenta —prosiguió Motty—, cuarenta medidas de cuarenta, es decir, de agua, con lo que se obtiene agua que es completamente agua, ¿entendéis? En consecuencia, agua pura, purificada por el recuento.

Sabían que era inteligente, pero esta vez parecía que la inteligencia le había nublado la razón. Entonces Esther, que aún no había dicho ni pío, acudió al rescate de su amado esposo:

—¡Pero vamos a ver! Cuarenta días es el tiempo que se requiere para la purificación de la parturienta. Y eso es cierto tanto para los judíos como para los musulmanes.

¡Era ella quién estaba en lo cierto! Reinó un pesado silencio, roto por Pupy:

—¡De acuerdo! Sin embargo, ¡eso no debe impedirnos discutirlo!

Al día siguiente fijaron el pergamino debajo del colchón de Esther y pasó siete noches bajo su vientre. Al octavo día, las mujeres examinaron al chiquillo. Todavía no le habían puesto nombre. Motty, su padre, se oponía a ello: «¿De qué sirve darle un nombre si ha de volver a marcharse?». No obstante, discutían sobre ello. Si el niño vivía, Motty deseaba ponerle el nombre de su padre, Abraham, en primer lugar porque era la tradición, pero también, explicó, porque era un nombre adecuado para un primogénito. ¿Acaso no fue Abraham el primero en reconocer a Dios? La madre, Esther, se sentía obligada por la promesa hecha en la cripta. Para ella era Maimón. Así era como lo llamaba cuando lo acunaba, o a veces por los atributos del filósofo, «el águila de la sinagoga». Entonces utilizaba esa breve palabra árabe tan bonita, Nasr, que significa «el águila», o Nasr el Gama, «el águila de la mezquita». Pupy, el marido de Maleka, fino estratega, quería ponerle Murad,

con el fin de obligar al rabino a sentirse responsable y a poner en práctica cuanto fuera necesario para su protección. En cuanto al tío Élie, quería ponerle Élie, pues es sabido que el profeta Elias salva a los niños de la muerte. ¿Acaso no presidía toda circuncisión?

Y, precisamente, la cuestión de la circuncisión estaba sobre el tapete todas las noches. Habría tenido que ser circuncidado y haber recibido un nombre al octavo día. Llegaba ya a su duodécimo día y seguían sin tomar una decisión. Lo cierto es que el niño era enclenque. Temían por su vida. Cuántos no habían desaparecido a raíz de la circuncisión pese a ser vigorosos y gozar de buena salud. En cuanto al pequeño, curiosamente, si bien aceptaba alimentarse, no engordaba. Saltaba a la vista la diferencia con Masreya, su gemela, por así decirlo, ya mofletuda y regordeta. El niño tenía una cabeza bien dibujada, rasgos delicados e inmensos ojos abiertos al mundo, pero su cuerpo era flacucho, con el vientre muy hinchado. De hecho, a Dudú parecía asustarlo la idea de cogerlo en brazos. «Mira cómo es..., no mayor que un pedazo de pan». Si bien Élie pensaba que la circuncisión podía fortalecerlo, Motty, por el contrario, preconizaba que no había que someterlo a ella hasta que hubiera ganado suficientes fuerzas. Y argumentaba: «Los árabes no circuncidan a sus pequeños antes de la edad de cinco años». Y la discusión proseguía indefinidamente: «Lo que hacen los árabes no es necesariamente lo adecuado. Tampoco es necesariamente malo...». Y todos los días dejaban la cuestión de la circuncisión para el día siguiente.

Tras recoger el amuleto, que había permanecido bajo el colchón de Esther, el tío Élie lo examinó. Creyó reparar en que las letras álef se habían borrado ligeramente. En consecuencia, llegó a la conclusión de que debía ser la primera letra del nombre del niño: Élie. Motty le hizo observar que también era la primera letra del nombre Abraham. Estuvo de acuerdo. Esther lo rebatió, arguyendo que, de todo el alefato, la letra álef era sin duda la más frecuente en un texto en hebreo y que eso no demostraba nada. Sabía que era Maimón, lo sentía en su corazón. Pupy, cuyas observaciones oscilaban siempre entre la crítica y la mofa, aventuró una nueva hipótesis.

—Siempre deberán permanecer unidos bajo el amuleto —empezó.

—¿Y después? —lo interrumpió Maleka, su mujer.

—¿Y después, como hasta cuándo? —le respondió Pupy (en árabe

rimaba). Luego se explicó—: Dado que la niña se llama Masreya, «la Egipcia», ¿por qué no ponerle Yehudi, «el Judío»? ¿Eh?

—¡Ah, no! —replicó Elie—, si razonamos así, habría que ponerle Masri, «el Egipcio». Masri y Masreya... ¿No os gusta?

Una vez más, decidieron aplazar tanto la elección del nombre como la circuncisión.

Esta vez fijaron el amuleto bajo el colchón de Jinane. El primer día no se produjo ningún cambio. Ahora bien, el segundo, unos emisarios inesperados se presentaron ante la casa de Maleka. Eran tres, vestidos con largas galabiyas a rayas, un gorro en la coronilla y todos con un espeso bigote que les cruzaba el rostro. Olían a sudor y a polvo. Habían realizado un largo viaje, primero desde el pueblo de Kafr el Amar hasta Damanhur a lomos de burro. Luego habían cogido el tren, por primera vez en su vida, aposentados en uno de esos vagones de madera de tercera clase que hacen un ruido infernal. Los dos corderos de los que tiraban desde el extremo de una cuerda parecían menos inquietos que ellos. Finalmente habían llegado a la estación de El Cairo, conocida como «la puerta del ferrocarril». Habían vagado largo rato por la ciudad, arrastrando a los dos animales entre los carricoches, los automóviles y los paseantes. En la plaza Ismaleya los empujaban; habían tenido que abrirse camino con dificultad entre los banqueros y los funcionarios vestidos a la europea. Allí, un policía los había amenazado con llevarlos al caracol, a comisaría, si no liberaban de inmediato la calzada de sus malolientes animales. Como ya no aguantaba más, el de más edad había reaccionado: «¿Acaso no sabías, príncipe, que la carne que comes tiene cabeza, patas y produce excrementos?». El policía, vestido de blanco de pies a cabeza como un almirante, se encogió de hombros y sopló en el silbato con toda la fuerza de sus pulmones. Finalmente llegaron a la calle Muski, que recorrieron durante una hora antes de encontrar la entrada al barrio. Pero allí estaban, sanos y salvos, y deseosos de hablar con la hermosa Jinane, su niña.

—Que vuestro día sea de horchata —los recibió Tofaha, para luego añadir—: ¡fluido y dulce!

—Que tu día sea para bien y que Dios vele por ti, ¡mujer de bella apariencia! —le respondió el mayor de los tres viajeros.

—Pareces cansado. Entra en casa a beber un vaso de agua o una taza de té.

Explicaron a Tofaha que eran campesinos del pueblo de Kafr el Amar, un pueblo donde el trigo crece tan alto que si estás en el campo no consigues ver el minarete; y donde las gallinas ponen huevos tan grandes como berenjenas. Los enviaba el padre de Jinane, el jeque Alí, el imán, quien se había enterado de que su hija había traído al mundo una criatura. Aquel niño era su niño. No sabiendo si se trataba de una chica o un chico, habían traído consigo un carnero y una oveja, uno para la nominación y la otra para la fiesta. E hicieron amago de marcharse. Cuando Jinane oyó desde su habitación las palabras pronunciadas por sus tíos, no pudo contener las lágrimas. Llevaba más de diez años creyéndose huérfana, y la pequeña Masreya acababa de aportarle, en un solo día, el calor de su pueblo y la protección de su padre.

—¿No es Jinane esa a la que oigo llorar? —preguntó el viejo—. Dile que su padre no pide nada, solo desea transmitirle la bendición de Dios.

Los tres mensajeros se quedaron tres días en Haret el Yahud. Degollaron a la oveja para Masreya, pero el carnero gozó de un aplazamiento. Lo reservaban para la circuncisión de Zohar. Todos se volvieron hacia el más anciano de la familia, el tío Elie.

—¿Y bien? —preguntaron ansiosos los padres del niño.

—Lo circuncidaremos el año que viene, al mismo tiempo que al segundo chico que tal vez os nazca, con la ayuda de Dios...

Ambos lanzaron un suspiro de alivio, tal era su certeza de que aquel niño escuchimizado no sobreviviría al corte de la alianza; al igual que las tías, e incluso Elie, que acababa de tomar la decisión, y que añadió:

—La Torá nos dice: «He puesto ante ti la vida y la muerte. En cualquier circunstancia, ¡elige la vida!».

Así pues, no circuncidaron al pequeño. Pocos días más tarde, el carnero fue degollado de todos modos y organizaron una gran fiesta para darle nombre. Para zanjar la cuestión, habían renunciado a todos los nombres evocados. Le habían puesto Zohar, simplemente Zohar. La quintaesencia de su familia. De manera que se llamó Zohar Zohar, que algunos traducen como «joyel entre los joyeles».

Calle Figuiet

El comienzo del verano hace tiempo que quedó atrás; y sin embargo llueve cada día en París, una lluvia fría y gris que confunde las señales.

Una infancia entre la vida y la muerte... Desde mi nacimiento y mucho tiempo después; durante años... Cuando era un niño de pecho, lloraba sin cesar. Apenas comía. Recordaba a esos chiquillos desnutridos cuyas fotos aparecen a veces en las revistas, con brazos y piernas como cerillas y un grueso vientre hinchado. Según parece, no empecé a andar hasta los dos años, ni pronuncié mi primera palabra hasta los cuatro. Nunca sonreí, y me negaba a mirar a quien se dirigía a mí. Crecido en dos habitaciones minúsculas en un entresuelo, la trastienda de un colmado, no encontraba mi lugar entre unos progenitores que se amaban con pasión. Mi madre, Esther, cada vez más hechicera, proclive a las crisis de histeria, y a la que venían a visitar desde la otra punta del país para que les leyera el futuro; y Motty, mi padre ciego, una especie de autista que hoy tal vez lo llamarían Asperger. No eran solo las oraciones lo que se sabía de memoria, sino también los libros de cuentas. Era su trabajo: contable habitual de los comerciantes judíos del zoco de los orfebres. Cuando no recitaba listas de cifras, con su hermosa voz, entonaba el Cantar de los Cantares.

Hay algo en el matrimonio que lo hace imposible, instituyendo la idea de que el amor es una necesidad natural. El amor no es una necesidad, como tampoco el resultado de un deseo; cuando sobreviene, el amor supone siempre

una fractura en el orden del mundo. Por eso los esposos dignos, que se aman a pesar del matrimonio, casi nunca se tocan, y siempre siguiendo un rito.

Desde que empecé a entender la lengua de los humanos —al parecer ocurrió bastante tarde—, oía a mi madre repetirme —y hay que tomar la palabra «repetir» al pie de la letra, pues era a diario—: «Nunca te cases con una muchacha del Delta de piel oscura; podría ser tu hermana de leche. ¡Es *haram*, está prohibido!». Aquí debo hacer una precisión: musulmanes, coptos, ortodoxos, caraítas o judíos, todos somos egipcios. Una misma regla presidía nuestras bodas: la prohibición absoluta de la hermana de leche. Casi podría decirse que estaba permitido casarte con tu hermana de sangre —una prima hermana, por ejemplo—, pero en ningún caso con tu hermana de leche. Naturalmente, yo no conservaba el menor recuerdo de mi lactancia. Cuando crecí, me enteré de que me había salvado una mujer árabe, una cantante, que vino a pasar cuarenta días a casa de mi tía abuela Maleka. Fue ella quien me alimentó. Sabía que tenía una hija, mi hermana de leche, pero nada más. Sin embargo, se trataba de historias de familia. Las contaban así, sin más, tal como uno mira viejas fotografías; bromeaban sobre ellas, reían... ¿Cómo saber lo que es realmente importante entre los judíos de Egipto, que adoptaron el chiste, la *nokta*, como filosofía fundamental?

El tiempo había pasado. Poco a poco, la situación económica mejoró. En la familia hubo quien abandonó la callejuela de los judíos para instalarse en Abasseya, un barrio casi burgués, con edificios limpios, grandes puertas, escaleras de mármol cubiertas por alfombras e incluso ascensor... Uno de los hermanos de mi madre, que se llamaba Yussef —lo llamábamos Sussú—, vivía allí. Una mañana vino a buscarnos a la *liara* con su coche, un Ford Model T, esos automóviles que ves en las películas mudas de Buster Keaton o de Charlot. Su Ford era negro; de hecho, en aquella época todos eran negros. Había decidido llevarnos a Alejandría para ver el mar.

Nos metimos todos allí dentro, mi madre, mi padre, la tía Maleka y su marido, Pupy. También estaban, por supuesto, Nanú, la mujer de Sussú, y sus dos hijos, Flore y Albert. Ignoro cómo aquel viejo cacharro pudo transportarnos a todos. Salimos de El Cairo a las siete. Cada veinte kilómetros había que detenerse para echar agua al radiador. Mi padre se desternillaba de risa cada vez. Decía a mi tío: «Sussú, deberías optar por un camello. ¡Bebería

menos que tu coche!». Y todos nos carcajeábamos. Era descapotable, o más bien no tenía techo, ni tampoco capota, solo un inmenso parabrisas, que había que limpiar sin cesar con un paño húmedo.

El sol había pegado durante todo el día. Debían de ser alrededor de las cinco de la tarde, acabábamos de dejar atrás un pueblecito que se llamaba El Baradi, cuando, al doblar una curva, surgió un cordero, un borreguito solitario que había decidido cruzar la carretera. Yo iba sentado delante, en el regazo de mi madre. Grité. Mi tío no pudo frenar. Oímos un ruido sordo bajo las ruedas del automóvil. Mi madre lanzó gritos histéricos y mi tía Nanú se desmayó. El animal agonizaba en el arcén. Sussú se bajó del coche para examinar a la pobre bestia, que exhalaba su último suspiro. Entonces divisamos a un campesino, vestido con una larga galabiya marrón, que corría hacia nosotros blandiendo un inmenso cuchillo. «¡Ven! —gritó mi madre a su hermano—. ¡Sube al coche! Larguémonos de aquí a toda prisa». Pero mi tío, por el contrario, se dirigió hacia el campesino. ¡En Egipto uno jamás evita una discusión! Sobrecogidos, observábamos la escena de lejos. Vimos gesticular al hombre, que agitaba el machete. Otros campesinos salieron de un camino y se apresuraron a reunirse con el primero. Después los vimos acercarse al coche. Tuvimos miedo. Entonces oí que el primero decía al tío Sussú:

—¿Qué piensas hacer, ya *ostaz*, «oh, mi apuesto señor»?

Mi tío no vaciló ni un momento.

—¡Que Dios te bendiga! Te lo compro, desde luego, amigo mío, te compro a tu cordero. Dos libras...

¡Dos libras era un montón de dinero! Tal vez cuatro o cinco veces el valor del animal. Encantado con su golpe de suerte, el campesino degolló al cordero en el acto y se lo tendió a mi tío, que se quedó con los brazos colgando. ¿Qué iba a hacer con un cordero entero, cuando nos íbamos de veraneo? Propuso al campesino que nos lo comiéramos, allí mismo y en aquel momento, todos juntos. El hombre se puso contento. Estrechó largo rato la mano de mi tío. Volvió a donde estaban los otros campesinos y, tras cambiar unas palabras, regresó junto a Sussú y lo abrazó.

Aparcamos el viejo Ford en el arcén y fuimos camino del pueblo. Nos recibieron dando palmadas. Las mujeres lanzaban yuyus como si se tratara de una fiesta. Primero nos sirvieron té. Luego mataron otros dos corderos y

reunieron a las familias. Nos instalamos. Las mujeres hablaban de ropa; los hombres, de la cría de animales. Charlamos, bromeamos, tomamos leche todavía tibia de la ubre de la búfala. Al caer la noche llegaron los músicos, las *tarabokas*, la *simsimiya*, los crócalos y también los *bendirs*. Y se pusieron a cantar; no conocíamos su música, pero era hermosa. En un momento dado apareció el imán, que procedió a salmodiar un cántico religioso, acompañado tan solo por la pequeña lira. Debía de estar inspirado en una sura, pues los demás levantaron las manos abiertas hacia el cielo, acompasando cada estrofa con sus «*amine*». Escuché atentamente la letra. Entendía el árabe, desde luego, pero la lengua del Corán, poética, de una pureza perfecta..., no captaba ni una de cada dos palabras. Mi padre, en cambio, parecía conocer el cántico, que entonó con el imán. A los lugareños les encantó oír la voz de mi padre, tan hermosa, entrenada a diario con los salmos en su sinagoga de Haret el Yahud, la sinagoga Haim-Capucci.

Entonces el imán hizo venir a una chiquilla, y me quedé estupefacto. Se suele hacer caso omiso de la pasión que en ocasiones experimentan los niños por la belleza. Una salvaje, descalza y con el cabello rizado, que le caía en cascada hasta los riñones. ¡Dios, qué hermosa era! Tenía una carita muy morena, rasgos delicados y grandes ojos claros, del color de la almendra tierna. La presentó a los reunidos, que ya la conocían, pero sobre todo para dar la sensación de que se trataba de un espectáculo. Era su nieta. Silencio. Nada arisca, la pequeña se mantenía muy tiesa, orgullosa, con la cabeza bien alta.

Primero la *simsimiya*, en una larga lluvia de semitonos, que susurraban la tristeza de un mundo inmóvil. Después su voz surgió de otro mundo, como si todas las cuerdas del instrumento hubieran sido pulsadas en el mismo instante, con una armonía perfecta entre el sonido y el viento. Con la primera palabra de su canto —era, lo recuerdo bien: «*Ya rohi...*», «Oh, alma mía»—, con la primera palabra, quedé prendado de aquella muchacha.

Después de cantar vino hacia nosotros. Estábamos sentados en el mismo suelo, arrancando con los dientes restos de carne de las chuletas. Un hombre apareció con un odre. Se metió un lingotazo y se lo pasó a mi tío. Sussú vaciló un momento y finalmente bebió a su vez. Luego dio un segundo trago antes de pasar el odre a Pupy.

—¿Qué es? —le preguntó este.

—No lo sé. ¡Pero está bueno!

Entonces me lo ofreció; ¡y bebí! Era leche de camella fermentada, como supe años más tarde. Repetí. Los vapores del alcohol empezaron a embotar la mente a los hombres, que se levantaron para bailar, con los palos, al ritmo de los tamboriles. A mí, aquel primer trago de alcohol me dio valor para hablar a la chiquilla. Le dije:

—¡Eres muy guapa!

Era lo que me impresionaba, lo que me expulsaba de mi mundo interior, su belleza. La belleza..., esa extraña cualidad que lleva a pensar que el mundo obedece a un orden invisible.

—¿Cómo te llamas? —le pregunté.

—¡Masreya! ¿Y tú?

—¡Zohar!

—¿Gohar?

—Si lo prefieres...

—Te llamaré Gohar.

Me cogió de la mano y me arrastró a un establo. Nos sentamos en la paja. A lo lejos se oía la música, que ella acompañaba sin abrir los labios. La miré, pero no veía nada. La contemplé más tiempo. Cuando nuestros ojos se acostumbraron a la oscuridad, hipnotizado por sus labios, oí que me preguntaba:

—¿Vienes de El Cairo? —Y sin esperar respuesta prosiguió—: Me gustaría vivir en El Cairo.

—¿Por qué?

—Quiero ser cantante.

—Cantas bien. Tu voz... Tu voz es como la de un ave.

—Y también bailarina... Mira mis piernas.

En la oscuridad no podía distinguirlas, pero las había admirado mientras cantaba. Sus piernas eran largas y esbeltas, y sus andares, de gacela.

Me cogió una mano y se la llevó al pecho, invitándome a acariciarlo. Sus senos eran una promesa, dos minúsculas prominencias turgentes, que palpitaban como un pájaro que uno recoge en el hueco de la mano. El corazón me latía desbocado. Por primera vez, experimenté el misterio de la alteridad.

¿Cómo expresarlo?... Percibía su placer en mi propio cuerpo. Un temblor me recorría de pies a cabeza. Cuanto más se le aceleraba la respiración, más me sentía allí, cerca de ella. Cerré los ojos. Ella se acercó y cubrió mis labios con los suyos. Resultaba cálido, dulce, era como debía ser... ¡Lo era!... ¡Sí, eso es! Era como debía ser. La besé. No sé de dónde me vino la sabiduría para hacerlo. Yo era inocente. Ella no tanto como yo. En el campo, uno crece más cerca de sus sensaciones. Estábamos pegados el uno al otro, sin hablar, descubriendo el deseo y descubriéndonos el uno al otro. Entonces su abuelo la llamó. Nos quedamos allí un momento más, sin movernos, conteniendo nuestros arrebatos de inquietud, de curiosidad, también de placer. Él volvió a llamarla.

—Tengo que irme...

Me sentí desamparado. En el establo, la búfala mugió. Me sobresalté. Masreya se echó a reír. Deseaba quedarme allí, a su lado. Deseaba quedarme allí toda la vida, un animal entre los animales; una planta arraigando en ella como en la tierra. La chiquilla se levantó de un brinco y salió corriendo en la noche.

Veamos... Eso era en 1936. Era mi primer beso. Quiero decir: mi primer beso de amor. Lo recuerdo, Faruk acababa de ser entronizado. Tenía dieciséis años. Yo tenía once.

1942

Calle Abul-Hassan

Año 1932. Zohar había salido de la callejuela de los judíos con la misma violencia con que había sido expulsado del vientre de su madre. Desde los cinco años, corría por todas partes, cubierto de polvo, descalzo y con ojos de loco. A veces lo encontraban en la calle Muski, de donde lo recogían los habitantes de la *hara* cuando se lo encontraban. Su madre, Esther, lo recibía encogiéndose de hombros. No parecía preocupada, solo curiosa. ¿Qué lo llamaba a lo lejos? O más bien ¿quién? ¿Qué ser, qué fuerza? En ocasiones decía: «Dejadlo correr. Ya veremos adónde lo llevan sus pies». La anciana tía Maleka la reprendía: «¿No te da vergüenza? ¡Es tu hijo! ¿Acaso tienes otro? ¡No!». Adina, perversa, añadía: «¿Es capaz siquiera de concebir otro...?». Lo cierto es que hacía cinco años que la familia esperaba en vano un nuevo embarazo. Por su parte, Tofaha la sermoneaba: «Lo llevaste en tu vientre durante nueve meses. ¿No se te rompe el corazón cuando desaparece así días enteros?». Esther replicaba con frases que ninguna mujer de la *hara* podía aceptar: «No sabemos de dónde viene; solo Dios sabe adónde irá...». Sus tías sabían que estaba loca, pero eso no era excusa. ¿Qué pretendía al abandonar de ese modo a su hijo en la calle? ¿Librarse de él? ¿Tal vez deseaba quedarse sola con su marido? Y murmuraban entre sí que no era bueno que los padres estuvieran apegados en exceso el uno al otro. Cuando los adultos piensan demasiado en el amor, los niños se van al diablo. Una madre debe tomar partido por su hijo en contra del padre, incluso enfadarse con su marido por

ello. Como reza el proverbio árabe: «El muchacho acarrea la injuria a su padre».

Los negocios de Motty habían mejorado. Ya hacía dos años que no ejercía de contable para los joyeros del zoco. Con el dinero que le había prestado Elie, había abierto una tienda de bebidas alcohólicas y vendía cientos de botellas de *zbib*, un anisete transparente que quemaba en la boca. Lo vendía a los judíos del barrio, a los cristianos, a los ortodoxos y a los coptos, pero también a los ingleses que de vez en cuando se aventuraban hasta allí, hasta las entrañas del barrio viejo de El Cairo. En cuanto a los musulmanes, encargaban a un cristiano que lo comprase por ellos. Cuando lo criticaban, acusándolo de propagar la inmoralidad entre los hombres, Motty respondía riendo: «Para nosotros, los judíos, beber alcohol es un mandamiento de Dios. ¿Acaso no te tomas cuatro vasos enteros de vino la noche de la Pascua?... ¿Y no es una obligación religiosa?».

Por la mañana, Esther lo ayudaba a llevar la tienda. Sin embargo, cuando el sol empezaba a declinar, hacia las cuatro de la tarde, recibía a las mujeres en el entresuelo del tío Elie. Respondía a sus preguntas, que a menudo tenían que ver con problemas de pareja, repartía consejos; en ocasiones sacaba la baraja, y entonces las mujeres sabían que se disponía a anunciarles el futuro. Esther ya no sufría tantas crisis, o al menos sabía reconocerlas desde los primeros signos. Había mañanas en que se sentía trastornada, siempre a consecuencia de un sueño, que era siempre el mismo. Veía una grieta dibujarse en la pared de su habitación. Luego la grieta se abría como los dos labios de una herida y un rostro amenazador asomaba por ella, un rostro de hombre. El personaje se despegaba de la pared, vestido con un largo albornoz, con la capucha ocultándole la cara. Reconocía su voz, que tronaba: «Un hijo debe estar al lado de su padre». En ocasiones se mostraba más preciso e insistente, incluso amenazador: «¿Qué has hecho con mi hijo?». Comprendiendo la conminación, se encaminaba lo antes posible hacia Bab Zuweila para encontrarse con las mujeres árabes reunidas alrededor de la *kudiya*. La mayoría de las veces solo se quedaba una noche; pero cuando regresaba a Haret elYahud, con el vestido rojo constelado de colgantes dorados, sus ojos brillaban como estrellas.

Durante su ausencia, sus tías se ocupaban del pequeño Zohar. En cuanto

volvían la vista, echaba a correr como una liebre para desaparecer durante largas horas. A su regreso, Maleka le preguntaba dónde había estado. Él agachaba la cabeza sin responder. En cierta ocasión balbuceó una frase que ella casi ni oyó: «Busco a mis amigos...». Maleka le arreó una bofetada: «¿Tus amigos? ¡A tu edad no se tienen amigos, solo padres!... ¡Idiota!». No vertió una sola lágrima —¡nunca lloraba!—, pero se escurrió entre las piernas de Maleka y desapareció todo un día y toda una noche. Lo creyeron perdido. ¿Qué podía hacer un niño de seis años, que apenas sabía hablar, en los barrios bajos de El Cairo durante todo ese tiempo? Debía de haberlo atropellado un carricoche, o pisoteado un caballo... ¡Tal vez agonizaba solo en el barro de un camino, pobrecillo!

La emprendieron con Motty, su padre, que por sistema se negaba a intervenir cuando se trataba de la educación de su hijo. Las tías le reprochaban lo que tomaban por indiferencia. Élie le suplicó que hiciera algo, que gritase, que lo llamara. Acosado por una familia encolerizada, Motty lloraba lamentándose a media voz... «¿Qué hacer, Dios mío, qué hacer?». Estaba sentado en el suelo, a la puerta de su tienda, con la cabeza entre las manos. «¡Canta! —le propuso Élie—. Cuando Zohar estaba en el vientre de su madre, tu voz ya lo apaciguaba. Canta, tal vez te oiga...». Como siempre, Motty encontró el versículo del Cantar de los Cantares más adecuado a la situación. Sin despegar los labios, murmuró la tonada, y acto seguido su voz, clara y profunda, se elevó en la noche: «¿Adónde ha ido tu bienamado, oh, la más bella entre las mujeres? ¿Hacia quién se ha dirigido tu bienamado, que todos lo buscamos contigo?». Las mujeres que habían salido de la casa regresaron, atraídas por el canto. Permanecieron ante la puerta, escuchando aquellas palabras en un hebreo tan puro; aquellos versos que, según cuentan, compuso Salomón para glorificar el amor del pueblo por su dios.

Motty repetía el mismo versículo, encontrando cada vez nuevas modulaciones. Después recordó otra frase del Cantar, y esta vez su voz se hizo más fuerte, como el cuerno del carnero cuyo mugido se oye al concluir el ayuno de Yom Kipur: «Antes de que sople la brisa del día y huyan las sombras, ¡vuelve!». Calló. En el silencio, se oyó un leve ruido de pasos que se acercaban. Y de repente Zohar surgió de la noche para arrojarse sobre los pliegues de la larga túnica de su padre.

Si bien esa noche Zohar había regresado al son del Cantar de los Cantares, no por eso dejó de marcharse de nuevo en cuanto tenía ocasión. Y nadie sabía por dónde deambulaba. Los hombres reprocharon a Motty su indiferencia. «Tú, un sabio, que se sabe los textos de memoria, ¿cómo puedes dejar vagar de ese modo a tu hijo? —se sublevó Pupy—. ¿Quieres que te lo diga? Tu hijo es ligero como una pluma que el viento pasea a su antojo. Un día lo encuentras aquí y al siguiente en otra parte. ¿Acaso una pluma sabe dónde caerá cuando es mecida por la brisa? Es porque no está circuncidado; porque no ha entrado en la alianza...». ¿No ha entrado en la alianza? Tal vez deseaban verlo en el cementerio de Bassatine: sin duda en la alianza, pero cubierto de tierra... ¿Era eso lo que querían? Dudú añadió: «¿Conoces siquiera a un solo niño no circuncidado en toda la *hara*?... ¡Anda! ¡Ya es hora! Circuncídalo y su mente se abrirá. Tendrá acceso a la razón».

¿De veras? De todos los órganos que Dios nos ha dado, ¿es en ese trocito de carne donde embutió la inhibición de la razón? Ciertamente, los otros chiquillos no se alejaban de la callejuela, pero se pasaban el día en la calle tratando de birlar un mendrugo de pan o mendigando unas milésimas a un transeúnte. Y cuando él trataba de reunirlos para transmitirles un poco de Talmud, nuestra sabiduría milenaria, salían corriendo como ratas por los laberintos de los callejones. Por mucho que estuvieran circuncidados, la pérdida del casquete no les había estimulado los sesos.

Como siempre, el tío Elie tomó partido por Motty:

—¡Calmaos! La circuncisión de Zohar todavía puede esperar. No vamos a casarlo mañana...

El argumento pareció funcionar. Los otros dos se rindieron a la opinión del anciano. Se imponía esperar. En Egipto no se aprecia lo que viene a interrumpir el curso eterno del río. ¿Acaso en la época de los faraones no se medía el tiempo con el agua de las clepsidras? Zohar era como un extraño perdido entre ellos. Un extraño cuya lengua ignoraban, puesto que no conseguían conversar con él y conocían poco más que su nombre, el cual sonaba como un misterio.

Elie los dejó hablar, y luego sus ojos se iluminaron.

—Pues yo lo he visto caminar sobre las manos —aseguró.

Asombro de los presentes. Estupefacción de su padre, que, al ser ciego, lo

ignoraba todo sobre las capacidades físicas de su hijo. Elie prosiguió:

—Incluso lo he visto hacer cabriolas como los monos con chaleco que los beduinos exhiben en los zocos.

Pupy prorrumpió en carcajadas...

—Los monos con chaleco, que hacen cabriolas hacia atrás...

La mera evocación de aquellos animales, aquellos humanos en miniatura, sujetos al extremo de una cadena, provocaba su hilaridad. Dudú recordó que un día había intentado coger en brazos a Zohar y cómo el chiquillo se había escapado, escurriéndose como un pez.

—Entonces le toqué el vientre —dijo—. Estaba duro como la madera...

—Fuerte y flexible como un mono —encareció Pupy, que se volvió hacia el tío Elie—. ¿Y bien? Vale, sabe andar con las manos..., ¿y?

Entonces el anciano les reveló en voz baja un plan que había madurado en secreto. Lo puso en ejecución a la noche siguiente.

Una vez dormida la callejuela de los judíos, Elie y los dos hombres salieron con el pequeño Zohar a dar un largo paseo. Cuando llegaron a la calle Abul-Hassan, ante un edificio de tres plantas, un viejo inmueble con celosías en la fachada, examinaron los alrededores. Una farola de gas alumbraba tan débilmente el lugar que a pocos metros no era posible distinguir sus siluetas. La calle se hallaba desierta. Elie se agachó, cogió al niño en brazos y le susurró largo rato al oído. Cuando se incorporó, Pupy pudo ver que una ancha sonrisa iluminaba el rostro de Zohar. «¡Ve!», le ordenó Elie. Y el niño trepó por la pared, deslizando los pies descalzos en las anfractuosidades de la piedra. Dudú no podía disimular el placer que le producía ver al pequeño avanzar de ese modo por las paredes como una araña.

—¡Pero bueno! —exclamó—, pero bueno..., ¡es un diablo! —Y añadió—: ¡Es formidable!

Era su palabra, y seguiría siéndolo. «¡Es formidable!».

Una vez que alcanzó el tercer piso, el niño entró por una ventana que había quedado abierta. Transcurrieron los minutos. Pupy, que temía a su mujer más que a Dios, fue el primero en romper el silencio:

—¿Y si Maleka llega a enterarse..., si mañana se le ocurre al chiquillo contárselo, eh?

Ninguno de los otros reaccionó. él insistió:

—Pues bien, creo que si Maleka llega a enterarse, me matará...

—Cállate, especie de gallina mojada —le soltó Dudú—, vas a despertar a toda la calle. ¿A quién se le ocurre pensar en su mujer en un momento así?

Pupy se esforzó unos minutos por ahuyentar su ansiedad, pero el pequeño tardaba en volver. Esta vez, susurró con una voz apenas audible:

—Pero ¿qué le has pedido que haga, tío Elie?

—¡Mirad! —exclamó de pronto Dudú.

En el tercer piso se veía una hoja de papel que alguien agitaba vivamente.

—¡Baja! —murmuró Pupy dirigiéndose al niño con grandes gestos de la mano—. ¡Vuelve ya!... Por Dios, pero ¿qué está haciendo?

Allá arriba, Zohar, muy contento, blandía el documento.

—¿Qué es? ¿Vas a decirnos de una vez lo que ha ido a buscarte?

Una vez de vuelta en el colmado, Elie se lo explicó.

—¿Qué queréis? El otro día compré cuatro bidones de aceite de cincuenta litros. Abul Gheit, mi proveedor, tan rico que tiene cuatro mujeres y tan avaro que solo mantiene a dos burros, me hizo firmar un reconocimiento de deuda, con unas condiciones terribles. Ni siquiera he vendido el contenido del primer bidón. Y cuando le avisé que no podría pagárselo este mes, ¿sabéis qué me respondió? Que cada mes que pasara sin reembolsársela, mi deuda aumentaría un cincuenta por ciento.

—¡Es un usurero! —exclamó Pupy—. Y pensar que es musulmán...

—En el islam, la usura está proscrita —añadió Dudú—. ¡Que Dios maldiga su fe!

—¡Y la fe de su madre! —encareció Pupy— ¡Y la fe del padre de su madre!

Elie alisaba meticulosamente la hoja de papel, que había depositado en la mesa. Pasó el dedo por el texto, que recorrió palabra a palabra.

—¡Pues bien, aquí está el reconocimiento de deuda!

Alzó el papel ante sus ojos incrédulos. Entonces sonrieron y se echaron a reír.

—Esto bien vale un vaso de *zbib*.

Motty, que no se había ido a dormir esperando su regreso, descorchó una botella de licor. La agarraron por el gollete y bebieron a morro, primero Elie, luego los otros dos y de nuevo Elie.

—Dime una cosa, tío Elie...

—¿Sí?

—¿Cómo ese crío, que no sabe leer, y apenas hablar, ha podido encontrar el reconocimiento de deuda entre todos los papeles de Abul Gheit?

El tío Elie guiñó un ojo con aire cómplice.

—¡Es astuto como un mono! —se extasió Pupy, que empezó a repetir—: Es formidable... ¡Es formidable!

Tres meses más tarde, Pupy y Dudú quisieron estar presentes en la visita que Abul Gheit hizo a Elie para reclamarle las extravagantes sumas que consideraba que se le debían. Elie accedió a abonar la mercancía, que había acabado por vender, pero nada más. El mayorista exigía dicha suma aumentada con la usura a la que Elie se había comprometido por escrito. Este le preguntó si tenía un certificado, algún papel, o simplemente algún objeto que le hubiera confiado a modo de garantía... ¿Había firmado un reconocimiento de deuda, por ejemplo, o algo parecido?

—¿Cómo? —tronó el mayorista—. Pretendes recusar nuestro acuerdo. ¡Maldito embustero! ¡Pues sí!... ¡Sí, firmaste!

—¡De eso nada! —manifestó Elie, sonriente.

Abul Gheit, que había buscado el condenado papel durante buena parte de la noche, se puso nervioso. El tono fue subiendo. Entonces vieron aparecer al pequeño Zohar, no más alto que el taburete al que se había subido de un brinco. Blandía de nuevo una hoja de papel.

—¡Ahí está! —vociferó el mayorista—. ¡Es un milagro! Dios siempre acude en ayuda de los hombres de buena fe...

—¡Dame eso! —ordenó el tío Elie.

Pupy, que se encontraba detrás de él, le arrancó el papel con gesto brusco. ¡No era posible! Había visto —¡con sus propios ojos!..., y en ese momento apenas acababan de empezar la botella—, había visto a Elie quemar el reconocimiento de deuda aquella famosa noche, cuando volvieron de la calle Abul-Hassan. No podía ser el mismo papel; era imposible. ¿De dónde habría salido?

—Parece tu firma, tío Elie...

Dudú le arrancó el papel de las manos y leyó en voz alta el texto en árabe:

—«Doy las gracias al señor Abul Gheit, mayorista de comestibles, por

haberme concedido un plazo que puede llegar hasta un año para el pago de cuatro bidones de aceite de cincuenta litros, es decir, un total de doscientos litros. Le agradezco sobre todo, desde el fondo de mi corazón, el haberme concedido dicho aplazamiento sin carga o interés algunos, por gentileza y por el amor de Dios. Hecho en El Cairo, el 17 de abril de 1932...». Dudú asintió satisfecho con la cabeza y repitió: por gentileza y por el amor de Dios.

—¡Que nuestro padre guarde al señor Abul Gheit! —exclamó Pupy en tono ceremonioso.

—¡Abul Gheit es un hombre de bien! —les recordó Elie—. En todos estos años, solo he podido felicitar me por trabajar con él. Hala, id a casa de mi sobrino, Motty el ciego, a buscar una botella de *zbib*. ¡Vamos a celebrarlo!

—Pero bueno...

—¿Qué te pasa, Abul Gheit? ¿Acaso te niegas a regocijarte en nuestra compañía?

—¡En absoluto! Pero bueno...

—¡Adelante, habla!

—¡Soy musulmán! Lo sabéis muy bien, malditos granujas... Quiero decir... No bebo alcohol.

—De acuerdo, pues para ti será una taza de té.

Y prorrumpieron en carcajadas.

Una vez que el mayorista se hubo marchado, los tres hombres se preguntaron por el origen de aquel nuevo reconocimiento de deuda aparecido por arte de magia en las manos del pequeño Zohar. Elie afirmó que ciertamente no había redactado esa nueva versión. No había sido él. Tampoco podía ser Pupy, que no sabía escribir en árabe. Dudú les recordó que no habría sabido redactar semejante documento, a él solo le interesaba la mecánica. Pero entonces, ¿quién? ¿Quién había redactado ese papel, y cómo lo había conseguido Zohar?

Parlamentaron largo rato y llegaron a la conclusión de que allí había algún misterio.

—¡Es como un mono, ese diablillo! —dijo Dudú tronchándose de risa.

—¡Vamos a ver! —refunfuñó Elie—, el asunto es serio. ¿Tal vez utiliza algún tipo de magia?

—Su madre es una hechicera... —recordó Dudú—. No bromeo, ¡una

auténtica hechicera!

—En todo caso, ¡es formidable! —concluyó Pupy.

Y lo dejaron así. Por ese día, al menos, pues las capacidades de Zohar no tardarían en plantearles otros problemas.

En la Biblia, el nombre de Guedaliá se asocia con un crimen que, en tiempo inmemorial, tuvo graves consecuencias. Sin embargo, el transcurrir del tiempo carecía de sentido para los judíos de la *hara*, contemporáneos de Moisés, el profeta, que los olvidó allí antes de partir hacia la tierra prometida, y del otro Moisés, Maimónides, el filósofo, que vino tres mil años después del primero para recordarles la ley. Como se recordará, Guedaliá había sido nombrado gobernador de Judea en el año 586 antes de Cristo por el propio Nabucodonosor II, para dotar de nueva vida a aquella provincia, que se extinguía tras el asesinato y el exilio de sus elegidos. Era un político justo y valeroso, famoso por haber obtenido la liberación del profeta Jeremías. Sin embargo, tan solo dirigió el país durante siete meses, puesto que la banda de Ishmael ben Netaniá, azuzada contra él por el rey de Amón, lo atrajo a una trampa y lo asesinó. Fue una pérdida terrible para Judea y los judíos. Desde entonces se realiza un ayuno en memoria de aquel llorado jefe, el 3 del mes de Tishrei, una semana exacta antes del ayuno de Yom Kipur.

En Haret elYahud, Guedaliá era el nombre de un café donde los clientes no consumían nada. ¿Era por esa razón por lo que llevaba el nombre del ayuno? Realmente, se debía a que el dueño se llamaba Guedaliá y gobernaba una comunidad de menesterosos. Un café donde los hombres se reunían todas las mañanas para jugar al *backgammon* o al dominó, intercambiando las historias extraordinarias de la noche y las desgracias del día. Se trataba también de una especie de oficina de colocación, ya que era allí adonde acudían de vez en cuando los ricos, los *jawagates* (plural de *jawaga*), aquellos que habían triunfado en el nuevo Egipto del rey Fuad. Contrataban a dos o tres forzudos para una mudanza, solicitaban un *minyán*, es decir, el *quorum* de diez hombres para rezar a un muerto, o bien invitaban a los pobres a una comida de acción de gracias, una *seudá*. Esa mañana Sussú, el hermano de Esther, tal vez el

único de toda la familia que buscaba en serio trabajo, volvió muy excitado del café Guedaliá.

—¡*Seudá!* ¡*Seudá!* ¡Venid rápido! ¡Vamos! Es en una villa, madre mía... La villa Di Reggio...

—¡No! No me digas... —se maravilló Pupy—. ¿Los Di Reggio?... ¡Hijo de perra! ¿En Zamalek, hijo de puta? Que tu fe sea maldita si se trata de una de tus bromas de mal gusto...

—¡Anda, prepárate! Quítate el pijama y haz el favor de ponerte unos zapatos...

Pupy solo abandonaba su pijama cuando la cosa valía la pena, para acudir a la sinagoga, por ejemplo, una vez por semana, la víspera del *sabbat*, o bien para las fiestas judías. Entonces se ponía su única galabiya, recién planchada y perfumada con agua de colonia, y el chaleco negro encima, cruzado por una cadena dorada para hacer creer que poseía un reloj. Se alisaba con brillantina el bigote, que, según creía, le daba un aire a lo Garibaldi, e incluso se ajustaba al ojo derecho, a modo de monóculo, un viejo cristal de gafas, rayado por los años y las caídas. Se encasquetaba en la cabeza un *tarbush*, el único entre todos los de la *hara* de color púrpura, casi violeta. Luego sacaba de debajo de la cama su viejo par de zapatos negros, que abrillantaba al menos dos veces al día mediante escupitajos e interminables actos de amor. Finalmente, admirándose frente al espejo, llamaba a Maleka, su mujer, y le preguntaba: «¿Y bien? Anda..., ¡dime! ¿Y bien?». Si estaba de buen humor, ella le respondía: «¡El jeque de la callejuela!». Pero si estaba de malas pulgas, le soltaba: «No porque untes de alheña el culo de tu burro se convertirá en el rostro de una linda novia...». Y precisamente ese día estaba de un humor de perros. Se marchó a toda prisa sin decir ni pío.

Así ataviado, provisto de una vara a modo de bastón, con la cabeza erguida y la orgullosa mirada perdida en la lejanía, Pupy pasó por delante de Darb el Nasir, donde se encuentra la sinagoga Haim-Capucci. Divisó al pequeño Zohar, que escuchaba el canto del *hazán*. Zohar podía pasarse horas allí, con el oído pegado al muro.

—¿Qué haces aquí, muchachito?

El chiquillo levantó unos ojos perplejos hacia su tío abuelo.

—¡Ven conmigo! Vamos a comer pasteles...

Y allá que fueron los dos en busca de Sussú, Elie y los demás, en dirección desde hacía rato al barrio de los ricos, la hermosa Zamalek, la florida, la fragante. Pupy preguntaba el camino a los transeúntes. «¿Sabéis qué tranvía lleva a Zamalek?». Y todos le respondían: «Por aquí, todo recto... No puedes equivocarte»; y cada cual le indicaba una nueva dirección. Finalmente, fue el niño, el pequeño Zohar, quien, al ver pasar un tranvía, tiró de la mano a Pupy y lo animó a saltar al estribo. Mientras, colgados de las barras de hierro, avanzaban a paso de tortuga, en medio del estrépito de las ruedas y la vibración de los adoquines, le preguntó:

—Pero ¿cómo sabes qué tranvía es, hijo de perra?

—¡Zamalek es el final del trayecto!

Pupy no daba crédito a lo que oía. En su mente seguía repitiéndose: «¡Es formidable!».

Situada en la calle Salá-el-Din, la villa Di Reggio era un verdadero palacio de tres pisos, de estilo italiano, con ventanas labradas provistas de postigos de un verde brillante, inmensas puertas con herrajes dorados y altas columnas de mármol blanco en la entrada. Dos guardas negros, dos nubios con uniforme blanco, les cerraban el paso.

—¡Estamos invitados! —anunció Pupy muy orgulloso—. Invitados por el señor Di Reggio, a quien Dios reconozca sus buenas acciones y conceda cada día el doble de su riqueza de la víspera.

—Los pobres debéis subir por la escalera de servicio —se apresuró a interrumpirlo el guarda.

Y les indicó un caminito que rodeaba la casa.

—¡Te equivocas, amigo mío! Tú, que sin embargo eres un hombre de gran sabiduría, llegado de las cataratas de Nubia para iluminar las tristes calles de la capital con tu sonrisa radiante... —Era una alusión a los dos dientes de oro del guarda, que centelleaban al sol—. No podemos subir por la escalera de servicio, somos de la familia... El señor Di Reggio se enfadaría; creería que nos negamos a honrar su casa; se volvería contra ti, que nos has cerrado el paso, y te enviaría de vuelta a tu pueblo, oh, mi pobre Abdú... Mira, tu amo es su tío —señaló al chiquillo—, ¡y mi primo! —añadió señalándose con el dedo.

Los guardas permanecieron impasibles, a imitación de los de Buckingham

Palace, se limitaron a cruzar ante los dos piojosos judíos sus astas coronadas por un banderín azul y blanco con las armas de la familia Di Reggio.

—¡Pequeño, ve a avisar a tu tío! —le ordenó Pupy.

Y Zohar se escurrió como una flecha entre las piernas de los dos cancerberos.

—Pedazo de asno —explotó el guarda—, si no entiendes la lengua de los hijos de Adán, entenderás la del palo...

Y abandonando su flema de guarda británico, persiguió al niño por la escalera. Aprovechando la distracción, Pupy se deslizó detrás de la columna y entró en el palacio. Impresionado, buscaba las palabras: «¡Menudo pedazo de puta de casa! —siseó—. A fe mía que ni siquiera la del rey Salomón, pese a tener puertas de oro macizo, era tan hermosa como esta, ¡que Dios me perdone!». Acarició el terciopelo de las cortinas, palpó el brocado de los sillones, olfateó, nariz en alto, los efluvios de vetiver... Llegó a la sala de recepción por la amplia escalinata y se encontró junto a los ricos. Nadie le prestó atención. Miraban hipnotizados al dueño de la casa, el barón Ephraim di Reggio, descendiente de los banqueros y consejeros de los príncipes de Venecia, a la sazón banquero y consejero del rey de Egipto, su majestad Fuad I. El anfitrión condujo a una mujer de unos treinta años, esbelta y de radiante belleza, ataviada con un suntuoso vestido de seda blanca, hasta un sillón algo elevado, en primera fila, le hizo un besamanos y la ayudó a acomodarse junto a un rabino con caftán negro cruzado por una banda de seda roja, propia de los ministros.

—Mis queridos amigos —empezó entonces, dirigiéndose a los ricos (los pobres se hallaban a su espalda, ocultos tras pesados cortinajes)—, gracias por haber venido a esta mi humilde morada para honrar la memoria de mi padre, el barón Abraham di Reggio, fallecido hace exactamente un año, el quince de Iyar de cinco mil seiscientos noventa y uno, según nuestro cómputo, es decir, el dos de mayo de mil novecientos treinta y uno según el de los cristianos. Doy asimismo las gracias a su majestad, nuestra reina Nazli, la bienamada, por presidir esta comida de beneficencia. Todos los presentes conocéis la abnegación de mi difunto padre, ¡Dios guarde su alma!, por la comunidad judía de Egipto. Con tal motivo, rezaremos todos juntos un *kaddish*, nuestra oración de los muertos, en memoria de mi padre, así como en

la de cada uno de nuestros muertos desaparecidos a lo largo de este año; acto seguido recitaremos varias acciones de gracias, y cantaremos unos salmos bajo la dirección del gran rabino de Egipto, el *rav* Haim Nahum Effendi, que nos ha hecho el insigne honor de su presencia. Después, aceptaréis compartir el pan de esta casa, vosotros con quienes me codeo todos los días... —Tras un momento de vacilación, se volvió hacia las cortinas corridas—. Y también vosotros, nuestros hermanos desheredados de la *hara*, de Joronfesh y del Muski.

Se oyó un murmullo detrás de las cortinas, y luego, con una sola voz, un ruidoso «Amén», y enseguida: «¡Amén, amén y amén!». El barón Di Reggio se mantenía muy erguido con su traje de patrón de yate. Hacía gala de una gran prestancia, muy tieso, con el mentón hacia delante y el ceño fruncido.

—Cedo ahora la palabra a nuestro padre, nuestro maestro, nuestro guía, el gran rabino Nahum Effendi, maestro de justicia al tiempo que maestro de sabiduría, distinguido historiador y teólogo. El gran rabino de Egipto...

A fuerza de breves pasos de soslayo, Pupy había conseguido abrirse camino hasta el gigantesco bufé dispuesto en la sala adyacente. Al pasar, engulló dos pequeños cruasanes rellenos de carne, y se guardó otros tres en el inmenso bolsillo de la galabiya.

—Majestad, reina de belleza y de inteligencia, que Dios ilumine tu reino.

El rabino Nahum, con la mitra en la cabeza y una curiosa perilla adornando su mentón, arrugaba los ojos tras sus gruesas gafas de miope.

—Señor barón, príncipe de los negocios y príncipe del corazón, que Dios multiplique tu riqueza a fin de que puedas, como hoy, acudir en ayuda de nuestros hermanos necesitados.

Los pobres lo apreciaron. «¡Cuánto sabe, y está bendito!», exclamaron.

—Un rey infatigable ha vuelto próspero nuestro país y dichosos a sus habitantes. Quiso el azar que en esta tierra algunos nacieran ricos y otros nacieran pobres. Pues debéis saber que los ricos se enriquecen al dar a los pobres. Sabed que el dinero que entregáis al templo el día de Yom Kipur es insuficiente. Uno no puede dar una vez y librarse con un solo gesto de la responsabilidad que tiene respecto de sus hermanos. ¿Acaso carecéis de corazón, como los hermanos de José, que lo abandonaron en una cisterna en pleno desierto? Sí, queridos correligionarios, el dinero que recaudamos

resulta insuficiente para financiar las escuelas, para ayudas alimentarias a los niños, para el sostén de los ancianos parientes en la necesidad, para el mantenimiento de nuestros templos y el salario de nuestros rabinos... Negaos a dar, vosotros que disponéis de los medios necesarios, y Dios os arrebatará cuanto habéis adquirido. Un día os encontraréis en un muelle del puerto de Alejandría, a punto de partir hacia cualquier lugar, convertidos de nuevo en unos cualquiera, con los bolsillos vacíos y los ojos anegados en lágrimas...

Se oyó una voz detrás de las cortinas, la voz potente de Dudú, que se impacientaba:

—¡Date un poco de prisa, oh, señor!... ¡Tenemos hambre!

Y grandes carcajadas.

—¡Vamos! ¡Rapidito! —insistió otro.

«Como está escrito: cuando hayas comido y te sientas saciado, bendecirás a Dios, tu Dios...».

De los pobres a los que no querían mostrar, pero cuya presencia era indispensable para el eterno descanso del desaparecido, había subido un rumor, como una ola que rompiese contra una roca. De nuevo entonaron: «Como está escrito: cuando hayas comido y te sientas saciado, bendecirás a Dios, tu Dios...». Era un verso de la oración de acción de gracias que el judío piadoso recita después de comer. Con ello querían decir que estaban de acuerdo en dar gracias a Dios, ¡pero después de haber comido, no antes! El rabino, que había recibido el mensaje, se interrumpió, dio las gracias a su anfitrión, a su familia, a la reina, a su familia, a los notables de la comunidad y su familia, y por último al pueblo, y empezó a leer la oración de los muertos.

Moviéndose entre las mesas del bufé, Pupy iba arramblando al pasar con albóndigas de carne y cruasanes de espinacas. Entre dos inmensas bandejas llenas a rebosar *de ful medames*, las habas machacadas, materia prima de la que están constituidos los egipcios, cualquiera que sea su fe, sus ojos repararon de repente en un objeto brillante. «¿Qué es eso?... Vamos a ver, ¿qué es eso?», repetía para sí mismo sonriendo. Se acercó. Una cuchara de plata, sin duda olvidada allí por un criado. Y eso que los *sofraguis*, los sirvientes que atendían al servicio de la mesa, habían recibido la orden de no dejar ningún cubierto a la vista. La casa conocía las costumbres de los pobres de la *hara*. Una miradita a la derecha, otra a la izquierda..., un breve gesto

inocente de espaldas a la mesa, y ya estaba hecho. Con los bolsillos repletos de alimentos diversos y una cuchara de plata, Pupy inició la operación de retirada. Pasitos discretos en dirección a las columnas que enmarcaban la escalinata. Llegado allí, se inmovilizó, turbado. ¡Zohar!... Pero ¿dónde se había metido el chiquillo? Se aupó al pedestal de la columna para echar una mirada alrededor... ¡Nada! Ni rastro del pequeño monstruo.

¿Y si el niño había subido al piso de arriba? Era algo muy propio de aquel monito, que siempre buscaba la altitud. Subió por la escalera y accedió al piso superior, al principio de un largo pasillo. La primera puerta estaba cerrada con llave; la segunda daba a una especie de trastero atestado de muebles amontonados... Cuando abrió la tercera, se quedó paralizado y boquiabierto. Zohar estaba cómodamente arrellanado en un profundo sillón de terciopelo. Vestía una camisa blanca de seda que le quedaba enorme y cuyas mangas le cubrían las manos. A su lado se encontraba un niño mayor que él, de unos nueve o diez años, un chiquillo rico, con pantalones cortos a la inglesa sujetos con tirantes, calcetines de lana que le cubrían las pantorrillas y una camisa muy parecida, de seda blanca, ajustada a la cintura. Fumaban sendos cigarrillos con filtro dorado. En el suelo, la caja de metal de Craven A, vacía, les servía de cenicero. «Si Maleka viera esto...», se dijo Pupy, que ni siquiera se atrevió a imaginar la continuación.

—¡Zohar! —gruñó.

Pupy se lanzó hacia él y lo agarró del brazo. El niño se resistió, aferrándose con las manos al marco de la puerta y plantando los pies en el suelo, como un burro repropio. Del piso inferior subían los cantos y los salmos que entonaban los pobres, guiados por el gran rabino de Egipto en persona. Era el fin de los preliminares; no tardarían en abrir el bufé, qué mejor momento para largarse. En medio de la barahúnda, nadie les prestaría atención.

Pupy intentó la persuasión:

—Vamos a ver, oh, hijo mío, oh, pacha, oh, mi alma, ¿qué es lo que quieres? Dímelo y acabemos de una vez, pedazo de larva sin seso.

De nuevo libre en sus movimientos, el niño se ajustó la enorme camisa y se acercó despacio al otro chiquillo, pasito a paso, como un animalito celoso. Cuando estuvo a escasos centímetros, se limitó a decir:

—¡Joe!

Luego se volvió hacia su tío y repitió:

—¡Joe!

—Que el diablo confunda tu espíritu, lo he entendido —dijo Pupy—; tu nuevo amigo se llama Joe. ¡Muy bien! ¡Encantado! ¡Sí, sí! Encantado, te digo, pedazo de burro. Se llama Joe. Me siento ennoblecido solo con saber su nombre y mi corazón está untado con mantequilla. Y ahora ven, volvemos a casa.

Sin una palabra, el pequeño Joe los guio por el dédalo de pasillos hasta la escalera de servicio y se encontraron en el jardín sin haber tenido que pasar por las salas de recepción. Jadeante, Pupy miró a Zohar y le sonrió.

—Y ahora vamos a correr hasta el tranvía, ¿de acuerdo?

Llegados a la orilla del río, perdido el resuello, se sentaron en la hierba. Zohar no dejaba de palpar la camisa de seda que le había dado su amigo Joe. Pupy le preguntó:

—Estás orgulloso de tu nueva camisa, ¿no es así, eh, tonto?

Como Zohar no respondía, se sacó del bolsillo la cuchara de plata para enseñársela.

—Mira lo que he encontrado en una mesa. Es bonita...

El niño la agarró, la examinó, la olfateó, pasó por ella la punta de la lengua, la sopesó, hizo una mueca y se la devolvió a su tío abuelo. Acto seguido metió la mano en la abertura de su galabiya y sacó un collar que brillaba con mil destellos.

—¿Qué? —se sorprendió Pupy—. ¿Qué es eso? ¡Déjame ver!

Se trataba de una magnífica pieza de orfebrería, eslabones de oro finamente labrados en cada uno de los cuales lucía un brillante. El broche era de gran belleza, por un lado la especie de barco que es la letra *nun* en árabe y por otro el punto, que se imbricaba en ella mediante un ingenioso mecanismo.

—¡No! No me digas que... Pero ¿quién eres en realidad, niño de las calles? No me digas que... ¡No! ¡Me estás asustando! Y sabes que el tío Pupy no es miedoso. No me digas que son diamantes... —Frotó un brillante contra su uña—. ¡No! ¿Dónde lo has encontrado? ¿Eh?

El chiquillo seguía silencioso, con una ancha sonrisa en el rostro, feliz ante el asombro de su tío abuelo.

—Esta vez me vas a contestar, ¿me oyes?... Quiero decir... Esto es grave, ¿sabes?... Podrían meterme en la cárcel, tal vez... ¡Oh, mis ojos! Dime a quién se lo has cogido. ¡Oh, maestro mío! —Imploraba al cielo—. Vamos a devolvérselo. Pero para eso hay que saber a quién... ¡O más bien no! Vamos a devolverlo, quizá se lo entreguemos a los dos guardas, pretendiendo que lo hemos encontrado en el jardín y ya está... —Vaciló un momento y dirigió una mirada al cielo—. ¡No! ¡No haremos eso! ¿Acaso vamos a arrojar a los cien mil diablos un presente enviado por Dios en persona? Pues bien, ¡no! Nunca he oído que Dios enviara a sus fieles collares de diamantes. ¡Madre mía! Pero ¿por qué?... ¿Qué pecado he cometido para verme casado con la tía de una bruja? Una bruja cuyo hijo es un demonio, un *afrit*...

Al oír esa palabra, el niño se echó a reír.

—¿Ah, conque te hace reír? Maldito diablo entre las legiones de diablos... ¿Te ríes? De manera que fumas... y te ríes... ¡Sí, eso es! ¡Eso es el pequeño Zohar! Fuma cigarrillos y se ríe del tío Pupy...

Y se echó a reír a su vez; entonces, el niño prorrumpió en carcajadas y el hombre también, los dos tendidos ahora en la hierba, presas del frenesí.

Esa noche, reunidos todos en el colmado, Pupy se dejó convencer por el tío Elie, no sin oponer resistencia, de la necesidad de devolver el collar. Los argumentos eran simples.

Forzosamente acusarían a los pobres de la *hara* de haberlo robado. No iban a sospechar del gran rabino, o de la familia del barón, o de alguno de aquellos *jawagates*, de aquellos señores que lo rodeaban... Los policías invadirían la callejuela, registrarían las casas. Y además, las mujeres hablarían..., siempre lo hacen... Se llevarían a los hombres a comisaría y recibirían su ración de bastonazos...

En aquel Egipto que despertaba a la modernidad hasta tal punto que en los periódicos escribían que Alejandría era un gran puerto europeo, la mayoría de los habitantes de Haret el Yahud eran apátridas, como Pupy, el cándido de corazón abierto, como Dudú, el retorcido de músculos abultados, como Elie, el silencioso de mirada tierna... y, con más razón, como Motty, el ciego... «Apátrida», palabra del ámbito de la política, palabra mágica, que se repetían unos a otros para decir que, sencillamente, no eran nada. Y Pupy, que acababa de descubrirla, respondió con una simple interjección:

—¡*Toz!*

... Que era más un ruido que una palabra, el de los niños que imitan flatulencias con la boca, una especie de onomatopeya que venía a significar: «Los acontecimientos del mundo no son sino viento...». Y repitió:

—*Toz, toz y toz...*

—*Toz* o no *toz* —retomó Elie—, como no eres extranjero ni tampoco egipcio, nadie te defenderá. Eres como un animal, Pupy. ¿Acaso has visto a alguien acudir en defensa de un burro cuando su propietario lo golpea para hacerlo avanzar? Tanto si te diriges al norte como si lo haces al sur, en todo Egipto nunca verás eso. De manera que... ¡*toz* para ti!

Dudú estaba seguro de que al que se aventurase para entregar el collar, primero lo meterían en la cárcel, le darían de palos e incluso lo encerrarían durante meses, o años. Y el problema con las prisiones de El Cairo era que, si bien encontrabas con facilidad a alguien que te metiera en ellas, resultaba mucho más difícil dar con quien pudiera sacarte de allí. Y eso ni siquiera lo habían imaginado las cabezas pensantes de Haret el Yahud.

Justo en ese momento a Pupy se le ocurrió una idea, una de esas ideas buenas y sólidas que provocan un vuelco en la situación.

—¡Ya lo sé! —exclamó—. Ya sé lo que vamos a hacer. Enviaremos a Zohar, al chiquillo, a devolver el collar. A él no lo meterán en la cárcel. Adoptará un aire lastimero e inocente, ¡sabe hacerlo muy bien!, devolverá el collar, ¡y ya está!

Una semana más tarde, todos los hombres de la familia estaban reunidos en el café Guedaliá, alrededor de Sussú y de muchos otros de la *hara*, tan excitados que Guedaliá les sirvió sendos vasos de agua, como en los grandes cafés de la plaza Solimán-Pachá. El acontecimiento tenía su importancia: se hablaba de uno de ellos en el periódico. Sussú lo estaba leyendo en voz alta: «Un niño devuelve el collar que la reina Nazli perdió durante una recepción en Zamalek». Tal era el título que aparecía en primera plana. Junto con una foto en que se veía a la reina inclinada con gracioso gesto acariciando la cabeza de un chiquillo con galabiya, que se parecía a los miles de niños vagabundos con los que uno se cruza por doquier en las calles de El Cairo.

—¡Escuchad! Escuchad esto —prosiguió Sussú—, ¡oh, la paz de Dios!... ¡Increíble! «Su majestad, la reina Nazli, madre, como es sabido, de cuatro

hijos, se emocionó hasta saltarle las lágrimas...». —Y repitió—: ¡Oh, la paz, la paz, qué hermoso gesto!..., se emocionó hasta saltarle las lágrimas, ¿lo oís? —Y reanudó la lectura—: «... se emocionó hasta saltarle las lágrimas ante aquel niño pobre, originario de un barrio de la ciudad vieja».

Naturalmente, nadie mencionaba que Zohar era judío. Sin duda el collar, explicó la reina a los periodistas, se le había resbalado del cuello en el momento en que subía al automóvil que debía devolverla a palacio. «El niño, cuyo nombre es Gohar ebn Gohar, fue recibido en el palacio de Abdine, donde pasó todo el día...».

—Zohar, el hijo del ciego —corrigió uno—, no Gohar ebn Gohar sino Zohar ben Zohar. —Y añadió—: En el palacio real, la paz de Dios... ¡Bendito sea su nombre!

—¡Es sin duda la prueba de que existe un Dios! —respondió otro.

—Y de que no olvida a los olvidados... —concluyó un tercero—. ¡Bendito sea su nombre!

—Mientras que los olvidados lo olvidan... ¿Cuánto tiempo hace que no vienes al oficio del *sabbat*, pedazo de *mamzer*, de bastardo?

—¿Y sabéis qué? —prosiguió Susú—. En el palacio conoció al heredero, el príncipe Faruk. ¡Dios se ocupa de todo! En el periódico está escrito que jugaron juntos.

—Pues escuchad la continuación: «El collar que había perdido la reina y que recuperó gracias a la honradez del pequeño Gohar ebn Gohar fue especialmente fabricado para ella por un joyero parisiense llamado Cartier. Se trata de una verdadera obra de arte, valorada en varios miles de libras, que forma parte del tesoro real de Egipto». Varios miles de libras... Lo suficiente para alimentar a toda la *hara* durante meses...

—Y no precisan cuántos... Varios miles ¿cuántos miles son?

Como recompensa, Zohar recibió varios regalos reales, una galabiya nueva, que solo permaneció blanca un día, un gorro rojo, que paseaba con orgullo, y un par de babuchas de piel, que le quedaban demasiado grandes y tuvieron que esperar dos años debajo de su cama. Cuando lo acompañaron a la *hara* en un coche oficial negro, con dos banderines ondeando en los guardabarros delanteros, a su padre, a quien dieron profusamente las gracias, le correspondió un saco de arroz, un bidón de aceite y un apretón de manos del

chambelán.

La calma volvió a la callejuela de los judíos, pero los hombres no olvidaron que todo lo había iniciado el niño que había birlado el collar de la reina. «¿Os dais cuenta?... ¡Es formidable!», volvió a repetir Pupy.

Dado que Zohar había mostrado ciertas cualidades, al menos habilidad, decidieron escolarizarlo. Pero era imposible mantenerlo sentado más de unos minutos. La familia probó con las escuelas accesibles a los pobres, primero las clases particulares del *rav* Murad, luego la escuela de la comunidad judía y, ya hartos de buscar, la escuela de los hermanos de San Juan Bautista de La Salle e incluso, en último extremo, la escuela coránica. Ni siquiera pasó en ellas un día entero. Por eso, al año siguiente, cuando empezó a trabajar, nadie se opuso. Adoptó un oficio conocido tan solo por los habitantes de El Cairo, *sabbarsagueya*, que podría traducirse como «infatigable recolector de colillas de cigarrillos». Recorría las aceras, escudriñaba los arroyos, con un vaso viejo de aluminio colgando de la muñeca al extremo de un cordel. Ahora bien, mientras que los demás vendían su cosecha al peso a un jefe que encargaba a otros niños extraer los restos de tabaco y liar nuevos cigarrillos en un hangar, Zohar llevaba a cabo por sí solo la totalidad del proceso. Garantizaba el ciclo completo, desde la recogida de la materia prima hasta el acondicionamiento del producto acabado. Vendía sus cigarrillos en la calle, a precios que desafiaban toda competencia. Industrioso, concentrado, trabajaba sin descanso.

Hasta tal punto que a la edad de diez años contribuía con mucho más de la parte que le correspondía al desahogo de su pequeña familia. Había descubierto una actividad adecuada a su naturaleza, al aire libre, desde la salida del sol hasta avanzada la noche, flirteando con los deseos oscuros, manteniendo relaciones regulares con las sombras nocturnas, los fumadores enganchados a su sustancia. Aparecía de repente al lado del fumador con mono, del ansioso antes de una cita, del comensal saciado, del amante apaciguado, ofreciendo sus cigarrillos por unidades, en bolsitas de cuatro o bien en paquetes de diez o veinte. Lo llamaban «Zohar el Humo», fusionando en una misma palabra la sustancia de la que proveía y su propia capacidad para desvanecerse como el vapor. A las preguntas que le hacían, su madre respondía: «No lo entendemos, se mueve por las alturas, *como* el humo». Y su

padre pronunciaba esta extraña frase: «Zohar es mi padre, tal vez mi abuelo, o puede que alguien todavía más viejo... ¿Cómo quieres que adivine los designios de una persona tan anciana?».

Zohar era igual a sí mismo, ajeno a los suyos, único en su especie, a un tiempo deficiente y, pese a ello, eficaz en determinados ámbitos. Deambulaba de acá para allá, siempre solitario. Su carácter se había modificado tras la noche que pasó en el pueblo de El Baradi, cerca de Damanhur. Desde entonces pasaba largos ratos inmóvil en la cama antes de dormirse, y se lo oía hablar en sueños. La palabra «Masreya» aparecía una y otra vez, y también: «Ven, vente a vivir a El Cairo...». Su madre se asustó tanto al oírlo que perdió el conocimiento.

—¿Qué tienes, oh, ojos míos? —le preguntó Motty, su marido—. ¿Qué banalidad del mundo ha venido a rasgar la envoltura de tu alma?

—He oído a nuestro hijo hablar en sueños.

—¿Por qué debería turbarte eso, oh, hermana mía? Cuando los ángeles aparecen en sueños, resulta que el durmiente les responde. Y a los niños les ocurre con frecuencia... ¿Acaso no dicen que los niños todavía no han olvidado la lengua de los ángeles?

—¡No es eso, Motty! ¡Haz el favor de entenderme! Nombraba a Masreya, su hermana de leche. La llamaba, le suplicaba que se reuniera con él... Había pasión en su voz. El corazón de una madre no puede equivocarse. Está enamorado.

—¿A su edad? Qué cosas dices, oh, alma mía... ¿Y cómo podría estar enamorado de un recuerdo que se remonta a sus primeros días de vida?

Esther no se equivocaba. Zohar, con apenas once años, estaba obsesionado con la joven Masreya, a la que solo había visto una vez. Los momentos fugaces vividos aquella famosa noche se habían convertido en el fondo de su espacio mental, el decorado en el que se desarrollaba su existencia. El nombre de Masreya resonaba en sus oídos a cada instante del día; olía el aroma de su cuerpo, alucinaba con el sabor de sus labios. Recorría su propio busto con las manos imaginando que era el suyo, sus piernas eran las suyas. La llamaba en secreto, de día en un susurro, mientras recorría las callejuelas de la ciudad vieja, y por la noche en sus sueños. Empezó a ahorrar, milésima a milésima, con la idea de comprarse algún día un billete de tren, en tercera clase, para

aquel pueblo del Delta.

Zamalek, calle Salá-el-Din

Zohar y Masreya se encontraron tres años más tarde en circunstancias que nadie había previsto.

Un día se supo que Joe di Reggio, el hijo de aquel al que llamaban «el barón del algodón», reclamaba la presencia de Zohar. A los padres de Joe la petición se les antojó descabellada. ¿Qué podían tener en común su hijo, su único hijo varón, su heredero, y aquellos seres primitivos que pululaban como ratas por callejuelas hediondas? No obstante, acabaron por ceder, si bien con una condición: sería la ocasión para un aprendizaje, tanto para el niño millonario, que obtenía resultados desastrosos en clase, como para el pequeño piojoso de la *hara*. De manera que las visitas transcurrieron bajo la vigilancia de la señorita Solange, una francesa catedrática de filosofía y letras. Zohar no acudía con frecuencia, únicamente cuando Joe lo reclamaba. Allí aprendió el arte de la palabra y el manejo de las lenguas. «Y lo creíamos *mabule*» (el término es el mismo en árabe, y significa «retrasado»), se extasiaba Pupy ante los progresos de Zohar. «Para nosotros, no sabía hablar —precisaba Elie—, pero lo cierto es que no había encontrado con quién hacerlo».

Joe di Reggio, el amigo millonario de Zohar, poseía cuanto un niño pueda soñar, incluso un cochecito a motor, que funcionaba con gasolina como los de verdad, la reproducción de un Bugatti 35 a escala 1:2, pero no le estaba permitido rebasar el perímetro de la propiedad de Zamalek, ni con el coche, ni con el poni, ni siquiera a pie. Solo salía acompañado de sus padres, su dama

de compañía o, en última instancia, escoltado por dos guardas nubios. La señorita Solange lo iniciaba en cultura general, y dos profesores particulares, también franceses, lo instruían en las materias científicas. Sin embargo, Joe no aprendía nada. Tumbado con sus prendas de seda, seguía con la vista el vuelo de los milanos. Era guapo aquel chiquillo que sonreía a los ángeles, con el cabello alborotado y la mirada ardiente. La señorita Solange, que, a sus veintiocho años, solo había conocido los internados femeninos, le prodigaba una ternura constante.

Los únicos momentos en que mostraba interés por las enseñanzas de sus maestros era durante las visitas de su amigo Zohar, quien, aunque más joven, retenía de inmediato los teoremas matemáticos o los poemas franceses. En materia de religión era donde Joe se mostraba más deficiente. El rabino Bensimon acudía dos veces por semana con el fin de preparar al chiquillo para su *bar mitzvá*, la mayoría religiosa que un niño judío debía alcanzar en su decimotercer cumpleaños. Para ello necesitaba comprender suficientemente bien el hebreo a fin de que pudiera leer, ante la comunidad reunida, un versículo de la Torá. Sin embargo, a sus trece años, Joe seguía sin retener el alefato.

Dado que Joe solo prestaba atención a sus profesores cuando estaba con Zohar, sus padres decidieron invitar a este a las clases del *rav* Bensimon. Los avances de Joe fueron espectaculares, estimulados por la presencia y las innumerables preguntas de Zohar. «¿Respecto del albaricoque?», preguntaba el uno. «Se utiliza la bendición de los frutos del árbol, por supuesto», se apresuraba a replicar el otro. «¿Y qué hay de la pasta de albaricoque, eh? — que los volvía locos a ambos—. ¿También hay que utilizar la bendición de los frutos del árbol o la de los platos cocinados?».

Los dos niños rivalizaban en memorizar las reglas religiosas, las prohibiciones alimentarias o los ritos, y podían recitar íntegramente las oraciones diarias. En lectura hebraica, Joe superaba a Zohar, pese a que pocos meses atrás no descifraba una sola letra. En cambio, Zohar era mejor en memorización, al escuchar todos los días las oraciones cantadas por su padre. Aprendían jugando; su juego era un aprendizaje; su aprendizaje, un juego. Parecían dos cachorros de león que se iniciaban en la caza mordisqueándose las orejas.

Dos años más tarde, el barón, orgulloso de los progresos de su hijo, decidió organizar su *bar mitzvá* el día en que Joe cumplía quince años. Realmente, iba retrasado, pero con las competencias que había adquirido no haría ruborizar a su padre, que contaba con invitar a la ceremonia a las personalidades de la comunidad. El rabino Bensimon propuso que el joven Zohar Zohar fuera iniciado el mismo día, aunque aún no hubiera cumplido los trece años. Así pues, organizaron la ceremonia, que tendría lugar en la gran sinagoga de El Cairo, Shar Hashamaim, «la puerta del Cielo», en la calle Adly, que pertenecía al hermoso barrio de Ismaleya.

La ceremonia estuvo a punto de acabar mal. Joe, el mayor, fue llamado en primer lugar. Leyó sin vacilar el versículo que le habían atribuido, siguiendo el dedo de plata que el rabino deslizaba por el pergamino, a fin de guiar sus ojos palabra a palabra. Sin embargo, cuando le llegó el turno, Zohar trufó su lectura de comentarios personales. «Tomad los bienes de los egipcios antes de abandonar Egipto... ¡No vaciléis! Pulseras de oro, anillos, collares... ¡Sobre todo collares! —Nadie captó la alusión, salvo Pupy, que ahogó una risita—. Si conocéis a una rica egipcia, arrancadle el anillo, sustraedle los pendientes... Reunid las joyas robadas a los egipcios, ocultadlas en cofres, debajo de vuestras camas, en las anfractuosidades de las paredes, en previsión de la partida... Algún día próximo, otro Moisés efectuará el recuento de vuestros donativos durante la construcción de la casa de Dios...».

Consternación entre los reunidos. Ciertamente, el versículo relataba la edificación del Tabernáculo, del Arca de la Alianza, con la ayuda de donativos, obsequios de oro y plata que los judíos habían obtenido de los egipcios antes del Éxodo. Pero nadie establecía nexo alguno entre el relato mítico de una salida de Egipto que se remontaba a los tiempos de los faraones y la época actual.

Y sin embargo, aquellos judíos de Egipto habrían podido pensar en la partida, puesto que a mucha distancia de allí las botas martilleaban los adoquines de Europa. Pero en aquellos días de calma oriental, a nadie le pasaba por la cabeza abandonar su tierra natal, la de sus antepasados y los antepasados de sus antepasados, desde tiempo inmemorial... ¡Egipto!

Motty, el padre del solicitante, meneaba la cabeza abrumado. Pupy le susurró al oído:

—¿Qué quieres? No está circuncidado, ¡eso no es normal! Su *bar mitzvá* no puede transcurrir con normalidad... Como se haya desarrollado tu circuncisión, así será tu *bar mitzvá*... ¿No es eso lo que dicen?

Motty murmuró:

—No es el escándalo lo que me entristece, oh, hermano mío, sino las palabras que ha pronunciado. De hecho, me consta que no es Zohar quien habla, sino ciertas fuerzas las que hablan por su boca.

Los asistentes fingieron no entender, atribuyendo las ocurrencias del niño a su retraso mental o a su falta de educación. Finalmente, la ceremonia pudo llegar a su término, fue así como el quinto día, 30 de Adar de 5698 según el calendario hebreo, es decir, el jueves 3 de marzo de 1938 según el calendario cristiano, Giuseppe di Reggio, llamado «Joe», y Zohar Zohar, llamado «el Humo», «el Dojan» en árabe, se unieron a la comunidad de los creyentes. «¡Amén y amén!», se oyó gritar por parte de la familia Zohar, o incluso: «¡Cuánto sabe, y está bendito!». Mientras que la familia Di Reggio meneaba la cabeza con desprecio ante las ruidosas manifestaciones de sus hermanos necesitados.

Al día siguiente, viernes 4 de marzo de 1938, en el desierto de Arabia, cerca del pequeño puerto de Dammam, los geólogos y los ingenieros de la Standard Oil daban saltos de alegría, gritando como locos. Arrojaban al aire los sombreros, desgañitándose en dar gracias a Dios, a América y al destino. Tras cinco años de esfuerzos, cuando la perforadora alcanzó la profundidad de 1.441 metros, el aceite negro manó a raudales. En lo sucesivo, el petróleo llenaría los bolsillos de los saudíes, y el rey Abdelaziz ibn Abdelrahmán ibn Saúd ya no tendría que preocuparse por cómo alimentar a sus treinta y dos esposas y a sus ochenta y nueve hijos. La historia del mundo acababa de pasar página; empezaba una nueva, que vería a los judíos expulsados de todos los países musulmanes, empezando por Egipto. ¿A través de qué canales Zohar había tenido esa intuición?

La noche del sábado siguiente, a la salida del *sabbat*, el barón Ephraim di Reggio daba una recepción para celebrar el *bar mitzvá* de su hijo. Todas las personalidades hicieron acto de presencia, en verdad más atraídos por los fastos del palacio de Zamalek que por el despertar religioso del joven Joe. Allí estaba el impresionante Joseph Asían de Cattai Pachá, exministro de

Finanzas del rey Fuad y presidente de la comunidad judía, con el cabello blanco asomando por debajo del *tarbush* y los claros ojos de ópalo mirando a lo lejos el destino de su pueblo. También el príncipe de las finanzas, Salvator Cicurel Bey, uno de los propietarios y el administrador de los grandes almacenes Cicurel de El Cairo, que hizo que todas las cabezas se giraran al volante de su Cadillac descapotable último modelo, dieciséis cilindros, el mismo que el del presidente de Estados Unidos, y que había hecho pintar en azul eléctrico. Así como el banquero Daniel Curiel, acreedor de sultanes y príncipes, vecino de los Di Reggio, cuya villa, rodeada de un inmenso parque plantado de palmeras, lindaba con el Sporting Club de Guezira. Inmenso, con la gran cabeza descubierta y los ojos ocultos tras unas gafas opacas, avanzaba vacilante, ciego, del brazo de su esposa, Zephira, su guía, su bienamada. También Raymond de Picciotto, otro barón, Isaac Levi, un industrial riquísimo, y los dos primos, los célebres banqueros Mosseri... El barón Di Reggio podía sentirse orgulloso, el *gotha* estaba al completo: los Menasce —otros barones—, mecenas de la comunidad que, para colmo del esnobismo, habían llegado al volante del último modelo de Citroen, un Traction; los Suares, identificados con el tranvía de El Cairo hasta el punto de que nadie decía: «Cojo el tranvía», sino «Cojo el suares»; los Ades —de los grandes almacenes Ades—, los Rolo, los Toledano, los Harari... Todos aquellos que un día depositaron su petate en Haret el Yahud, algunos en el limbo de la Antigüedad, otros quinientos años atrás o apenas una generación, y que se fueron abriendo camino en la sociedad egipcia. En efecto, es preciso decirlo, todos los judíos de Egipto, tanto los que vestían traje de lino como los menesterosos con galabiya, salían del mismo agujero, esos pocos callejones repletos de sinagogas y de tumbas de santos, que llamaban la *hara*, la callejuela.

Por si fuera poco, el barón había invitado también a la familia Zohar al completo. Se vistieron como para un día de fiesta en la sinagoga, se desplazaron en tribu, hablando fuerte, a través de los callejones hasta la estación del tranvía, y asediaron la puerta de la villa insultando a los guardas nubios.

—¿No te había dicho que tu jefe es primo mío? —galleó Pupy al tiempo que tiraba del bigote al centinela—. Oh, hijo mío, oh, alma mía, nunca desprecies a un extraño. ¿Sabes acaso si no se trata de un ángel?

En un estrado, una orquesta, profusión de violines, piano y cobres, tocaba sin interrupción una música de *night-club*. El barón y su esposa recibían a los invitados, dirigiendo a cada uno un agradecimiento especial con gracia principesca. Bufé de fiesta, las sombras deambulaban entre los bosquecillos para descubrir aquí bebidas alcohólicas, allá los codiciados canapés. Dulzura de una noche de marzo a orillas del Nilo, donde por una vez las mujeres podían exhibir sus pieles de zorro o de nutria, y los hombres su esmoquin. Al pie de un tamarindo rodeado de jazmines, Motty se había acomodado en un sillón, con su esposa, Esther, a su lado.

La velada estaba avanzada. Zohar y Joe eran los únicos niños autorizados a permanecer en los jardines en compañía de los adultos. ¿Acaso no era el día en que accedían a su madurez religiosa? Justo en ese momento, el barón Di Reggio subió al estrado y, apoderándose del micrófono, anunció la sorpresa que todos esperaban... Una orquesta..., oriental, por supuesto, salida directamente de un pueblo del Delta, no lejos de las tierras que poseía su vecino..., y señaló al señor Daniel Curiel. La orquesta acompañaría a un cantante... Veía ya a las mujeres extasiarse, a los hombres cerrar los ojos para saborear... Acababa de nombrar... ¿adivináis a quién? A ese músico extraordinario del que hablaban todos los periódicos, y se oyó un murmullo que recorrió a los invitados reunidos alrededor del estrado...

—¡Lo habéis adivinado!... No os atrevíais a imaginar... Aquel a quien apodan Kacimu Madrid, el príncipe del *oud*... Lo he nombrado: ¡Mohamed Abdelwahab!

Una ovación surgió de los reunidos como brota el rugido del pecho de un león. La popularidad de Abdelwahab, que había revolucionado la música egipcia, era inmensa. Su voz, que decían «de terciopelo», sus dotes para el *oud*, el laúd oriental, su auténtico conocimiento de la música, pero sobre todo los textos del poeta Ahmed Chawki, que transformaba en canciones, lo habían convertido en un ídolo desde hacía diez años. Las mujeres soñaban con su rostro de belleza etérea, los hombres le copiaban la ropa, las corbatas a rayas, los temos, el *tarbush* ladeado y los bolsillos superiores en forma de rosa. Sus lamentos de hombre enamorado, difundidos hasta los pueblos más remotos gracias a la radio, eran canturreados por todos los egipcios.

Hasta tal punto que, cuando, tras una larga introducción de los violines,

salió de las sombras para empezar su canción más reciente, las esposas de los pudientes no pudieron por menos que tararearla entre los labios... «Corre, corre, corre..., llévame, acompáñame..., vamos, date prisa, mi amado me espera...». De nuevo, un largo intermedio de violines, luego la entrada de las percusiones, los tocadores de *tarabokas*, aldeanos con galabiya, que acompañaban el paso de los caballos del coche de punto. «Llévame contigo..., acompáñame. Quisiera ser como tú, satisfecho por el destino. Corre, corre, corre...». Y volvía a empezar el mismo verso, acompañado por las percusiones, sobre un lecho de violines, guiado paso a paso por un solo de laúd.

De pronto, tras un toque de *bendir*, una muchacha surgió de las sombras. Muy joven, con sus formas de ninfa como un pistilo en una corola de velos; su paso ritmaba el lento avance de la carroza. Ondulaba, serpenteando sobre las notas enamoradas. Se trataba de una sorpresa. Se sabía que Abdelwahab era aficionado a los dúos. Acababa de imponer uno al cine, en *Lágrimas de amor*, una película tan romántica como una comedia musical americana..., ¡un triunfo popular! Con todo, una chica tan joven, tan graciosa, a un tiempo promesa y prohibición... ¿Estaba enamorado?... ¿De veras? ¿Era siquiera posible?... ¿Él, el cantante solitario y melancólico? Las mujeres lanzaron un grito. Y su voz, pura ternura, prosiguió: «El sol ha salido. Se durmió y ha despertado. El sol ha salido. Y yo no encuentro a nadie para acompañarme... Corre, corre, corre... Condúceme hasta él...». Y la joven volaba de un extremo a otro del estrado. Se acercó lentamente, como una sombra, como un doble. «Me han arrebatado el corazón, me lo han arrebatado... Me han dicho que vivía con otra. Y mi corazón se ha quedado con él...». Allí estaba ella acercándose otra vez, aferrándose a su ropa, enroscándose literalmente alrededor de su cuerpo en un movimiento de pasión exacerbada.

En ese preciso instante empezó a cantar. Su voz era delicada, aguda, precisa: «Oh, Dios, oh, Dios, ¿por qué? ¿Por qué lo has desligado de mí? ¿Por qué haberme castigado así?». Él acompañó la última palabra con una especie de jadeo profundo surgido de las entrañas. Y cantaron a coro la estrofa, los agudos de ella ajustándose a los graves de él, como unas piernas que se enredan en otras: «Corre, corre, corre..., llévame, acompáñame...».

La canción no había durado más de diez minutos, pero había logrado reunir

a los asistentes alrededor del estrado, como hipnotizados. Abdelwahab saludó y, cogiendo de la mano a la muchacha, la presentó al público:

—Señoras y caballeros, por primera vez en el escenario, tan joven pero ya toda una reina, un prodigio de la danza y la canción, os presento a Bent Jinane...

Zohar, que se había escurrido hasta la primera fila, tiró de la manga a Joe.

—Es Masreya... Ha venido. La he llamado en sueños y ha venido a mí.

—¿Acaso te has vuelto loco, Zohar? Es verdad que es guapa... ¡Oh, sí, es muy guapa! Pero de eso a pretender que ha venido para verte...

Abdelwahab cantó otras tres canciones a dúo. La joven lo acompañaba; bailaba y cantaba, mezclando unas veces su cuerpo con el espacio de sus palabras y otras sus vocalizaciones con las largas notas bien timbradas. Entonces, tres aldeanas vestidas de negro la agarraron bruscamente y todas desaparecieron en la mansión de Di Reggio.

Zohar, que espiaba el menor de sus movimientos, se lanzó en su persecución; avanzaba pegado a las paredes, se ocultaba detrás de una columna, en un rincón del pasillo. Joe, sumándose al juego, lo seguía como si fuera su sombra. Una de las mujeres entró con la joven en un cuarto del desván, entre los reservados a la servidumbre. Los dos chiquillos se acuclillaron en el pasillo, silenciosos y con el corazón desbocado. De vez en cuando Zohar se acercaba a la puerta, pegaba el oído y, al percibir voces, se apresuraba a volver atrás.

Hacia medianoche, Abdelwahab subió pesadamente la escalera, solo, y fue a llamar a la puerta de la habitación.

—Si viene para amarla, ¡lo mato! —murmuró Zohar.

Y en la oscuridad del pasillo Joe vio brillar la hoja de un cuchillo en la mano del chico.

—Decididamente, ¡te has vuelto loco!

—¡Soy Mohamed! —dijo Abdelwahab con voz fuerte—. ¡Ábreme!

Una aldeana salió y rechazó al cantante sin dejar de gesticular. Él forcejeaba tratando de liberarse.

—¡Déjame entrar!

—¡Jamás de los jamases! Que me muera si te lo permito, ¡oh, hijo de perra! Y deja de gritar, ave nocturna, vas a despertar a la pequeña.

Discutieron un momento en el umbral de la puerta. A cada movimiento que él hacía para entrar, la anciana lo empujaba con ambas manos, guardiana, sin duda, del honor de la muchacha.

—Que me dejes pasar, te digo, pedazo de cuervo desplumado.

—Si yo soy un cuervo desplumado —se enfadó la vieja—, tú no eres más que un piojo pegajoso. ¿Sabes lo que hago con los piojos? Los arranco uno a uno y los echo al fuego. ¡Ya verás como tu alma arde en el infierno! Ve a dormir la mona a tu habitación o, puedes estar seguro, despertaré a todo el piso.

Harto de insistir, Abdelwahab volvió a bajar con aire apesadumbrado, peldaño a peldaño. El silencio regresó al pasillo. Los dos jóvenes esperaron media hora más sin decir una palabra. Entonces Joe propuso a Zohar:

—La vieja ha debido de dormirse. Si eres hombre, reúnete con la chica. Si no haces ruido, podrás meterte en su cama con facilidad.

A Zohar el corazón le iba a cien por hora.

—No temas nada —insistió Joe—. Me quedaré montando guardia. ¡Anda! Te espero.

La chiquilla abrió los ojos. Olía a jazmín. Él le cubrió la boca con la mano pidiéndole que guardara silencio.

—¡Soy yo, Zohar! ¿Me reconoces?

Pegó la boca a la suya y reconoció su sabor a fruta.

—¿Gohar? ¡Eres tú!

Él le acarició las piernas, largas y esbeltas como las de una cierva.

—¡Bailas tan bien!

Ella le cogió la mano y se la llevó a los labios.

—Aquella noche en el pueblo, hace tanto tiempo... ¿Te acuerdas? Éramos unos niños... Dejé mi corazón entre tus manos...

La muchacha soltó una risita.

—Habla bajito... Vas a despertar a la vieja búfala...

Ambos aguzaron el oído. Roncaba ruidosamente, con un largo silbido ascendente y otro descendente y entrecortado. Se metieron los dos bajo la

ligera manta de algodón. Le habían crecido los senos, dos peras firmes que llamaban a sus manos. Posó los labios en ellos. La joven gimió cerrando los ojos. «Chitón...». Deslizó la mano entre sus muslos y lo tocó, vivo como una cobra. Zohar sintió crecer en su interior un impulso que lo empujaba hacia ella, que sin embargo estaba tan cerca. La estrechó contra él casi hasta sofocarla. «Me haces temblar...». Volvió a pegar la boca a la suya. Luego le besó los senos, el cuello... «También yo tiemblo...». Cuando estuvo dentro de ella, con todo su sexo, con todo su cuerpo, ella estaba en él; cuando lo recibió, él ya estaba allí.

—Nunca me dejarás...

Él no respondió. Colmado y perdido, unificado y desprovisto. Acababa de conocer el placer.

—¿A qué no? Nunca me dejarás...

Él pegó el rostro a su cuello, acercó la boca a su oído y murmuró:

—¡Jamás!

Ya empezaba a dormirse.

—¡Ahora vete!

Quiso protestar, su cuerpo lánguido como sellado al de ella.

—Otras noches nos envolverán... ¡Vete!

Desnudo como un gusano, recogió sus ropas.

—Eres la madre de todos mis amores...

Y salió sin ruido.

En la noche del sábado 5 al domingo 6 de marzo de 1938 unieron sus cuerpos aquellos que, desde toda la eternidad, no eran sino una sola alma. Oh, Zohar, cuyo nombre resuena como un misterio, tú que nunca estás donde se te espera; tú que buscas las presencias... Oh, Masreya, muchacha de tierra y de fuerza; tú cuyo destino está abierto, ¿por qué miraste atrás? ¿Por qué haber añadido los sentidos a vuestra pasión? ¿No os bastaba con estar unidos como siameses, vosotros que no tenéis sino una sola alma para los dos...? Él era nuevo como un tallo de trigo, alto y orgulloso, erecto; ella ya estaba abierta, pero apenas, tan solo entreabierta... Aquellos instantes de la noche se inscribieron para cada uno de ellos en una eternidad que habría de desgranarse cada día de su vida.

En el pasillo se reunió con Joe y su complicidad de muchachos. El día

mismo de su *bar mitzvá*, Dios le había obsequiado el acceso al árbol del conocimiento. Pero eso no podía compartirlo con su amigo.

Volvieron a los jardines, donde dos o tres grupos de invitados aplazaban el momento de la partida. Los jóvenes habían reanudado su interminable discusión:

—Entonces, a ver, dime otra diferencia entre los rabanitas y los caraítas —pidió Joe.

—Los caraítas niegan el Talmud.

—Eso ya lo hemos dicho. ¿Y qué más?

—Y también la cábala...

—¡Por supuesto! Pero ¿qué más?

—¡Ah, sí!... ¡Las filacterias! En vez de llevarlas en el brazo izquierdo y en la frente como nosotros, las cuelgan en la pared y las miran.

—Ridículo... ¡Ok! Pero hay una diferencia más importante; una diferencia que concierne a tu aventura de esta noche... ¿Y bien?

—No veo... —admitió Zohar.

Joe prorrumpió en carcajadas.

—Los caraítas prohíben las relaciones entre hombre y mujer la noche del *sabbat*.

—¿Y qué?

—¿Cómo que «y qué»? ¿No sabes que para nosotros, los rabanitas, es preceptivo? Idiota entre los idiotas...

—Pues no saben lo que se pierden —dijo Zohar con una risita.

—Pero ¿dónde te habías metido? —le preguntó Esther, su madre.

—Estábamos discutiendo en la habitación de Joe...

—Discutíais... ¡Oh, pequeño mío! Como si a vuestra edad tuvierais algo que discutir...

Los miembros de la familia Zohar regresaron a pie al gueto, con los ojos deslumbrados por la riqueza de los ricos. Zohar avanzaba a saltitos, feliz como nadie lo había visto hasta entonces. Solo Motty se sentía inquieto, oprimido por un sombrío presentimiento.

Callejón Jamis-el-Ads

Llegó 1941. Los años habían pasado. Cabello de un negro intenso, meticulosamente dividido por una raya al lado al estilo inglés, grandes ojos negros, un tanto desorbitados, mostrando perpetuo asombro. A sus dieciséis años, Zohar se había convertido en un apuesto muchacho de elegancia refinada. Vestía esos pantalones de pinzas que suben hasta bastante más arriba del ombligo, siguiendo la moda de las películas de Hollywood, y camisas ligeras de cuello abierto, siempre immaculadas. En los pies, sus zapatos bicolors, que apenas se quitaba, y cuyas chapas de hierro repiqueteaban sobre los adoquines de la *hara*. Lo cierto es que, si bien nadie sabía dónde pasaba las noches ni los días, algunas veces volvía al colmado del tío Elie para dormir, en aquella pequeña cama que sus padres habían instalado junto a la suya.

Había seguido fabricando y vendiendo sus cigarrillos; su negocio era cada día más próspero, sobre todo desde que había ampliado la oferta, añadiendo al tabaco productos no tan lícitos. Una noche... Una noche de trabajo en que recorría la ciudad en busca de clientes, tuvo un encuentro que sería decisivo en su vida.

No lejos de Haret el Yahud, en el barrio caraíta de Joronfesh, pasaba volando por un callejón sin salida flanqueado por pequeños edificios insalubres, llamado Jamis-el-Ads. Allí, en casa del caraíta Samuel, vivía la familia Cohén, que sin embargo no era caraíta, aunque sí tan pobre como los

demás inquilinos, musulmanes, coptos, caraítas o rabanitas. El padre, Gaby Cohén, que trabajaba en la tienda del relojero Mussa Farag, se había quemado la vista con los mecanismos de los relojes de todo el barrio a lo largo de casi cincuenta años. Había muerto demasiado joven, sin duda, apenas contaba sesenta, dejando a una esposa desconsolada, cinco hijos de un primer matrimonio, ya adultos, y tres de un segundo. El mayor de los tres se llamaba Abraham o Albert, aunque tampoco importa demasiado puesto que todo el mundo lo conocía por Niño.

A la muerte de su padre, cuando él tenía diecisiete años, Niño estaba ya en segundo curso de medicina, en la Universidad Fuad Ier, en la calle Kasr-el-Aini. Un intelectual, sin la menor duda, puesto que, en mayor grado todavía que de los estudios, era un apasionado de la lectura. Leía indistintamente en tres lenguas, sobre todo en árabe, pero también en francés y en inglés. En el mismo edificio vivía un joven de elevada estatura e impresionante belleza, el bien llamado Gamal. Era estudiante de derecho, cuatro años mayor que él, y durante mucho tiempo había sido como su mentor, recomendándole libros e incitándolo a pensar en la vida en términos políticos. Acérrimo militante nacionalista, le hizo descubrir las biografías de Kemal Atatürk y de Bismarck, las obras de Karl Marx y de Paul Lafargue, pero también al poeta Ahmed Chawki y las novelas de Tewfik el Hakim. Tras matricularse en la Escuela de Oficiales, era más raro ver a Gamal, si bien reaparecía cada vez que tenía un permiso, y ambos proseguían su interminable discusión sobre el futuro de Egipto.

Gamal estaba convencido de que de Egipto, la madre de los mundos, nacería una nueva era en que los árabes, los parias de la tierra, recuperarían por fin su lugar entre las naciones. Niño, que compartía sus ideales, lo interrogaba acerca del papel que desempeñarían en ello los judíos. Gamal replicaba que en Egipto no había judíos, solo egipcios y extranjeros. Y reanudaba de nuevo su explicación: la pobreza del pueblo provenía de la vergonzosa explotación de sus recursos por parte de los extranjeros, en primer lugar los ingleses, pero también los franceses, los turcos y todos aquellos buitres imperialistas que se abatían sobre el país. El nuevo Egipto sería el de los egipcios.

Su voz brotaba potente; se expresaba bien, decía verdades como puños, y

hablaba para el pueblo. Emanaba de Gamal tal autoridad que Niño no se atrevía a confesarle que él, pese a ser de linaje egipcio desde tiempo inmemorial, carecía de nacionalidad, no era ni egipcio ni extranjero, sino apátrida.

Desde la muerte de su padre, los ingresos de la familia Cohén se habían reducido notablemente, hasta tal punto que Niño buscó empleo en la farmacia de Assiuty, en la calle Nazmi, como auxiliar de laboratorio. Trabajaba allí durante el día, fabricando pomadas y lociones, y estudiaba por la noche. Para mantenerse despierto, había tomado la costumbre de fumar hachís. Fumaba a solas, en su casa, cigarrillos que liaba de manera automática, sin apartar la vista de las láminas de anatomía. Una noche en que se había echado a la calle en busca de hierba, se tropezó con Zohar, que patrullaba en la plaza Suares, no lejos del consulado de Italia, al pie del edificio Bentzion. Niño estaba tan delgado que parecía aquejado de una enfermedad grave, con sus ojillos ocultos tras los gruesos cristales de las gafas y el cuello flotando en la abertura de la camisa. Daba pena verlo.

—¿Qué te ocurre, hermano? —lo abordó Zohar—. Tu cabeza busca los vapores de la noche, pero tus pies no saben adónde llevarla. Tengo lo que necesitas, la pasta que abre los caminos de la mente, el polvo azul que hace centellear la mirada, o tal vez prefieras la confitura que te vuelve más amoroso que el león...

Impresionado por la labia del joven, Niño sonrió. Y fue otro rostro el que vio entonces Zohar, el de la inteligencia y la alegría. Nadie podía resistirse a la sonrisa de Niño.

—¿Y qué es lo que me convendría, doctor Humo?

—Para empezar, verde muy fresca, recién llegada de los campos del Delta, y tu semana será verde. Luego, espolvorearás de azul tu Craven A y navegarás por un océano de verdad. Cuando cierres los ojos, una mujer desnuda de largo cabello vendrá a sentarse en tus rodillas y sus nalgas bailarían entre tus muslos. Eso es lo que necesitas, hermano...

Caminaron conversando a lo largo del nuevo puente, ahora conocido como Qasr-el-Nil. Niño hablaba de Egipto, Zohar de los judíos; el primero se amparaba en la historia, el segundo cantaba los orígenes. Niño explicó a Zohar los motivos de su pobreza: el noventa y cinco por ciento de las tierras

pertenecían a unas pocas familias riquísimas, que las arrendaban *ufellahs*, campesinos que ni siquiera lograban sacar lo suficiente para pagar el alquiler exigido. «¡Mira! ¡Yo no soy pobre!», replicó Zohar, sacándose fajos de billetes de los bolsillos. «Eres pobre —replicó Niño—. Eres pobre y ni siquiera lo sabes. Eres pobre porque estás solo». Zohar prorrumpió en carcajadas, y le aclaró que no estaba solo, ¡muy al contrario! Era un explorador, comisionado por la gran familia Zohar para descubrir la nueva sociedad de Egipto. La captaba allí donde la gente no podía resistirse, allí donde se habían convertido en esclavos de su propio placer. «Qué extraña idea —se sublevó Niño—, el placer es el camino de la alienación». Zohar no comprendía esa palabra, de manera que Niño se la explicó. Estar alienado supone perder las fuerzas, lo que constituye la especificidad del propio ser, en provecho de un tercero. Los *fellahs* están alienados, dado que la totalidad de sus fuerzas solo sirve para enriquecer a los acaudalados terratenientes. Los obreros están alienados, porque su agotador trabajo solo vale para enriquecer al propietario de la fábrica. ¿Acaso había visto a *algímfellah* rico? ¿O a un obrero?... ¡No! ¡Nadie ha visto jamás tal cosa! Están alienados. El fruto de su trabajo les es confiscado. ¿Comprendía eso al menos? Y también el pueblo de Egipto está alienado, pues los beneficios de la actividad del país llenan las arcas de otros, de los extranjeros, los ingleses, los franceses...

—¡Yo solo tengo un jefe! —replicó Zohar.

—¿Crees acaso que eres tu propio jefe? —lo interrumpió Niño—. ¿Supones que el beneficio de tu trabajo va a parar a tus manos? ¿Es eso lo que crees?

—¡No! —zanjó Zohar—, ¡no! Solo tengo un jefe y no lo conozco.

Niño se quedó estupefacto ante la extraña respuesta de su compañero nocturno. Le compró un poco de verde, lo estrechó contra él con gesto afectuoso y se limitó a decirle: «¡Te quiero, hermano!». Y caminaron codo con codo, cogidos de la mano, hasta el hotel Shephard, que estaba abierto toda la noche. Allí se separaron, prometiendo verse de nuevo una noche próxima.

Zohar se encontraba con Niño por la noche, a veces por su negocio, otras por el mero placer de conversar. Durante aquel año de 1941 la guerra estalló en Oriente Medio. Conforme al acuerdo firmado en 1936 con el joven rey Faruk, Egipto se comprometía a acoger a los contingentes británicos. El Cairo

era un hervidero de militares, ingleses, por supuesto, pero también australianos, neozelandeses, indios, polacos, franceses de la Francia libre... En los barrios ricos había ahora más extranjeros que egipcios. Era preciso alimentar, vestir, alojar y distraer a todos aquellos hombres, cada vez más ansiosos al verse separados de su familia y enfrentados a las angustias del combate. Los bares surgieron como setas, los *night-clubs* y los burdeles se abatieron sobre la ciudad cascabeleando. El comercio conoció una extraordinaria expansión, las libras esterlinas y los chelines corrían parejos con las piastras y los dólares. Todo se vendía, a precio de oro... ¡y en divisas! Desde viejas ruedas de bicicleta, hasta joyas falsas, de cacerolas baqueteadas a automóviles de otra época. Los precios se disparaban; como el mercado oficial estaba en quiebra, el mercado negro explotaba.

El tráfico de Zohar se volvió floreciente; había renunciado a los cigarrillos, demasiado engorrosos, y proveía a los militares de todo tipo de sustancias, desde el hachís, cuya cotización había alcanzado su máximo, hasta polvos más raros que adquiría por mediación de Niño gracias a sus relaciones con los farmacéuticos. Zohar, que se había hecho rico de un día para otro, proseguía su trabajo en solitario; se pasaba las noches recorriendo los *night-clubs* y los bares de hotel, aquí para procurarse la mercancía, allá para deshacerse de ella. Numerosos oficiales británicos recurrían a sus servicios; tuvo acceso a los clubes privados de la capital, el White's, el Saint-James o el Automobile Club.

Bajo la dirección de Gamal, Niño conoció a militares egipcios cada vez más hostiles a la presencia inglesa. Lo admitían en reuniones donde se conspiraba contra los ingleses, pero también contra el rey; donde se preparaban revoluciones: comunista, socialista, musulmana... Impregnado de sus ideas, Niño llegó a desear la victoria de las fuerzas del Eje, de los italianos que ocupaban Etiopía, parte de Somalia y sobre todo la cercana Libia, de los alemanes, cuyos ejércitos empezaban a desembarcar en Cirenaica. En ocasiones pronunciaba extrañas frases que hacían sobresaltar a Zohar: «Si nosotros, los egipcios, llegásemos a firmar un acuerdo secreto con los alemanes, una vez expulsados los ingleses Egipto sería por fin independiente...».

Zohar era opuesto a tales ideas, en primer lugar porque la partida de los

ingleses significaría la caída de su negocio. Y además, circulaban historias sobre el odio visceral, animal, delirante de los alemanes. ¿Acaso le apetecía encontrarse en un campo de concentración por ser judío? Niño le respondía: «No hay judíos, solo explotadores y explotados...». Y vuelta a la discusión, siempre la misma. A Zohar le gustaba aquella polémica, que le recordaba a los argumentos sobre las prohibiciones alimentarias del *rav* Bensimon.

Fue durante ese mismo año de 1941, en marzo, pocos días después de que anunciaran las victorias del general Rommel y su Afrikakorps en Libia, cuando Zohar presentó a Joe di Reggio, su amigo de siempre, a Niño Cohén, al que apodaba «el Profesor». «Ya verás —le había dicho—, su sangre es ligera como la horchata, y es tan sabio como un rabino. Un profesor...».

Aquellos últimos años Joe había tomado un camino muy diferente. El año que precedió a su examen de bachillerato, de pronto empezó a apasionarse por el deporte, el tenis y el polo en concreto, que practicaba en el campo del Sporting Club de Guezira, pero sobre todo por el baloncesto, por el que se había apuntado al Maccabi, un club sionista, que intentaba transmitir sus ideales a la juventud judía. Allí formó parte de un equipo de alto nivel, pero también aprendió los cantos de la resistencia judía al ocupante británico y empezó a soñar con la lucha por la creación de una nueva patria. Su repentina orientación desagradaba profundamente a sus padres..., a su padre, que detestaba las ideas socialistas de los colonos judíos de Palestina, y a su madre, cercana a los comunistas, al menos intelectualmente, y que no podía comprender una lucha de liberación solo para los judíos. Ella, que era muy millonaria en libras esterlinas, hacía votos por una revolución surgida de las masas populares que instaurase la justicia y la igualdad para todos los pueblos, ¡y no para uno solo! Las ocurrencias políticas de la baronesa ejercían efecto en los salones, y a su alrededor flotaba un aroma a escándalo.

Una noche quedaron los tres en el Shepherd, Joe el sionista, Niño el comunista y Zohar, que solo era Zohar, Zohar Zohar, secreto de secretos. Les contó que sus paseos nocturnos lo habían conducido numerosas veces a los barrios ricos para entregas a clientes, a la isla de Roda o de Guezira, a Zamalek o a Garden City, a las suntuosas villas donde residían la mayoría de los oficiales británicos de alta graduación. Una tarde se encontró ante la del coronel Clifford Chapman, un escocés que, por necesidad, había cambiado el

whisky por la cocaína, no tan engorrosa y también más eficaz. Zohar llevaba en sus alforjas un frasco con doscientos cincuenta gramos de cocaína en polvo, de la mejor, la más pura, la que se reservaba a las farmacias y los hospitales. Llamó a la puerta... Sin respuesta. Empezó a impacientarse ante la verja, preocupado por una ronda eventual de la Policía Militar, que no se tomaba a broma, le constaba, el tráfico de drogas. Finalmente, una mujer se asomó a una ventana. No entendió lo que le decía, estaba demasiado lejos. «¿Cómo?... ¿Cómo?», repetía Zohar. La mujer se acercó a la verja con un cigarrillo en la comisura de los labios.

—¡Buenas tardes, joven! Intentaba decirle desde la ventana que mi marido, el coronel Chapman, se halla en campaña. Por lo general no se ausenta más de quince días. Pero nunca se sabe... ¡Estamos en guerra! ¿Tenía que entregarle un paquete?

Ann rondaría los treinta y cinco años. Su uniforme del ejército era de buen corte y se había aflojado la corbata y abierto ampliamente el cuello. El cabello suelto le caía en ondas rubias hasta los hombros. Zohar se quedó mudo, cautivado por su extraña belleza. Jamás había visto una piel tan blanca, enrojecida por el sol y cubierta de tantas pecas; ni unos ojos tan claros, del color del Mediterráneo, ni tampoco una nariz tan pequeña, respingona, que le levantaba el borde de los labios en una eterna sonrisa.

—Señora... —logró balbucear.

—Supongo que hablará inglés...

—¡Un poco! —respondió Zohar—. Sobre todo francés, y árabe, desde luego.

—Entonces, hablaremos en inglés. ¿Le apetece una taza de té?

Y lo invitó a entrar.

«¡No!», se extasiaron los otros dos. «¿La mujer del coronel te dejó entrar en la villa de Garden City cuando su marido estaba ausente?... ¿Es muy guapa?». Zohar saboreó el efecto conseguido. Antes de responderles, les explicó..., las esposas de los oficiales británicos, lejos de su casa, de su familia, de sus hijos, que solían confiar a los abuelos... La mayoría trabajaban en los servicios del Ejército, el correo, el teléfono, la enfermería. Por primera vez eran independientes, se ganaban correctamente la vida y confiaban a diario en que su marido desapareciera para hacer la guerra. Según Zohar, eran

ardientes..., ¡ardientes como las brasas! «A veces la guerra deshace lazos que solo se mantienen debido a las convenciones sociales —enunció doctamente Zohar—. De manera que, como comprenderéis...». Y calló, dejándolos entender, con mayor claridad gracias a su silencio, lo que estaban ávidos de saber: «¿Y qué es lo que debemos comprender, borrico? —preguntó Joe en el colmo de la excitación—. ¿Vas a dejarnos con la lengua colgando como perros?». Zohar prosiguió su relato.

Después de hacerle pasar al salón, lo había invitado a tomar asiento. En lugar de té, apareció con una bandeja en la que llevaba dos copas. Encima del velador, dos licoreras...

—¿Oporto o *brandy*? —le ofreció—. De manera que es usted recadero... Estudiante, sin duda...

A la segunda copa lo besó en la boca, y a la tercera lo llevó de la mano hasta el dormitorio. Hicieron el amor, en plena tarde, sus cuerpos listados por los rayos que se filtraban a través de los postigos, sin poder distinguir sus jadeos, los latidos de su corazón y el martilleo ahogado del ventilador que giraba trabajosamente en el techo.

—¿Y después? —preguntó Niño.

—¡Después como antes! —respondió Zohar.

—¡Oh, querido!... ¿Y eso qué significa?

—Significa, ya te lo he dicho, después como antes, ¡cómo después de doscientas veces! Después, ¡volvimos a empezar!

¿Cómo que «doscientas veces», de qué hablaba? Aunque pretendiera haberlo hecho tres veces, no lo creeríamos, pensó Joe. Niño vacilaba a la hora de forjarse una opinión, percibiendo el relato de Zohar unas veces como fanfarronadas adolescentes y otras como una aventura real que todas sus fibras pedían creer. A decir verdad, el Profesor, pronto doctor en medicina, y ya erudito en política egipcia, jamás se había acercado a una chica. En cuanto a Joe, si bien había esbozado su sexualidad naciente en compañía de las criadas del palacio Di Reggio (había más o menos entre diez y quince), aún no había mantenido nunca verdaderas relaciones con una chica.

Fumaban sin cesar, encendiendo cigarrillo tras cigarrillo, cada uno con la colilla del anterior.

—Haces honor a tu nombre, Humo —se irritó Niño—. Estás sembrando la

niebla. Mira, tu palabra es como el *jamsin* cuando acarrea la arena del desierto. ¡Con langostas, por añadidura! Ante todo, responde a esta pregunta: ¿por qué nos cuentas esa historia?

—¡Espera, pedazo de incrédulo! Tú que no crees en Dios, no puedes sino dudar de tus amigos. ¡Escucha!

La primera vez, llevados por el deseo, en su ansia por encontrarse, no se habían tomado el tiempo de desnudarse. Sin embargo, la segunda había sido más tranquila, no lenta, no, sino, cómo decirlo..., curiosa. Se habían descubierto, cada uno había recorrido el cuerpo del otro. Desnuda, tenía las caderas rotundas, los senos generosos, cubiertos de pecas. Y olía a leche. Era la primera vez que se acercaba a una mujer, una de verdad..., ¡y qué mujer! Él solamente se había dejado puesto el *hiyab* alrededor del cuello, su protección, una bolsita de piel que le había entregado su madre, al día siguiente de su *bar mitzvá*, rogándole que jamás se separase de ella.

—¿Qué es? —le había preguntado Ann.

—¡Es para alejar a los demonios! —respondió él, consciente de que la estaba provocando.

—¿Y funciona?

Se confió un tanto a ella, le habló de las hechicerías de la *kudiya* de Bab Zuweila, a cuya casa lo había llevado su madre a menudo en la infancia.

—¿La *kudiya*? —preguntó Ann—. ¿Y eso qué es?

—¡Es una bruja! —respondió Zohar con la mayor seriedad del mundo—. La señora de los demonios.

—Te daré veinte libras si me traes una cosa de casa de esa bruja.

—¿Una cosa?

—¡Sí! Una cosa que me permita desembarazarme de alguien...

La idea lo divirtió. Jamás había ido solo a casa de los *zars*, únicamente para acompañar a su madre. Todas las veces se marchaba con bendiciones, frascos llenos de un agua en la que habían disuelto suras del Corán y con la que debía lavarse, o pequeños talismanes para llevar en la cartera. La *kudiya* lo llamaba a su lado, posaba las manos en su cabeza y, tras haberle repetido: «Eres nuestro hijo, el hijo de los *zars*. ¡Esta es tu casa, príncipe mío!», daba palmadas marcando el famoso ritmo de los camellos y cantaba: «Oh, Nofal, oh, Nofal, oh, Nofal... El príncipe ha venido, regresará... Aaah...». Y cuando

se iba, las mujeres se inclinaban a su paso mascullando: «¡Que nuestro padre lo acompañe!». Y vertían agua fresca en la huella de sus pasos. Él sabía que, al igual que su madre, estaba ligado a aquel lugar.

Así, una noche, a escondidas de Esther, su madre, se dirigió a Bab Zuweila, preguntándose cómo formularía su petición a la *kudiya*. Sin embargo, no hubo necesidad de decir nada. En cuanto lo vio, lo tomó en sus brazos, lo cubrió de besos y cogió un puñado de tierra, que impregnó del sudor de Zohar pasándosela por las axilas. Repartió esa tierra sobre su bandeja de mimbre, que servía para la adivinación, y echó encima conchas, muchas, tal vez una treintena. Examinaba las figuras que estas habían dibujado, unas boca arriba y otras boca abajo, pasaba los dedos por ellas, entregándose a misteriosos recuentos, y volvía a empezar. De pronto, una ancha sonrisa iluminó su rostro. «Oh, Nofal, oh, Nofal, oh, Nofal... El príncipe está enamorado; quiere un regalo para la novia de tez de mármol». Por acostumbrado que estuviera, él se sobresaltó. «¿Cómo sabes que su piel es blanca?». Ella se limitó a sonreír y a cantar de nuevo dando palmadas. Luego desapareció en su habitación. Volvió una hora más tarde, con un muñequito burdamente fabricado con papel de periódico. «¡Míralo bien! —dijo a Zohar mostrándole el personaje—. Le bastará con arrojarlo al Nilo desde lo alto de un puente pronunciando tres veces el nombre de la persona que quiere que desaparezca». Él no se atrevía a tocar el muñeco. «Y el que debe partir se desvanecerá en la noche... ¡Cógelo! ... ¡Pero cógelo, idiota!». Y se echó a reír. «¿Acaso te da miedo un monigote de papel?». Después añadió: «También deberá decir esta frase en nuestra lengua, “En el nombre de Suleimán, nuestro rey, que gobierna a todos los seres de la Creación, a los diurnos y a los nocturnos...”. ¿Lo has entendido?».

Ignoraba si Ann había actuado según lo prescrito, pero a la semana siguiente el coronel Clifford Chapman perdió la vida durante el furioso ataque del Afrikakorps que permitió a Rommel apoderarse de la ciudad de El Agheila, en lo más recóndito de la Cirenaica.

Hacía años que Ann ya no soportaba a su marido, pero no deseaba su muerte, tan solo un alejamiento duradero. No obstante, cuando se enteró del montante de la herencia, su tristeza desapareció como por ensalmo. Exhibió una cinta de crepé negro en el dorso de su uniforme y cuidó de enrojecerse los ojos con la ayuda de una cebolla antes de aparecer en público. Sin embargo,

se apegó intensamente a Zohar, al que recibía en plena noche y dejaba marchar a regañadientes.

Zohar no dio saltos de alegría cuando supo de la muerte del coronel. El negocio no le había salido tan redondo: allí estaba, en posesión de doscientos cincuenta gramos de cocaína para los que necesitaba con urgencia encontrar nuevo comprador. Se consolaba diciéndose que ahora disponía de una segunda residencia en el mejor barrio de El Cairo, y el amor de la hermosa inglesa, exacerbado por su duelo, lo hacía descubrir sensaciones que jamás se había atrevido a imaginar. Lo inició en los complejos entresijos del deseo, en las torturas de las caricias lacerantes, en las palabras que inflaman los cuerpos y en las sumisiones que capturan las almas. ¿Quién sino una madre puede iniciarte mejor en el amor? En pocas semanas Ann se había convertido en su guía de los deseos. En ocasiones pensaba en Masreya, que permanecía en su memoria como la madre de todos sus amores, pero el deseo... ¡era otra cosa! Una fuerza similar al gruñido de un animal salvaje, que surge del vientre...

Una noche, Ann le preguntó:

—¿Te aburres conmigo?

—¡Jamás! —le respondió sin dudarlo—. Tu cuerpo es una ciudad, una gran capital. Nunca me canso de pasearme por él.

—¿Seguro que no me mientes? ¿Me dirías esas palabras solo por complacerme? ¡Sí! ¡Lo harías! Tan joven todavía y ya eres todo un oriental... También necesitamos encontrarnos con gente, con amigos, con seres humanos...

E insistía. Sin duda imaginaba restaurantes, bares, cenas en su compañía... Entonces a Zohar se le ocurrió una idea:

—Voy a hacerte una pregunta, pero antes júrame que no te enfadarás...

—No puedo enfadarme contigo, ángel de amor. ¿Acaso es posible domeñar el viento? ¡Habla! Hazme la pregunta.

—¿Conoces por casualidad a otras mujeres de militares, como tú, que no sepan qué hacer con sus noches?... Podríamos encontrarnos aquí con mis amigos.

Los otros dos se quedaron patitiesos. Niño daba caladas a su cigarrillo como si succionara el pecho de su madre. «¿Cómo? —balbuceó—. Pero eso significa...». Y finalmente Zohar les anunció que ambos, él y Joe, estaban invitados esa misma noche a la villa de Ann, donde los esperarían dos esposas de oficiales ingleses que estaban impacientes por conocerlos. «¿Impacientes? ¿Cómo lo sabes? Si me hubieras avisado, me habría vestido para la ocasión», protestó Joe. Niño se desternillaba de risa. Con su fino traje de cotonada, color de seda, el nudo mariposa escocés y el cabello claro cuyo mechón se apartaba sin cesar de la frente, Joe parecía un estudiante americano.

—¡Pero si estás muy guapo, Joe, sionista, hijo de perra!

El otro intentó ganar tiempo:

—¿Por qué hemos de ir esta noche? ¿No podríamos esperar a mañana, o incluso a la semana próxima?

Zohar se echó a reír.

—¡Hala! Os invito a una copa de *arak*...

A la segunda copa ya no tenían la menor vacilación. Tras la tercera, se subieron al rutilante MG de Joe, un coche deportivo de dos plazas. El motor empezó a petardear; Joe dio furiosas embestidas al acelerador, feliz de atraer la mirada de los viandantes. Decididamente, aquellos ingleses dominaban el arte del ruido de escape. El coche arrancó con viveza, haciendo chirriar las ruedas traseras. Sus amigos ocupaban los asientos, y Zohar se había encaramado detrás, con el trasero apoyado en el portaequipajes y las manos aferradas al parabrisas. Vociferó: «¡Ve despacio, Joe, tengo prisa!».

Garden City no quedaba lejos. Niño cerró los ojos, embriagado por el viento que le azotaba el rostro. «Oh, la paz de Dios... ¡Oh, la paz!».

En aquel coche de *nabab*, con el corazón henchido, ¡eran los reyes! Cruzaron de esa guisa el puente Qasr-el-Nil. Una ligera brisa subía del río, que allí llamaban mar, y las falúas trazaban sobre el agua diagonales de luz. Se cruzaron con un Jeep de la Policía Militar y el oficial les dirigió un saludo. Sin duda, un aficionado a los MG... La noche se había aliado con aquellos tres jóvenes y una fina nube atravesaba la cara llena de la luna. «¡Mira! Está fumando un

cigarrillo... —bromeó Niño—. Sin duda comprado a Zohar...». Una comunión que trascendía las discrepancias. Los que creían en el pueblo y el que ignoraba su existencia; el nacionalista, el sionista y el que no era nada, los tres apátridas o italianos, sellados de repente por una misma llamada a la inmediatez de la vida.

Luces tamizadas, incienso embriagador; en el tocadiscos, Duke Ellington orquestaba la cita de las almas. Ann había hecho bien las cosas, disponiendo por doquier copas y canapés. Con aire pícaro, vestida con un traje de noche negro que le llegaba por encima de las rodillas, la cabellera dorada y la mirada traviesa, sujetaba entre los dedos una larga boquilla. Un tanto ansiosa, los había invitado a instalarse.

Miraditas de reojo. Kathleen era sin duda la de más edad. Estricto traje de chaqueta del ejército y, como única fantasía, una rosa en el cabello, de corte severo. Ahora bien, la blusa se le entreabría bajo la presión de un busto exuberante. En cuanto a Mary, tenía el aspecto de una secretaria eficiente, con el cabello corto, simplemente peinado hacia atrás, la camisa abotonada hasta el cuello y unas gafas de carey. Tenía las mejillas arreboladas.

Los tres muchachos se arrellanaron en el mismo sofá. Enseguida empezaron a beber. Ann hizo las presentaciones. Se divirtieron buscando una lengua común. Joe y Niño hablaban bastante bien el inglés, pero no podían evitar las retahilas de chistes en árabe. Zohar, silencioso, saboreaba una felicidad nueva. Ann se le acercó y le propuso bailar. «¡Más tarde!», prometió él. Entonces, Joe arrastró a Mary en un artístico *be-bop*. «Sabe bailar, ¿eh? ¡Mira cómo baila!». Niño se acercó a Kathleen y se puso a hablar de política. La guerra, los ingleses, los egipcios... Ann, cuya mente se iluminaba con los vapores del alcohol, los reprendió: «Menudo momento para hablar de la guerra... Eso podéis hacerlo a lo largo de todo el día y en cualquier esquina. ¡Esta noche estamos de fiesta!».

Tres inglesas desestabilizadas por la anarquía de la guerra; tres jóvenes egipcios deslumbrados por las luces del mundo... Los maridos habían dejado de existir; las obligaciones se habían disipado como una pesadilla; las diferencias de edad, de clase, de lengua, las creencias religiosas o políticas se habían desvanecido, diluidas en las bebidas. Bailaron un rato. Rieron mucho y por cualquier motivo. Se estaban regalando una noche de irresponsabilidad,

fuera del tiempo. En la habitación de invitados, Niño se había perdido en los senos de Kathleen, durmiéndose antes de hacer el amor, a lo que ella había acabado por acceder. En la alfombra del salón Joe trataba de responder a las insaciables demandas de Mary.

Zohar se había retirado con Ann al dormitorio. A ella el alcohol la había puesto lírica: «Te llevaré conmigo, a mi casa junto al Tamesis, cerca del parque de Richmond. Serás mi rey y mi lacayo. ¿No me dijiste que tu nombre significaba “joyel”? Serás mi alhaja traída de Egipto». Él solo quería unirse a su cuerpo, bañarse en lo más hondo, como en un agua oscura y cálida, partícula inasequible de aquella noche de armonía. Pero ella no dejaba de hablar, tejiendo incansable el futuro. «Cuando acabe la guerra...», repetía. Sin embargo, ¡él lo sabía! Aquella guerra nunca terminaría. Duraría por siempre. Hasta el momento, los hombres ignoraban que la tierra tenía dueño. Quisieron apoderarse de sus entrañas. Desenterraron las momias, hicieron brotar su sangre negra. La tierra jamás se lo perdonará. Aquella guerra solo acabaría tras la muerte del último de los humanos.

Cuando se durmieron, un gallo insomne llamaba ya a la oración.

Eran más de las cinco cuando Zohar surgió de repente del sueño. Se levantó para vestirse. «¡Vuelve! ¿Por qué tienes que irte antes de que se haga de día?», le dijo Ann mimosa sin abrir los ojos. No obstante, él corrió a empujar a los otros, arrastrándolos fuera de la villa.

En el coche, Joe fue el primero en hablar.

—Pero ¿quién ha dicho que las inglesas aman el amor? ¡Es falso! Es el amor el que las ama. Las vuelve locas.

Y retomaron su canción: «David, David, rey de Israel...».

—El tal David también debía de amar a las inglesas —añadió Joe.

—Dicen que amaba a todas las mujeres...

—Jamás en la vida —afirmó doctamente Niño— Jamás en la vida me habría imaginado haciendo el amor a una burguesa toda la noche.

—¡Burguesa e imperialista! —se mofó Joe.

—¡Sionista, hijo de perra!

Y se desternillaron de risa dando palmadas.

Agarrado al portaequipajes, Zohar acababa de tomar una decisión. Si aquella noche no hubiera sido una fiesta, ¿qué habría sido?... Pues bien, ¡una

reunión profesional! Y si aquellos tres jóvenes judíos no se hubieran encontrado con las tres inglesas solo para divertirse, ¿para qué lo habrían hecho? ¡Para formar un equipo, estaba claro!

Calle Docteur-Tawfik

A la semana siguiente montó su negocio. Uno de los principales problemas del ejército inglés en Egipto era la falta de alcohol. Los británicos no podían importar las cantidades necesarias para el bienestar y el arrojo de sus soldados, y la producción local era casi inexistente. Así pues, ante un emprendedor creativo se abría un nuevo mercado, sobre todo por el hecho de que cada vez se hablaba más de prohibición. Los Hermanos Musulmanes de Hassan el Banna, que exigían a gritos la prohibición de la prostitución y de la venta de alcohol, gozaban de la simpatía del pueblo. El rey Faruk se había comprometido a promulgar una ley al respecto y ya había proscrito el alcohol durante sus recepciones. En consecuencia, las prostitutas se ocultaban y el alcohol había desaparecido de la mayoría de los puntos de venta, los colmados y los grandes almacenes de alimentación, incluidos los de los griegos. Aún era posible encontrar botellas de *arak* en los zocos de la ciudad vieja, pero se vendían a precios imposibles. Niño había contado a Zohar que unos polacos, combatientes del ejército británico, habían encañonado al pobre doctor Assiuty, el dueño de la farmacia donde trabajaba, para que les entregase su *stock* de alcohol de noventa grados. Y cuando él, temblando de miedo, les presentó el bidón de veinticinco litros, le pagaron e incluso exigieron un recibo por temor a verse acusados de robo.

Si bien Zohar podía contar con Joe y Niño, sus dos compañeros de farra, para la organización, y con las mujeres inglesas para distribuir el licor,

quedaba por resolver la cuestión de la producción. Sabía que existían plantaciones de caña de azúcar, que eran numerosas. En cuanto a la técnica, el destino le sonrió al enviarle a Jack, un inglés de Jamaica, homosexual en busca de clientes, que una noche intentó acercársele en un club nocturno de la avenida Piramides. En su isla natal, el hombre había dirigido durante mucho tiempo una destilería de ron. Lo había dejado todo atrás, atraído por el brillo de Egipto, pero se había perdido en los burdeles de la ciudad vieja. La producción de licor no tenía secretos para él, y no tardó en comprender que Zohar iba en serio. Le preguntó: «Todo depende de la cantidad que deseas producir. ¿Cientos de litros?... En tal caso, puedes montar la fábrica en un garaje. ¿Miles?... Entonces necesitas una granja aislada, porque, antes de hacer transpirar el alcohol, la destilería apesta el barrio. Ahora bien, si quieres producir cientos de miles, por mucho que lo intentes, te será imposible pasar desapercibido».

Zohar sabía perfectamente lo que quería: calidad antes que cantidad. Le preguntó si sabía extraer un licor que, teniendo el aspecto y la graduación de la ginebra, pudiera venderse como tal... «Nada más fácil —declaró Jack—; una vez instalado el material, se requerirán unos tres meses entre el suministro de la caña de azúcar y la entrega de las primeras botellas».

Joe di Reggio se ocupó de crear la empresa, de declararla en el registro de comercio y de llevar la contabilidad. Llamaron a su sociedad la «Compañía del Agua Azul», porque habían decidido vender su producto en botellas azul marino. La presentaron en la administración como una empresa de producción de azúcar. Instalaron las oficinas en la calle Docteur-Tawfik, en el barrio de Abasseya. El edificio tenía anejo un inmenso garaje, que transformaron en pequeña unidad de producción. Niño, que era el más hábil en la lectura y explotación de los textos, se encargó en los primeros tiempos de las relaciones con las autoridades, repartiendo sobornos para obtener las autorizaciones necesarias o evitar la prohibición. En este período preparatorio, Zohar seguía con su comercio nocturno a fin de reunir los fondos necesarios para la inversión inicial. Contrataron a Jack, el jamaicano, para montar lo que llamaban «la fábrica», y decenas de pequeñas manos hormigueaban en el taller, ajustando toneles de metal con objeto de fabricar una columna de destilación aceptable o construyendo inmensas marmitas de cobre destinadas a

calentar los vinos intermedios.

Los Aliados retrocedían en todos los frentes. Tras la caída de Bélgica, Holanda y Francia, Europa estaba de rodillas. En los Balcanes, todos los países se hallaban ocupados o controlados por las potencias del Eje. En Oriente Medio, el gobierno iraquí había sido derribado por El Kilani, un nacionalista ardientemente pronazi. Hadj Amin el Husseini, el gran muftí de Jerusalén, evaporado de Palestina, había reaparecido de repente en Berlín y vociferaba hasta desgañitarse por el micrófono de las radios alemanas, exhortando a los árabes a la rebelión contra el ocupante británico. Egipto, que había resistido una primera invasión italiana procedente de Libia, sufría ahora el asalto de Rommel; y los ingleses perdían batalla tras batalla. Expulsados de Libia, se habían replegado en Egipto; por las calles de El Cairo soplaba un viento de pánico. Rommel había cruzado la frontera occidental... Llegó a las puertas de Alejandría... Bombardeó Port Said... Los ingleses no podían permitirse que derribaran la barrera egipcia, el acceso al canal de Suez, que liberaría la ruta hacia el petróleo de Oriente Medio y los recursos de las Indias. Las rondas de la Policía Militar no cesaban ni de día ni de noche, y las redadas en bares y hoteles solían acabar en detenciones y golpes de porra. Llegaban nuevas tropas de refuerzo..., retahilas de camiones repletos de soldados, pesados carros de asalto que aplastaban el asfalto recalentado a lo largo de las dos carreteras que llevaban de El Cairo al mar. En los zocos se decía que en aquel momento había casi un millón de extranjeros en Egipto, sobre todo militares.

El pueblo llano egipcio intentaba a trancas y barrancas aprovechar el maná, pero sufría con la escasez de alimentos y los precios exorbitantes que alcanzaban en el mercado negro. La clase media, los empleados y los funcionarios estaban escandalizados por el comportamiento de los soldados, que vagaban ebrios por las calles, botella en mano, llevando de la cintura a mujeres árabes, no siempre prostitutas.

Niño se iba comprometiendo más activamente en las reuniones de nacionalistas a las que lo conducía Gamal. Volvía de ellas todavía más convencido de la necesidad de luchar contra el ocupante británico. Y las discusiones con Joe adquirían visos de drama.

—¡No irás a favorecer la entrada de los nazis en Egipto! —vociferaba Joe.

—Los alemanes jamás han colonizado Egipto. No les ha interesado ocuparlo. Para ellos solo se trata de un país de paso. Nos liberarán de los ingleses y se largarán a otra parte, a Irak o a Arabia.

—¡Pero qué cándido eres, mi pobre Niño! Te dejas llenar la cabeza con las ideas de esos personajes de guiñol. Si Rommel entra en Egipto, será con la Gestapo, su Policía secreta... ¿Quieres que te cuente lo que te ocurrirá entonces?

Y el insulto acababa por llegar. Cuanto mayor cariz político tomaba la discusión, más se exponía a llegar al pugilato.

—¡No eres más que un hijo de papá, un capitalista asqueroso! ¿Qué se puede esperar de ti?

—Tal vez sea un hijo de papá, pero no soy un traidor. No abandono a los míos. Si quieres luchar a toda costa contra los ingleses, vete a Palestina y únete al ejército secreto judío que lucha por nuestra independencia...

—¿«Nuestra»? Has dicho «nuestra»... ¿Y a quién incluyes en ese «nosotros», eh?... Yo no formo parte de eso. En lo que a mí respecta, «nosotros» es el pueblo..., ¡el pueblo de Egipto!

Joe tiró al suelo la americana, se quitó la pajarita y se arremangó la camisa... Se disponía a asestar un puñetazo a Niño en la nariz. Zohar apareció precisamente en ese momento y lo agarró de los brazos, apartándolo.

—¡Déjame! —gritaba Joe—, deja que aplaste como a una mosca en la pared a ese *mamzer*, ese bastardo...

Zohar siempre lograba calmar a sus amigos reuniéndolos en torno a una copa de *arak*. Entonces evocaban su primera noche con las tres inglesas, y la amistad eterna que se habían jurado al amanecer. También los hacía entrar en razón... Su empresa estaba a punto de arrancar. El agua azul haría olvidar las marcas de *whisky* que ya casi era imposible encontrar, Johnny el caminante o los dos fox terrier negro y blanco. Iban a hacerse ricos, muy ricos. Después de eso ya verían si todavía tenían ganas de ser sionistas o revolucionarios... Todas sus teorías no eran sino palabras de niños, de excluidos del mundo real.

—Lo que pasa es que él, ese gafotas, el enamorado de los cubos de basura, quiere convertirse en el rey de los pobres. Puestos a ser rey, haría bien en elegir a sus súbditos en otra parte y no en las cloacas.

—¿Y tú, sionista, hijo de perra...? —replicaba Niño—. ¿Te parecen ricos

tus judíos de Palestina, que duermen en la misma arena, en tiendas, como beduinos?

—¡No empecéis otra vez!

Un día, después de la siesta, Zohar convocó a sus dos socios. Recién duchados, con la camisa immaculada y los zapatos embetunados, los tres se subieron al MG y se dirigieron a toda prisa a Bab Zuweila. Sacó del maletín un martillo y un clavo, uno grande, de unos quince centímetros de largo. Se acercó al muro que enmarcaba la gran puerta, se encaramó a una caja de madera y empezó a hincar el clavo. Golpeó tres veces diciendo: «Zohar... (primer martillazo), hijo de Mordechai Zohar... (segundo martillazo), la criatura de Esther Zohar, el paraíso se halla bajo su talón (tercer martillazo)». Luego tendió el martillo a Joe: «¡Te toca a ti!». Joe dudó un momento y luego preguntó: «Pero ¿qué pretendes fijar de ese modo en la pared?». A pesar de ello, acabó por obedecer: «Giuseppe di Reggio..., hijo de Ephraim di Reggio..., criatura de Elisabeth di Reggio...». Vaciló. «¡Repíte!», ordenó Zohar. Repitió: «El paraíso a sus pies...». Cuando le tocó el turno, Niño montó en cólera: «No me obligaréis a cometer actos tan ridículos. No creo en esas estupideces». Zohar le puso el martillo en la mano y se burló de él: «¿De qué hablas? ¿En qué tendrías que creer? Se trata simplemente de remachar un clavo». Y Niño golpeó el clavo con rabia: «Abraham Cohén..., hijo de Gabriel Cohén..., la criatura de Rachel...». No pudo terminar y se deshizo en lágrimas. Pensar en su madre siempre desencadenaba en él una intensa emoción. «¡Está bien! —dijo Zohar—, ¡está bien! Ahora volveos de espaldas al muro». Apoyó una mano en la cabeza de sus compañeros y murmuró: «Si veis salir abejas, daréis las gracias a Suleimán, el rey de los seres de la Creación; si se trata de ranas, os preguntaré cuál de los tres ha traicionado; si sale una serpiente, apartaos y dad gracias a Dios por estar vivos; y si es un macho cabrío, entonces decid: “Musulmanes, judíos o cristianos, todos somos hijos de Abraham”». Apartó las manos y dio un paso atrás. Niño y Joe se habían quedado muy quietos, mirándose los zapatos. Luego levantaron la cabeza y observaron los clavos. Tres abejas revoloteaban alrededor de las cabezas planas de estos, que centelleaban al sol poniente.

El 21 de septiembre de 1941, el día en que entregaron la primera caja de agua azul, Zohar aún no había cumplido los diecisiete, Joe apenas contaba diecinueve y Niño veinte. Al principio vendían la caja de seis botellas de litro a veinte libras esterlinas, lo que representaba casi el doble del salario mensual de un empleado. Los primeros clientes, oficiales de alta graduación, llegaron por mediación de las tres inglesas. Muy pronto, hileras de Hillman de seis ventanillas, Morris Eight, Humber bicolors o voluptuosos Sunbeam empezaron a estacionar a la entrada de la fábrica, en la calle Docteur-Tawfik. Se podía ver a jóvenes soldados cargando las cajas en los coches de sus comandantes.

El éxito fue tal que en el mes de diciembre ya habían roto *stock*. Lo que hizo subir todavía más los precios. Y cuando los funcionarios del Ministerio de Comercio aparecieron para examinar las cuentas, se marcharon de allí con el maletero del coche lleno de cajas de agua azul.

Niño, el más serio de los tres, llevaba la oficina. Había cambiado su empleo en la farmacia de Assiuty por el de director comercial de la Compañía del Agua Azul, mucho más lucrativo. Joe, que tenía aspecto de joven de buena familia —cosa que era—, se encargaba de explorar nuevas clientelas. Las descubría entre los invitados que frecuentaban el palacio de su padre.

A principios de 1942 vieron llegar a Abasseya otro tipo de automóviles, americanos, Chevrolet y Ford descapotables, suntuosos Packard, el Cadillac de Cicurel e incluso, en ocasiones, los Rolls-Royce de palacio. Zohar garantizaba una presencia permanente; era a un tiempo el alma del lugar y su diablo. Corría de un empleado a otro. Presionaba a «Jack Jamaica» para incitarlo a aumentar la producción. Favorecía a porteros, manipuladores, cortadores de caña, a los encargados de la destilería, repartiendo primas cada vez que mejoraban el rendimiento. Oficiaba de jefe de personal y de asistente social.

Y todos aquellos obreros, campesinos expulsados de sus tierras o emigrantes del Alto Egipto, y a veces de Sudán, se asombraban de que un muchacho tan joven estuviera a la cabeza de una empresa tan importante. «¡Es

un diablo!», exclamaba uno.

Y otro respondía: «Un hijo de Adán no podría conseguir lo que él consigue sin la ayuda de las gentes...». Las gentes... Esas gentes que no eran tales, precisamente; en ocasiones los llamaban «musulmanes», a modo de fórmula propiciatoria para alejar la aterradora eventualidad de que fueran judíos o, peor todavía, paganos. Aquellos a quienes llamaban «las gentes» eran los espíritus, los *afrit*.

El diabólico Afrikakorps de Rommel, ágil y sobreentrenado, parecía imbatible. Surgía donde no se lo esperaba, infligía grandes pérdidas, se retiraba, atacaba en otra parte... Los ingleses se hallaban sin cesar a la defensiva y, pese a la llegada de refuerzos y numerosos materiales, no lograban tomar la iniciativa. Los periódicos en inglés y en francés prevenían a los habitantes de la catástrofe que supondría la victoria alemana seguida de una ocupación de Egipto. Algunos europeos, así como los judíos acomodados, se planteaban exiliarse al Alto Egipto, Sudán o Jerusalén. En cuanto a los periódicos árabes, no ocultaban su simpatía hacia Rommel y se regocijaban por anticipado de la lección que recibirían los arrogantes ingleses, que no se cansaban de repetir que en Egipto estaban educando a un pueblo inmaduro. Benghazi había caído en enero, Bir Hakeim en junio. Y cuanto más aumentaba la tensión, más botellas de agua azul vendía la compañía.

Zohar se mudó a un pequeño apartamento de dos habitaciones en el último piso del edificio. Trató de convencer a su padre de que abandonase su comercio de licor, para el que cada vez resultaba más difícil aprovisionarse: «Únete a nosotros en la fábrica. Te contrataré como contable». Motty se negaba obstinadamente. ¿Cómo imaginar que podría alejarse de sus callejuelas, donde conocía a cada una de las familias y sus pies sabían la configuración de cada adoquín? ¿Cómo alejarse de la sinagoga Haim-Capucci, donde podía poner nombre a cada voz? Respondió a su hijo bienamado: «¿Por qué no has aprendido jamás a pasar el tiempo? Mis ojos, que no ven, me enseñan la permanencia del mundo. ¡Es a eso a lo que hay que atenerse, hijo mío! Ahí donde la vida es eterna». Y le cantó los versículos del Cantar de los Cantares que Zohar había oído tantas veces: «Hay sesenta reinas y ochenta concubinas; y muchachas sin nombre... Única es mi paloma, mi perfecta». Por primera vez en su vida, quizá, una lágrima se deslizó por la mejilla de Zohar.

Calle Solimán-Pacha

Desde que abriera sus puertas la Compañía del Agua Azul, Niño Cohén se había instalado en un pequeño apartamento de la calle Solimán-Pacha, a dos pasos de L'Américaine. Aparte del alojamiento, que lo acercaba a la fábrica, no había cambiado nada en sus costumbres. Se desplazaba a pie o en tranvía, siempre en tercera clase. Vestía el mismo pantalón gris oscuro con brillos en las rodillas, que se subía con gesto automático cuando se pisaba los bajos. Con el cuerpo ascético, recién afeitado y las gruesas gafas de miope en la nariz, parecía un seminarista. Una vez concluida su jornada, desaparecía, rechazando las partidas de *tawla* ante una cerveza en la terraza de un café. Ya no se lo veía vagar por los clubes después de cenar, el Empire o el Saint-James, donde sus amigos jugaban al póquer reconstruyendo la historia de Oriente Medio desde los tiempos de los faraones. Tampoco aparecía por los grandes hoteles, donde tenían la costumbre de ir a bailar hasta las primeras luces del alba. Pretendía volver a casa a estudiar, no podía permitirse suspender el curso de medicina. Y sus dos amigos, vagamente culpables por no desarrollar su materia gris, no insistían. Ahora bien, sin confesárselo, sentían cierto malestar.

Lo cierto es que poco a poco su comportamiento había empezado a cambiar. Ya solo hablaba árabe, se negaba a compartir la jerigonza franco-anglo-árabe trufada de palabras italianas que era su lengua habitual: «Si se habla árabe, se habla árabe, no una lengua compuesta como la de los

esclavos». Joe le comentaba riendo: «A veces no entendemos nada de lo que cuentas... Se diría que estamos oyendo la radio». Se burlaba de él cuando se encerraba largo rato en los lavabos. «Mi madre dice que te bastaría con tomar una cucharada de sirope de tamarindo por la mañana en ayunas», dando a entender que sufría de estreñimiento, y añadía: «Eso tal vez te alegraría un poco el humor... ¡y salvaguardaría el nuestro!». No pasaba un solo día sin que le preguntase qué hacía con su dinero, por qué razón siempre vestía como un mendigo... Parecía que lo dilapidase en el burdel o en las carreras.

Cuando las observaciones y las pullas se volvían demasiado insistentes, Niño se entregaba a largas exposiciones políticas. Él no era un reaccionario. No tenía como ideal parecerse a los *jawagates*, a los «señores» de los bancos y los grandes hoteles... Deseaba unirse al pueblo de Egipto, que inevitablemente acabaría por liberarse del yugo de los opresores, los ingleses ante todo, pero también los ricos, los pachás, los terratenientes... Joe añadía entonces, pérfido: «Has olvidado a los judíos». Y el otro mordía el anzuelo: «¡Los judíos, por supuesto! Los Cicurel, los Mosseri, los Suares, los Picciotto, los Harari, los Curiel...». Entonces Joe le apretaba las tuercas: «Según parece, el pequeño de los Curiel, el hijo del banquero, no es millonario, sino billonario... Pues bien, es comunista como tú. Ser comunista es una ocupación de ricos. De hecho, mi madre también lo es». La tensión aumentaba una vez más entre ambos. Niño todavía soltó, cortante: «¡Mi pobre amigo! No entiendes nada. ¡Yo no soy comunista!». Cuando Joe contó la disputa a Zohar, le preguntó:

—Pues si no es comunista, entonces ¿qué lo hace sufrir?

—Lo conozco bien —respondió Zohar—, es taciturno. Deberías dejarlo tranquilo.

—¿Crees que podía permitir que dijera que los judíos son unos explotadores? Habría que llevarlo de visita a la *hara*, la callejuela. Vería a los judíos pobres, nuestros parientes, desperdigados por la acera, con sus excrementos secos pegados a la ropa, sin haber comido desde hace días y sin fuerzas ya para levantarse.

La mirada de Zohar se perdió en el vacío ante la evocación de la callejuela de los judíos. Volvía a ver el colmado de su infancia, al tío Élie, hombre de dulce sabiduría; a su madre, la extraña Esther, a quien no sabía

testimoniar su afecto, y a Motty, su padre, que lo guiaba a distancia mediante las palabras de los salmos que había implantado en su alma.

—Deja que hable... —respondió a Joe, pensativo—. Cuando se enamore de una chica hasta el punto de que la brisa del Nilo al acariciar su rostro lo haga estremecer, créeme, dejará de perderse una sola partida de *backgammon*...

—A menos que se trate de un chico...

—¿Un chico? ¿Qué quieres decir?

—Quiero decir: a menos que se enamore de un chico.

Guiado por Gamal, Niño acudía a todas las reuniones del grupo de militares nacionalistas, que se celebraban una vez por semana, el jueves por la noche. Y la cosa iba de sargento por aquí, teniente por allá... ¿De qué servía evocar su grado, si todos eran igual de pobres y carecían del menor poder real? ¿Qué pensar de un país cercado por la guerra, invadido por cientos de miles de militares extranjeros y cuyo Ejército debía permanecer con las armas en descanso, paralizado? De manera que, antes que jugar a los militares de otro mundo, todos aquellos jóvenes, que habían accedido a sus funciones gracias a sus méritos, habrían hecho mejor en volverse decididamente hacia la acción política. Era lo que Niño se decía para sus adentros.

En el curso de una reunión, vio aparecer a un hombre que no se parecía a los demás. Aquel no era un militar. Vestido con sobriedad, a lo occidental, con traje oscuro y camisa blanca, tenía el rostro lampiño y mirada ardiente; su cabeza descubierta revelaba una incipiente calvicie. Jamás sonreía, ni gastaba bromas, y su palabra era afilada como una cuchilla. «Debemos renunciar a estas grandes reuniones inútiles que acaban en charla de café. ¡Ha llegado la hora de la acción!», había dicho el hombre. La observación causó malestar. Gamal trató de restablecer la situación, recordando que el orador, Abd el Rauf el Gassem, a quien se sentía dichoso de recibir allí, en el club de oficiales, pertenecía a un grupo nacionalista religioso.

—Nuestros objetivos son similares —precisó—, pero en ocasiones nuestros métodos divergen...

Abd el Rauf se irguió en toda su estatura para responder:

—El Ejército está desarmado; si cree que el orgullo constituye un arma, se equivoca. El orgullo solo conduce a la arrogancia y al fracaso. Hermanos,

¡poneos manos a la obra! Entrad en cada casa, hablad con cada *fellah*, recordadle las obligaciones hacia nuestro profeta, la fuerza de la unión, de la comunidad; habladle de la grandeza de la nación árabe.

A Niño le había calado hasta lo más hondo la palabra de Abd el Rauf. ¡Él formaba parte de la nación árabe! Se decía: «Arabe de religión judía»... ¡No!, se corrigió en sus adentros: «Arabe de origen judío». Ese día no se atrevió a acercarse a Abd el Rauf, se contentó con devorarlo con la mirada.

A la salida de la reunión siguiente, le preguntó si podía acompañarlo a su casa. El hombre lo miró de arriba abajo antes de responder:

—¿Eres musulmán, hermano?

—¿Musulmán? —replicó Niño—. ¿Qué quiere decir «musulmán»? La palabra significa «sometido», ¿no es cierto? Yo me someto a la voluntad del pueblo. De manera que, si quieres, soy musulmán.

—¡Está muy bien! Pero ¿rezas tus oraciones al menos?

Y procedió a explicárselo. ¿Acaso reflexiona uno antes de respirar? ¡No! Se trata de un movimiento indispensable para la vida y que uno lleva a cabo sin pensar. Así es como se debe rezar la oración, sin reflexionar, sin esfuerzo, como se respira, en cada momento del día.

A Niño se le antojó inteligente y poderoso. Pero bueno, lo de la oración...

—Meditaré sobre tus consejos —le prometió—. Pero lo que necesito es acción, no plegarias...

—Te equivocas, hermano. Es la plegaria lo que es acción..., sus efectos sobre el mundo, una remota consecuencia...

—¿La plegaria es acción? Creía que era contemplación...

—¡No, hermano! Se trata de un error de partida. Dios no es nuestro pasado, sino nuestro futuro. Y para llegar a ello, el Profeta nos guía. Es él quien nos muestra la vía. Si crees que en el Corán solo estás leyendo palabras, es porque no eres un ser viviente, sino una estatua de sal. El Corán constituye una vía, el camino que se apodera de tus piernas, de tus brazos y de tu alma y que te arrastra. Allá donde vayas, ¡está Dios!

Niño quedó seducido por las ideas de Abd el Rauf. Estallaban en su mente como evidencias. Las violencias marxistas, la evocación de las revoluciones del proletariado, los razonamientos casi matemáticos de los panfletos comunistas resonaban como lejanas imágenes de los países fríos. Mientras que

lo que ahora estaba oyendo, de la boca de aquel hombre, sano, seco y puro como el tronco de una palmera, era verdadero..., tan verdadero como el sol que salía todas las mañanas, como el Nilo, que era un mar excavado en pleno desierto. Abd el Rauf hablaba de la revolución de Egipto, no de la de Rusia o América. ¡Esa era la revelación!

—¿Todo el mundo puede tomar el camino que me estás describiendo?

—¿Acaso crees que te mostraría una ruta que te está vedada? Sería como exhibir un festín a un hambriento al tiempo que le prohíbes el acceso.

—¿Cómo...?

Niño no acabó de formular la pregunta, consciente de pronto de su trivialidad. Adivinaba la respuesta. Bastaba con convertirse al islam.

—¡La yihad! —dijo entonces Abd el Rauf—. La yihad es nuestra vía hacia Dios.

—¿La yihad? —se asombró Niño, el letrado, para quien aquella palabra significaba únicamente «el esfuerzo de la ascesis».

—Nuestro profeta es un jefe de guerra. Nos guía a través del ejemplo. La comunidad despertará mediante la lucha. La yihad es la exigencia de la guerra..., y la muerte, nuestra más fiel aliada.

—¿Qué quieres decir?

—Necesitas comprender, hermano, nuestro amor a la muerte constituye la presencia de Dios. Tal es la enseñanza del Profeta. —Y repitió—: ¡Debes amar la muerte!

Niño se quedó perplejo. La muerte supone una eventualidad para cualquier combatiente. Todos tratan de evitarla, se protegen. En efecto, se puede desear la muerte del enemigo; incluso cabe poner todos los medios para matarlo... Pero ¿qué significa «amar la muerte»? Los viandantes eran numerosos. Los dos hombres se veían obligados a abrirse camino continuamente sin perder el hilo de su conversación. De pronto, Abd el Rauf se quedó quieto.

—¡Mira! —dijo a Niño, señalándole a una mujer árabe que deambulaba del brazo de un oficial británico—. Esa mujer teme la pobreza y la muerte. Por eso ha perdido su alma. Se prostituye con los extranjeros, mancilla su cuerpo y la casa de su padre... Todo eso por miedo a la muerte.

La pareja caminaba unos pasos por delante de ellos. La mujer vestía un traje de chaqueta moderno, de color rosa, con la falda por encima de las

rodillas y las nalgas contoneándose al ritmo de sus altos tacones. El militar, un oficial británico, manifiestamente achispado, vacilaba, tratando de sujetar la gorra en la mano.

—¡Mira y reflexiona, hermano! No solo no tenemos miedo a la muerte, sino que es nuestra propia muerte lo que deseamos por encima de todo. Morir durante la yihad es nuestra más acariciada esperanza.

—Nuestra propia muerte... —murmuró Niño con ojos como platos—. Nuestra propia muerte...

Entonces, Abd el Rauf le propuso:

—El viernes próximo ven a la oración. Nuestro guía en persona será quien pronuncie la prédica. Sin duda entenderás mejor estas verdades cuando las oigas de su boca.

Antes de despedirse a la puerta de la mezquita, Niño se sobresaltó cuando el hombre lo agarró vigorosamente por los hombros y le dio sendos besos en las mejillas.

—Te lo presentaré.

La mezcla de agua de colonia barata y sudor trastornó a Niño, lo embargó una sensación extraña que jamás había experimentado, una emoción nueva, de virilidad compartida.

El viernes siguiente, Niño se dirigió a la gran mezquita para la oración de la una del mediodía. Quedó impresionado por el orden y la disciplina reinantes pese a la multitud allí congregada. Ningún empujón, ninguna cháchara..., cientos de hombres —tal vez un millar— reunidos en un mismo lugar, para murmurar las mismas palabras en el mismo momento, para realizar los mismos gestos, para prosternarse, para levantar las manos abiertas hacia el cielo, como en un gigantesco *ballet*. ¡Qué contraste con el desorden de una sinagoga! No conocía las oraciones, tan solo la primera, la Fatiha, que trató de balbucear. Sin embargo, un impulso se apoderó de su corazón, que paradójicamente provenía de cierta sensación de vacío. ¿Qué era él en medio de aquella multitud? ¿Un átomo, una brizna de hierba en una pradera? ¿En eso consistía unirse al pueblo! Y un hálito llegado de lo más hondo de su ser le llenó los pulmones.

—Te enseñaré las oraciones y te indicaré las suras del Corán que les corresponden.

Se sobresaltó. Reconoció aquella mezcla de sudor acre y agua de colonia. Abd el Rauf se había deslizado a su espalda y, mediante presiones en el brazo, le indicaba los momentos de prosternación.

—He venido para ver y escuchar, como me recomendaste —respondió Niño con un hilo de voz.

Al final de la oración, los hombres tomaron asiento, esperando en perfecto orden a que su imán subiera a la tribuna. El hombre, vestido con traje gris, con la barba recortada y el *tarbush* sobre la cabeza, estaba instalado en primera fila. Nada lo diferenciaba del grupo de ancianos que lo rodeaban. Se puso de pie lentamente, subió los escasos peldaños y avanzó hasta el centro del estrado. Silencio impresionante, ni un murmullo, ni un movimiento, ni un carraspeo...

—Hermanos míos, os siento a todos presentes —empezó el guía—. Oigo a vuestra alma murmurar en la mía, a vuestro corazón latir en el mío. Y siento que no soy nada; nada más que todos vosotros reunidos.

En ese momento, Niño fue presa del vértigo. Se apoyó en el brazo de Abd el Rauf, que lo mantuvo vigorosamente al tiempo que lo sermoneaba:

—¡Mantente erguido, hermano!

Lo que ocurría era que la palabra del guía se había fusionado con el pensamiento de Niño, confundiéndose con su deseo, en aquel instante satisfecho, de desaparecer entre el pueblo de Egipto.

—Y vuestra voz se expresa a través de la mía, hermanos míos —prosiguió el guía—. Cuando habláis en vuestro corazón, yo grito con mi boca. ¡Dios es el más grande!

Y un rumor creció como una gigantesca ola que avanzaba desde las profundidades de la asamblea: «¡Dios es el más grande!».

—Y hete aquí que pretenden reducirnos al silencio. No combatir al islam de las palabras, el de las interminables controversias entre los falsos sabios de El Azhar, ¡no! No al islam embrutecedor de los sufíes, que solo saben hacer bailar a las ancianas y sumen al pueblo en el arcaísmo..., ¡no! Quieren poner trabas al islam de la solidaridad hacia nuestros hermanos necesitados; quieren ahogar al islam del rigor moral, que protege la virtud de nuestras mujeres y nuestras jóvenes... Uno de nuestros hermanos, que había venido a reunirse con nosotros, un héroe de las guerras del pasado, de comportamiento

irreprochable, el general Aziz Alí el Masri, ha sido encarcelado. Será juzgado por un tribunal militar..., es decir, que se expone a la pena de muerte. ¿Vamos a permitir que cuelguen ignominiosamente a nuestro gran hermano, nuestro hermano mayor, nuestro ejemplo? Es como si accediéramos a que nos amputasen una pierna... ¡No, hermanos míos! Vamos a actuar porque Dios es el más grande... ¡Y nuestra vía hacia él es la yihad!

Y el mismo rumor, inmenso, estalló de nuevo entre los presentes: «Dios es el más grande...».

La prédica del guía se prolongó más de dos horas. La multitud de fieles salió de allí al rojo vivo. Con lo único que soñaban todos era con la rebelión, la marcha sobre el palacio real, el ataque a los militares británicos en las calles... ¡Con la resistencia! Niño, lívido, se tambaleaba, apoyado en el brazo de Abd el Rauf, que lo acompañó hasta su casa.

—Te lo avisé. La palabra del guía es poderosa. No eres el primero en quedar sobrecogido al escucharla.

—¡Sí! Me he sentido indispuerto. He de decir que no he comido nada desde hace dos días.

—Para poder aceptar esas palabras, para que sean como un bálsamo en tu mente, y no el rayo que se abate sobre ti, tienes que hacerte musulmán, hermano.

Abd el Rauf se detuvo por el camino en casa de Ornar, un joven imán miembro de su grupo, y le pidió que los acompañase. Llegados a casa de Niño, a los dos musulmanes les sorprendió no ver más que libros.

—¡Eres como nuestro profeta! —declaró Abd el Rauf—. También tú has reflexionado mucho tiempo, mucho mucho tiempo... Y al igual que él, un día caíste, comprendiste y te sometiste. Ese día en que viste la luz ¡es hoy!

Niño recitó la *shahada*, la profesión de fe, esa frase en árabe tan hermosa, hecha de aliteraciones y de música: «No hay más dios que Dios... y Mohamed es su mensajero». Se sentía como ausente de sí mismo, a un tiempo con la sensación de rozar el objetivo y la angustia de estar en el mundo, total, absoluta.

A partir de ese día, Niño se fracturó en dos... Quedaba una parte del antiguo, la cual reencontraba todas las mañanas en la fábrica, en la mirada de los demás, en sus bromas; también en su familia, a la que ahora soportaba con

una vaga sensación de repugnancia. Y luego estaba aquella nueva personalidad, madurada, más poderosa, que alimentaba mediante su frecuentación de las reuniones de los militares nacionalistas y su presencia de vez en cuando en la mezquita. Lo cierto era que Abd el Rauf no lo quería musulmán como los demás. Quería utilizar su perfil nada habitual, judío, intelectual, pronto médico..., para que se infiltrase en ciertos medios.

Aquel día le confió una misión delicada: tratar de salvar al príncipe.

Calle Sidi-Gaber (Alejandría)

En las postrimerías del año 1941, la tensión entre ingleses y egipcios había llegado a un momento álgido. Con el fin de mitigarla, el gobierno egipcio había concedido a las bases aliadas el estatus de territorio extranjero. En consecuencia, ya no dependían de la ley egipcia, sino de la ley inglesa, y toda agresión contra ellas se sancionaba en un tribunal militar. Pese a todo, corría el rumor de que los egipcios eran cada vez más difíciles de controlar: Rommel iba a resultar vencedor y los ingleses preparaban la retirada. Incluso se decía que en Kasr el Dohara, en las oficinas del Estado Mayor, su actividad principal consistía en destruir los archivos. Algunos añadían que sin duda aplicarían una política de tierra quemada. Ahora bien, la tierra que se planteaban quemar antes de marcharse no era la suya, sino la de los egipcios. En medio de semejante clima, el rey, como siempre, intentaba calmar a las potencias al tiempo que preservaba el futuro. Faruk deseaba mantener a toda costa la extraña neutralidad de Egipto, negándose a declarar la guerra a las potencias del Eje.

Lunes 15 de diciembre de 1941. ¿Empezaban a cambiar los vientos? Por primera vez, los ingleses, con la ayuda de sus aliados de la Commonwealth y de las tropas polacas, habían conseguido por fin hacer retroceder al Affikakorps. Atrincherado en Ghazala, Rommel había abandonado el asedio de Tobruk.

Niño llegó hacia las once de la mañana y llamó a la puerta de la verja; le

habían avisado de que el príncipe nunca se levantaba antes de las diez. La víspera había cogido el tren nocturno, donde había dormido con intermitencias en el banco de madera de tercera clase, entre vocingleros campesinos y una mujer gruesa envuelta en varias capas de tela negra. Los campesinos habían hablado toda la noche, comido kilos de pan de habas chorreante de aceite y escupido en el suelo la corteza de los palos de caña de azúcar que mascaban sin cesar. Se habían peleado, reconciliado y de nuevo peleado. Por suerte, habían bajado en Tanta. *Entonces* habría podido aprovechar para dormir, pero las ideas entrechocaban en su mente.

En cuanto bajó al andén, su angustia aumentó un grado. Había soldados británicos por todas partes, examinando a cada viajero con aire altanero. Abandonó la estación de Alexandrie-Misr a las siete, cojeando ligeramente y con la espalda hecha pedazos. Fuera, se echó a temblar a la vista de los tanques, con la ametralladora en batería, rodeados de docenas de militares con el fusil al hombro... Deambuló a lo largo de la cornisa, esperando la hora de su visita. Se benefició de la brisa matutina; cuanto más caminaba, más lavado se sentía de los miasmas de la noche. «¿No te da vergüenza? —se reprendió—. ¿Por qué tanta repugnancia? ¿Qué les reprochas? Así es el pueblo de Egipto, el pueblo al que aspiras a servir...». De inmediato matizó: «¡Servir al pueblo de Egipto, sí! Pero primero educarlo..., sacarlo de su cobardía, de su complaciente servilismo, de su suciedad, sí..., ¡sobre todo de su suciedad!».

Caminó en dirección a Sidi Bishr, la famosa playa, lugar de encuentro estival de los pudientes, y se desvió a la altura del Sporting Club hasta la morada del príncipe.

Muebles de maderas preciosas, inmensa alfombra persa cubriendo toda la superficie de la estancia... En la pared, panoplias con toda una colección de sables, cimitarras y puñales beduinos enmarcaban trofeos de animales salvajes, antílopes paralizados, leopardos de dentadura desmesurada, búfalos de sonrisa cansada. A sus pies, un gigantesco león disecado, de más de dos metros de largo, con una triste melena tiesa y la mirada perdida. Con el mentón hacia delante, su señoría el *nabil* Mohamed Abdel Halim, príncipe de sangre real, llevaba en la mano un vaso de *whisky*.

—¿Le apetece un té, mi joven amigo? ¿O bien un refresco?... ¿Un vaso de *whisky* quizá? ¿Cuál era su nombre?

Tenía un curioso acento en árabe, que a todas luces no era su lengua materna... En todo caso, tampoco debía de ser el inglés, ni el francés.

—Me honra hallarme en su presencia, ¡oh, príncipe! Me llamo Niño, alteza, y tengo un mensaje urgente que entregarle.

—¿Niño, dices? ¿Niño qué más?

El muchacho echó un vistazo alrededor. En un pequeño secreter contra la pared, una foto del príncipe, veinticinco años atrás, con casco de aviador de cuero, coronado por unas gafas, ojos claros y penetrantes... Niño le señaló la foto.

—¿Hizo la guerra en la aviación?

Halagado, el hombre se arrellanó en el sillón, apoyó una mano en la cadera y cruzó las piernas. ¡Le gustaba ser contemplado!

—¡En la Luftstreitkräfte, el ejército del aire alemán, sí! Luché en el este, en el frente ruso, antes de unirme al ejército del aire otomano. Por entonces debía de tener tu edad. —Se echó a reír, una risa gruesa de soldadote—. ¿Y sabes quién era uno de mis camaradas de escuadrilla? Un amigo íntimo, debo decir... ¡Hermann!... ¿No lo conoces? —Nuevas carcajadas—. Hermann Göring, el héroe alemán, hoy ministro del Tercer Reich... No irás a decirme que no has oído hablar de él...

¡Así que era cierto! Lo que le repetía Joe casi a diario no era una patraña... El *nabil* estaba ligado a los alemanes, y por mucho más que por mera simpatía oportunista.

Niño se levantó para observar las fotos más de cerca.

—¿Me permite?

—¡Desde luego! ¡Mira! Calibrarás la fuerza que confiere una juventud intensa, siempre promesa de una vida realizada.

Otra foto atrajo la atención de Niño. En ella se reconocía al príncipe, de pie, vestido de blanco de pies a cabeza, con jersey de cuello alto, pantalones de *sport* y zapatillas de deporte. Sujetaba por el collar a un enorme dogo, tan blanco como sus ropas.

—¿Es su perro? —quiso saber Niño.

El rostro del príncipe se ensombreció.

—¡Era mi perro! Lo enterré el año pasado... Éramos compañeros, ligados en la vida y en la muerte. Se llamaba *Panzer*... Es alemán. ¿Sabes lo que

significa?

«¡Perro, hijo de perra! —no pudo por menos que pensar Niño—. ¿Por qué demonios Abd el Rauf me ha enviado a casa de este bufón? ¿Por qué habría que salvarlo? ¿Qué diferencia hay entre que se pudra en la cárcel de los británicos o en la que nosotros construiremos cuando tomemos el poder?». Sin embargo, Niño tenía sentido de la disciplina. De manera que respondió al príncipe:

—¡No, no lo sé! ¿Qué significa?

—*Panzer*, vamos a ver... *Panzer* significa «tanque». —Y de nuevo se echó a reír—. Habría podido llamarlo *Reich*... Pero habría sido demasiado, ¿no?

Todo el mundo sabía que Hitler había vencido a los polacos, los checos, los austríacos, y luego a los belgas y a los franceses, en una guerra relámpago gracias a sus *panzers*. En Egipto se hablaba todos los días de Rommel, que desafiaba a los ingleses jugando como un virtuoso con sus batallones de *panzers*... Rommel, cuya presencia planeaba sobre Egipto como la sombra de una inmensa ave negra. Así que llamar *Panzer* a su perro... También habría podido izar una bandera con la cruz gamada en el frontón de su palacio.

El príncipe era un personaje extravertido; sus intereses se hallaban claramente exhibidos en sus paredes. Cazador, o lo que es lo mismo, asesino de caza mayor, cuya fecha de deceso aparecía grabada en letras doradas en el marco de madera de cada trofeo. También deportista, presidente del Club Olímpico; se lo veía pavonearse con ropa de esgrimidor, de nadador, al manillar de una bicicleta de carreras. No obstante, la fotografía más bonita, ampliada y coloreada, lo presentaba al volante de un Mercedes SSK negro, un bólido diabólico, con un inmenso capó estriado, atravesado por seis enormes tubos cromados..., un bólido que podía alcanzar una velocidad de doscientos treinta kilómetros por hora ya en 1930. Sonriente, con casco de cuero, una mano en el volante y la otra levantada haciendo el saludo romano...

—¡Vaya con el deportista! —exclamó Niño—. Un automóvil semejante debe de valer millones...

—¡Es un regalo!... Mis amigos alemanes conocen mi pasión por el automóvil. ¿Sabías que me educaron en Alemania? Sigo teniendo a tantos amigos allí...

Así que era eso, ese extraño acento en árabe. Tenía el alemán en la punta de la lengua, por así decirlo. En cuanto al entusiasmo por el automóvil, Niño había oído hablar de ello. Desde 1936, el príncipe organizaba *rallys*, varias veces al año, en el desierto del oeste, penetrando lejos en Libia. ¿Qué le pasaba por la cabeza? Había contribuido a trazar mapas que seguro que en la actualidad debían de resultar muy útiles sobre la mesa de campaña del general Rommel.

El príncipe no era un desconocido para Niño, que en cierta ocasión había visitado su villa de El Cairo, en la cornisa a orillas del Nilo, con sus camaradas. Allí, en su sótano, reunía a grupos de sindicalistas nacionalistas, que sus esbirros formaban para la guerrilla. Había asistido a su entrenamiento... Los iniciaban en la lucha callejera, en la utilización de porras, fusiles y toda clase de armas. Los formadores explicaban a unos novatos boquiabiertos cómo volcar un tranvía, cómo prender fuego a una tienda, una sinagoga o una iglesia, cómo desencadenar un motín...

Preparar al pueblo para la lucha era una buena idea, se había dicho Niño a la sazón. Sabía que no podrían expulsar a los ingleses sin recurrir a la fuerza. No dudaba de lo bien fundado de la empresa, sino de la sinceridad del príncipe, al verlo allí, vestido de punta en blanco y con el pelo engominado, en sus tronos de madera, repartiendo órdenes a un ejército de sirvientes. Desde aquel primer encuentro, durante el cual Niño se limitó a permanecer callado en un rincón, el príncipe se le antojaba un perdonavidas egocéntrico, cuya pasión por su persona nublaban su percepción del mundo. Ahora bien, Abd el Rauf le había explicado que en política uno debía contemporizar con las fuerzas en presencia. Y el príncipe era una de ellas, pues con una mano controlaba a los sindicatos de camioneros y con la otra mantenía una fluida relación con las fuerzas alemanas.

—Así pues, ¿tienes un mensaje urgente que transmitirme?

—Oh, *nabil*, hemos sabido que los ingleses están convencidos de que personajes importantes cercanos a la corte transmiten a Rommel informaciones militares de vital importancia. Buscan centros emisores. Probablemente efectuarán un registro en su casa de El Cairo.

—¿Y por qué no me has telefoneado, pedazo de asno? —se enfureció el príncipe.

—Gamal me dijo que las comunicaciones telefónicas no eran seguras. Me encargó que le transmitiera oralmente el mensaje. Por eso he venido a avisarle sin más dilación.

De repente oyeron unos vehículos que frenaban bruscamente delante del palacio. Ruido de botas. Golpes furiosos a la puerta. Niño miró al príncipe y no pudo evitar soltar:

—¡Cohén!

—¿Cómo?

—Me ha preguntado mi apellido... Me llamo Cohén. ¡Niño Cohén!

Más tarde, mientras se pudría en una celda, Niño se preguntaría muchas veces qué lo había empujado a pronunciar ese apellido, que a todas luces lo señalaba como judío. Provocación, sin duda, concluyó; también una manera de poner a prueba al príncipe, de saber a qué atenerse en lo referente a los rumores de antisemitismo que circulaban sobre él.

El oficial británico irrumpió en la estancia empuñando una pistola, seguido de una docena de soldados fusil en ristre. Se dirigió al príncipe:

—¿Es usted Mohamed Abdel Halim?

—¡Perdón, señor! No Mohamed Abdel Halim, como un criado, ¡sino *el nabil* Mohamed Abdel Halim, por favor! Príncipe de sangre real... ¡Sí, señor!

—Está detenido. ¡Haga el favor de seguirnos sin rechistar!

El príncipe se enteraría más tarde de que aquella detención no iba ligada a la investigación que el servicio de inteligencia llevaba a cabo sobre los actos de los allegados al palacio. El motivo era a la vez más simple y más inmediato. La semana anterior había acudido a una recepción en la que pululaban cantidad de oficiales británicos. Se había presentado con su uniforme de militar alemán. Incluso proclamó: «¡Está como nuevo! Lo he hecho limpiar. Quiero estar impecable, como en el desfile, para recibir al general Rommel cuando venga a tomar posesión del palacio de Abdine, en El Cairo».

Tanto el príncipe como Niño salieron esposados del palacio de la calle Gaber, flanqueados por un pelotón de soldados ingleses. Solo Dios sabe por qué a Niño lo encerraron en El Cairo, en la cárcel para extranjeros, sita en la calle Reine-Nazli. Sin embargo, él no era extranjero, y tampoco egipcio..., únicamente apátrida.

Calle Osman-Bey

Masreya había convertido en toda una belleza. De su padre había heredado la estatura, el carácter altanero y el porte aristocrático; de su madre, la piel oscura y los ojos claros, que en ella tiraban a verde. Pero, a diferencia de su madre, no temía ni la perfidia de las palabras de los allegados ni la reputación que en Egipto reservaban a las bailarinas. A sus dieciséis años, se había convertido en una especie de estrella, bajo su nombre artístico, Bent Jinane, que podía significar tanto «la hija de Jinane», que era cierto, como «una muchacha de locura», como si dijéramos «hermosa hasta la locura», que también era verdad. Bailaba en cabarés, *night-clubs* y *music-halls*. Había creado un espectáculo híbrido, a medio camino entre danza oriental y revista americana, y aparecía acompañada de inmensas orquestas compuestas por decenas de músicos. Conocida por su libertad de costumbres, no vacilaba en cenar con un admirador, a condición de que fuera pacha, ministro o, como mínimo, banquero, pero siempre millonario.

El destino le había sonreído desde sus primeros pasos como artista, a la edad de trece años, hasta tal punto que con el importe de sus cachés había podido permitirse una villa en uno de los barrios más ricos de El Cairo, en la calle Osman-Bey, situada en la isla de Roda, a pocos pasos del Nilo. Vivía allí con su madre y sus dos sirvientas, Uahiba y Baheya, dos campesinas a las que había hecho venir del pueblo de Kafr el Amar, en el Delta. Su primera película, donde daba la réplica a Farid el Amesh, el célebre cantante y

cómico, había sido un éxito. Desde entonces su foto aparecía en las portadas de las revistas y, gigantesca, en las fachadas de los cines. «¿Adónde corres así, dueña y señora de la locura de los hombres? —le preguntaba Farid, a quien ella negaba sus favores—. Apenas salida del cascarón, has obtenido lo que las más grandes no consiguen sino en su apogeo. ¿No crees que un hombre experimentado como yo podría ayudarte a evitar las trampas de la existencia?».

Ella no le hacía caso. La pequeña Masreya sabía llevar sus negocios; confiaba sus haberes a un banquero copto, la gestión de su casa a su madre, Jinane, instalada en un apartamento de la villa, y su carrera a un poeta, el tímido Kacim, a quien siempre se le ocurría la idea inesperada, el hallazgo de puesta en escena que la hacía brillar. Sin embargo, la clave de su éxito radicaba en otra parte: en la defensa a ultranza de su independencia. Soba decir: «La mujer es una pantera, fuerte mientras vive en libertad. Una vez capturada, se vuelve loca o se deja morir». De la historia de su madre había sacado la convicción de que las desgracias sobrevienen a las mujeres que se dejan aprisionar por un hombre. Por eso cuidaba de tener varios a su disposición. A todos les prohibía el acceso a su vivienda, se encontraba con ellos en otro lugar, a veces en su casa, pero habitualmente en los hoteles de lujo de la cornisa, el Semiramis si eran ingleses, el Intercontinental en los demás casos.

Kacim, su poeta productor, locamente enamorado de ella, era el único hombre al que admitía en su hogar. Lo recibía en la intimidad de su dormitorio, que disponía de una amplia terraza que daba al Nilo. Él la hacía ensayar sus números de danza, imaginaba coreografías y componía canciones que ella no se decidía a cantar.

—¡Oye, deja de darme la matraca, Kacim! No quiero cantar sola en escena. Puedo acompañar a Farid o incluso a Abdelwahab, eso ya lo he hecho. Pero ocupar todo el escenario con mi voz, no quiero... ¡Ni puedo!

Kacim volvía a marcharse con sus poemas de amor a cuestas. De vez en cuando abría el cuaderno y valoraba la precisión y armonía de sus versos. «Mi amor no me dirige ni una mirada, a mí, que acecho el menor de sus gestos».

Aquel día, viernes 19 de diciembre de 1941, cuando volvía de la mezquita, siempre acompañada de Kacim, vio un pequeño coche deportivo de

dos plazas aparcado ante su villa. Jamás lo había visto con anterioridad; un descapotable verde, con los guardabarros negros y los asientos de un bonito cuero leonado. Uahiba la esperaba en el umbral de la puerta, con un cántaro de agua en la mano, y Baheya sujetaba un barreño para sus abluciones. Llena de curiosidad, subió con presteza los escalones.

—Han venido dos jóvenes, ¡oh, novia! Les he advertido que no recibías a nadie los viernes, pero han insistido.

—No los habrás dejado entrar, oh, guardiana de mi vida...

—¡Por supuesto que no! Pero han dicho que volverían. —Se acercó al oído de Masreya y cuchicheó—: Uno de ellos, el de cabello negro como ala de cuervo, me ha dicho: «Simplemente, dile que su hermano ha pasado a saludarla». Sé que no tienes hermanos, así que he replicado que no le creía. Se ha echado a reír. «¡Si hasta soy su gemelo!», me ha soltado. «¡Cuida de no olvidarte, pedazo de acémila!».

Oía la música desde el umbral de la puerta. Encontró a su madre sentada al piano. Jinane, que no sabía solfeo, componía al teclado las músicas que inundaban su alma. Y cuando se dejaba llevar por su impulso interior, cuando sus dedos revoloteaban sin método en una danza endiablada, el mundo se reducía al espacio de las melodías. Las descubría al tiempo que las producía, como si otro ser, un músico inspirado, se hubiera adueñado de sus manos. Entregada a ese poder, golpeaba las teclas con tal entusiasmo, llevando el ritmo con los pies y lanzando gritos, que no oyó entrar a su hija en el salón.

—¡Oh, madre querida, mira en qué estado te has puesto! —exclamó Masreya.

Jinane se interrumpió, levantó la vista y sonrió con aire culpable. No se había peinado, no había ingerido nada, ni siquiera se había pasado un poco de agua por el rostro. La música la había arrebatado desde lo más profundo de su noche y la había precipitado hacia el instrumento...

—¡Espera! Creo que he pillado la melodía en todos sus detalles. Tengo miedo de olvidarla. Ah, si al menos supiera anotarla...

Volvió a golpear las teclas con sensación de apremio. Masreya enarcó las cejas al mirar a Uahiba, que levantaba los brazos en señal de impotencia. Y Jinane tocaba y Masreya escuchaba, atrapada poco a poco por aquella extraña música que recordaba la de los sufíes del Delta. De pronto oyeron una voz

procedente de la entrada, nítida como una nota de clarinete, que fue a superponerse con suma exactitud a la melodía:

—Oh, Nofal, oh, Nofal, oh, Nofaaaa...

Las dos mujeres se volvieron con un solo movimiento. Zohar había entrado sin llamar, seguido de su amigo Joe, que, para disimular, daba vueltas en cadencia, alrededor del dedo, a la cadenita del llavero. Jinane se interrumpió.

—¿No era la música de mis palabras la que estaba tocando, oh, madre? —preguntó Zohar inclinándose respetuosamente.

Jinane apenas le dirigió una mirada, y acto seguido prosiguió con mayor intensidad. «Tú que recuerdas a los espíritus de la noche. Tú que posees la gracia de la gacela. Oh, Nofal, oh, Nofal, oh, Nofal...». Y él marcaba dando palmadas aquel ritmo ternario, el de la caravana de camellos; y las dos sirvientas se pusieron a su vez a dar palmadas. Hasta los pies de Masreya se dejaron arrastrar por el canto de los seres de la tierra. También la llave de Joe había adoptado una danza al compás alrededor de su dedo.

Finalmente, Jinane dejó de tocar. Giró en su asiento y, dirigiéndose a Zohar, preguntó:

—¿Quién eres?, el muchacho de los seres o un ser que ha tomado la apariencia de un muchacho.

—¡Un muchacho, oh, madre! Mi padre se llama Gohar. También yo me llamo Gohar. Gohar ebn Gohar, ese es mi nombre —respondió Zohar, que había adquirido la costumbre de traducir su nombre al árabe.

Masreya lanzó un grito.

—¡Gohar!

—¡Así que lo conoces! —exclamó Uahiba.

—¿Si lo conozco?... ¡No! No lo conozco. Sencillamente, estamos hechos del mismo humo. Así que, dime, ¿cómo es posible retener dos humos y evitar que se mezclen? Anda, corre a buscar té, mermeladas y pasteles.

Jinane, la madre, parpadeó turbada. Volvió a ver al padre de Masreya, que se había vuelto loco con su embarazo... Y el nacimiento de su niña, Masreya, ese don de Dios, que le había devuelto las ganas de vivir desde el primer movimiento que percibió en su vientre..., esa hija que colmaba de alegría todos los días de su vida. Regresó a Haret el Yahud, al minúsculo colmado, con aquella familia judía aterrorizada ante la perspectiva de la muerte, que

solo ella tenía el poder de alejar. Se tocó los senos. Ya no eran tan firmes, ni tan grandes, pero las sensaciones habían quedado fijadas en los pezones, las de los dos lactantes que bebían de la fuente de la vida. ¡Sí! Desde luego que eran gemelos, no del mismo vientre, no de la misma sangre, pero sí de la misma vida. Y las lágrimas rodaron por sus mejillas.

—¡Hijos míos! —balbuceó—. Mis niños, oh, alma mía, oh, vida mía...

Con un solo movimiento, los dos se precipitaron a sus pies, Zohar y Masreya, cada cual adueñándose de una mano, en la que posaron los labios.

—¡Oh, madre mía! —Y recuperando la célebre canción de Mohamed Abdelwahab, *Sett el Habayeb*, Masreya entonó—: «¡Madre amor, oh, cariño mío!».

—¡Oh, madre mía! —cantó Zohar a su vez—. «¡Que Alá te guarde para nosotros, Madre amor, oh, cariño mío!».

Y luego los dos juntos: «Tú, cuyo sufrimiento es amor, cuya preocupación es amor, cuya existencia es amor, que Alá te guarde para nosotros, Madre amor, oh, cariño mío...».

Joe contemplaba la escena sin entender nada. Muchas veces se había preguntado de dónde provenían las singularidades de su amigo íntimo, al que frecuentaba desde hacía largos años. Y allí lo tenía, en una casa árabe, a los pies de una mujer árabe a la que designaba como su madre.

Permanecieron juntos hasta la noche, hablando del mundo como había sido y del mundo como era ahora. Naturalmente, evocaron la guerra que llamaba a las puertas de Egipto. Alejandría y varias ciudades del Delta habían sido bombardeadas por las fuerzas del Eje. Daban gracias a Dios por haber salvado al pequeño pueblo de Kafr el Amar, a las búfalas y las gallinas de la familia de Jinane. Muy dichosa, se sentó de nuevo al piano, tocó la canción de Abdelwahab y los niños, hermano y hermana de leche, volvieron a cantarla, y Joe acabó por sumar su voz a la de ellos. Cuando llegó la hora de partir, surgió la pregunta. Así lo exige la cortesía egipcia, solo se revela el motivo de la visita en el momento de irse.

—Hace mucho que estás al corriente de mi existencia y sin duda de mi dirección. En El Cairo todo el mundo me conoce —afirmó Masreya—. ¿Qué te ha conducido hasta mí precisamente hoy?

—¡Tú puedes ayudarme, hermana mía, mi amor!

Ella sonrió.

—¡Calla, idiota de la callejuela! ¿Quieres que me prohíban volver a verte?

—¿Quién podría prohibirte nada a ti? Mis entrañas te llaman —prosiguió Zohar—, mi alma es la tuya. —Entonces, recordando las palabras del Cantar de los Cantares, las tradujo para ella—: ¡Qué hermosa eres, mi bienamada, qué hermosa eres!

—Calla, Gohar ebn Gohar, humilde judío de la *hara*, o acabarán por cortarte la lengua. —Lo cogió de la mano y lo arrastró al pasillo—. Repíteme tus palabras sagradas.

Y Zohar siguió traduciendo:

—Me haces perder los sentidos, oh, hermana mía, oh, mi novia; me haces perder los sentidos con una sola mirada tuya...

—Calla, oh, mi loco hermano, cuya locura amo... Mi hermano loco que me vuelve loca. Tiemblo con tu sola presencia, como si fueras el viento. ¿Cómo puedo ayudarte?

—¿Recuerdas cómo te desperté?

—¡Presuntuoso! Los mocos te colgaban de la nariz. No sabías nada del amor; guie tus ojos, guie tus manos, te mostré el camino... ¿O acaso lo has olvidado, ingrato?

—Bajo los pechos de tu madre... Ahí fue donde te desperté, apenas salida de su vientre. Eres tú quien lo ha olvidado...

—¡Piojoso maldito! Nadie recuerda días tan lejanos... Vamos, dime rápido cómo puedo ayudarte. No puedo seguir aquí a solas contigo ante las sirvientas...

—Debo verte... ¡esta noche!

Ella vaciló. Se había impuesto la regla de no salir nunca de casa el viernes. Además, ¿quién era aquel diablo que había aparecido en su vida desde el primer instante y siempre se instalaba en ella como dueño y señor?

—Esta noche... ¡no me es posible!

—Bésame con un beso; un beso de tus labios sobre mis labios...

—¡Idiota!

Posó los labios sobre los suyos y un extraño zumbido invadió los oídos de Masreya, cubriendo todos los sonidos del mundo. Él la empujó contra la pared y le acarició las piernas.

—Qué hermosa eres, oh, novia mía, oh, mi gacela...

Ella lo rechazó.

—¡Para! No... Aquí no.

—¿Esta noche? —insistió Zohar.

—¡No! Ya te lo he dicho... ¡La próxima noche!

—El tiempo apremia.

Oh, Masreya, tú que te sabes bendita, ¿por qué no respetaste la prohibición, la única que te habían impuesto, no la de la sangre, sino la de la leche? Oh, Zohar, tú, el hijo de los seres, ¿por qué siempre cuestionas las reglas y las leyes? ¡Oh, humos! Qué interesados estáis en las sensaciones de vuestros cuerpos. Pues sabed que vuestros cuerpos no son sino mera ilusión. Ambos no sois otra cosa que humo... De manera que evitad a los humanos, subid muy alto en el cielo, confundios con los movimientos incesantes de las nubes, porque habréis de pagar por turbar el orden de los mundos, ¿lo sabíais?

Al día siguiente, al ponerse el sol, Joe tomó prestada la limusina negra de su padre, un Packard, que parecía el coche de un ministro, o incluso tal vez de un rey, con un cristal de separación entre el chofer y los pasajeros del asiento trasero. Se había puesto un traje negro y pajarita del mismo color.

Cuando ella cruzó la vega, corrió a abrirla la portezuela, tras quitarse la gorra y hacer una profunda reverencia.

—Princesa de las sombras, diosa de la noche, dignate hollar con tus pies el modesto automóvil de mi señor...

Ella se partió de risa. Aún no había apoyado las nalgas en los cojines de terciopelo cuando él ya arrancaba en tromba. Cayó sobre las rodillas de Zohar.

—¡Oiga! —gritó Zohar golpeando el cristal.

—¿Adónde me llevas?

Él deslizó el cristal de separación y dijo a Joe:

—Chofer..., ¡a las pirámides!

Circularon a toda velocidad a lo largo de la cornisa. Masreya bajó la ventanilla y asomó la cabeza, dejando revolotear el pañuelo al viento de la noche. Cantaba a los viandantes:

—Contigo..., contigo..., el mundo es tan bello contigo...

Reconociendo la canción del divino Farid, Zohar prosiguió:

—Me aceptes o me rechaces..., dondequiera que vayas, iré contigo...

—Contigo —repitió Masreya—, contigo, qué bello es el mundo contigo.

En la larga línea recta que describía la suntuosa avenida Pyramides, el viento se colaba por las ventanillas y ellos reían. Sentados en el café Pyramides, charlaron largo rato. Se relataron mutuamente su salida de las callejuelas del barrio viejo de El Cairo hasta llegar a las villas a orillas del Nilo y los edificios señoriales de las grandes arterias. Intercambiaron sus historias, las de dos huevos de cocodrilo puestos el mismo día y enterrados en el barro de la ribera, abiertos al azar de los días de sol, atraídos el uno hacia el otro por instinto y finalmente reencontrándose por amor. Al igual que los cocodrilos, pertenecerían al Nilo para siempre... Se besaron en público, provocando los silbidos de los transeúntes. Los «¿No os da vergüenza..., delante de los niños...?». Y seguían riendo; y volvían a empezar. Evocaron un futuro grandioso, en el que ella destronaba a Taheya Carioca, erotismo encarnado en bailarina, y a Um Kalsum, la voz de Dios; en cuanto a él, reinaba sobre un imperio de poderío y dinero, eclipsando a Cicurel y al barón Menasce. Joe, que seguía desempeñando su papel, les iba llenando la copa de champán antes de que se vaciara. Eran jóvenes; eran guapos. Nada los retenía, exploradores de un mundo naciente que creaban al moverse. Corrieron en la oscuridad, cogidos de la mano. Gritaban su alegría. Y Joe los miró alejarse.

En plena noche, treparon a pie por la gran pirámide, saltando como cabras de piedra en piedra. Cuando llegaron tan arriba que nadie podía verlos, ella se sentó entre sus piernas. Todavía jadeaba cuando él le atrapó los labios. Sabían a azahar. Ella se apretó contra él, él se apretó contra ella, y fue como dos imanes que se adhiriesen el uno al otro... ¿Cuál era aquella fuerza irrefrenable que los empujaba hasta confundirlos? Más que deseo, o incluso amor, que seguía siendo de insuficiente magnitud, un poder, un cataclismo... Ella deseaba mitigar su vigor, y el cuerpo de él solo soñaba con abismarse en su interior. Ella dijo: «¿Te das cuenta de que estamos en una tumba? Las pirámides no son más que tumbas. Y debajo yace el cadáver de un rey». Él prorrumpió en carcajadas. «Al menos ellos, los faraones, sabían que no existía otra mujer que su hermana...». Y cerró los ojos. Egipto, ella, Masreya, su doble y su mitad, los faraones, la luna, llena en sus tres cuartas partes, un calor que le colmaba el pecho... Le tradujo las palabras de su padre, las del Cantar

de los Cantares: «... sesenta reinas y ochenta concubinas y muchachas sin nombre... Única, tú eres mi única, perfecta». Esa noche, en el momento en que su placer alcanzaba el clímax, cuando él gimió, cuando ella gritó, un milano se posó en la piedra, por encima de sus cabezas, y extendió las alas cual si quisiera protegerlos. Y el aire exhalaba un aroma a mirra.

Oh, Zohar, tú cuya boca pronuncia palabras antiguas; oh, Masreya, tú cuyo destino es el de una nación, ¿por qué volveros hacia vosotros mismos, por qué embriagaros con vuestro amor? ¿Qué tenéis de extraordinario? ¿Acaso ignoráis que todo hombre posee un doble femenino oculto en el éter, y toda mujer un doble masculino que se desplaza al revés, bajo sus pasos? Más les vale no cruzarse con ellos jamás.

Saciados de amor, bajaron lentamente, piedra a piedra, cogidos de la mano y dando gracias a Keops. La portezuela del coche estaba abierta de par en par. Al volante, Joe los esperaba fumando un cigarrillo. Durante el camino de vuelta, en un momento dado ella le preguntó cómo podía ayudarlo. Él le contó que un amigo muy querido, un hermano, su doble por así decirlo, había sido detenido por actividades subversivas. Si no se ponía en movimiento lo antes posible, su amigo sería juzgado por los ingleses, tal vez por un tribunal militar. Desaparecería en una celda durante años, diez o más... Masreya se puso rígida.

—¿Actividades subversivas? ¿Qué quieres decir?

—Nacionalista..., comunista, no lo sé exactamente.

—¿Y qué esperas de mí?

—Que convenzas al rey para que intervenga...

—¿Al rey?

—¡Pues claro! ¡Al rey! Solo tú puedes tener acceso a él.

Estaba pulsando la fibra sensible de sus sueños más secretos. Era sabida la predilección de Faruk por las mujeres muy jóvenes, sobre todo las artistas, las bailarinas, las cantantes. Masreya, que había conocido a muchos galanes, a los que en ocasiones concedía, si bien con parsimonia, los placeres de la noche, comprendió que la propuesta de Zohar supondría su camino hacia la cima. En Egipto, la cima tenía un rostro y un nombre: era el rey, y se llamaba Faruk I. Cuando Masreya cerraba los ojos, era el rostro del rey en las fotografías oficiales, orgulloso, con la frente abombada y una nariz perfecta,

era ese rostro el que la acunaba. Numerosas veces lo había imaginado en la sala, mientras ella bailaba, reclamándola a su mesa después del espectáculo, enviándole docenas de ramos de rosas, regalándole joyas, automóviles y villas... Y ahora su hermano, su gemelo de leche, aquel diablo de Gohar ebn Gohar, venía a tenderle el espejo de su sueño. Le hizo otra pregunta:

—¿Cómo se llama tu amigo?

—¡Niño! Niño Cohén.

—¿Y el rey? ¿Cómo me las arreglaré para llegar hasta él?

—De eso me encargo yo.

—¿Y cómo te las arreglarás para hacer que lo conozca?

—Te he dicho que lo dejes en mis manos. Eso sí, llegado el momento, ¡no me falles!

Domingo 21 de diciembre. Joe había conseguido hacerse invitar a la recepción que daba la princesa Shivakiar, primera esposa del rey Fuad, y por lo tanto madrastra del rey Faruk, con ocasión de las fiestas de fin de año. En esta ocasión tomó prestado el Packard de su padre, así como a su chofer. Esmoquin, cuello postizo, pajarita, el cabello castaño, dorado por el sol, peinado hacia atrás, las pecas diseminadas en torno a la nariz, ojos pardos, paso atlético... Mientras se dirigía hacia el bar, atraía las miradas de las damas elegantes. Se encontró a Zaceo Calloghiris, un periodista al que había conocido durante una recepción en el palacio Di Reggio. Entabló conversación con él, diciéndose que sin duda sabría indicarle el nombre de los invitados. Los Rolls-Royce de la familia real iniciaron el *ballet*; luego vinieron los de los príncipes, las princesas y los *nabils*... El otro, el periodista griego, orgulloso de sus conocimientos, iba declinando:

—El príncipe Mohamed Alí Hassan... Es el hijo del príncipe Hassan Pachá, que a su vez lo era del jedive Ismael. ¿Se da cuenta?

Joe asintió con la cabeza.

—¡Y allí, mire! El príncipe Ornar Tussun... Es el nieto del exvirrey, Mohamed Alí Pachá...

Después llegaron los ministros, precedidos del jefe de gabinete, el

aristocrático Ahmed Hassanein Pachá...

—¡Extraordinario! —se extasió Zaceo—, *sir* entre los ingleses y al mismo tiempo pachá entre los turcos.

Joe se aburría. Abandonó el bar y se acercó a una mujer, también periodista, una morenita de cabello rizado como vedijas de oveja. Cubría el acontecimiento para *L'Egyptienne*...

—¿No la conoce? Es la revista de *madame* Naguib. Una revista cultural centrada en las mujeres...

Joe jamás había oído hablar de ella, pero comprendió que esta vez se hallaba frente a la informadora adecuada. Conocía a todas y cada una de las mujeres que se presentaban en el palacio.

—Allí, la princesa Tussun..., con un magnífico vestido de terciopelo negro bordado de *strass*. Impresionante, ¿no le parece?... ¡Oh, madre mía! ¡La princesa Irene de Grecia! Nunca habría creído que la última moda seguía llegando de París. ¿Lo ve, allí, de tul azul marino, centelleante de lentejuelas? ¡Lleva la firma de Balenciaga! ¡Sí, señor!... Realmente alta costura... El último grito... ¡Menuda clase!

A Joe le gustaba la pequeña periodista.

—¿Se ha fijado en cómo se ciñe a la cintura el cuerpo del vestido? La «cintura de avispa»... ¡Es la moda en París!

—¿Y usted? —intentó él—. ¿Cómo se llama?

De repente, todas las miradas se volvieron hacia la verja. Un nuevo Rolls-Royce acababa de entrar, precedido de dos motociclistas, militares, con traje de gala. Era un faetón inmenso, completamente descapotable, con dos parabrisas. Avanzó por la gravilla hasta el pie de la escalinata. Una mujer menuda y de lindo rostro, que andaría por la cuarentena, salió del coche con estudiada lentitud.

—*Lady* Killearn..., la gracia encarnada. ¿Se ha fijado en el luminoso malva de su vestido?

A quien Joe reconoció fue al marido, un gigante de casi dos metros, enorme, y la voz de barítono que ordenaba a sus guardas que lo siguieran.

—¿Es Lampson! —dijo—, el embajador de Gran Bretaña, ¿no es cierto? Pero ¿y usted? Dígame al menos su nombre...

Sin embargo, ella ya dirigía su atención hacia una nueva personalidad.

—¡Toda una belleza esa mujer!... Allí, la del vestido de tul rosa bordado de lentejuelas... Pero ¿cómo..., no la conoce? ¡Es Héléne Mosseri, la última esposa de Elie Mosseri!

¡Así que era ella! Joe lanzó un suspiro de alivio. No era seguro que acudiese. La miró de arriba abajo. Inmensos ojos verdes, boca de rosa y aquella cabellera pelirroja derramándose en trabajados arabescos al estilo de Hedy Lamarr... ¡Majestuosa!

—¿Querría presentármela? —le pidió Joe.

La periodista se volvió bruscamente hacia él.

—Creía que era mi nombre el que deseaba conocer...

Feliz, pese a todo, de tener un motivo para hablar con aquella a quien todos llamaban «la bella Héléne», lo arrastró.

—¡Venga!

Esa era la misión que le había confiado Zohar. Debía pegarse a la hermosa viuda, ganarse su confianza, convencerla... Se arregló la pajarita, se abrochó la chaqueta del esmoquin y siguió a la periodista, que se abría camino entre las elegantes.

—Señora Héléne Mosseri, ¿se acuerda de mí? —le preguntó con una falsa sonrisa—. ¡Sí!, me concedió una entrevista para *L'Egyptienne*... ¿Lo recuerda? Me habló de su infancia en Alejandría, de su encuentro con Mosseri Bey... Soy Reina Sawiris, reportera *freelance*. Nos tomamos un café en Groppi y conversamos toda la tarde...

Cuando la viuda ya se daba la vuelta para proseguir con los habituales convencionalismos, Joe le tocó el brazo.

—¡Señora Mosseri! ¿Podría concederme un instante?

Ella se volvió con viveza y, dirigiéndole una mirada severa, le dijo:

—¡No hemos sido presentados, joven!

—Di Reggio, señora, Giuseppe di Reggio...

—Reggio..., ¿de los Reggio de Zamalek?

—Ephraim di Reggio es mi padre.

—Ah, sí...

Entonces accedió a seguirlo a un aparte. Él le habló largo rato. Hacía gestos ampulosos con las manos, se interrumpía, se partía de risa, volvía a hablar... Reina los observaba de lejos. «¡Vaya por Dios! —murmuró—. ¡El

hijo de Di Reggio! Pero ¿dónde se mete su madre la baronesa?». Se acercó con la intención de hacerle la pregunta y sorprendió las últimas palabras de su conversación. «Solo le pedimos que se la presente al rey, ¡nada más! — insistía Joe—. Usted siempre sabe cómo propiciar la ocasión perfecta...».

Reina volvió a reunirse con Joe. Juntos peinaron la recepción. La periodista hablaba sin cesar. Hacia las diez y media, cuando los invitados empezaban a marcharse por grupos, se ofreció a acompañarla. La noche era fría en aquel final de diciembre. La joven aceptó su chaqueta y él le rodeó los hombros con el brazo. Pegados el uno al otro en el asiento trasero del Packard, tomaron la carretera de Heliópolis.

Villa Mosseri

A Héléne Mosseri le costó contactar con el rey en aquel fin de año. Había ido a Luxor, donde debía pasar las fiestas de Navidad en familia. Un centenar de personas... Estaban los parientes de la reina madre, la impetuosa reina Nazli, que había contado con reinar en Egipto por mediación de su hijo, el demasiado joven rey Faruk, así como los parientes de la reina Farida, la esposa del rey, que, pese a su juventud, había decidido desempeñar la función a la que la destinaba su matrimonio. Las cosas no iban nada bien entre aquellas dos mujeres, inteligentes, hermosas y reinas, y ambas con ansias de poder. Ministros, primos de la familia real, chambelanes y personalidades influyentes se repartían entre los dos clanes.

La guerra se había declarado desde la primera sacudida del tren, y se agravó en el Winter Palace Hotel, donde habían reservado un ala entera para los miembros de la familia real. A finales de la primera semana, el conflicto se había vuelto frontal. Ácidos comentarios por parte de la una, retrasos voluntarios en las comidas por parte de la otra, indisposiciones pretextadas para eludir las visitas turísticas... Dividido entre las recriminaciones de su madre, que consideraba que no se la trataba según su rango, y los perpetuos celos de su mujer, Faruk se refugiaba en la compañía de dos arqueólogos, Howard Cárter, el famoso profanador de sepulturas que había abierto la tumba de Tutankamón, y el canónigo Étienne Drioton, un sacerdote arqueólogo, saqueador de objetos fetiche por cuenta del gobierno francés, a quien habían

puesto a la cabeza del Servicio de Antigüedades y Museos de El Cairo.

A diferencia de la guerra de las reinas, la de los eruditos divertía al rey. Cárter adoptaba una pose de filósofo antiguo y pretendía conocer el emplazamiento de la tumba de Alejandro Magno, mientras que el canónigo, con la chapela encasquetada hasta las orejas, rojo de excitación y ansioso de acaparar a Faruk, se ofrecía a revelar los secretos de la medicina de los faraones. Las fantasías de los dos investigadores acabaron por cansar al rey. La llamada telefónica lo sacó del letargo en que empezaba a sumirse.

—Majestad, soy Hélène... Le llamo desde El Cairo. ¡Hélène Mosseri!

Él miró a su alrededor para asegurarse de que nadie podía oír su conversación.

—¡Hélène! —cuchicheó—. ¡La bella Hélène!... No puede imaginar lo feliz que me hace oírla.

Faruk pretextó una visita obligatoria a sus súbditos perdidos en los oasis del sur del país y puso pies en polvorosa. Tras un largo desvío por el Alto Egipto, llegó a El Cairo el día de Navidad.

Sábado 25 de diciembre de 1941. A las ocho de la tarde, en la calle Ismaél-Pachá, entre los frondosos árboles de un parque privado, las tres plantas de la villa Mosseri estaban iluminadas. Hélène se había dormido en el sofá, sujetando débilmente el último número de la *Revista de El Cairo*. Faruk, con traje de calle, la cabeza descubierta y gafas de sol en la nariz pese a la oscuridad de la noche, circulaba en silencio al volante de su Mercedes rojo. Ella le había hablado de una sorpresa. Él había insistido en saber. «¡Su regalo de Navidad, majestad!». ¿Un arma?... Un revólver, o una carabina de caza, americana, una Remington tal vez... A menos que se tratase de una chica, ¡claro, era eso! Una chica... Pero en tal caso, ¿dónde se encontraría con ella? Ciertamente no en la villa... ¿Qué habría tramado esta vez su amiga Hélène?

Se conocían desde hacía poco, pero un lazo sutil se había anudado entre ellos desde el primer día. Fue durante una recepción, un año atrás, en los salones de Hassanein Pachá, su chambelán. Él no podía apartar la vista de un magnífico puñal antiguo con cachas de marfil, posado sobre un mueble en su estuche de plata labrada. «¿Cuál?», le había preguntado Hélène. Él respondió sin pensar: «El de la derecha, por supuesto. Es de plata». Ella había desaparecido unos minutos. Cuando volvió, el monarca apenas notó un roce en

el brazo. Se metió maquinalmente la mano en el bolsillo y encontró allí el puñal. Lo había robado para él. Se miraron. Él sonrió. Hélène se limitó a hacerle un guiño. A todas luces, aquella mujer intuía sus deseos secretos. Su marido, Elie Mosseri, sin duda el hombre más rico de Egipto, se había casado con ella en terceras nupcias. Había perdido prematuramente a sus dos primeras mujeres, ambas elegidas entre la pequeña comunidad de judíos patricios. Sin embargo, la tercera, Hélène, la bien llamada, era griega, joven, muy bella y sin un céntimo. Durante una cena, Faruk le había susurrado: «No se fie de su marido. Ya ha hecho desaparecer a dos esposas». Ella prorrumpió en carcajadas y apuró el vaso de un trago: «¡No se preocupe por mí, majestad! Una verdadera mujer es como la tierra. Sobrevive a quienes la pisotean».

Faruk nunca había tenido un amigo de verdad. Único chico, único heredero varón encargado de garantizar la permanencia de una dinastía que se remontaba a Mehemet Alí, había sido físicamente mimado y mentalmente abandonado, confiado a viejas institutrices inglesas, sádicas y obstinadas. Los únicos seres con quienes había establecido lazos eran un electricista italiano, Antonio Pulli, y un pequeño gato, al que paseaba por los pasillos del inmenso palacio Kubbeh. En consecuencia, se había vuelto hacia los objetos, las armas, en concreto puñales, sables y fusiles, cuya extraordinaria colección aumentaba día a día, y los automóviles, que reunía a docenas en sus garajes. Al no conseguir desentrañar el secreto de la vida, se había volcado en la mecánica, cuyo funcionamiento se le antojaba claramente más simple. Los sobresaltos de su existencia se manifestaban en forma de descargas, la del miedo, sobre todo, con el que flirteaba cometiendo hurtos: Faruk se había convertido en cleptómano. En su entorno pocos lo sabían, el fiel Antonio Pulli, desde luego, que seguía a todas partes al soberano y reembolsaba siempre que podía el precio de los objetos sustraídos.

¿Cómo había percibido Hélène las peculiaridades del rey? Sin duda tenía un don, puesto que le había ofrecido su complicidad ya en su primer encuentro.

Cuidó de no dar un portazo y subió la escalera de puntillas. A Faruk le gustaba pasar desapercibido. En ocasiones, algún viernes, se dirigía a pie a una mezquita para rezar como uno más entre el pueblo. Y si se daba el caso de que lo reconocieran y pretendían honrarlo con acuerdo a su rango, declaraba: «¡De eso nada! Ante Dios todos somos iguales; no existe ni rey ni amo».

Palabras que le valían la admiración y el amor del pueblo llano. ¿Podían sospechar siquiera, las gentes humildes, que su rey jugaba con el temor de ser desenmascarado, en busca de esa pequeña subida de adrenalina que, por unos instantes, lo impulsaba hacia la vida?

Cuando llegó al primer piso, empujó la puerta sin hacer ruido, pero se quedó decepcionado al encontrar a Héléne dormida. No podría aparecer por su espalda y agarrarla por la cintura con gesto brusco para hacerla sobresaltar. Tiró de una silla y se sentó a su cabecera.

Por supuesto que había estado enamorado de ella, dos semanas, tres a lo sumo. Entonces, el marido de Héléne aún estaba vivo. Se amaban allí mismo, en aquel salón, mientras el anciano agonizaba al otro lado de la puerta. Ella dedicaba largo tiempo a prepararse, como una cortesana de harén, consagrando su cuerpo mediante sorprendentes perfumes, eligiendo ropa interior de satén o de seda. Se instalaban en el sofá, lado a lado, según un ritual inmutable. Las cosas debían parecer banales, como si se tratase de tomar el té entre personas de grata compañía. Ella siempre daba el primer paso, apoderándose despacio de su sexo, acariciándolo con dulzura, halagando su virilidad. A Faruk siempre lo sorprendía su erección, como si estuviera convencido de que la anterior había sido la última. Ella alababa su vigor, utilizando palabras que pretendía poéticas. «Mire cómo sube su palomo. Aspira al cielo». Y él sonreía, medio asustado, feliz de transgredir el orden mortífero del protocolo mediante un guiño de deseo. Durante aquellos encuentros de primera hora de la tarde, nunca se había preguntado si Héléne lo amaba. ¿Quién podía experimentar sentimientos hacia el rey sin albergar segundas intenciones?

Había transcurrido más de un año. Hacía mucho que ya no tenían relaciones sexuales. Sin embargo, ella le había demostrado una complicidad más allá de los sentidos, más acá de las palabras, la percepción inmediata de sus necesidades. Y hoy, una vez más, había intuido a distancia el aburrimiento que experimentaba en aquel hotel de Luxor, lejos de los ruidos de la capital; una vez más, había acudido al rescate... ¡La bella Héléne, la buena de Héléne!

Ella abrió un ojo y se incorporó de un brinco.

—¡Majestad!... Me siento confusa. Estaba dormida. No lo he oído entrar.

Le cogió la mano y se inclinó para besársela.

Era alto. Había engordado y su presencia resultaba todavía más imponente, con sus hombros de luchador. Héléne recordaba su boda cuatro años atrás, en el palacio Kubbeh, la víspera de sus dieciocho años. Era un joven muy apuesto, deportista, de talle esbelto, ojos claros, labios sensuales y fino bigote de aristócrata... Ya por entonces tenía un aire ausente y, cuando hablaba, daba la impresión de que leía un texto colgado detrás de su interlocutor.

—¡Soy imperdonable! —exclamó ella de pronto corriendo hacia la puerta.

Se disponía a llamar a Mustafá, el mayordomo, y pedirle que les sirviera un tentempié, pero el rey le hizo una seña desde lejos con un dedo sobre los labios...

—¡Chitón! Venga a sentarse. Todos me creen en el Alto Egipto, en Asiut.

—¿Se está ocultando? —preguntó la mujer, y se echó a reír.

—Es algo que me gusta mucho hacer... —respondió misterioso.

—Espere un momento.

Y se dirigió al segundo salón en busca de la botella de agua azul.

—Perdóneme, majestad, pero necesito una copa.

—Ya sabe que no bebo alcohol..., bueno, solo en la copa de los demás.

Cuando ella volvió a acomodarse en el sofá, encontró a su lado un paquete atado con una cinta dorada.

—¡Oh! ¿Qué es?

—¡Su regalo de Navidad, mi querida Héléne!

—¿Puedo abrirlo?

—A menos que desee obsequiárselo a una de sus amigas una vez me haya ido...

Ella desató la cinta, abrió el estuche y no pudo por menos que exclamar:

—¿Dónde lo ha mangado?

—Más bien a quién... Debería preguntarme a quién se lo he mangado. Al canónigo...

—¿El arqueólogo?... ¡Santo Dios!

Extrajo con sumo cuidado un magnífico collar en forma de víbora cornuda, de oro finamente labrado..., una pieza excepcional, hallada en una tumba real de la V Dinastía, milagrosamente conservada. La víbora era perfectamente reconocible, con sus protuberancias en el cráneo, la boca abierta, los agudos colmillos y la lengua bífida.

—No pude evitar pensar en usted. Ya cuatro mil años atrás nuestros antepasados lo sabían todo sobre la mujer, otra víbora...

Ella lo besó en la boca. Faruk la rechazó suavemente con aire altanero. Héléne se puso el collar, admirándose en el espejo.

—¡Ahora que lo pienso!... Jamás podré llevarlo en público.

—¡No! Únicamente con sus amantes, a condición de que no sepan nada del antiguo Egipto. Pero podrá venderlo cuando esté arruinada... ¡Por una fortuna!

Ella bebió de un trago la mitad de la copa de aquella nueva ginebra disponible en la ciudad, el agua azul, muy superior a las infames botellas importadas de Inglaterra. El monarca le arrebató la copa y la apuró de un trago. Héléne le pidió que esperase unos minutos a que se pusiera un vestido.

—¿Adónde me lleva? —le preguntó él.

—Sorpresa, sorpresa...

Con un cigarrillo en la comisura de los labios, Héléne conducía el bonito Mercedes muy despacio. Faruk estaba alegre. Le habló de aquel coche, su favorito, del cuero color pelo de camello, la madera rara del salpicadero, que tenía el tono exacto de los asientos... Se lo había obsequiado nuevo el propio Hitler, como regalo de boda, en enero de 1938.

—¿Sabe lo que cuentan en la ciudad? Según parece, Adolf Hitler sería egipcio; y musulmán, por supuesto, Haidar de apellido, Mohamed Haidar. Uno de mis ministros lo cree a pies juntillas. Incluso me ha propuesto llevarme a visitar su casa natal, situada en Tanta, en el Delta.

Héléne lo llevaba a un lugar que él conocía bien, pero prefirió entrar solo. Ella se reuniría con él más tarde. Faruk se presentó en la puerta del Turf Club, elegante punto de encuentro de los noctámbulos, frecuentado por los oficiales ingleses y los egipcios acaudalados. Apenas prestó atención al cartel, junto a la puerta de entrada, que anunciaba a una famosa bailarina. Los porteros fingieron no reconocerlo, pero, apenas les hubo dado la espalda, exclamaron: «¡El rey!... ¡El rey!». El *maitre* corrió hacia él. Ignoraba que estuviera en El Cairo, de lo contrario su mesa habría estado preparada para recibirlo. ¿Deseaba unirse a una mesa de póquer? Había varias posibles, con hombres

cuya compañía apreciaría sin duda, la de los ingleses... Tal vez no en aquel momento, no... ¿La de los banqueros, entonces? O la de los productores de cine... Faruk solicitó un lugar tranquilo cerca del escenario. Pocos minutos más tarde entró Héléne. Jugaron al encuentro fortuito, toda la sala los observaba. Ella pidió ginebra, y añadió en voz alta: «¡Con mucho hielo!». Transparente y diluido, el licor podía pasar por agua mineral. Él pidió un vaso grande de zumo de naranja.

Empezó la ronda: un ministro, un coronel del ejército egipcio, otro del ejército británico. Se inclinaban ante él, querían saludarlo, mostrarle su simpatía... Faruk, siempre amable, siempre distante, tenía para cada uno la palabra adecuada. Reprendió amablemente a su ministro: «Que el rey pase sus veladas en un *night-club* se comprende, pero se supone que un ministro debe estar trabajando, ¿no es cierto?». Preguntó al inglés: «¿Echa de menos a su rey? Puede utilizarme como un sucedáneo. No será el primero...».

Apagaron las luces. Un proyector dibujó un círculo en el escenario. Largo solo de *kanun*, la cítara oriental, voluptuosa progresión de una melodía que ascendía en volutas, retomada por un sinfín de invisibles violines... Entonces la flauta vino a irritar a los violines, a imitarlos, a deformar sus frases..., y las percusiones los reconciliaron... Un redoble de batería. Un hombre con esmoquin se acercó al micrófono. No se distinguía su rostro. Todos pensaron que se disponía a hablar, a presentar la velada, quizá a cantar...

Ella surgió de la oscuridad, diablo envuelto en velos del color del fuego que revoloteaban al ritmo de sus movimientos. Saltaba como las llamas, el silencio acompasado por sus pasos. Se apoderó del micrófono. El hombre se volvió hacia el público con los brazos colgando. Ella empezó a dar vueltas a su alrededor, le tendió el micrófono y, cuando él se disponía a agarrarla, salió disparada como una flecha. Ahora la música la acompañaba, pegándose a sus gestos. El proyector se demoró en el rostro del hombre rechazado, paralizado de amor... Se apoderó del micrófono y empezó a cantar: «¡Oh, Dios!... Si permites que llegue el día en que ella me diga que sí, te ofreceré el resto de mis días, el resto de mis noches y el contenido de todos mis sueños...».

El público lanzó un suspiro de satisfacción. El propio Farid el Amesh, el grande, el cantante con voz de miel, había venido por ellos. ¡Era Navidad! Ella se le acercaba, lo provocaba y, antes de que él pudiera atraparla, salía

volando con sus velos. Y cuando él cantó: «En mi terraza, el jazmín está celoso de su aroma...», la joven le acarició el rostro... «Y las rosas envidian la suavidad de sus mejillas...». Cascada de largos cabellos salvajes. Un segundo proyector y vieron brillar sus grandes ojos garzos, los de un gato deslumbrado por los faros en plena noche.

Faruk se estremeció. Apretó el brazo de Héléne. «¿Es ella?... ¡Sí! ¿A que es ella?». Aquel rostro franco, armonioso, a un tiempo angelical y travieso, el de una niña que se revela meretriz. Era para él, para el rey..., ¡la clase de mujer que prefería!

La bailarina recuperó el micrófono y se desplomó en el suelo, para incorporarse al instante de puntillas hasta sobrepasar al cantante: «Soy una mujer serpiente, serpiente de bronce, que trae la desgracia cuando la acechan, y serpiente amuleto para quien se mantiene apartado. Soy la mujer serpiente...». Su dulce voz tapizaba el espacio, ofreciéndola a las fantasías de los hombres. «Ella es el misterio de mis noches y su melodía me embriaga más que el vino. Dios, te lo suplico, haz que me diga que sí...». El ritmo se volvió más oriental. La muchacha onduló las caderas, luego el pecho, repitiendo: «¡Soy la majestad serpiente! ¡Inclínate! No eres más que un hombre...». Y él volvió a cantar el dolor de su espíritu, su ansioso deseo... Ella acudía a ceñirse a sus sueños, de tal manera que al final de su romance, el último velo, translúcido, dejó al descubierto un cuerpo de ninfa, los senos apenas cubiertos, una estrella centelleante entre los muslos. Satisfecho al fin, el cantante entonó: «La vida es bella para quien quiere comprenderla... La vida es bella. Si tomas lo que se te da, ¡la vida es bella! La vida es bella para quien quiere comprenderla...». Vuelta hacia el público, la bailarina descubierta repitió la estrofa. Y el público la coreó a su vez dando palmadas...

Fue todo un éxito. Todos los presentes cantaban puestos en pie, repitiendo indefinidamente la cantinela, Los hombres se acercaron, deseaban subir al escenario. Farid el Amesh levantó los brazos, invitando al silencio. Por el micrófono, se limitó a decir: «Esta noche, para todos ustedes... *Only for you...* La maravillosa, *the wonderful...* ¡Bentjinane!». Aplausos interminables. Ella agarró el micrófono: «*Tonight*, esta noche, *the sweet* Farid el Amesh...». Todavía cantaron cuatro canciones más, cada una de las cuales desencadenó el entusiasmo, pero al final los reclamaron de nuevo, exigiendo la primera, la

delirante canción de Kacim, *La vida es bella*, que glorificaba el placer obtenido con las cortesanas. Volvieron a cantarla, y el público aún la deseaba otra vez.

Encendieron las luces de la sala. Farid el Amesh había desaparecido entre bastidores. Faruk levantó ostensiblemente el brazo. Masreya fue a sentarse a su mesa. Lo miró al fondo de los ojos.

—¿Me reconoce? —le preguntó el rey, que solo pensaba en tocarla, en agarrarla.

—Su majestad está en todas partes, en los periódicos, en el cine, en los sellos de correos, en la ínfima moneda, hasta en la diminuta de una milésima... ¿Cómo no reconocerlo? ¿Cómo saber si es usted real o solo una imagen de mis sueños?

«¡La muy lagarta! —se dijo Héléne—. Ha adivinado que debía deslumbrarlo».

—Es usted muy joven, señorita —le dijo—. Pero ya una gran profesional...

Faruk la interrumpió:

—Debe de haber algo que necesite. ¡Dígamelo! ¿Qué le falta? Una sola palabra suya, se lo ruego.

Y repitió canturreando: «¡Oh, Dios! Deja que llegue el día en que me diga que sí...».

—¡Tiene una memoria prodigiosa, majestad!

¡Y era cierto! Faruk la invitó para el martes a media tarde. Pícara, ella le preguntó si debía acudir con sus músicos. «No tengo ninguna necesidad de música —respondió el soberano—. Mi alma canta al verla y mi corazón late al compás...». Añadió que se trataba de una cita privada. Ella agachó la cabeza en señal de asentimiento. Faruk sintió que una erección le hinchaba los pantalones. «Dele su dirección a Héléne. Un coche pasará a recogerla a su casa».

Avanzada la velada, cuando Masreya desapareció en su camerino, Faruk encargó a Héléne que reservara una habitación en el Savoy para el martes siguiente. Debía asistir a la reunión del Rotary Club en los salones de la planta baja. Podría eclipsarse con facilidad para reunirse con la bailarina.

—Los camareros de plantados botones, las mujeres de la limpieza...,

cualquiera podrá reconocerlo.

—¡Propinas, mi querida Hélène! Reparta generosamente propinas, ¡cuento con usted! En el amor, el riesgo aumenta el placer, ¿no es cierto?

Abdine

En el tercer piso del Savoy, ella había disparado su deseo hasta el clímax. Dio vueltas a su alrededor cantando, permitiendo que la rozase; le susurró palabras de amor al oído, se arrojó a sus pies, acariciándole las piernas. «¡Ven a mí! —suplicaba él—. Ven a sentarte en mis rodillas, chiquilla». Y ella, Masreya, la diablesa, hizo lo que le pedía; Faruk se encendió con sus aromas, se aletargó con el satén de su piel, derivó en sensaciones de infinito. De *inmediato* la joven volvía a empezar. Él disfrutaba con aquel juego, del que había tenido un atisbo durante la canción... «¡La vida es bella! —le susurraba Masreya—. La vida es bella para quien quiere comprenderla». ¿Qué gana con escapar así como una gata salvaje? «¡Sí! —susurraba Masreya—, ¡sí, majestad! Es necesario que no pueda verme...». Y le vendó los ojos con un pañuelo. Él la buscó a tientas, en los sillones, detrás de la puerta, debajo de la cama... Se había evaporado. Se quitó la venda, hurgó en cada rincón. Volatilizada... Salió al pasillo, con la camisa desabrochada y la corbata colgando... No la encontró.

Al día siguiente, Masreya recibió doce ramos de doce rosas y una frase en árabe trazada con su hermosa letra: «Las rosas envidian la suavidad de tus mejillas». Había invadido su mente; su aroma lo obsesionaba, veía su rostro por todas partes, en las mujeres con las que se cruzaba, en los bares de hotel donde se fumaba el puro y en los clubes donde hacía juegos malabares con los comodines. Acabó llamándola por teléfono: «¿Por qué te diste a la fuga? Pide

y obtendrás, cualquiera que sea el precio». Ella exigió que se encontraran en palacio. ¿En palacio? Resultaba difícil... El lugar estaba saturado de agentes, que informaban al Wafd, a los británicos, también a los italianos..., que estaban al acecho del menor de sus fallos. La joven argumentó. Dado que se pretendía creyente, musulmán... Según la fe, un hombre está obligado a desposar a la mujer antes de tener relaciones sexuales con ella, aunque se trate de una prostituta, y aun a riesgo de repudiarla a la mañana siguiente... Mientras que él se planteaba únicamente consumirla, como una de esas delicias turcas, de color rosa o verde pastel, que lo volvían loco...

¡Sí!, le respondió. Estaba dispuesto a todo. Sin embargo, debía comprender que él era el rey, que no podía deshonorar a su esposa legítima, la madre de sus hijos. En tal caso, Masreya aceptaba que la boda fuera secreta, llevada a cabo en una sala del palacio. Después sería suya. Aturdido de deseo, se lo prometió. En presencia de un testigo, siguió exigiendo ella... Así es como lo prescribe la fe. Él vaciló... ¿Un tercero? Esta vez sintió que tiraba demasiado de la cuerda, probando sus límites. Sin embargo, estaba dispuesto a todo por volver a verla. «¿Y quién? —le preguntó—. ¿Quién sería ese testigo?». Un momento de silencio... Luego le soltó: «¡Mi hermano!». Nuevo silencio al otro extremo del hilo.

Un hermano y una hermana pueden mantener un vínculo sutil, admitió. Finalmente cedió. Los recibiría en audiencia real, en su gabinete, como solía hacer. Luego los haría visitar las salas prohibidas al público. Se casarían en una sala secreta. Acto seguido se jactó: existían más de una decena en el palacio, cuya existencia él era el único en conocer, aparte de ciertos sirvientes.

Ella retrasó el encuentro, pretendiendo que antes debía dirigirse al Delta para visitar a su familia. La ceremonia secreta solo pudo celebrarse pasado el día de Año Nuevo. Orgullosa y muy bella, Masreya adoptaba una pose arrogante; Zohar se mantenía en un aparte, elegante y discreto. Faruk había recuperado su actitud distante. Zohar recordó al rey que se habían conocido mucho tiempo atrás; era él quien había encontrado el collar perdido de la reina Nazli. Faruk enarcó una ceja y se tomó su tiempo para examinar al joven... Una gracia natural. Aspecto extraño. De origen indefinible, se dijo... ¡Arabe no, en todo caso! Tal vez griego..., ¿o judío? Se sentía fascinado por los

banqueros judíos con los que jugaba a las cartas y hablaba de finanzas. Desde hacía unos meses iban llegando nuevos judíos, como nunca se habían visto en Egipto, judíos de Europa, que parecían alemanes o ingleses. Aquellos no eran como los que él conocía, los levantinos; eran menos adaptables, menos alegres, también menos astutos. No se atrevió a preguntar cómo un judío podía ser hermano de una árabe, una campesina del Delta, por añadidura. Historias de familia, sin duda...

Los dos hombres se sonrieron, intercambiaron cortesías y juegos de palabras. Después de todo, ¡eran egipcios! Entre aquel rey de veinticuatro años, privado de amigos, y el muchacho emprendedor y sensible, que tenía cosas de niño y de anciano al mismo tiempo, se generó una corriente de simpatía. Faruk, socarrón, le preguntó si no lo incomodaba ofrecer de ese modo a su hermana al faraón. «¡Majestad! —exclamó Zohar—, el placer del faraón es la sonrisa de Egipto entero». El soberano hizo un gesto con la mano, como si alejase un pensamiento. Le habría gustado tanto creer en aquellas palabras...

En aquella pequeña estancia de encanto anticuado que llamaban la «sala del harén», Faruk pronunció la oración que lo unía a Masreya, sellando la unión secreta entre una muchacha del pueblo, llamada «la Egipcia», y el rey de Egipto, cuya mente se había dejado invadir por ella tanto de día como de noche.

Por la calle cada vez se veía a más soldados. El mes de enero de 1942 fue el de todas las angustias. Nuevas tropas inglesas habían desembarcado para reforzar el Octavo Ejército. Se hablaba de doscientos mil hombres, tal vez más, que habían llegado para sumarse a los ya ingentes efectivos de los cuarteles de El Cairo, Ismaleya, Port Said, Alejandría... Y no eran los únicos extranjeros. Huyendo de los países ocupados por el Tercer Reich, los refugiados se contaban por decenas de miles, europeos del norte y, desde hacía unas semanas, griegos aterrorizados, despavoridos. Los alimentos escaseaban. El ejército británico monopolizaba los víveres y el pueblo no encontraba nada que comprar en los zocos. Los pobres pasaban hambre y

acusaban al mercado negro. Faltaba de todo: trigo, maíz, habas y sobre todo patatas, sin las cuales un inglés no podía considerar que había comido. Estallaron revueltas. Tomaban las tiendas al asalto, saqueaban los colmados. Las moderadas medidas que tomaba el gobierno no tenían ningún efecto, sobre todo porque muchos ministros eran al mismo tiempo grandes terratenientes que almacenaban los cereales para hacer subir los precios. El pueblo llano de las ciudades rozaba la hambruna. Y los ricos se enriquecían todavía más.

Los ejércitos del Eje habían reanudado la ofensiva; Rommel cosechaba victoria tras victoria. En El Cairo y Alejandría estallaban manifestaciones antibritánicas al grito de: «¡Oh, Rommel, llega cuanto antes, príncipe!». Todos creían que Berlín enviaría refuerzos y que la invasión de Egipto sería ineludible.

El servicio de inteligencia británico estaba convencido de que los egipcios transmitían al enemigo la posición de los regimientos, los mapas de sus desplazamientos e incluso los planes de batalla. Aprovechando la ausencia de Faruk durante las fiestas de fin de año, *sir* Miles Lampson, embajador de Gran Bretaña, el gigante con voz de ogro, convocó al bonachón del primer ministro, Hussein Sirri Pachá, al Estado Mayor de Kasr el Dohara. «Entrégume sin dilación la radio oculta en el palacio de Abdine». Tenía sus buenas razones para creer que no existía un lugar mejor protegido que el palacio real para comunicarse con los alemanes. El egipcio, sofocado y con la boca entreabierta, permanecía silencioso. «Si no lo hace —amenazó el inglés—, me presentaré allí con un batallón de blindados y registraré habitación por habitación hasta que le eche mano». ¿Cómo se permitía un embajador hablar en semejantes términos al primer ministro del país dónde oficiaba? Rojo de rabia contenida, Sirri respondió que se trataba de una violación de la soberanía de Egipto. «¡Conque sí, eh! —rugió el otro, que no tenía en muy alta estima a los políticos egipcios—. ¡Una soberanía implica a un soberano! ¿Y se puede saber dónde se ha metido el suyo?». El primer ministro no había sabido qué contestar. Aprovechando la estupefacción de Sirri Pacha, el embajador añadió: «¡Y eso no es todo! Va a responder usted inmediatamente a las demandas dirigidas en varias ocasiones por mi gobierno». Exigió que Egipto rompiera en el acto las relaciones diplomáticas con Vichy, cuyos espías pululaban por las calles de El Cairo, y que reconociera al gobierno francés en

el exilio del general De Gaulle. Sirri, comprendiendo que, en aquella situación desesperada, los ingleses eran capaces de derribar al gobierno y deponer al rey, al día siguiente le entregó la radio escondida en el desván. Acto seguido diligenció al 29 de la avenida Gizeh una nota a la atención de Jean Pozzi, embajador de Francia, informándolo de que Egipto rompía las relaciones diplomáticas con el gobierno de Vichy. En lo sucesivo considerado *persona non grata*, el embajador era invitado a abandonar el país a la mayor brevedad.

En los últimos días de enero, Masreya se entregó a Faruk en el amplio sofá de la sala del trono, bajo un retrato suyo con traje blanco cubierto de condecoraciones. Había vaciado aquella ala del palacio pretextando la llegada de un emisario secreto. Los miembros de su entorno estaban convencidos de que se hallaba en negociaciones con Rommel. De modo que acecharon la llegada de un oficial alemán, tal vez disfrazado de beduino. En Egipto, las historias extraordinarias nacen de una nadería y se propagan a la velocidad de las palabras. El uno lo había visto entrar, un rubio alto de ojos verdes, tocado con un *keffieh*..., parecía el coronel Lawrence. El otro lo había visto salir; una mujer vestida como una estrella de cine, con unas inmensas gafas negras que le ocultaban la mitad del rostro. Aquella nueva Mata Hari había bajado los escalones a la carrera para precipitarse en el asiento trasero de un Cadillac blanco.

Solo los dos guardias de corps albaneses habrían podido contar la verdad. Pero uno era mudo, y el otro habría dado la vida antes que revelar el menor secreto de su soberano. Y como dicen en Egipto al principio de las historias narradas a los niños: «Ocurrió o no ocurrió...». Nadie podía atestiguar que hubiera ocurrido, de manera que no ocurrió. Lo cierto es que nadie había podido ver a Masreya entrar en palacio; ya estaba dentro.

Al caer la noche, él había ido a su encuentro. La halló envuelta en los siete velos que declinaban los colores del fuego. Se le acercó, descubrió su rostro, y los preciosos ojos de Masreya lo cautivaron. «¡Oh, hermana mía...!». Experimentó un arrebató de emoción, y luego, tras recuperar el control de sí mismo, añadió: «¡El palacio está radiante, oh, dulzura! Tu presencia ilumina

mi morada. Has nacido para el placer de los reyes». Siguieron jugando varias horas más hasta que, agotado, Faruk se tendió desnudo en el sofá. Entonces ella le susurró: «¡Tengo un favor que pedirle, majestad!». Con los ojos cerrados, él gruñó: «¡Te escucho!». Y Masreya le habló de Niño, injustamente encarcelado, el amigo íntimo de su hermano Gohar, con quien, sin duda lo recordaba, había disfrutado conversando. Con la mente nublada, él prometió, por supuesto. Se ocuparía de sacarlo de la cárcel. Después, de repente autoritario, ordenó: «Ahora muéstrame lo que sabes hacer». Era el 29 de enero de 1942. En Benghazi, la guarnición británica acababa de deponer las armas. ¡Masreya también!

Si Faruk tardó bastante en liberar a Niño Cohén de la cárcel de extranjeros fue porque los acontecimientos políticos se precipitaron. Había pasado parte de la noche con Masreya, la Egipcia. Incluso se adormiló unos minutos, justo después de hacer el amor. Al despertar le dijo: «He dormido en el lecho del Nilo. Y he comprendido el placer que obtienen con ello los cocodrilos». A la mañana siguiente, al descubrir que su primer ministro había cedido ante los ingleses sin informarlo, una rabia fría se apoderó de él. Destituyó a Hussein Sirri de sus funciones y se planteó confiar el nuevo gobierno a Alí Maher, opuesto al Wafd y notoriamente proalemán. Se sabía que era competente, desde luego, pero en el ambiente del momento los quisquillosos británicos consideraron la nominación una provocación.

Al embajador le hervía la sangre. «De manera que el chiquillo —así era como llamaba a Faruk: *The Kid*— quiere jugar a ver quién es el más ladino. Yo le enseñaré lo que vale un oficial de la corona». Lampson salió a toda velocidad de su despacho, reunió a algunos oficiales, saltó a su Rolls-Royce y se plantó en palacio a la cabeza de un batallón de blindados. Sus tropas rodearon los edificios; él franqueó las puertas a paso de carrera, revólver en mano, seguido de sus oficiales. Apartó a los chambelanes que trataban de interponerse, amenazándolos con el arma, y abrió bruscamente la puerta del gabinete real.

Faruk, que estaba de pie examinando un mapa desplegado sobre la mesa, levantó la cabeza sorprendido.

—Vaya, *sir* Miles, debe de estar muy preocupado para pasearse así, revólver en mano. Puede guardar el arma, aquí en palacio está seguro.

El embajador amenazó al rey:

—¡Alí Maher, jamás de los jamases! —Y luego vociferó—: ¿Me ha oído?

Exigió que el nuevo gobierno fuera confiado a Mustafá el Nahhas Pachá, el jefe del Wafd, a quien sabía partidario de los Aliados. De lo contrario, ladró, encontraría con facilidad a otro títere para desempeñar el papel de rey.

Faruk se puso rígido ante el insulto. Sin embargo, se contuvo. Comprendió que el otro buscaba el conflicto, lo empujaba a cometer un error. No se dejaría manipular. Si mantenía su plan de nombrar a Alí Maher, el ejército inglés lo depondría. Lampson haría llamar al jedive Abbas II, exiliado en Ginebra, para instalarlo en el trono. Este decretaría la ley marcial, y sería el fin de los sueños de un gran Egipto que alimentaba Faruk, quien ya se veía rey de Egipto y de Sudán.

—¿De manera que es a Nahhas a quien quiere? —acabó por soltar, con los labios temblando de cólera—. No se ponga en semejante estado, *sir* Miles. Quiere a Nahhas, ¡pues tendrá a Nahhas!

Cuando los ingleses abandonaron el palacio, Faruk, lívido, salió del gabinete sin decir una palabra. Su chambelán y sus mayordomos trataron de intervenir, preguntándole adonde deseaba dirigirse; los apartó con el brazo y bajó a toda prisa la escalinata, con la cabeza descubierta y el cabello alborotado. Llegó a la puerta de su garaje personal. Choferes y mecánicos corrieron cada cual al coche del que era responsable y se pusieron en posición de firmes al tiempo que se arreglaban el uniforme. Él vaciló un instante, dirigiendo una mirada rápida a la docena de automóviles rutilantes allí alineados. Deseaba el menos reconocible. Su elección recayó en el Jeep con el que salía a cazar antílopes en los oasis del sur. Saltó al volante y arrancó en las narices de los guardas, que se quedaron paralizados.

Por lo general Faruk conducía deprisa, pero ese día estaba rabioso. En el cruce con la calle Solimán-Pachá —así llamada en honor de su antepasado, el bisabuelo de su madre, la reina Nazli, y cuyo verdadero nombre era Joseph Anthelme Séve, un francés del ejército de Napoleón convertido al islam—, arrancó al pasar el guardabarros derecho del coche de un oficial británico. Los policías se desgañitaron con sus silbatos y varios Jeeps de la Policía Militar se lanzaron en su persecución. En el puente Qasr-el-Nil ya los había despistado. Lo cruzó en tromba, con la mano crispada sobre el claxon, dando

bandazos para sortear a peatones, burros y camiones. «¡Eh! —gritó un viejo al que había rozado—, ¡la velocidad es la marca del demonio!». Cuando llegó a la isla de Roda, giró sin reducir la velocidad y el Jeep, sobre dos ruedas, osciló un momento antes de caer de nuevo plano y salir disparado a toda velocidad. Los neumáticos chirriaban en cada curva; el motor, forzado al límite, rugía y un olor a quemado había invadido el interior del vehículo.

En la calle Osman-Bey, saltó del vehículo, que chocó contra la acera, y llamó a la puerta. Estaba sin resuello, empapado en sudor y con el corazón desbocado. Uahiba entreabrió la puerta.

—La señorita ha salido.

Él la rechazó con violencia.

—Si cierras la puerta ante tu rey —le dijo—, ¿qué te ocurrirá cuando te presentes en el paraíso, pedazo de idiota?

Ella dejó caer la alcarraza que llevaba en la mano, que se estrelló contra el suelo.

—¡El rey! —balbuceó—. ¡El rey!

Faruk fue a sentarse en el borde de la cama de Masreya, silencioso, con la mirada perdida en el vacío. Ella le cogió la cabeza y depositó un beso en su frente. Levantó la vista al cielo y dijo:

—¡Oh, Dios! Tú que has ofrecido un rey a Egipto, dale fuerzas para afrontar a los violentos y los bribones.

La contempló, sorprendido por lo certero de sus palabras. Se desnudó y se tendió en el lecho a su lado.

—¿Qué tienes, corazón mío? —prosiguió Masreya—. ¿Qué tienes, alma mía? ¿Qué tienes, ojos míos? ¿Qué tienes, mi rey?

El monarca se dejó hacer. Nada le gustaba tanto como asistir al renacimiento de su sexo, al espanto que lo embargaba entonces, como durante su primera erección, sorprendida por su institutriz inglesa, sin duda el primer espía británico que tuvo que soportar, entre su quinto y su decimotercer año.

—Entre tus manos soy como la arena del desierto llevada por el viento —murmuró Faruk—. Según le place, este levanta montañas o excava hoyos.

Cuando dejó la villa de Masreya, el sol estaba a punto de ponerse, naranja de fuego coronando el minarete. Una multitud lo aguardaba, rodeada de un cordón de soldados británicos. El capitán a cargo del garaje había optado por

el Cadillac, uno de los favoritos del rey, carrocería rojo carmín, capota blanca. Le abrió la portezuela inclinándose hasta el suelo. Furioso, Faruk subió a bordo, desdeñando saludar al gentío que lo aclamaba.

Plaza Edmond-Rostand

En el café Le Rostand, frente al jardín del Luxemburg.

Las mujeres suelen ser ajenas a su propio deseo. Hasta el punto de que a veces su sexo está ardiendo y su cabeza lo ignora.

Esta noche he tenido sueños eróticos. En el sueño era yo, sin duda; reconocía mi voz, con las entonaciones cantarinas y las «erres» de pelo de camello. Me llega un recuerdo... El de una noche de locura, a orillas del Nilo, a bordo de una *dahabiya*, una casa flotante, envuelto en sábanas de raso y mecido por el chapoteo de la ribera.

Recuerdos al tuntún, ordenados en función de dos criterios: las fechas y los lugares. Si bien los acontecimientos del año 1942 son decisivos, al reflexionar, su evocación resulta borrosa. En 1942 inicié una relación amorosa con Masreya, mi hermana de leche. Habíamos superado los breves momentos de pasión repentina, como en el pasado; entre nosotros había surgido un verdadero amor, hasta tal punto que nos planteamos seriamente casarnos. Mejor dicho, era yo quien lo deseaba. Sé que a los hombres les está prohibido desposar a una hermana..., a los hombres corrientes, quiero decir; ¡no a los reyes divinos, como los faraones! He leído la historia de aquel faraón que se casó con la hija que había tenido con su propia hermana. ¿Acaso es posible conseguir un matrimonio más puro..., más intenso y más puro?

¿Y la necesaria alteridad?... La alteridad renace de sus cenizas. Y del corazón de los que se creía reducidos a la multitud de la gente común, surgen

dioses nuevos y nuevos ídolos.

Soy muy viejo. A veces me pregunto si la muerte me ha olvidado. Hoy ya no la temo, se ha convertido en mi aliada; si viene, le daré las gracias, si me evita, doy gracias a Dios.

Niño Cohén había subido peldaños en el seno de la Hermandad... hasta convertirse en uno de sus dirigentes. Apenas resulta creíble.

Paro un taxi. Ironías del destino, el chofer es egipcio. Conduce con calma; apenas se oye el ronroneo del motor. Lanza miradas furtivas por el retrovisor y acaba por hablarme... Creció en El Cairo... ¿Por casualidad conozco El Cairo? Tendrá unos cuarenta años, alto y ancho de hombros, y con un fino bigote que confiere cierta clase a su rostro. Le contesto: «El Cairo, la ciudad de todos los secretos...». Nuevo intercambio de miradas. El Cairo, precisa él, Al Qahera en árabe, «La Victoriosa». Cabe preguntarse a quién pudo vencer esa ciudad. El opina que El Cairo triunfó sobre el orden. Atravesamos el puente Saint-Michel. Con un gesto amplio de la mano, señala el Palacio de Justicia: «París, por ejemplo, es una ciudad en orden. Parece un museo, un gigantesco museo. No puede decirse que París haya quedado victorioso, ¡no! París ha perdido; el orden ha triunfado. Subsisten edificios, muy limpios, de estilo visible, pero la vida ha escapado de ellos». ¿Y El Cairo, entonces? ¿Cómo decirlo? Recurre a una metáfora. Es como si uno observa un tronco de árbol que se desliza al filo del agua, y de repente una boca enorme se abre con un rugido terrible, como el de un león. Y tomas conciencia de que no se trata de un tronco de árbol, sino más bien de un cocodrilo. El Cairo es así. Desde lo alto del cielo, uno piensa que es materia muerta, piedras, arena... Pero cuando te acercas, se trata de la vida salvaje.

Se disculpa por su torpeza en francés... Aventuro una pregunta: ¿conoció al rey Faruk? Si seré tonto, es demasiado joven para eso. ¿Ha oído hablar de él? ¿Qué dicen en la actualidad sobre él en El Cairo? «Ah, Faruk —responde el taxista—, cuando los viejos hablan de la época de Faruk, lo hacen como de un paraíso del que hubieran sido expulsados».

Faruk y los coches, por ejemplo... Su padre, el rey Fuad, le regaló un automóvil, uno de verdad, un Austin Seven, en 1931.

Tenía once años. Era de color rojo. A lo largo de los años, hizo pintar todos sus coches, y sabe Dios que tuvo muchos, de ese mismo rojo carmín

metalizado. Es más, prohibió por decreto a toda persona residente en Egipto que poseyera un coche rojo. De manera que, en tiempos de Faruk, cuando uno veía pasar un automóvil de ese color, sabía que era el rey, alguien sin parangón.

«Es muy posible todo lo que cuentan —concluyó—. Faruk era tan rico... Nosotros, los egipcios, nos sentíamos felices con la riqueza del rey. Era como si la compartiéramos un poco. Sin embargo, ¡la riqueza de Mubarak! Cada piastra de esa riqueza empobrecía a todos los egipcios. Quien lo entienda...».

Muelles del Nilo — *Dahabiya*

Zohar estaba cada día más preocupado. Unos estudiantes a los que había conocido en el café le habían hablado, por haberlas sufrido, de las violencias a que sometían a los detenidos en las celdas egipcias. Encerrados casi desnudos, en grupos de veinte, en celdas minúsculas, sin luz, alimentados una vez al día con un miserable plato de habas que debían comer con las manos, sometidos a la venganza de carceleros nubios, que los azotaban para hacerlos cantar himnos en alabanza al rey Faruk, por no hablar de las humillaciones sexuales... Lo que más echaban de menos era un soplo de aire. La brisa del atardecer se vendía a una libra los escasos minutos durante los que el guardia consentía en dejar la puerta entreabierta.

Un mes después de que encarcelaran a su amigo, un estudiante le había pasado una nota a Zohar, escrita con lápiz en un trozo de papel de periódico. Niño le pedía ropa limpia. Ya no soportaba su propio hedor. ¡Pobre Niño! Él, maníaco de la limpieza, enfrentado a una promiscuidad salvaje en la penumbra de un calabozo antiguo... Debía de haberse vuelto medio loco; la prueba era que acababa con estas breves palabras en árabe: «Que Alá te guarde, hermano mío». No había nada de sorprendente en que un judío de Egipto llamase a Dios Alá; las tres religiones compartían la misma palabra. Si la descompones en *al-lah*, puedes sencillamente entender: «el dios». Por lo tanto, «Dios», dejando al interlocutor la libertad de conferirle la identidad de su elección. Egipto había comprendido desde hacía mucho que la ambigüedad era la madre de la

libertad. Sin embargo, Niño había añadido: «Mi alma está serena; si Dios lo ha decidido así, moriré como mártir a fin de que triunfe nuestra fe». Esta última frase había sonado como un timbre de alarma. ¿De qué fe hablaba? A Zohar se le había puesto la carne de gallina.

Hacía semanas que Joe no cesaba de alertarlo. «Zohar —le repetía—, deberías hablar con Niño a solas. ¡Eres su amigo! ¿Sabes si se ha convertido al islam?». Zohar se encogía de hombros. «¿Y qué? Si se ha convertido al islam, luego podrá convertirse a otra cosa. Es como un billete de banco. Pongamos una libra esterlina. La cambias por dólares. Después, podrás convertir los dólares en francos o en rublos... Sigue siendo dinero, ¿no? Subes, bajas, de todos modos, eres judío». Pero Joe insistía: «¡No, Zohar! No lo has entendido. No es una conversión de la mente. La suya procede de las entrañas». Zohar no podía creerlo. Cuando uno es judío, ¡sigue siéndolo siempre! Si no, ¿cómo explicar que continúen existiendo judíos después de tantos siglos de esfuerzos por hacerlos desaparecer? Quería creer que la frase mística de la nota de Niño era un grito de desesperación, una especie de alarido...

Cuando ese viernes por la noche se dirigió a la callejuela de los judíos para celebrar el *sabbat*, su madre le preguntó qué lo preocupaba. Su padre le palpó las mejillas y tuvo un sobresalto al notarlas tensas; posó la mano en su cabeza y lo bendijo.

Después Motty levantó la cara y las manos al cielo y un versículo del Cantar de los Cantares subió a sus labios. Su voz profunda, más grave de lo acostumbrado, un tanto ronca por la hora tardía, colmó la pequeña estancia iluminada con velas: «A aquel a quien mi corazón ama lo he agarrado y no lo soltaré hasta que lo haya hecho entrar en la casa de su madre, en la habitación de aquella que lo concibió...». Esther posó la mano sobre la de su marido y lo miró sonriente. Lo amaba como el primer día. Lo amaba contra la adversidad, lo amaba contra los vientos, lo amaba por la alegría que experimentaba todas las mañanas al despertar a su lado, lo amaba más que a su propia vida.

Al oír elevarse la voz de su padre, Zohar se apaciguó por fin. ¿Qué necesidades podían tener aquellos dos? Adán y Eva en el Jardín del Edén, ¿eso es lo que eran!

—Se trata de mi amigo Niño, oh, padre mío; es él quien me preocupa. Si

no consigo sacarlo de la cárcel, ¡morirá, lo sé!

Motty posó la copa de vino que se disponía a consagrar y pidió a Esther que lo guiase hasta el armario. Palpó con la mano derecha sus camisas y sacó un viejo libro bilingüe, en hebreo y en árabe. Contó siete páginas, puso el dedo en una línea y se lo tendió a Esther.

—¡Toma! —ordenó—. Lee las primeras palabras para que recuerde el principio del salmo.

Sorprendida, Esther miró el libro, preguntándose por qué razón su marido ocultaba textos esotéricos en el armario de la ropa, cuando no podía leerlos. Empezó, en hebreo:

—«¡Hazme justicia, oh, Dios mío! Defiende mi causa contra una nación de infieles...».

Motty *comentó*:

—La justicia de los hombres es siempre injusta. No es justo que los hombres juzguen a los hombres. En el día del Mesías, ¡los jueces serán juzgados!

Y se puso a cantar: «Hazme justicia, oh, Dios mío... Iré hacia el altar, cogeré mi arpa; mi alegría y mi júbilo subirán hacia ti. ¡Oh, Dios! ¡Oh, Dios mío! ¡Hazme justicia, oh, Dios mío!».

La voz de Motty dibujaba volutas en las paredes, las llamas de las velas oscilaban al ritmo de su melodía. Esther repitió la estrofa con él y su voz, aguda, un tanto ácida, violenta, la voz del pueblo, se mezcló en armónicos con la de su marido. «¡Oh, Dios! ¡Oh, Dios mío! ¡Hazme justicia, oh, Dios mío!».

Entonces también Zohar empezó a cantar. Y en la callejuela de los judíos, el júbilo del *sabbat* se elevó por encima del pequeño colmado.

Atraída por la música, la anciana Massuda apareció, seguida de su marido, el tío Elie.

—¿Qué es esto? ¿Acaso una fiesta secreta? ¿Es la casa de nuestros padres y quedamos excluidos de los regocijos?

Esther corrió a la puerta.

—¡Entra, madre! Cantaremos juntos. Son tantos los que lo invocan esta noche que debemos rezar con todas nuestras fuerzas para que distinga nuestras voces entre todas las demás.

Motty cantó: «¡Librame de la injusticia de los hombres, oh, Dios mío, mi

protector, mi salvación!». Y cantaron juntos, el tío Elie y su esposa, la *robissa* Massuda, y Motty y Esther...

Zohar, con el corazón henchido de una emoción a la que no sabía poner nombre, pensaba en la complejidad del mundo... ¿Qué hacer con todos aquellos dioses, el de los coptos, el de los musulmanes, el de los ortodoxos, el de los armenios, el de los judíos..., todos distintos, todos celosos, tan ariscos como mujeres enamoradas? ¡Ah! El mundo es difícil y nadie tiene un manual de instrucciones.

También las tías de Esther, Maleka, luego Tofaha e incluso Adina, se unieron al coro improvisado acompañadas de sus maridos. El pequeño colmado pataleaba su fe, conociendo por experiencia la sordera de Dios. La voz de tenor de Motty se elevó de repente como un milano que pretende acercarse al sol: «¡Oh, Dios mío, oh, mi roca!». Los demás repetían..., y Motty entonaba de nuevo: «¡Oh, Dios mío, oh, mi roca!... ¡Hazme justicia, oh, Dios! Defiende mi causa frente a toda una nación. ¡Líbrame! ¡Líbrame!».

Tras los cantos, se instalaron alrededor de la mesa. Motty partió el pan y comentó por última vez:

—Según dicen, este salmo ablanda el corazón de los jueces colmándolo de terror.

Zohar miró atónito a su padre.

—¿De verdad?... ¿Crees que nuestra oración hará que Niño salga de la cárcel? —no pudo por menos que preguntarle.

Motty respondió con estas frases misteriosas:

—Existen muchas prisiones, hijo mío... Las rodeadas de muros, donde uno sabe lo que lo separa del mundo, y otras tan extensas que no se perciben los límites. También el desierto es una prisión, ¿o acaso sabrías encontrar la salida? La dispersión de quien ya no sabe hacer las preguntas es peor que el desierto. Tu amigo se ha extraviado. Escapará de la cárcel de los hombres, eso seguro, pero ignoro quién lo devolverá entre los suyos.

Cuando Zohar dejó Haret el Yahud, el cielo estaba tachonado de miles de estrellas. Dando largas zancadas, balanceaba los brazos como un señor a lo largo de Solimán-Pachá, sorprendido ante el número de anuncios iluminados pese a la prohibición. Por temor a los bombardeos alemanes, la defensa pasiva había ordenado velar la iluminación tras cortinas azules. Sin embargo,

el propio rey, en rebeldía contra los ingleses, hacía brillar su palacio en todo su esplendor. Hay que decir que, hasta el momento, El Cairo había sido respetado por la aviación enemiga. El Cairo, donde el calor de la noche basta para desencadenar la embriaguez.

Zohar no oyó el Buick que fue a estacionar junto a la acera, muy cerca de él, como una exhalación. El zumbido de la capota eléctrica le hizo volver la cabeza... En el asiento trasero, una mujer, con velo negro de pies a cabeza, le hizo una seña con la mano, indicándole el asiento del copiloto. El chofer, un sudanés con librea, abrió la portezuela. Zohar vaciló.

—¿No reconoces mis ojos? —le preguntó Masreya detrás de su máscara—. Nuestros abuelos imaginaban novelas solo con cambiar una mirada...

Él se subió de un brinco al asiento. Mientras el coche arrancaba, se limitó a responder:

—Me has asustado.

Salvó de una zancada el respaldo de su asiento y se arrojó a la parte de atrás.

—¡Príncipe mío! —exclamó ella acurrucándose contra él—. Belleza del mundo que me hace aspirar el aroma de tu alma...

Entonces, con una voz autoritaria que él no le conocía, se dirigió al chofer:

—¡Abdú-la-Locura, a la *dahabiya*!

Originario del sur profundo, país de cristianos y de fetiches, así era como se llamaba, Abdú-la-Locura, porque era apuesto hasta la locura... Él se volvió y, dejando destellar su sonrisa, le respondió:

—¡Tus órdenes son una caricia, oh, mi señora!

—¿La *dahabiya*? —se sobresaltó Zohar—. ¿Qué *dahabiya*?

Circulaban descapotados. Los ingleses que habían salido de juerga se volvían estupefactos ante aquel cuadro. Veían pasar, en un rutilante estuche, un Roadmaster color arena con las lunas cromadas, a un muchacho muy joven, vestido como un dandi, que besaba con fogosidad a una mujer con velo. Sin duda se decían que habían exagerado mucho cuando, durante la sesión informativa a los soldados, les hablaron del pudor atávico de los egipcios. En cuanto el mundo de la noche abría sus puertas, Egipto se convertía en Los Angeles y Hollywood en los muelles del Nilo...

Abdú-la-Locura aceleró y los ocho cilindros rugieron su canción de

trainera. Masreya gritaba al viento:

—¡Más deprisa!... ¡Vamos, acelera! La muerte nos persigue y el amor está al frente, muy a lo lejos...

Zohar repitió su pregunta:

—¿Qué *dahabiya*?

—¡La mía! —acabó soltando ella.

No necesitó más para comprender.

—¿Un regalo? —preguntó.

Se esforzó por no dejar traslucir nada, pero la idea se infiltró como un veneno, retorciéndole las entrañas. El coche circuló largo rato. Seguían besándose, la boca de ella era la suya y solo tenían una lengua, y hablaban del mundo.

—¿Y el Buick?... ¿También un regalo? —no pudo por menos que preguntarle.

Ella prorrumpió en carcajadas.

—Es posible... Se han limitado a entregarme las llaves. No me negarás que estos asientos de piel... ¡Pienso quedármelo, desde luego! Pero ¿qué te pasa, Gohar ebn Gohar? ¿No estarás celoso?

El camino dibujaba un recodo. Abdú-la-Locura consiguió doblarlo al tercer intento. Desembocaron en una especie de claro. Habían acondicionado la ribera. A la entrada, dos palmeras se elevaban como las columnas de un templo. El coche se detuvo junto al embarcadero. La *dahabiya*, mecida por el indolente chapoteo de la orilla, chirriaba al compás. Un ojo de buey difundía una luz rojiza. Surgida de ninguna parte, Uahiba abrió la portezuela del coche. Masreya parpadeó.

—¡Anda, ven! —dijo a Zohar.

—¿Adónde me llevas?

—Te he preparado una cuna sobre el Nilo.

Con la urgencia de amarse, descuidaron el agua de la entrada. Ni bebieron ni hicieron abluciones. No se tomaron la molestia de examinar el lugar, iluminado por varios cabos de vela. En la penumbra, él era su noche, ella era su día. «Bello como la luna», dicen en árabe... La luna en masculino. Ella era fuerte como el sol, que en Egipto es un dios. Se amaron en el umbral de la puerta. Se amaron de pie, incapaces de separarse siquiera para dar un paso

hacia el lecho. Se amaron sin soltarse, siameses desde sus orígenes, prisioneros de un grimorio. Se amaron sin moverse por temor a apartarse.

En el embarcadero, Uahiba, la mayor de las dos hermanas, los oía gemir, y murmuró:

—No es culpa suya.

La más joven le respondió:

—¡Oh, hermana mía, tengo miedo! Ya siento temblar la tierra.

¡Oh, Zohar! Oh, tú, cuya alma es ligera y la sangre dulce como la miel, ¿por qué no te basta con tu corazón? ¿Acaso ignoras que el peligro del amor reside en los humores que manan del cuerpo para dar nacimiento a los seres de la noche? ¡Oh, Masreya, pez nervioso con ojos de luz, escúchame! La amistad de un hermano es la base del mundo. ¿Qué es, pues, lo que os empuja a la mezcla de las carnes? Habríaís podido, hermano y hermana, gemelos perfectos, convertiros en rey y reina. Tal habría podido ser vuestro destino, de no haber caído en las garras de vuestra pasión por los licores viscosos. Oh, Zohar, oh, Masreya, niños mágicos, demasiado hermosos para el mundo, vuestro recuerdo antiguo de las aguas del vientre os ha velado el sol.

Tendido desnudo en el lecho, con el cabello pegoteado de amor, Zohar, tras recuperar el dominio de sí mismo, retomó la pregunta ácida que atormentaba su alma.

—¿Un regalo del rey? —quiso saber.

—¿Y de quién, si no? —dijo ella con un suspiro.

—¡Lo mataré!

¿Había enloquecido? Por supuesto, ella le recordó el papel que él mismo le había atribuido: el de seducir a Faruk para obtener la liberación de Niño. ¡Se había empleado a fondo, podía creerla! Su amigo saldría de la cárcel antes de fin de mes. Y no había sido tarea fácil. Ciertamente, el rey era omnipotente, pero de todos modos tenía que justificar las órdenes que daba... ¿Sabía Zohar que Niño había asumido responsabilidades en el seno de la Hermandad?... ¿Que la *mujabarat*, el servicio de inteligenciado consideraba un personaje peligroso, un fanático, susceptible de poner bombas o de arrastrar a los estudiantes al asalto de un cuartel inglés? En su ficha policial, incluso había podido leer esta frase: «Doctrinario acérrimo, todavía más intransigente por el hecho de ser inteligente e instruido». A esa clase de reos, demasiado

inteligentes para ser moderados, la Policía los estrangulaba con un cordón en su celda y los enviaba al fondo del río, en las proximidades de Asuán, para alimentar a las percas del Nilo.

Sin saber qué responder, Zohar agachó la cabeza.

—¿Había que llegar hasta ahí? —se lamentó—. Ahora resulta que te ama con locura, hasta el punto de obsequiarte una casa flotante en el Nilo y un descapotable americano.

Ella se encogió de hombros suspirando.

—¡*Toz* al coche americano y *toz* a su capota! —Y añadió—: *Toz* a ese rey de guiñol que cada día regresa más a la infancia.

Zohar sonrió. Masreya se reunió con él sobre aquellas sábanas todavía empapadas de sedosos humores. Y se abrazaron, dando vueltas imbricados, trenza de serpientes. Desnudos como el primer día, eran perfectos, ella con la piel tan morena en la parte inferior de la espalda que los pliegues se veían azules; él, de piel clara y casi completamente lampiño como un fenómeno. Su respiración era acompasada, un mismo aliento.

En aquel momento, sus corazones latían exactamente al unísono...

—¿Quieres casarte conmigo? —le preguntó Zohar.

Ella se sobresaltó.

—¿Cómo?

—Quiero decir... cuando hayas terminado con él. Me han dicho que no conserva a una mujer mucho tiempo.

—¡Estás loco!

—¿Por qué?

—¿Renegarías de tu fe?

—Tu dios, el mío..., también los casaremos. Y añadiremos a los otros..., a los señores, esos pequeños dioses tan poderosos a los que honran en barrios como Bab Zuweila, y también a todos los dioses de la tierra, si quieres...

—¡Los señores no son dioses, impío, eso solo son creencias de viejas!

Él prorrumpió en carcajadas.

—Somos Egipto. Tú eres la tierra, yo soy el río; yo soy la ciudad, tú eres el sol; yo soy el pasado, tú eres el futuro.

—¡Escúchame, pendejo...!

Se disponía a hablar, cuando de pronto Uahiba llamó con fuertes golpes a

la puerta del camarote.

—¡Señora!... Oh, señora...

—¿Qué ocurre? —exclamó ella con mal humor a través de la puerta.

—¡Se acercan coches por el camino, oh, señora! Muchos coches... ¡El rey, el rey!

Si lo encontraban allí, Zohar tenía muchas probabilidades de reunirse con su amigo Niño en una mazmorra. Ya se había puesto los pantalones. Con la camisa desabrochada, le dirigió una mirada interrogativa. Sin una palabra, ella le señaló una trampa en el suelo. Unos peldaños descendían hacia la bodega. Cayó rodando hasta el fondo, donde chocó contra una caja, luego se hundió en las entrañas del casco y se acuclilló al pie de un ojo de buey entreabierto. Oyó a Masreya salir al puente. Un hombre preguntaba por la señorita llamada Bent Jinane. «¡Soy yo, señoría!». El hombre le explicó que el rey se encontraba en su palacio de Montaza, en Alejandría, y le pedía que se reuniese con él sin demora. Su majestad tenía prisa.

Zohar aguardó a que Masreya volviera al camarote para levantar la trampa. Asomó la cabeza.

—¿Quieres casarte conmigo? —volvió a preguntarle.

Montaza

Lo dejó en la casa flotante, la *dahabiya*, extravagancia dorada, y Zohar se quedó tumbado entre las sábanas de raso, mirando al techo y fumando cigarrillos. Había oído arrancar el motor del Buick y a los militares ladrar órdenes para indicar a Abdú-la-Locura el lugar que debía ocupar en el convoy. Los motores de los vehículos zumbaban, graves, potentes, y los de las motocicletas, entrecortados, los enmarcaban como redobles de tambor. «¡Vamos!... ¡Vamos! El rey espera...». Y tataratá... Habría querido salir; se imaginó metralleta en mano, acribillando a aquellos saltimbanquis de uniforme. Tataratá... Y también atraer sobre ellos las iras del cielo, vociferar los terribles insultos que le quemaban la lengua. ¿Acaso no era el hijo de los señores? Sin embargo, siguió tendido y, con los ojos cerrados, los veía afanarse en el exterior, impacientarse esperando a Masreya, que no acababa nunca de acumular bulto tras bulto; que si la jaula de los pájaros, que si la sombrerera, los guantes blancos para las recepciones, el cuello de zorro dorado... Él daba caladas al cigarrillo como un poseso, y se contenía, y en su cabeza se apretujaban palabras desconocidas, palabras que jamás había pronunciado, en una lengua prohibida, la de Bab Zuweila... ¿Arabe? ¡No! Más bien una lengua del sur, la de los sudaneses, o la de los etíopes... Cuando la *kudiya* pronunciaba aquellas palabras extrañas, que esa noche le volvían en ráfagas, las llamas se elevaban crepitando, el cielo se cubría y la tierra empezaba a rugir. ¡Pues sí! Saldría, se plantaría ante ellos, desnudo, y

vociferaría esas palabras; la tierra vomitaría su lava humeante y sus coches arderían y serían engullidos por las tinieblas, del primero al último. Masreya se quedaría allí, en un mundo pacificado, sin soldados, sin rey, sin Egipto, desnuda como él, su hermana, su esposa... De nuevo estarían los dos solos en el mundo y se aplicarían al designar a los seres por su nombre.

Se incorporó bruscamente y asestó un puñetazo a la puerta del camarote, con todas sus fuerzas, con lo que provocó un agujero de bordes agrietados en la madera barnizada. Preocupada, Masreya había reaparecido; asomó el rostro por el resquicio de la puerta entreabierta y lo interrogó con la mirada. «¿Qué te ocurre?», le preguntó con un movimiento de cejas. Él se encogió de hombros, resignado, y moviendo apenas los labios musitó la misma pregunta:

—¿Quieres casarte conmigo?

Ella le envió un beso soplando en el hueco de la mano y desapareció. Zohar oyó cerrarse las puertas de golpe, animarse los motores, al capitán gritar: «¡Vamos!... ¡Vamos!». Entonces se puso boca abajo, hundió la cabeza en la almohada y en un instante se sumió en un sueño opaco.

Flanqueado por los motoristas, el Buick circulaba bamboleándose majestuoso a una velocidad irresponsable, tal vez a cien kilómetros por hora o incluso más. Adelantaron a golpes de claxon a enormes camiones militares, semirremolques que transportaban carros de asalto hacia el desierto occidental para hacer frente a los avances de Rommel. Cuando entraron en los suburbios de Alejandría, los primeros rayos del sol dibujaban en la calzada las sombras inmensas de las palmeras. En el asiento trasero, Masreya, con los ojos entrecerrados, dejaba que la brisa matutina le acariciase el rostro. En un recodo de la carretera, de repente divisó aquel castillo salido directamente de un cuento de hadas. El chofer, excitado, se volvió.

—¡Montaza, señora! Es el palacio del rey.

Ella abrió los ojos como platos. Surgió inmenso entre jardines que se perdían de vista, la fachada estaba sembrada de elegantes ojivas, los muros recorridos por arabescos de colores, las esquinas dibujaban un fino encaje de piedra. Se estremeció. Tanta belleza para ocultar a tantas desaparecidas, tantas

bellas durmientes del bosque...

—¡El palacio de los locos, en efecto!

Mientras el convoy reducía la velocidad para entrar en los jardines, un cañonazo sobresaltó a Masreya.

—¿Qué peligro se cierne sobre mí? —exclamó—. Abdú, ¿qué es eso?

—¡Es por usted, señora!

—¿Por mí? ¿De qué estás hablando? ¿Insinúas que tengo cara de soldado alemán?

—¡No sea ave de mal agüero, señora! Al contrario, es con el fin de hacerle los honores... El rey recibe a sus huéspedes de calidad con un cañonazo.

Los dos vehículos militares repletos de soldados habían desaparecido en las avenidas. Las motocicletas se habían separado, de dos en dos, y se encontraban a la entrada de las vegas; los motoristas, casco en mano, dirigían con la otra el saludo militar al Buick, que ahora avanzaba al paso. Surgida de ninguna parte, una fanfarria, compuesta de trompetas, fagotes y cornos, así como un enorme tambor, comenzó a tocar la estrofa del célebre dúo de Masreya y el divino Farid: «La vida es bella para quien quiere entenderla... La vida es bella. Si coges lo que se te da, ¡la vida es bella!».

Las lágrimas inundaron sus ojos. Si al menos su hermano, su verdadero rey, ese diablo de Gohar ebn Gohar, se encontrase allí para compartir su alegría... ¿Dónde estará en este momento? ¡Que Dios maldiga su fe!

El mayordomo abrió la portezuela, mientras un ejército de criados con librea corría ya hacia el maletero para descargar el equipaje. Entonces divisó al rey, que bajaba los peldaños de la escalinata. A su derecha, una mujer joven de rostro luminoso y con un peinado al estilo de Vivien Leigh, vestida con un sofisticado traje sastre —las rayas de la falda en negro y las de la chaqueta en blanco—, parecía salida de una película americana. A su izquierda, un hombre elegante, con traje oscuro y el brillante cabello separado por una raya rectilínea.

Sobrepasándolos una cabeza, Faruk, con traje de tres piezas y las sempiternas gafas de sol en la nariz, le tendía los brazos sonriente.

Masreya se volvió hacia Abdú, que con los ojos le indicó que avanzase. Se lanzó como una chiquilla, trepó los escasos escalones y se arrojó en brazos

del rey. La estrechó contra él, el enorme, el cálido, el inhumano, el sultán, el insultante, el ogro, el príncipe, el vampiro, el dispensador de favores, el maníaco, el comendador de los creyentes... La estrechó tan fuerte que creyó que se ahogaba. Entonces, volviéndose hacia la elegante joven que lo acompañaba, le dijo:

—Querida, te presento a la célebre Bent Jinane, la más prometedora de nuestras artistas. Es tan joven... En cierto modo, la he adoptado. —Y estrechó de nuevo a Masreya contra su pecho—. Te presento a Nazli Hanem, mi prima de Alejandría —añadió—. Y a su marido, Ornar Bey. Están pasando unos días de vacaciones en el palacio. Corre a refrescarte, nos vamos al mar.

Durante dos semanas fue la reina de su palacio. Siguiendo los consejos de Abdú, ni gobernó ni ordenó; ni exigió ni siquiera pidió. Radiante y alegre, y tranquila, y grave, y serena, a la hora en que la luna se retiraba, se imponía como señora del deseo.

El primer día pescaron atunes a lo largo de las costas, zigzagueando entre los destructores británicos. Faruk conducía la motora, cuyo puente estaba recubierto de madera barnizada, a la velocidad de los delfines. Se reía de los oficiales ingleses, que lo amenazaban con sus ametralladoras. Por la noche, después de la cena y la partida de póquer que los arrastraba más allá de las doce, en sus aposentos él se abandonaba a los sutiles dedos de Masreya. Al día siguiente, en las marismas, se pusieron a disparar a las codornices en las mismas narices de los comandos del Long Range Desert Group, lo que provocó que un coronel se presentara expresamente para pedir al rey que abandonase la zona militar. A lo que Faruk respondió en perfecto inglés: «Se recrean ustedes en mis tierras, mi joven amigo. Pida más bien a sus hombres que jueguen un poco más lejos mientras yo cazo. Espantan a las aves». Aquel monarca que desafiaba a los ingleses en el corazón de su dispositivo militar solo esperaba el momento de dejar a un lado la conciencia bajo la dirección de su reina de la noche.

Durante el día, ella se dejaba broncear al sol, y respondía con humildad a las preguntas de los invitados. Por la noche, de vez en cuando bailaba para ellos, y entonces aquellos ignorantes, aquellos ingenuos con los bolsillos repletos, comprendían lo que significaba el don, la facultad de abrir el corazón a las fuerzas de la tierra.

Masreya, misteriosa y límpida, sensual y severa, ligera como tu paso de baile, tú, cuyo nombre toma su profundidad de las palmeras del Delta, tú, la Egipcia, ¡tú eres Egipto! ¿Por qué trapacería del destino te has visto abandonada a un faraón en vías de momificación?

La prudencia de Masreya, ese silenciar los propios deseos que le había aconsejado Abdú-la-Locura, incitó al rey a confiarse. Abrió su corazón a aquella niña nacida vieja. Así, Faruk le habló de nuevo de su hermana, la divina Fawzia, a la que llamaba Wizy, aquella hermana cuya belleza había cruzado los mares. A la sazón la cantaban hasta en América... Portada de *Life*, clichés artísticos de los más grandes fotógrafos, entre ellos Cecil Beatón... Pues bien, él había podido observar a su marido, el insoportable sah de Persia, cuando viajó a El Cairo para presentar su petición de matrimonio. ¡Un demente!... El muy endemoniado había instalado a aquella mujer de belleza perfecta, su hermana, la sublime Wizy, en sus aposentos, y ya la primera noche había corrido a saciar su pasión con un hombre, su sirviente. ¡Sí! Un sarasa, eso es lo que era el supuesto emperador, que se dejaba coger a cuatro patas por sus criados... ¡Un adepto de Lot! Faruk le confesó que solo tenía una idea en la cabeza, por la mañana al levantarse y por la noche al acostarse: repatriar a la pobre Wizy. Masreya lo consolaba y, en sus momentos de extravío, él la llamaba «hermana mía».

Pocos días más tarde, el rey decidió organizar, en plena guerra del desierto, mientras los tanques del Octavo Ejército volaban en pedazos bajo los obuses de los terribles cañones del 88 de Rommel, un paseo en automóvil para visitar a la gente humilde de los oasis. En realidad, era en Libia donde la guerra causaba estragos, pero los campamentos británicos pululaban a lo largo de la frontera, y en especial en los alrededores de los oasis de Siwa o de Bahariya. Por la noche, cuando se reunía con Masreya, el rey se mostraba exultante: «Si me dejan vagar por el desierto, están ridiculizando su guerra; si me lo prohíben, levantarán en su contra al pueblo llano de Egipto». Y prorrumpía en unas carcajadas satánicas, el niño rey al que jamás habían prohibido nada excepto la masturbación —¡lo recordaba muy bien!— al principio de la adolescencia. Masreya trataba de disuadirlo: «¡Oh, rey mío, no! Creerán que pretendes espiarlos, transmitir sus posiciones a los alemanes. Recuerda los acontecimientos de febrero...». Él reía a mandíbula abierta y

sacaba pecho ante su amada: «¡Soy Faruk, rey de Egipto y de Sudán! ¿Tienes idea de lo que significa mi nombre? Faruk... El que separa... la verdad de la mentira, el bien del mal. ¡Lo que yo digo es la verdad! Lo que hago está bien hecho». ¡Oh, locura de los poderosos, que no saben retroceder cuando la muerte los persigue! Masreya calmaba su excitación acariciándolo. La escena era idéntica, salida del rito antiguo de las divinidades. Él se ofrecía desnudo, cachalote varado entre sábanas de seda, y ella se aplicaba a resucitar su sexo, con las manos, los pies, la boca, trabándolo y destrabándolo, aprisionándolo y liberándolo... Siempre lo lograba; y él la llamaba maga.

Un hombre llegó en plena noche a palacio. Cruzó la verja en bicicleta y fue detenido de inmediato por la guardia real; sin embargo, cuando mostró una nota escrita de su puño y letra por el mayordomo del rey, corrieron a avisar a Faruk. El rey lo recibió en el acto en su despacho. ¿Quién era aquel desconocido, flaco como una garza, con su uniforme ajado, bonita nariz aguileña y la tez color tierra quemada de las gentes del sur? Quienes lo habían visto deambular por los pasillos contaban que parecía acorralado y miraba sin cesar a su espalda. ¿Acaso lo perseguían los ingleses?

Al día siguiente Faruk anunció al comandante británico que renunciaba a su proyecto de hacer un *rally* por el desierto, pero que insistía en visitar el oasis de Siwa. Deseaba permitir a Masreya sumergirse en las fuentes donde antaño se había bañado el gran Alejandro. Los ingleses, contentos de evitar una nueva crisis, autorizaron la expedición, a condición de que implicase un único vehículo. El rey, que de pronto se había vuelto razonable, les aseguró que solo serían dos personas, su invitada y él. Muy alegre, se puso a bromear sobre cualquier cosa, a tomar docenas de refrescos con sabor a naranja y a picotear continuamente pistachos que se sacaba del bolsillo a puñados. Su prima, que lo conocía bien, susurró a Masreya: «¡Algo está tramando!... Diría que prepara alguna trastada. Recuerdo el día en que abatió de un escopetazo al perro del guarda. Ni siquiera teníamos diez años... Exhibía la misma expresión».

La noche anterior a su viaje al desierto, más excitado que de costumbre, Faruk metió prisas a Masreya: «¿Crees que te pago para que te pases la vida frente al espejo?». Ella no respondió. La llamó por su nombre. Silencio... Entró como una exhalación. Mientras se ponía el batín, oyó cerrar de un

portazo; se había ido. Vagó por el pasillo vociferando como un poseso. «¿Dónde está esa puta? ¿Dónde se esconde la Egipcia?». Bajó corriendo la escalinata seguido de la guardia en armas. Había desaparecido. Despertó a los doscientos sirvientes, militares, doncellas, y les ordenó que corrieran a buscarla desde los sótanos hasta los desvanes. Iluminaron las estancias. Registraron hasta el menor rincón y recoveco del palacio, recorrieron el jardín blandiendo linternas, llamaron, suplicaron, amenazaron. Varios automóviles partieron en su busca a lo largo de la carretera, otros traquetearon por la arena en dirección a la playa. Masreya se había desvanecido en la noche. A las cuatro de la madrugada, empapado en sudor, Faruk reunió de nuevo a su personal para colmarlos de insultos: «¡Idiotas, retrasados, incapaces!... ¡Y pensar que os mantengo a todos, hatajo de imbéciles! Cuando uno cría animales, obtiene beneficios a cambio, leche, carne... De vosotros no saco nada. ¡Nada! Sois unos parásitos». Y subió de nuevo la escalinata, triste y con la cabeza gacha. Solo el pequeño botones se atrevió a levantar la suya. Entonces exclamó, señalándola con el dedo: «¡Mirad! ¡Ahí está la diablesa!».

¿Cómo había podido escapar al registro sistemático del palacio? Las mujeres empezaron que si esto, que si lo otro... «¡Que se haga según vuestra ley, oh, señores!». No, no se había escondido, se había limitado a atravesar las paredes, algo que a los seres de la noche les resulta fácil. «¿Habéis visto cómo baila? —insinuó una, con aire de entendida—. Ninguna hija de Adán puede enroscarse así sobre sí misma como una serpiente...». Otra añadió: «En el nombre de Dios, yo la he visto con mis propios ojos encenderse como una cerilla. Se quemaba y estaba ilesa; y cuanto más ardía, más hermosa estaba, la morena». Las mujeres, llenas de espanto por haberse codeado con una hechicera, exclamaron: «¡Que la desgracia caiga sobre nosotras!». Sin embargo, el rey, hipnotizado, corrió hacia ella como un perro que divisa a su amo. «Mirad —murmuró una mujer—, mirad cómo se rebaja». Otra le susurró: «Utiliza una pomada negra, una especie de unguento con el que le unta el sexo. Lo prepara en el balcón las noches de luna llena... ¡Yo la he visto!».

Faruk estaba ya en el descansillo, casi sin resuello.

—¡Oh, regalo mío, oh, mi dulzura! ¿Te da miedo mi vozarrón? Ven, te regalaré el más bello aderezo para hacerme perdonar...

Aquel faraón con corazón de sexo no le hizo pregunta alguna. Lo único que

quería era que se apoderase de él como solo ella sabía hacerlo; cerraría los ojos, ella lo tomaría y él volvería a renacer. Con el fin de apaciguarla, se confió a ella; sabía que le gustaba oírlo hablar de los asuntos del reino.

—¿Sabes a quién recibí anoche?... El hombre que se presentó en palacio..., ¿sabes quién era?

—¡No! ¿Cómo iba a saberlo?

—Figúrate, hay cientos como él que están hartos de los ingleses, y dispuestos a tomar las armas para defender el honor de su rey y la independencia de su país. El que anoche apareció por aquí se llama Anuar. Forma parte de un grupo de oficiales que trabajan por un acercamiento entre el ejército egipcio y el ejército alemán.

—¿Está en relación con los alemanes? —se sorprendió Masreya—. ¿Resulta prudente, oh, mi rey, tomar partido por uno de los ejércitos en guerra? ¿Acaso hasta ahora no has velado por mantener la neutralidad de Egipto? ¿Y si Rommel no atacase?... ¿Y si perdiera la batalla?

—¡Por eso hay que ayudarlo! ¿Sabes?, la política es complicada. Lo que dices, e incluso lo contrario, no debes hacerlo, y lo que haces, sobre todo no debes decirlo... Llevaré a Anuar con nosotros al desierto. Lo haré pasar por mi chofer. Él sabrá localizar las posiciones inglesas y transmitir esa información a los alemanes... Es un especialista.

De manera que ese era su plan..., hacer pasar al oficial de enlace de los militares rebeldes por su chofer..., eso era lo que lo regocijaba y excitaba al mismo tiempo. Su prima tenía razón, el niño rey se preparaba para una nueva travesura, pero esta vez comprometía al país entero. Sintió miedo por su hermano, su gemelo, su Gohar ebn Gohar... Si los alemanes llegaban a ocupar Egipto, perseguirían a los judíos, los matarían o los deportarían muy lejos, al corazón de las heladas estepas. Y ella perdería a su doble, su aliento, su alma, su amor...

—¡No harás eso, oh, rey mío! —exclamó, esforzándose por mantener la calma—. ¡Es demasiado peligroso! No vas a llevar a Anuar...

Entonces él se tendió desnudo en el lecho y le pidió:

—¡Ven! ¡Tómame! Haz lo que sabes hacer.

No durmieron más de dos horas. El sol ya quemaba cuando ambos se acomodaron en el asiento trasero del Cadillac rojo. Anuar, con un flamante

uniforme, llevaba el volante. Faruk estaba de un humor festivo. Posó la mano en el hombro de su nuevo chofer.

—Que tu mañana rebose bondad, oh, Anuar, el bienaventurado...

El hombre se volvió. Cierta elegancia, piel oscura, hermoso rostro, grandes ojos de asombro y un fino bigote que le daba un leve aire británico.

—¡Oh, rey mío! Que tu mañana ilumine el mundo, tú, cuyo resplandor se iguala al del astro rey.

Tras dirigir una mirada furtiva a Masreya, bajó la vista, respetuoso con los preceptos de la religión, y tomó la carretera del oeste.

Una vez fuera de Alejandría, empezaron bordeando el litoral e hicieron un primer alto en Damanhur, no lejos del pueblo de la familia de Masreya. Faruk se sintió feliz de aparecer como un desconocido entre los campesinos del Delta, de sentarse, sorber una gaseosa, charlar en un café de aquella pequeña ciudad de una provincia remota. Los lugareños sentían pavor cuando de pronto descubrían que se hallaban en presencia del rey. Y la consiguiente alegría de pilluelo por su parte... Cuando abandonaron la plaza, cientos de personas se apiñaban alrededor de su coche gritando: «¡Viva Faruk!». Faruk I, el rey que no vacilaba en aventurarse bajo las bombas para recabar noticias de su pueblo. Él reía...

—Como ves, mi mera presencia los hace dichosos...

Al ver que Masreya permanecía silenciosa, insistió:

—¿Y bien, no dices nada?

Entonces ella respondió:

—Tu presencia les resulta dulce, oh, mi rey; es tu ausencia la que les es dolorosa.

A lo largo de la carretera, legiones de soldados se replegaban bajo el ramaje de sus armas; cohortes de camiones, con los motores como leones rugiendo entre nubes de arena; carros de asalto, elefantes mecánicos con trompa de fuego y cañones a centenares, innumerables sexos erectos de los dragones de la muerte. Faruk conocía cada modelo de fusil, cada marca de camión, el origen de cada blindado, y Anuar tomaba fotografías con su minúscula cámara Minox.

En El Alamein, la bien nombrada, «los dos estandartes», «los dos mundos», el lugar preciso donde Occidente se enfrenta con Oriente; en Sidi

Abd el Rahman, en la morada de un santo pluricentenario, que clavaba la vista en ellos desde el fondo de su tumba... Anuar tomaba nota febrilmente del emplazamiento de los aeródromos y las reservas de carburante.

En Marsa Matruh abandonaron la costa para adentrarse en las dunas, hermosos senos de mujer, hasta el infinito, que un gigante acaricia todo el día, toda la noche, entre silbidos. Casi les era imposible perderse, los seguía un bimotor de la aviación egipcia que los sobrevolaba cada tres horas, momento en que les arrojaba en paracaídas agua, víveres y refrescos helados. Al día siguiente, a media jornada, llegaron a Siwa, cuya presencia se anunciaba desde hacía largo rato por el vuelo de los pájaros. Solo se encontraban a unos veinte kilómetros de la frontera libia. Calor infernal, inmensidad de la que emergían fragmentos de esqueletos de dromedarios y chapas oxidadas de camión, caos de guijarros y casuchas de tierra batida, todo del mismo color amarillo polvoriento... Hasta el propio coche real, el Cadillac rojo, había adquirido ese color, ya casi convertido en estatua de arena. Masreya se estremeció.

—¿Esto sigue siendo tierra de humanos?

—¡Allí! —exclamó Anuar.

Un camino estrecho... Primero oyeron un salto de agua muy próximo. De pronto, bruscamente surgida del suelo, una palmera, luego otra; palmeras, un verdadero bosque de palmeras. Y en el corazón, un estanque, una especie de piscina, construida en tiempos anteriores al tiempo... Allí, agua burbujeante en perpetuo movimiento. Solemnidad del instante en que sintieron al ser surgir del no ser, la vida del fondo de las arenas... Faruk era creyente, aunque sin duda a su manera, egocéntrica, supersticiosa, desordenada. Se acercó al agua, hizo sus abluciones, se prosternó y se puso a rezar. Anuar se arrodilló a su lado y rezó también. A la salida del bosque divisaron un mar —¡sí, un mar!— en pleno desierto, un gran lago, con una isla de guijarros en el centro y palmeras en la orilla, también ruinas muy antiguas... Allí habían vivido hombres que habían prosperado gracias al vivac de las caravanas, hombres para quienes cada piedra correspondía a una estrella. Existieron esos hombres de antes, de los que no se sabe nada; luego los hombres de la época de los Ramsés, que ya acogían a los soldados, unas veces a los de Levante y otras a los de Occidente; esos mismos hombres del desierto que hoy albergaban a los

soldados del Octavo Ejército, y tal vez mañana a los del Afrikakorps. Bienaventurado pueblo de los oasis, a veces ladrón, en ocasiones pródigo, que siempre se enriquecía con objetos, canciones y palabras nuevas.

En efecto, aquellos pastores, cazadores, un poco agricultores, pero sobre todo bandidos y poetas, cantaban. Para su rey, oro al que solo habían visto en efígie en los billetes de banco, sacaron los grandes tambores de piel de gacela y los violines de una sola cuerda, y se entregaron a un concurso de improvisaciones. Los visitantes no captaban a la perfección su lengua, sin duda árabe, pero con palabras extrañas, llegadas de otra parte o de tiempos antiguos. Aquellos hombres cantaban al soberano de Egipto, faraón y señor de los carros, y describían en verso la belleza de la mujer que lo acompañaba y la gracia de su chofer, cuya pipa exhalaba un permanente incienso de resina. Y predijeron, no para el rey, ni para la mujer, sino para el chofer, un destino digno de los dioses antiguos. Él, el subalterno, un día subiría al trono, sería un gran rey, restablecería el panteón, el lugar de los cien dioses, y desaparecería en un día, con un crepitar de fuego. Anuar se ensombreció; creía en las predicciones de los adivinos.

Bebieron leche de camella fermentada y, cuando la música invadió el espacio, Masreya bailó para ellos. Se irguió, cuerpo de diosa, velos rojos sobre su piel oscura... «¡Ah, no hay duda de que es el rey de Egipto!», exclamaron los hombres, fascinados por tanta belleza.

Oh, rey de los dos Egiptos, mira cómo el desierto, ese lugar donde el alimento siempre constituye un regalo, permite la eclosión de la belleza, mientras que los palacios de abundancia cultivan la fealdad...

Cuando se hicieron amigos, los de la ciudad en el infinito y los del desierto, los hombres guiaron a Anuar hasta la compañía de blindados australianos camuflados en el corazón del bosque de palmeras. Y él siguió haciendo fotografías... hasta agotar la totalidad de los microcarretes de la Minox.

Faruk estaba de pie esperando a que Masreya, con un velo rojo sobre los hombros, tomara asiento en los cojines de fieltro. Desde lo alto de sus dos metros de estatura, envuelto de pies a cabeza con pliegues de tela, el hombre había servido el té, más negro que el café y más dulce que la miel, primero al rey y luego a la favorita. Y se había retirado a lo lejos, detrás de una duna. En

el desierto, los seres aparecen y se desvanecen en un instante.

En aquel salón improvisado, hablaron.

—Quería enseñarte Egipto en sus fronteras. ¡Ya lo has visto! Deseaba verte bailar con la arena y el sol como decorado. He puesto celosas a las gacelas...

Y Masreya, con la elegancia del viento, dijo en voz baja, enfatizando las palabras:

—Serás un gran rey si te olvidas; serás olvidado si te crees grande...

Un ruido vino a interrumpirla. A lo lejos, los buitres habían sido los primeros en oírlo. Irguieron la cabeza, agitaron las alas con movimientos desordenados y emprendieron el vuelo, uno, luego dos, después otros. Todos habían llegado al cielo cuando la bruma empezó a rugir y la tierra a vibrar. Apareció en el cielo, a lo lejos, una enorme ballena cabeceando en la superficie de las dunas.

—¡Armstrong Abermarle! —exclamó Faruk.

Y al ver la expresión de sorpresa de Masreya, precisó:

—El avión es un AW 41 Abermarle.

El ruido se volvió terrible, un trueno de tormenta. Un viento llegado del horizonte crepitaba en las mejillas, en los oídos, en los ojos. Luego se oyó suplicar a las chapas, al caucho de los neumáticos someterse a las piedras y a los objetos bambolearse. El bimotor tocó tierra en medio de una niebla amarilla y rodó largo rato, alejándose hasta el límite extremo de la pista de arena, dio media vuelta y volvió hasta el pie de las miserables construcciones de tierra chisporroteando.

Las hélices se movían impacientes. El viaje acabaría allí. La chatarra temblaba; los hombres, pajarillos hambrientos de amor, daban vueltas alrededor de la carlinga humeante, la madre de alas desplegadas. Se disponían a embarcar en dirección a El Cairo. Dos militares, que habían bajado del avión, conducirían el coche hasta el palacio de Abdine. Las vacaciones de Alejandría, en el palacio feérico de Montaza, así como la expedición al desierto, llegarían a su fin en el mismo instante en que el rey franquease la puerta del avión; ella lo sabía.

—¡Oh, mi rey, oh, señor!

Se volvió hacia ella con un solo movimiento.

—¡Tu palabra es una caricia para mí, princesa! Ordena, es mi placer...

—Oh, mi señor, hace meses que te hablé del amigo de mi hermano encerrado en la cárcel para extranjeros. ¿Vas a hacerme creer que el rey de Egipto y de Sudán no puede imponerse a los sombríos carceleros de la calle Nazli?

Y se volvió para ocultar un sollozo.

—¡Por mi cabeza! —juró el rey—. ¿Me oyes? ¡Por mis ojos, por mi alma! ¡Mañana mismo! El sol no se pondrá antes de que el amigo de tu hermano, ese desdichado, regrese a comer a la mesa familiar.

Ella se volvió con los ojos enrojecidos, se arrodilló ante él y le besó la mano. Los hombres del desierto dispararon al aire con sus carabinas. Sus mujeres hurgaron en su garganta para extraer de ella los yuyus de las fiestas, los más agudos. Se habría dicho que a lo lejos los chacales les respondían. Tal vez solo se tratase del eco de su alegría, reverberada por la inmensidad.

De vuelta del oasis de Siwa, el avión aterrizó en una pista militar, en Heluan, un suburbio elegante de El Cairo. El embajador, *sir* Miles Lampson, se encontraba al pie de la pasarela, ocultando la vista al primer ministro egipcio, Mustafá el Nahhas, que iba acompañado de sus ministros. Un batallón de las fuerzas especiales británicas había rodeado el aparato, prohibiendo a quien fuese que se acercara. Faruk salió el primero, con pantalones de *sport* blancos, polo de tenis, sonriente y con la mano en alto para saludar al pueblo... Cuando sus ojos se acostumbraron al sol, percibió aquel bosque de cascos ingleses en forma de cacerola. Asustado, retrocedió un paso. El embajador lo saludó con una sonrisa de satisfacción que no auguraba nada bueno.

—¡Feliz de tenerlo de regreso, majestad!

—¿Qué significa esto? —exclamó Faruk, furioso—. ¿Un secuestro?

—¡Desde luego que no! —lo tranquilizó el embajador—. Podrá dirigirse a su palacio a su guisa, siempre que acceda a ser registrado.

Encendido de ira, el rey miró a su alrededor. Ni un solo soldado egipcio, ni siquiera sus guardias albaneses, que no lo habían acompañado en el viaje ni

habían acudido a recibirlo. Hasta sus ministros, aquellos ineptos designados por los ingleses, se mantenían al margen. Estaba solo.

—¡Aquí no! —rezongó el rey, resignado.

—¿Prefiere subir de nuevo al avión para que procedamos al registro? —preguntó Lampson.

Contrariado, con gesto de desafío, dio la vuelta a los bolsillos de los pantalones con mal humor; solo contenían un puñado de pistachos, que se desperdigaron por el suelo en una granizada fútil. Luego avanzó, abriéndose paso a grandes zancadas por en medio del batallón, con la cabeza bien alta.

Sin embargo, los ingleses registraron el avión. Descubrieron la Minox y los carretes ocultos en el doble fondo de una bolsa de viaje, y también documentos que demostraban los contactos con agentes de la Abwehr, el servicio de inteligencia alemán, junto con una lista de nombres de oficiales y octavillas llamando a la lucha contra el ocupante. Anuar fue encarcelado, juzgado y condenado a una larga pena de cárcel. Masreya, conducida al Estado Mayor de Kasr el Dohara, fue sometida a un prolongado interrogatorio, y no la soltaron hasta al cabo de dos días. El oficial de inteligencia la trató como a una cortesana, alternando bromas lascivas sobre la sexualidad de Faruk con amenazas de encarcelamiento. Desamparada, la bella egipcia acabó por confesar su pensamiento a aquel hombre que se mostraba insensible a su encanto, un inglés: «¿Por qué se agita de ese modo? ¡No tema nada! No serán expulsados de Egipto por los hombres, ¡sino por los dioses!».

En cuanto al rey, su humillación le había resultado dolorosa; tras la rabia llegó el momento de la amargura. Entristecido, se hizo caro de ver, evitando las ceremonias a las que asistían los ingleses, y se volvió avaro en sus habituales juegos de palabras y sus estallidos de risa. Frecuentaba cada vez más la mezquita. Y cuando aparecía en público, cuidaba de que fuese en familia, acompañado de su esposa, la reina Farida, y de sus hijas.

El asunto del aeródromo de Heluan permaneció secreto; a todos les interesaba guardar silencio al respecto. No obstante, los rescoldos subsistían bajo las cenizas. Los ingleses creían tener atrapado a Faruk, quien, temiendo que airearan sus calaveradas amorosas, rumiaba en silencio su venganza.

Calle Reine-Nazli

El 10 de noviembre de 1942, un día fresco y luminoso, Niño, eremita de galabiya mugrienta, con un hatillo de ropa al hombro, salía de la cárcel. Había pasado casi un año en aquel calabozo medieval, en el que dejaba a una rata domesticada. Podía recitar de memoria la totalidad del Corán, lucía sobre el pecho una barba de faquir y en la frente la callosidad de los rezadores que los egipcios denominan con humor *zbiba*, «la pasa».

Arrastrando los pies descalzos por la arena de la acera, avanzaba parpadeando, asustado por la agitación de la calle. Joe lo esperaba.

—¡Eh!... ¡Oh, Niño! ¿Adónde vas así...?

Niño se detuvo, arrugando los ojos de miope.

—¡Anda, sube! Soy yo, Joe, tu amigo, tu socio...

Apenas acomodado en el asiento, Niño le preguntó:

—¿No es la hora de la oración, hermano? Llévame primero a la mezquita...

El verano del 42 había sido el de El Alamein. Durante meses, los egipcios habían repetido incansablemente el nombre de ese pequeño puerto. El Alamein llenaba la primera plana de los periódicos, crepitaba en las emisoras de radio, acompañaba las imágenes de tanques hundiéndose en las zanjas en los noticiarios de los cines. Algunos lo cantaban con esperanza: «¡Vamos, oh, Rommel! ¡Demuéstrales tu fuerza!». Desde el fondo de su celda, Niño había sido de esos. Para otros, la palabra acarreaba una angustia de fin del mundo.

En cuestión de pocas semanas, se decían, El Alamein caería; los alemanes tomarían Alejandría, varios días después El Cairo... La moral estaba tan por los suelos que en el mes de julio los británicos enviaban a sus esposas a Palestina o a Irak y los judíos examinaban los mapas en busca de un destino. ¿Jerusalén?... ¿Y por cuánto tiempo? ¿América, entonces?, que había cerrado casi por completo sus puertas... ¿Más lejos, Australia? O al quinto pino... ¿A quién se dirigirían para obtener un visado, ahora que se habían convertido en chusma planetaria, sin nacionalidad?

El Alamein, palabra que significa «los dos mundos»... ¿Los que se enfrentaban en un apocalipsis mundial?... ¿O bien los que se ofrecían como alternativa a Egipto, que tendría que elegir entre un futuro europeo y la sedición árabe contra Occidente?

El calor había sido tórrido; el asfalto se derretía bajo los neumáticos de los coches. Paralizados por la espera, los cairotas habían olvidado el veraneo en Alejandría o en Ras el Barr, tan cerca del canal, objetivo prioritario de las fuerzas del Eje.

Faruk no había convocado ni una sola vez a Masreya a sus palacios, ni había ido a visitarla a la isla de Roda o a la *dahabiya*. Era como si la hubiera olvidado. ¿Tal vez su recuerdo, confundido con la humillación que le había infligido el embajador Lampson en el aeródromo de Heluan —¡malditos ingleses!—, se le había hecho odioso? Aquel rey niño era así, exhibía sus instintos a modo de condecoraciones, confundiendo sus deseos con las necesidades del país.

Extraño verano... Los milanos permanecían inmóviles en el cénit, el tiempo parecía haberse detenido, no soplabla la menor brisa; todo el mundo miraba sin cesar a su espalda y se sobresaltaba al menor ruido, hasta el más familiar, que hacía trizas el alma como una explosión.

Masreya recibía a Zohar todas las noches en su casa flotante. Y todas las noches, después de hacer el amor, Zohar le pedía que se casara con él. Antes de dormirse, ella murmuraba: «Déjame pensarlo, mañana te contesto». Pero por la mañana las palabras de amor se habían disipado. Como reza el proverbio: «Las palabras de la noche están hechas de mantequilla; se derriten con el primer sol». Masreya no volvía a pensar en ello en todo el día, hasta la noche, cuando él aparecía a su lado, sin un ruido: «No te he oído. ¿Por dónde

demonios has entrado? ¿Acaso atraviesas las paredes como un *guenn*?». Durante aquel verano, Masreya, la Egiptia, no estaba «ni casada ni divorciada», sino en suspenso, igual que su país.

Mientras conducía, Joe le iba contando y Niño miraba la calle fascinado. Los militares británicos, achispados, con el cigarrillo en el pico... Apretó los dientes y los puños. «¿Por qué comparas a Churchill con un león, eh? ¡No es más que un perro! Un perro imperialista, el origen de todas nuestras desgracias». Joe no tenía las menores ganas de pelearse. En ese momento estaba dispuesto a todo. Contemplaba conmovido el rostro demacrado de Niño, sus delgados brazos, los dedos de uñas ennegrecidas y los ojos que la desesperación había hundido, dos perlas tenebrosas en el fondo de sendos barrancos. «¿Has perdido las gafas?», le preguntó. Niño tardó un tiempo infinito en responder: «Un guardia las aplastó con el talón el primer día... Pero ¡qué más da! ¿Acaso crees que existe una sola cosa en este mundo que merezca ser contemplada?».

El 31 de agosto estalló la noticia, aterradora, pero también tranquilizadora, como el primer trueno tras un día de canícula. Rommel lanzaba el ataque, el grande, el último; sus jaurías de *panzers* subían al asalto de El Alamein. Todos se interpelaban en plena calle: «¿Alguna noticia del frente?». Los rumores reptaban por la ciudad cual serpientes. Al parecer, Rommel había quebrado las defensas británicas; los primeros sidecares alemanes habrían sido vistos en los suburbios de Alejandría, y se ensalzaba la belleza de los combatientes rubios, bronceados por el sol, que regalaban chocolate y caramelos a los niños de los pueblos... La angustia aumentaba. La de no saber, pero también la de saber demasiado bien la suerte que correrían algunos. Tensión, inquietud, esperanza...

«La fábrica siempre estaba llena —contaba Joe—. Vendíamos agua azul por cajas enteras, tal era el temor de los clientes a quedarse sin reservas». Niño se volvió bruscamente: «¿El agua azul?... ¿Qué agua azul?». ¿Acaso había olvidado hasta el nombre del licor que había labrado su fortuna? «¡Sí, hombre! El agua azul, el ron de los tres judíos, la transpiración de Haret el Yahud...». Niño hizo una mueca y murmuró un conjuro en el que se podía reconocer a los perros y los cerdos, asociados con la palabra «judío». Joe hizo como que no había oído nada: «No hay motivo de queja. Cuanto más

hacen la guerra los rubios a los pelirrojos, más monedas de oro van a parar a nuestras cajas». Luego añadió: «¡Has ganado mucho dinero, amigo mío! ¡Maldito afortunado! Como en la cárcel no has tenido ningún gasto... —Apoyó una mano en su muslo—. Condenado Niño, jamás una risa, pero siempre el cerebro a cien por hora».

—¡Ya no me llamo Niño! —le dijo el otro apartándole la mano.

Su respuesta fue como un jarro de agua fría.

—¿No me digas?... ¿Y cómo te llamas ahora? ¿Abraham? Ese es tu verdadero nombre, ¿me equivoco?

—¡Abu l'Harb! A partir de ahora me llamarás Abu l'Harb.

Abu l'Harb... «El padre de la guerra». ¿En qué demonios andaba metido aquel chiflado? Un escalofrío recorrió a Joe. Decían que en prisión algunos se volvían locos. Ignoraba que en la Hermandad atribuían seudónimos a aquellos que habían hecho voto de luchar hasta el sacrificio de su vida. Una vez más, evitó el conflicto. Después de todo, los egipcios son levantinos y saben que el enfrentamiento se nutre de su explicitación.

—¿Qué te estaba contando?... ¡Ah, sí! Hace una semana los ingleses hicieron desfilar a cientos de prisioneros por las calles de El Cairo. Y los egipcios se acercaban a ellos, los tocaban... Más tarde corrió el rumor de que se trataba de un simulacro, que los ingleses habían vestido a sus propios soldados con uniformes alemanes para ocultar su derrota.

—¡Los ingleses son unos embusteros! —rezongó Niño.

Sin embargo, aquel 10 de noviembre, Montgomery había derrotado al Afrikakorps de Rommel y los «caras rojas» se pavoneaban. Las banderas ondeaban en los edificios, los soldados habían invadido las terrazas de los cafés. Por doquier se cruzaban con coches que tocaban el claxon llenos de alegría.

Los restaurantes se hallaban de nuevo hasta los topes. Por las ventanas escapaba una música rítmica y las copas de los hombres giraban, obscenas, y los traseros de las mujeres se contoneaban como a las puertas del infierno...

Niño mantenía la mirada baja, moviendo los dedos sin cesar en una especie de extraño automatismo. Joe, el amigo, el fiel rival, el hermano y el adversario, intentaba devolver el alma de Niño a la vida..., a su vida de antaño, de despreocupación y sol, de ternura y risas.

—¿Te acuerdas de Kathleen?... ¡Sí, hombre! ¡La inglesa con unos senos como melones! No sé cuántas noches pasaste con ella...

—También el Profeta conoció la indecencia antes de ser llamado. Gracias a Dios, las oraciones han purificado mi memoria.

Niño se escurrió con su paso de profeta por las callejuelas que bordeaban la gran mezquita. Joe se impacientaba tamborileando una tonada de charleston en la baquelita del volante. Un grupo de chiquillos se aferraron al vehículo y se subieron al estribo preguntando: «¿Es un coche de carreras, señor?... ¿Corre más que el tranvía?». Joe les tomó el pelo: «No es un coche de carreras, idiota, es un avión. Mira, si acelero, emprenderá el vuelo hacia el cielo...». E hizo rugir el motor al tiempo que les señalaba el firmamento. Ellos miraron su dedo y se desternillaron de risa.

Niño volvió de la mezquita acompañado de un hombre de elevada estatura, corpulento, con traje gris, camisa blanca y barba recortada. El hombre señaló el automóvil con el dedo meneando la cabeza con reprobación y acto seguido entregó a Niño un paquete del tamaño de una caja de zapatos envuelto con papel de periódico. Niño escuchaba con la cabeza agachada; el otro multiplicaba las miradas inquietas. Finalmente, se abrazaron y se dieron un largo apretón de manos.

—¿Estás mejor? —le preguntó Joe cuando subió al coche.

No respondió. Sacó del paquete un rosario de madera y empezó a pasar las cuentas. Joe le miraba fascinado los dedos, que separaban, reagrupaban, contaban y recontaban las diminutas bolas, y lo oyó murmurar palabras en árabe, entre las que reconoció *bismillah*, «en el nombre de Dios», así como algunas otras donde se mencionaba sin cesar el nombre de Dios.

—¿Qué me estás preguntando? —acabó por responder Niño—. ¿Si rezar sienta bien? Una vez terminada la oración, solo piensas en la siguiente... ¡En nada más! ¿Lo entiendes?

—¿Si lo entiendo?... Sí... No... No lo entiendo... ¡No lo sé! —concluyó Joe, decidido a evitar la confrontación.

Sin embargo, cuando lo vio sacar el revólver del paquete y metérselo en el bolsillo de la galabiya, no pudo contenerse. Agarrándolo de la manga, le preguntó:

—¿Qué pasa, Niño?... ¡A fe mía que te has vuelto loco! No pensarás

cometer ninguna estupidez, al menos... ¿O crees que a Dios le complace verte armado como un bandido? En una mano el rosario y en la otra el revólver... ¿Es eso?... ¿En eso consiste creer en Dios?

Niño se volvió hacia él con los ojos desorbitados e inyectados en sangre.

—¡Dios está en todas partes! ¿Qué puedes comprender tú, hijo del diablo, si naciste entre sedas y jamás has tocado otra cosa que objetos hechos del oro del Shaitán?

No gritaba, no. La voz le salía de las entrañas, grave, ronca. Pero su determinación resultaba aterradora. Con un solo movimiento, se sacó el revólver del bolsillo y hundió el cañón en las costillas de Joe.

—¡Está aquí! —añadió amenazador—, aquí, en esta arma. Dios es esta arma cuando limpia el mundo de quienes lo mancillan. Dios está en la bala que te atravesará la piel para arrancarte en un instante ese hálito de vida que no mereces. Dios existe por tu muerte..., ¡por la muerte de todo impío!

Luego amartilló el revólver. Por un instante, Joe creyó que iba a disparar. Frenó bruscamente y estacionó el coche, levantando una nube de polvo. Entonces se volvió hacia él.

—¡Niño! —exclamó—. ¡Guarda eso!

El otro seguía con mirada de loco.

—¡Guárdalo! ¡Olvida todo eso! Es como una pesadilla. Se acabó... Yo no soy tu enemigo. Soy Joe..., Joe di Reggio, ¿recuerdas? Un judío como tú. Nos gustan las bromas y el anisete muy helado. Nos gustan el sol y las chicas bonitas, con la cintura bien ceñida y senos como melones, y para nosotros no hay nada mejor que una zambullida en la piscina del Sporting o en el Club Shell. ¡Joe!... ¿No recuerdas los largos que hacíamos en la piscina? Siempre me ganabas, granuja, con diferencia. Podías hacer diez de un tirón.

Ante el silencio obstinado de Niño, prosiguió:

—¿Has pensado en los tuyos, en tu familia? Todos los días, me lo ha contado, tu madre se lleva tu imagen a los ojos, desde que se levanta hasta que se acuesta, y encima, por la noche sueña contigo, contigo, siempre contigo. ¡Vamos! No habrás olvidado sus *belehat*... Nadie sabe cocinar como ella las albóndigas de carne con comino. ¿Y tus hermanas?... Te están esperando. Desde que se enteraron de que te habían metido en la cárcel, se mantienen detrás de la puerta, sobresaltándose al menor ruido de pasos en la escalera.

Créeme, no les ha faltado de nada. Desde que lamentablemente tuviste que ausentarte, que Dios nos guarde, no hay semana en que no me pase por allí para tranquilizarlas, para apoyarlas... Haz el favor de guardar ese pistolón, pareces un demente.

Niño terminó por bajar el percutor del revólver. Le temblaba la mano. Con las mandíbulas crispadas y voz trémula, acabó soltando:

—¡No vuelvas a hablarme de Dios!... ¡Jamás!

Dicho esto, abrió la portezuela e hizo amago de apearse.

—Pero ¿se puede saber adónde vas?

Niño se volvió y miró a Joe de hito en hito sin responder.

—¡Anda! Cierra la portezuela. Vamos a buscar a Zohar. Nos espera en un lugar extraordinario. Se trata de una sorpresa, ¡ya verás!

Niño seguía inmóvil, todo él era un monumento a la rabia. Joe se inclinó por encima de sus piernas para cerrar de un portazo y arrancó haciendo chirriar los neumáticos. Se puso a hablar, muy locuaz, con el fin de olvidar lo que acababa de ocurrir, de ahuyentar aquel silencio, de disimular su propio miedo, de mantener la ilusión de una amistad de siempre y para siempre... Le habló del dinero que habían ganado. Le dijo cómo habían multiplicado por tres, de un día para otro, el precio de venta de las botellas, tan insaciable era la demanda. Explicó que habían obtenido tales beneficios que les era imposible gastar siquiera la décima parte.

Niño se había hundido en el asiento, con los ojos entrecerrados y manipulando el rosario. Pero Joe ya no lo miraba. Hablaba a otro Niño que tenía delante y que se parecía al de antaño, con el cual se podía charlar de medicina, de chicas bonitas y de filosofía. Arrastrado por su retórica, y dado que a esa edad no se puede retener mucho tiempo un pensamiento, le dijo:

—La verdad es que no entendí nada... El *nabil* fue liberado menos de un mes después de vuestro arresto. Tenían mucho más que reprocharle que a ti. ¿Por qué a ti te dejaron allí? ¿Por qué tanto tiempo?... ¿Qué fue lo que pasó?

Se habría dicho que Niño esperaba esa pregunta. Saliendo de su torpor, le explicó:

—¡Estaba escrito! Dios lo quiso así. Necesitaba encerrarse a solas conmigo, como un recién casado. Aquel a quien amo apasionadamente me retiró del mundo. Donde me encontraba no había nadie más que él, nadie más

que yo...

Y cerró los ojos, absorto en sus salmodias. Joe se quedó mudo. Aquel a quien ama apasionadamente... Al principio no lo entendió. Por su mente pasó la idea de que su amigo se había enamorado de un hombre. Incluso pensó en el hombre al que había visto a la puerta de la mezquita. Pero luego cayó en la cuenta... ¡Claro que no! ¡Aquel a quien ama apasionadamente es Dios!

¿Se puede estar enamorado de Dios? Sin duda se trata de una manera de hablar. De hecho, ¿se debe decir Dios o los dioses? El dios de los musulmanes no es el de los judíos, ¡eso sin duda! ¿Cuál de los dos había dispuesto la sucesión de acontecimientos de aquel martes 10 de noviembre?

Esa mañana, El Cairo se bañaba en una atmósfera de belleza; la suave temperatura, una luz irreal procedente del cielo, cierto júbilo de la naturaleza... En ocasiones, la armonía del mundo apacigua el alma de los humanos. Niño habría podido calmarse, arrojarse en brazos de su amigo. Y llorar... ¡Sobre todo llorar! Los hombres sustituyen tan a menudo la tristeza por la furia... Niño se había puesto rígido, contenía la rabia entre las mandíbulas crispadas. Pero fue más tarde cuando se puso de manifiesto la perversidad del destino.

¡Oh, Dios! ¡Oh, dioses! Seáis quienes seáis..., el dios de los judíos o el de los musulmanes, los coptos, los griegos o los armenios, dioses de los egipcios, tal vez, tan refinados con sus delicados dibujos jeroglíficos, ¡oh, dioses! ¿Es que jamás sentís piedad por los humanos?

Niño habría podido demorarse en la mezquita, charlar más rato con su amigo de la Hermandad, pararse en una terraza, tomar un café muy cargado y muy dulce, como le gustaban, refrescarse las manos en contacto con un vaso de agua helada. Habría podido parar a un vendedor ambulante de *tameyas* —los buñuelos de harina de habas con sabor a infancia que tanto había echado de menos en la cárcel—, o al vendedor de jugo de regaliz o de horchata de almendras o de tamarindo... En vez de eso, cual marionetas cuyos hilos moviera alguien desde otro mundo, habían salido disparados en su coche del diablo, a la velocidad del diablo... El diablo, en efecto, es velocidad.

Zohar no los esperaba tan pronto. Había dormido al lado de Masreya, y al amanecer, cuando las primeras aves saludaban al sol, había repetido la misma pregunta lacerante: «¿Quieres casarte conmigo?». Espió sus pies descalzos

recorriendo la casa flotante. La siguió como a su propia sombra; la precedió como a su propio aliento, pegado a ella como a su propia piel. «Tú», decía ella, apoyando el dedo en el pecho de Zohar. Luego, señalándose a sí misma: «Yo...». Él respondía con la tonada de una canción del tímido Kacim: «Tú y yo...». Entonces Masreya acompañaba a las aves con su canto: «Tú naciste de mí, yo nací de ti, oh, alma mía, oh, mi vida. Naciste de mí como el árbol de la tierra; yo nací de ti como la rama crece del árbol». La contempló de espaldas mientras se peinaba frente al espejo. «Tú y yo...», cantaba la Egipcia, «Tú salido de mí; yo salida de ti...», y Zohar se sumó, emocionado: «¡Oh, alma mía, oh, mi vida!». Ella se volvió, una sonrisa iluminándole el rostro.

—Estás loco, Gohar ebn Gohar, ¡completamente loco! Nuestro amor es la infancia.

—Nuestro amor es mi vida.

—¿Sabes lo que me contó Sett Jinane? Cuando éramos niños, apenas contábamos unos días, un rabino fabricó un *herz* para nosotros.

—¿Un *herz*? ¿Un amuleto?

—Una escritura mágica, en una especie de pergamino en hebreo, una escritura diabólica, como tú, en una lengua de brujos, la tuya, con los nombres de los demonios y de los espíritus escritos por todo el perímetro, en círculos, ¡los nombres de vuestros santos! Y si te atrevías a leerlos, las letras empezaban a bailar. ¡Es verdad! A Jinane le entró miedo. Lo conservó mucho tiempo, enrollado en el fondo de un frasco, preguntándose si debía guardarlo o destruirlo.

—¿Dónde está ese amuleto?

—Al enterarse de que me habías apartado del camino de Dios...

—Que tú me habías apartado.

—Que nos habíamos apartado del camino de Dios... Pensó que el amuleto era la causa y decidió destruirlo. Entonces lo buscó en los armarios, lo buscó por el jardín, lo buscó por todas partes...

—Y el amuleto se había ido.

—¿Por qué dices que se había ido?

Él le explicó que un amuleto era algo vivo, un poco como un animal. Y cuando uno pretende matar a un animal, este reacciona, grita, emprende la huida. Masreya no lo veía así, para ella Jinane sencillamente había extraviado

el amuleto. Algún día lo encontraría, y ese día Zohar se iría para siempre. Una mañana, al dirigir la mirada hacia la puerta de su casa, él ya no estaría allí, hasta las paredes habrían olvidado su silueta. Hurgaría en su memoria y su nombre se habría borrado de ella; se metería en la cama y sus pies solo encontrarían el frescor de las sábanas limpias.

¿De verdad creía que su amor solo era el resultado del sortilegio de un rabino? Estaba plantada frente a él, desnuda, con las manos apoyadas en las caderas. El largo cabello ondulado apenas le ocultaba los senos, que tenían, se dijo él, el tamaño exacto de sus manos. Era hermosa, tan estilizada, tan morena...

—¡Qué hermosa eres, oh, alma mía!

Se le acercó. Masreya se refugió en sus brazos. Desprendía un aroma a almizcle y a hoguera que lo volvía loco de deseo. Hundió el rostro en el hueco de su cuello para embriagarse todavía más.

—Tu nombre resuena —murmuró ella—, mi cabeza está colmada de él.

Con las piernas enredadas, labios contra labios, vientre contra vientre, él abrazándola, ella abrazándolo... y pese a ello se echaban de menos. Incluso cuando estuvieron unidos por el acto de amor, ella ciñéndole la cintura con los muslos apretados, él estrechándola entre sus brazos, articulados, sellados, seguían estando demasiado lejos el uno del otro. Porque aspiraban a fundirse, a unificarse, y no obstante a perderse hasta confundirse en un mismo ser.

—El amuleto... —susurró Zohar—. No eres tú, no soy yo, sino lo que nos rodea y nos mantiene pegados así para siempre. ¿Me oyes?

Siempre ocurría lo mismo. Él pensaba que aquello era demasiado, demasiado fuerte, demasiado perfecto, que no podía durar. Todas las veces imaginaba que sería la última. Ella cerró los ojos. La fuerza que los atraía al uno hacia el otro le daba miedo. Y al mismo tiempo le era imposible resistirse. Se dejó resbalar al abismo, oscuro y cálido, donde reverberaba el eco de su nombre. No se oyó gritar; él no se oyó gemir. Solo percibían una nota musical, de fondo, como un diapasón que no cesara de vibrar. De repente, la puerta del camarote se abrió. Pero ellos no lo oyeron.

Joe fue el primero en entrar. Quiso retener a Niño, pero ya estaba dentro. Los dos amantes daban vueltas por el lecho de raso, componiendo juntos la imagen de un ser único, un pez que daba saltos en una red... Los dos hombres

de gran pasión política se quedaron paralizados ante el espectáculo. Y el pez brincaba, jadeaba, se estremecía... Y los intrusos conmocionados, el uno de cólera y el otro sin poder contener la risa. Joe acompañaba con sus carcajadas los espasmos de los amantes. Niño mascullaba insultos entre dientes...

Y su placer explotó.

Pero no fue como siempre, cuando se abandonaban el uno contra el otro, cálidos animales, tan cerca de los campos eternos, con el cuerpo sobresaltado y sometido a voluntades desconocidas. ¡No! Zohar saltó de la cama, tomando conciencia en un brevísimo instante de la mirada de Niño. ¡No! Masreya quedó sentada de un brinco, tirando hacia ella de la sábana, con la que se cubrió el pecho. Lanzó un estridente grito. Él, el joven Zohar, estaba de pie, con el alma desnuda, pletórico, súbito guerrero privado de coraza.

—¡Maldito seas, Gohar, hijo de perra!

Era la primera vez que Niño lo llamaba por su nombre árabe, el nombre que había aparecido en el periódico cuando devolvió el collar de la reina Nazli; el que utilizaba Masreya por diversión... En boca de Niño, aquel nombre había sonado como una bofetada.

—Maldito seas, Gohar —repitió Niño—, que tu fe sea maldita, que tu raza sea maldita.

—¡Perdón! —empezó débilmente Zohar—. ¡Perdón! No os he oído llegar...

—En cuanto a la otra, la muy zorra, ¡que sea maldita también! Que arda en el Gehena. Cuando sea lapidada delante de la gran mezquita, iré a arrancarle los ojos con mis propias manos.

Un pensamiento cruzó por la mente de Zohar. Niño era un Cohén, uno de los que están autorizados a bendecir, y también a maldecir, sin duda. ¿Lo sabía él, Abraham Cohén, al que hasta entonces todos llamaban Niño?

—¡Ten cuidado, oh, Niño! No olvides que eres un Cohén —acabó por recordarle—. Tus palabras podrían incitar al mundo.

Al oírlo, Niño sufrió un verdadero arrebató de ira.

—¿Un Cohén? No me hagas reír. —Y escupió en el suelo. Acto seguido añadió—: Dios devastó la tierra por esa misma razón. ¡No hay más dios que Alá! Él me ha abierto los ojos. Y se lo agradezco. No olvides que él provocó el diluvio, trombas de agua para lavar el mundo. Y tú vienes a mostrarme las

inmundicias que él decidió limpiar, la podredumbre de la que quiso lavarnos. ¿Sabes acaso lo que ocurría entonces, en tiempos de nuestro padre Noé? ¡Los seres humanos se acoplaban con las bestias! ¡Así es! Los hombres con las cerdas y las mujeres con los monos. ¿Y qué es lo que acabo de ver? A una mujer, una musulmana, revolcándose por el fango con un mono, un judío. En consecuencia, esa mujer, esa musulmana, no es una mujer, ¡es una cerda!

Con los ojos desorbitados, vociferaba como para taladrar los tímpanos. Entonces se sacó el revólver del bolsillo de la galabiya y, blandiéndolo, volvió a gritar:

—¿No te da vergüenza, Gohar, hijo de perra? No solo es musulmana, ¡sino que es tu hermana! ¡Tu hermana de leche, más que una hermana! Sin duda eres como los perros y los monos, que hasta se acoplarían con sus propios excrementos.

¡Oh, Dios! ¡Oh, dioses! Dios de los judíos o de los musulmanes, los coptos, los griegos o los armenios, dioses de los egipcios, tan refinados con sus delicados jeroglíficos, ¡oh, dioses! ¿Es que jamás sentís piedad por los humanos? ¿Por qué habéis permitido que un Niño loco de rabia contemplase el amor más puro, el del vientre, el de la leche? Presa de la ira, disparó una bala con el revólver que rozó la cabellera de Zohar antes de incrustarse en la madera de la puerta. ¡Oh, Dios, oh, dioses! ¿Por qué habéis destruido en un instante la amistad que construye? ¿Por qué haberla sustituido por el odio que disocia, que fragmenta, que destruye? Joe se apresuró a golpearlo y Niño cayó al suelo.

Aquel 10 de noviembre de 1942, Rommel había sido vencido. Desde un sol maquillado con kohl, la luz descendía del firmamento, perfecta como una pirámide. La vida zumbaba. Un gran número de frioleras aves del norte retozaban en los pantanos. Por primera vez, el ejército nazi retrocedía. Y Zohar amaba a Masreya. ¡Oh, Dios, oh, dioses!

Desde El Alamein

Fue en El Alamein donde el sentido de la guerra se invirtió. Antes de esa batalla, los alemanes se habían abatido sobre el mundo; después de ella, el mundo se abatiría sobre Alemania. Una vez más, la historia se escribía en Egipto, en El Alamein, la bien nombrada, donde un cielo había chocado con otro cielo en aquel otoño de luz...

A partir de aquel día, nada fue ya como antes. Rommel, enfermo, abandonó Egipto sin esperanza de volver, vencido por el desierto, la disentería, el narcisismo de su Führer y la tenacidad británica. Los egipcios iban a tener que contar con sus propias fuerzas para desembarazarse de los ingleses. ¡*Malech!*, «¡No importa!», dijeron; con esa palabra, mucho más frecuente en la lengua de Egipto que la famosa *maktub*, «está escrito»... «¡No importa!», que significaba que había que empezar de nuevo la partida, como en el juego de damas o del *backgammon*. En Egipto, todo se escribe en el café. Se volcaron en la religión. Los Hermanos se volvieron más numerosos, más poderosos, poniendo en práctica una fórmula política inédita: el comunismo con Dios. De hecho, los comunistas, los auténticos, varios puñados de intelectuales que adoraban a una divinidad caucásica con bigote, eran expulsados por los Hermanos cuando intentaban acercarse a los obreros. Los militares, religiosos bien atemperados, constituían células, clubes, grupos, soñando con darse de puñetazos con los ingleses. En cuanto al rey, comendador de los creyentes, Barba Azul que soñaba con ser Maquiavelo, no cesaba de desafiar a la

autoridad, extraño rey, que habría debido encarnarla.

Desde aquel día de luz y de locura, nada fue jamás como antes entre los tres colegas del agua azul. El puñetazo de Joe había dejado a Niño aturdido. Zohar se apresuró a recoger el revólver, que corrió a ocultar en lugar seguro, bajo el trasero de Masreya. Apenas volvió en sí, Niño desapareció. Joe partió en su busca, rastreó el barrio al volante de su coche, fue a rondar por los alrededores de la gran mezquita, llegó hasta el cruce con Salá-el-Din, a la vieja mezquita Mehemet Alí... Al volver, siguió vagando sin rumbo, lleno de preocupación, presintiendo la desgracia. Callejeó hasta tarde, hasta que le vino una intuición. ¿Cómo no había pensado antes en ello?

Eran las diez de la noche cuando se dirigió al callejón Jamis-el-Ads, donde residían los Cohén. Subió los bamboleantes escalones de cuatro en cuatro. Llegado al descansillo, oyó gritos en el interior, así como llantos y yuyus, como si se tratase de un velatorio. Muy angustiado, llamó a la puerta. Lula, la mayor de las dos hermanas de Niño, abrió de inmediato. Se arrojó en sus brazos sollozando: «¡Ah, eres tú, Joe! ¡Bendito sea el cielo!». No dejaba de llorar, y volvía a empezar...: «¡Que Dios te guarde, Joe! Una gran desgracia se ha abatido sobre nosotros». Él divisó a la madre, en el suelo, sentada en el pavimento con la ropa rasgada. La pobre mujer, con el cabello erizado, gritaba, loca de dolor. Joe no se atrevió a preguntar. ¿Habría tenido Niño un accidente, lo habían llevado al hospital, tal vez?... Consoló a Lula apretándole el brazo; llevó un vaso de agua a la madre, le tendió su pañuelo. La mujer se golpeaba el rostro. Se daba bofetadas... Con una mano y luego con la otra, con las dos a la vez. «¡Esto! Esto es lo que me merezco. He perdido a mi hijo, mi primogénito, mis ojos, mi alma... Lo he perdido por mi culpa». Sin duda, aliviaba su intenso dolor moral infligiéndose dolor físico. Entonces, presa de repentina cólera, con el rostro escarlata, empezó a increpar a Dios y a su marido desaparecido: «¡Oh, Dios, padre nuestro! ¿Necesitabas arrebatarnos a un hijo a su madre? Dicen que eres un dios justo... ¡Pues no! ¡No es cierto! Un dios injusto, más bien, una basura... ¡Eso es lo que eres! ¿Dónde está escrito que es un acto de justicia arrebatarnos al hijo a la madre como se arranca un mendrugo de pan de la boca del menesteroso?... Y mi marido, Gaby, ese malnacido, que me dejó sola con tres hijos y sin una piastra...». Después se puso a rodar por el suelo chillando, un alarido profundo,

desgarrador, como el de un animal que agoniza.

Apenas abandonar la casa flotante, Niño se había dirigido a casa de su madre. Había entrado como un demente exigiendo dinero. La mujer no había vuelto a verlo desde hacía casi un año. Se sobresaltó, lanzó un grito, trató de apaciguarlo: «¡Hijo mío!... ¡Entra! Ven a mi lado... Deja que te mire, casi no te reconozco. Pareces agotado, hijo mío...». ¡Oh, madres! Madres del Mediterráneo, habláis demasiado, ¿lo sabíais? ¡Demasiado! A veces vuestras palabras forman una cortina, como una lluvia torrencial de verano, una neblina, una infernal algarabía de los sentidos...

Niño, vestido como esos mendigos que te tiran de la manga a la puerta de las mezquitas, pataleaba, exigiendo que le entregase en el acto cuanto poseyera. Ella se secó las manos en el delantal y se acercó a él. Quiso estrecharlo entre sus brazos, pero él la rechazó con tanta fuerza que la cabeza de la pobre mujer chocó con el brazo del sillón. Cuando la vio tendida en el suelo, con el rostro ensangrentado y las piernas desnudas, vociferó:

—¡Apártate de mí! ¡No me toques, perra!

Las dos hermanas, cubriéndose la boca con las manos, se habían quedado petrificadas a la entrada de la estancia. La madre acabó por balbucear:

—Tu madre... Que la podredumbre caiga sobre ti... Soy tu madre. — Luego, señalándose el vientre, añadió—: ¿Cómo puedes hacer esto? ¡Aquí, mira! Te llevé nueve meses en este vientre...

Ante esas palabras, él agarró una silla y la estrelló sobre la mesa.

—¡Alá es el más grande! —exclamó—. ¡Tú no eres mi madre! Mi madre es la Hermandad.

Las hermanas lanzaron un grito al unísono: «¡Que Dios aleje de nosotras la mala suerte!».

—¿Hermandad...? —preguntó su madre, apoyada en un codo—. ¿De qué maldita Hermandad estás hablando?

Entonces, al comprender lo que su hijo acababa de decir, se incorporó despacio, hasta quedar de rodillas, y mirándolo fijamente a los ojos, le espetó:

—¿Qué dices, Niño? ¿Has renegado de tu dios? ¿Te has deshecho del dios de tus antepasados como de un par de zapatos viejos? —Le escupió a la cara—. ¡Que la podredumbre caiga sobre ti! —Y levantó los brazos al cielo—. Tu padre, a quien Dios acune en su matriz, si me oye, ese cabrón que nunca supo

hacerse respetar... Su última cobardía fue morirse...

—¡Mi padre está vivo! Me muestra el camino con mano de acero. Mi padre es nuestro guía supremo, el señor Hassan.

La mujer respondió con un largo grito. Ya no hablaba a los vivos, llamaba al muerto, a su marido, como si estuviera en la habitación contigua:

—¡Gaby! Gaby, maldita sea tu fe, oh, hijo de perra, ¿oyes lo que dice tu hijo? ¡Sí, lo oyes, lo sé!... Y como siempre, ¡no reaccionas, no haces nada, Gaby! ¡Vuelve! Te lo suplico... ¡Gaby, vuelve!

Entonces se derrumbó boca abajo entre sollozos.

Entretanto, Niño había corrido al dormitorio de su madre y, tras registrar el armario, tirando su ropa al suelo, se apoderó de los pocos billetes que sabía que ocultaba bajo la pila de viejas sábanas. En el salón, su madre gemía tendida en el suelo. El mandó por los aires otra silla de una patada...

—¡Alá es el más grande!

—¿Alá? —repitió su madre—. ¡Ah! ¡Que Dios te acompañe! ¡Porque serás maldito, hijo mío! ¡Día y noche serás maldito! Con los ojos abiertos o con los ojos cerrados, serás maldito. Subiendo o bajando, serás maldito; al salir serás maldito, y maldito también si regresas.

¡Oh, madres! Madres del Mediterráneo, vuestro poder es infinito. Vuestra matriz es bondad, dais la vida cerrando los ojos, no la arrebatais abriendo la boca. El alma de vuestro hijo, lo sabéis, se agita bajo vuestro talón.

—¡Alá es el más grande! —repitió Niño—. Mi nombre es Abu l'Harb.

Entonces su madre le dijo:

—¡Que tu nombre sea borrado del libro!

Y él salió dando un portazo tan enorme que las paredes del pequeño piso temblaron. Acto seguido, su madre sufrió una verdadera crisis de locura... Se rasgaba las vestiduras como si su hijo hubiera muerto, se golpeaba el rostro, se arañaba las mejillas... Entonces una de las hermanas, creyendo consolarla, le dijo: «¡No llores, mamá! Niño volverá. Estoy segura». Y la mujer respondió: «No vuelvas a pronunciar jamás ese nombre en mi presencia. Niño ya no existe. ¡Niño ha muerto!».

Niño desapareció durante meses. Nadie oyó hablar de él, ni sus amigos, ni su familia, ni los estudiantes de medicina de la calle Kasr-el-Aini, a excepción de uno de ellos, cercano a los Hermanos, el joven Chaker el Kenati. Este contaba en el patio de la universidad que el fin del mundo estaba próximo, dado que hasta los judíos se convertían al islam. Había uno, decía, que enseñaba en la madrasa de Ismaleya, un médico que tenía un verbo ardiente. Lo llamaban Abu l'Harb.

A Zohar no parecía preocuparle la evolución de Niño: «Está con los musulmanes —dijo a Joe—, ¡déjalo! Tú estás con los sionistas y yo con el rey. Agradece a Dios que no todos los huevos se encuentren en el mismo cesto». El otro se quedó desconcertado ante tamaño cinismo. Zohar desarrollaba una actividad incesante de un extremo a otro de la fábrica, telefoneando a palacio para obtener una autorización de transporte, recibiendo al director de unos grandes almacenes, a un director de banco, corriendo al taller para supervisar el embotellado del último tonel...

Tras la victoria de El Alamein, el comercio era más floreciente que nunca. La cifra de negocio de la Compañía del Agua Azul se había quintuplicado. Los pedidos afluían, de grandes hoteles, bares, *night-clubs*, restaurantes «europeos» que crecían por la ciudad como setas; y también de los fumaderos de hachís de la calle Champollion, que igualmente asociaban el agua azul con sus vaporosos cócteles. Joe se preguntaba de dónde sacaba Zohar semejante energía.

Al anochecer de ese 10 de noviembre, noche fresca, noche de desgracia, mientras Joe consolaba a la familia de Niño, Zohar se dirigió solo a Roda, a la calle Osman-Bey, donde estaba ubicada la villa de Masreya.

En lo alto de la escalera, Zohar encontró a Um Jinane sentada en una alfombra ante un saco lleno de fotografías. Las miraba una por una, largo rato, canturreando: «¡Dame un beso, hijo de rey, dame un beso! Tú me encontraste, doncella, junto al río. Tomaste mi gracia y mi belleza. ¡Resárceme! Dame un beso, hijo de rey, dame un beso». Su voz subía en los agudos con movimiento de alas y sostenía la nota sin esfuerzo, como el águila que, llevada por el

viento cálido, se mantiene inmóvil en el cielo. No era la voz de una mujer, sino la de un ángel. Se acercó sin ruido y le dio un beso en la cabeza.

Ella le mostró una vista del pueblo de Kafr el Amar, donde había nacido. Con el dedo le señaló su búfala: «¡Es mi madre! —le dijo—. Fue ella quien me alimentó. Fue ella quien escuchó mis primeras canciones. Adora a la búfala; para nosotros, los egipcios, se trata de una diosa. ¡Adórala, hijo de los señores!». Y Zohar besó la fotografía. Después le enseñó una choza del mismo pueblo. Un campesino se hallaba de pie ante la puerta, apoyado en un largo bastón. «Ahí fue donde me encerraron, a gatas, cuando regresé al pueblo llevando en mis entrañas a la criatura que Gergess Hakim, el poeta de Port Said, había sembrado en ellas. Me encadenaron al tocón de un árbol, estuve a solas durante meses. Ahí fue donde oí por primera vez las voces que cantan la música de la tierra; ahí donde aprendí a cantar con ellas. Adora ese retiro propicio a las palabras de la tierra, hijo de los señores». Y Zohar besó la fotografía.

La mujer ya sujetaba otra, pequeña y muy oscura. «Mira a los hijos de la felicidad; ¡que Dios los acompañe por siempre jamás! Que los guíe en los momentos de tinieblas». Se trataba de dos niños, dos lactantes, uno con una espesa cabellera negra, alegre y dichoso; el otro calvo, con los rasgos tensos y miembros tan delgados como ramitas. «¡El menudito eres tú! —le dijo Jinane—. Y la rolliza ya con todo el pelo y esas lozanas mejillas, ¡que Dios la guarde!, es tu hermana Masreya». Él miró y le entró vértigo. «Jura, en nombre de los señores, que no respirarás su aire; que no caminarás tras sus pasos; que no te nutrirás de su carne... ¡Júralo, tú a quien salvé de la muerte! ¡Jura por el nombre de tus padres, los señores!».

«No...», balbuceó él. «¡Júralo! —insistió Jinane—, ¡júralo, hijo de los señores!». Con un brusco movimiento de las caderas, Zohar se incorporó. Vacilante, posó las manos en la cabeza de la que era más madre que su propia madre. Y dijo titubeante: «Me mentiste, oh, madre mía, al afirmar que lo habías perdido... Sé que está aquí, escondido en esta casa. Si me entregas el amuleto, la membrana que nos envolvió a los dos cuando llegamos al mundo, entonces pronunciaré el juramento. Juraré por el nombre de los señores que no me casaré con Masreya».

Ambos seguían allí, en lo alto de la escalera, ella recostada en el suelo, él

de pie a su lado. Uahiba y Baheya habían acudido, alertadas por los gritos.

—¡Oh, madre mía! ¡Es un diablo, un diablo! —exclamó Baheya, la más joven.

Entonces Jinane ordenó a Uahiba:

—Corre a buscar la botella de aceite, pedazo de cotorra, la que te prohibí utilizar.

—¿La de debajo del fregadero? —preguntó la mujer.

—¡Sí! Haz lo que te digo sin rechistar... ¡Esa y no otra!

Cuando se la trajo, Jinane se la arrancó de las manos y, mostrando a Zohar el rollo metido en la botella, le dijo:

—Mira, este aceite está elaborado con aceitunas prensadas en Kafr el Amar, mi pueblo natal. El amuleto lo oculté aquí, en la botella. Las palabras, que fueron escritas pronto hará dieciocho años, han abandonado el pergamino e impregnado cada gota. —Le tendió la botella—. ¡Tómala y consévala, hijo mío! Será una armadura para ti. Antes de partir a luchar, ya lo hagas por tu pueblo o por tu familia, sea el combate por el honor o por la riqueza, úntate el cuerpo con el aceite de este frasco y ningún mal podrá alcanzarte... Y ahora, ¡jura!

¡Y Zohar juró! Juró por Nofal y por todos los suyos, por Bahri, por Manzoh, por Safsaf... Juró que no se casaría con su hermana Masreya, que no volvería a hablar con ella, ni se le acercaría, ni volvería a desearla. Juró que se separaría de ella como separan al niño que viene al mundo de la placenta que lo ha acompañado durante el largo viaje entre tinieblas rojizas y húmedas.

Bajó a toda prisa la escalera, sujetando con fuerza entre sus manos el frasco de aceite. Zohar lo sabía; ¡sabía que no podría respetar su juramento!

Qassasin

Aunque la guerra estaba a punto de devastar el mundo, el año 1943 se anunciaba como el del apogeo del país milenario. Las divisas afluían. La Bolsa estaba en lo más alto; el algodón permitía beneficios prodigiosos. Los ricos se enriquecían como nunca antes. Y los pobres, cada vez más numerosos, cada vez más míseros, se regocijaban de vivir en paz, encerrados en el valle fértil. Faruk, que simbolizaba la resistencia a la ocupación, era ensalzado. El pueblo de Egipto estaba enamorado de su rey. Cuando aparecía en la mezquita o en el balcón del palacio de Abdine, joven belleza blanca de ojos claros, una multitud inmensa lo aclamaba: «¡Viva Faruk, rey de Egipto y de Sudán!».

En febrero de 1943, Faruk celebró sus veintitrés años con una recepción fastuosa. No obstante, si bien en público daba el pego con sus aires de monarca antiguo, su mundo interior se hallaba en ebullición. Desde la más tierna infancia solo había tenido un único interlocutor: la muerte. Ansiaba penetrar en sus secretos, descubrir sus artimañas. Había comprendido que vencer a la muerte equivalía a aniquilar el azar. ¡Pobre rey, pobre loco! ¡Eso nadie lo consigue! Uno siempre acaba por perder en el casino, al igual que siempre acaba muriendo. De manera que Faruk hacía trampas, contando con la imposibilidad en que se encontraban sus compañeros de juego de acusar al rey de semejante cosa. Faruk-burla-la-muerte, todo un maestro de la mofa, hablaba de sí mismo como del quinto jinete..., ¡el quinto rey del juego de cartas!

También su cleptomanía se volvía avasalladora; en el Estado Mayor

británico lo apodaban el Ladrón de El Cairo. Experto en el hurto de objetos de valor, arramblaba con los cubiertos de plata, los relojes de oro, los pendientes de diamantes, las armas preciosas, que pasaban a enriquecer sus colecciones, amontonadas en estancias enteras de sus palacios. En el momento exacto de meterse el codiciado objeto en el bolsillo, acechaba su propio temor a ser descubierto, con el corazón latiéndole desbocado ante la posibilidad de oír a alguien exclamar: «¡El rey es un ladrón!». En efecto, el rey iba desnudo, y aguardaba cautelosamente al niño que se disponía a desenmascararlo.

Faruk se entregaba también a otro arriesgado juego: la conquista de mujeres muy jóvenes... Por lo general se trataba de cantantes, bailarinas, actrices debutantes, a las que llamaba a voces, como si estuviera en un burdel, en los clubes más exclusivos de la capital. Se las llevaba para una noche, una semana o un mes, las cubría de regalos, se excitaba ante su consentimiento, convertido en una trampa de miel donde quedaban atrapados sus sueños de reina. Luego, de un día para otro, las abandonaba a las puertas de la caverna. El Cairo zumbaba con las mil y una noches de Faruk, con Annie Bernier, joven cantante francesa de paso en la ciudad, Irene Guinle, la bella judía de Alejandría, Asmahan y sus ojos de jade, Samia Gamal, la del ombligo loco que quemaba los tambores... ¿Habrían cedido todas?... ¡Realmente, siempre se da a quien no lo necesita!

El intento por parte del rey de que cuatro maleantes raptaran a una muchacha de buena familia, a la que esperaban ante el liceo francés en un coche del garaje real, fue la gota que colmó el vaso. Tras la intervención del padre ante el embajador de Gran Bretaña, se tomó la decisión de tender una trampa al rey, dejar que se acercase a su presa y pillarlo con las manos en la masa. *Sir* Lampson estaba exultante. ¡Por fin tenía en sus manos al Kid! Pensaba exponer a la luz del día, a la cara del pueblo egipcio, la perversidad moral de aquel reyezuelo de pacotilla. ¡Y esta vez el energúmeno firmaría su abdicación!

Fue en ese ambiente de crisis inminente cuando Zohar se hizo conducir al palacio por Ann, su amiga inglesa. Antes de dirigirse allí, había tomado un prolongado baño y se había untado el cuerpo con el aceite de amuleto. Se inclinó ante el rey.

—¡Te reconozco! —dijo Faruk, que nunca olvidaba una cara—. ¿No eres

el hermano de Masreya, la bella bailarina de cuerpo flexible como el de una serpiente? ¿Cómo te llamabas?

—Gohar, majestad... ¡Gohar ebn Gohar!

—¡Eso es! Me alegra volver a verte, señor Gohar. Sin duda tienes una razón de peso para permitirte importunar a tu soberano. ¿Qué deseas?

Zohar murmuró entre dientes una plegaria a Sett Safsaf, la guardiana del Sahel...

—¡Vengo a salvar tu corona, majestad! —pronunció en un susurro.

Refirió a Faruk la trampa que Lampson le estaba tendiendo. Los albaneses de la guardia real estaban siendo seguidos por agentes británicos. Los ingleses tenían en su poder las notas destinadas a la joven Viviane, redactadas de puño y letra del rey, y estaban dispuestos a publicar su contenido en la prensa. Faruk pareció indiferente. ¿Era inconsciente hasta ese punto? Zohar supo dar con las palabras que le quemarían el alma. Le susurró que sus enemigos no se encontraban únicamente entre el Estado Mayor británico, sino también allí mismo, en el seno del palacio real, y que lo espiaban día y noche.

—¿Puede saberse quién? —rezongó el rey frunciendo el ceño.

—¡En el entorno de la reina, majestad!

—¿La reina madre?...

Llevaba tiempo sospechando de la reina Nazli, su madre, mujer de poder y enamoradiza incorregible, amante de su chambelán. Nunca había cesado de conspirar contra él...

—¡La muy perra! —rugió Faruk—. No comprende que si perdiera la corona ella sería barrida en cuestión de horas. Se acabaron los perifollos, las joyas suntuosas y los ejércitos de cortesanas...

—¡No se trata de la reina madre, majestad!

—¿Cómo?... ¿Qué quieres decir? —Agarró a Zohar por la solapa de la chaqueta—. ¡Habla de una vez, hijo de la calle!

Zohar se soltó despacio de la mano del rey y se inclinó hasta el suelo.

—No pretendía importunarte, majestad. Si mis palabras resultan desagradables a mi soberano, solo me resta retirarme reptando.

—¡De eso nada! —vociferó Faruk—. Vas a decirme lo que sabes, ¡todo lo que sabes! A decir verdad, ahora que lo pienso..., ¿por qué vienes a avisarme de los peligros que me acechan? ¿Qué esperas de mí?

Zohar sonrió pensando en Sett Safsaf, la guardiana de las arenas, con sus velos color azafrán y sus colgantes en los tobillos, la que baila al ritmo del dromedario. Sabía que había atendido su ruego.

—¿Por qué nos dirigimos a los dioses y a los reyes, majestad, sino para obtener la fortuna?

—¡Bien! —dijo el rey—. Veremos lo que valen tus informaciones. Te escucho.

—Cualquiera que sea la mujer, los celos anidan en lo más hondo de su corazón. Todos sabemos que la reina, tu esposa, espera un nuevo hijo. Su salud es frágil, su alma se estremece ante la idea de que, por tercera vez, vuelva a ser una niña; que puedas sentirte agraviado y repudiarla... De manera que la reina, puede que ya lo sepas, presta complacientes oídos a los relatos sobre el vigor viril de su rey.

Faruk dio un brinco.

—¡Farida!... ¿Cómo es posible?... ¡La elegí entre mil! Fui a buscarla al seno de su familia cuando no era más que una niña. Le he ofrecido una vida de reina... Farida...

—Un rey no puede acusar a un súbdito de felonía sin confesar su propia debilidad. Por el contrario, debe actuar, obstaculizar la traición, por la fuerza o, mejor aún, mediante la astucia... Y presentar en todo momento su sonrisa, que ilumina el reino como un sol...

Zohar explicó su plan y el corazón del rey se apaciguó. Faruk había rozado con frecuencia su propia destrucción o su ruina... Alguna divinidad debía de velar por él y, en el último momento, acudía a arrancarlo de las garras de la Parca. En esta ocasión, se dijo, la suerte, que lo acompañaba desde la infancia, tenía el rostro de aquel apuesto joven moreno...

—¿Cómo has dicho que te llamabas, muchacho?

—¡Gohar, majestad!

—Tu palabra permite que entre el aire en lugares viciados. ¿Qué quieres a cambio de tus consejos?

—¡Y de mi información, majestad!

El rey prorrumpió en carcajadas, con esa risa estentórea que sale de las entrañas, como los sobresaltos acompasados del instinto.

—Estás demasiado seguro de ti mismo, mi joven amigo. Con todo, deseo

recompensar tus consejos. Dime lo que deseas.

Entonces Zohar habló al rey de las botellas de agua azul que consolaban a los desafortunados, conferían valor a los tímidos y curaban la melancolía. Ciertamente, el negocio era próspero, el dinero entraba a espuestas, gracias sean dadas a Dios, pero en aquella época de expansión, con todos aquellos extranjeros con los bolsillos repletos de libras esterlinas que circulaban por la ciudad, existían medios para ganar mucho más. En la calle Solimán-Pachá, a pocos metros de la pastelería Groppi, un antiguo garaje, propiedad de la corona, estaba abandonado. Él, modesto artesano, no pedía gran cosa, tan solo el disfrute de ese local. Se disponía a crear un lugar —lo llamaría «Al Encuentro de los Pachás»— que sin duda se convertiría en el diván de los amantes de la noche... Allí se podrían comprar botellas de agua azul; se bebería, desde luego, por la tarde, a partir de las cuatro; la gente acudiría sobre todo por la noche, para escuchar a las cantantes, jugar a las cartas y hablar de política en un ambiente de lujo y voluptuosidad... El rey podía estar seguro de que percibiría sin demora el alquiler que exigiese...

—Alcohol... —dijo Faruk, recordando de repente que era musulmán— ¡Hombre, es que alcohol...!

—¡Agua azul, majestad!

—Sigue siendo alcohol... —repitió Faruk, cuando de pronto una idea le vino a la mente—: No me has dicho nada de tu hermana...

Zohar ladeó el rostro con perplejidad.

—¿Mi hermana, majestad...? ¿Qué puedo decir...? Se ha encerrado en su tristeza. Quien ha conversado una vez con los ángeles ya no disfruta del diálogo con sus semejantes. Vive enclaustrada en su casa de Roda...

Masreya seguía frecuentando los clubes de la capital. Su rostro, radiante, cubría los muros de El Cairo para ensalzar las virtudes de una marca francesa de jabón. Sus locuras amorosas con ministros y hombres de negocios eran objeto de artículos en los periódicos con regularidad. Tanto Zohar como Faruk sabían que realmente no se había sumido en la melancolía. Pero es así como circula la palabra levantina, generosa, atenta a los deseos del interlocutor, anticipándose a ellos, preparando el terreno para que se desplieguen. Faruk aprovechó la ocasión:

—¡Pobre! Con esta guerra y los malditos ingleses, se corre el riesgo de

olvidar a los amigos. Voy para allá a invitarla a una velada.

—¡Recuperará las ganas de vivir, majestad!

Fue así como Faruk recordó los placeres que sabía prodigar Masreya, el mismo día en el que tuvo que renunciar a los que se prometía con la chiquilla judía, la heredera de los grandes almacenes Cassuto. Se acercó a ella de nuevo y, para hacerse perdonar su larga ausencia, le regaló una pulsera tobillera de oro, birlada de las colecciones del museo; una joya que, unos tres mil quinientos años atrás, habría pertenecido a una célebre reina de la Antigüedad.

Había pasado un año desde la victoria de El Alamein. Los Aliados habían desembarcado en Sicilia y en Calabria. Mussolini se había hundido y el agraciado mariscal Badoglio, el visitante de El Cairo, le había sucedido a la cabeza de un Estado hecho jirones.

Era la mañana del 6 de noviembre de 1943. El cielo estaba gris; desde su balcón, el rey miraba despertar a la ciudad. La víspera había mantenido una crispada conversación con el Estado Mayor británico. El Afrikakorps había quedado reducido a la nada. Los pocos supervivientes, perseguidos a lo largo del litoral libio, acababan de capitular. ¿Qué esperaba para declarar la guerra a Alemania a su vez? La neutralidad que había adoptado al principio del conflicto con el fin de preservar su independencia pese a la presencia británica resultaba ridícula. Una vez más, Faruk no sabía qué hacer. Decidió dar una vuelta por la orilla del mar, donde permanecía el ejército aliado, por la parte de Ismaleya. Se puso ropa de patrón de yate, anchos pantalones de tela, cuello alto de lana blanca, gorra de capitán, y se dirigió a largas zancadas al garaje. Su chambelán, Hassanein Pachá, intentó retenerlo para presentarle unos documentos pendientes. Faruk lo rechazó con firmeza: «¡Mañana, Hassanein, mañana!».

Ante la veintena de coches alineados, cada uno con su chofer y su mecánico con librea junto a la portezuela, vaciló un momento, con el dedo sobre los labios. Parecía un sultán a la puerta de su harén en el momento de decidir la compañera para la noche. ¿El Rolls-Royce?... ¡Demasiado oficial!

¿El Packard?... ¡Demasiado ostentoso! ¿El Lincoln?... Demasiado americano... Su mirada se posó en el Mercedes, el famoso 540 K que Adolf Hitler le había obsequiado como regalo de boda. Se había quedado un tanto anticuado —se había casado en 1938—, un gran descapotable, bajo hasta casi rozar el asfalto, dos asientos de piel blanca, calandra cromada al extremo de un largo capó estriado por cientos de varillas, y las aletas de los guardabarros delanteros recuperadas en el extremo de la cola..., ¡una verdadera locura! Todos los cromados centelleaban. Le entraron ganas de pasar la mano por ellos. También de ir a desafiar a los ingleses al volante del Mercedes del Führer, al borde del canal, en el mismo lugar donde estaban protegiendo las fronteras de su imperio...

Se limitó a señalar el Mercedes con el dedo. El mecánico corrió a pasarle el paño una última vez. El chofer se sentó al volante y arrancó el motor, ocho cilindros en línea, mecánica de precisión, un sonido ronco y profundo que prometía potencia... Faruk se puso al volante. No necesitó más de diez minutos para llegar a los muelles del Nilo. Masreya lo esperaba en su *dahabiya*, la casa flotante. Salió de ella envuelta en velos blancos, con la cabeza ceñida por un pañuelo de seda. Saltó al asiento del pasajero y salieron disparados hacia el litoral a la velocidad del viento por la carretera del desierto.

Faruk conducía deprisa, muy deprisa. Los automovilistas, al divisar en el retrovisor los enormes faros del descapotable real, se apartaban; algunos incluso preferían detenerse en el arcén para cederle el paso. Mediante volantazos a diestro y siniestro, iba salvando los obstáculos con destreza. Al mismo tiempo no dejaba de hablar, echaba pestes contra los carros y los burros, a los que adelantaba a más de ciento veinte kilómetros por hora, contra los campesinos inconscientes que cruzaban la carretera general sin mirar siquiera, a fin de mantener a raya la mala suerte, y contra los ingleses asesinos que les cerraban el paso con sus enormes blindados. Se mostraba locuaz, feliz de escapar de sus obligaciones. Alababa su carroza, como suelen hacer los hombres...

—¡Estás loco, oh, mi rey! Has conservado la locura de la infancia.

—Nací para ser rey —respondió Faruk—. Esa es mi desgracia. He seguido siéndolo hasta el día de hoy. ¡Esa es mi suerte!

Masreya, de alma vibrante como la cuerda del laúd, percibió que estaba inquieto. ¿Acaso la joven había comprendido que uno invoca la suerte cuando corre el riesgo de ser destruido?

—¿Qué ocurre, oh, rey mío? ¡Estás preocupado, lo sé!

—¡La política, mi niña, la política!

Se sentía en peligro. Eterno jugador, había optado por abandonar la ciudad a fin de no tirar la carta equivocada. Recorrieron los doscientos kilómetros que los separaban del mar en pocas horas, sin parar una sola vez. Estaba ansioso por respirar el aire de mar abierto, por aturdirse con el rocío marino. Hicieron la primera parada a la entrada de Alejandría, en la playa de Agamí; el mar, de un límpido esmeralda, les ensanchó el alma. Después de comer, se había prometido la gran vuelta, el paseo de los reyes, desde Alejandría a Port Said por la cornisa, las playas y luego el desierto.

En el restaurante no lo reconocieron. La ropa de *playboy*, las gafas de sol, la gorra... Eso lo irritó. Solo en el momento de pagar el camarero hizo un comentario.

—Me recuerda usted a alguien...

—Al rey, quizá —aventuró él.

—¡Ah, no, ni hablar! El rey no está tan gordo...

La frase lo azotó como una bofetada. Durante un rato no abrió la boca. Más tarde, cuando pasaban por delante de la playa de Stanley, desierta en aquel mes de invierno, acabó por soltar:

—¡Menudo patán el camarero del restaurante! ¿Es que nunca ha visto mi rostro en los billetes de banco?

—¡Cálmate, oh, rey mío! —lo apaciguó Masreya, que había comprendido que temía abandonar el escenario sin dejar huella.

¡Pobres reyes, pobres locos! ¡Jamás deberíais abandonar vuestros palacios! Encerraos en vuestros aposentos, envolveos en terciopelo, haced tintinear vuestro oro y soslayad el mundo. La muerte os pisa los talones. ¡Pobres reyes, pobres locos, contentaos con gobernar en secreto!

El rey confió sus inquietudes a Masreya. Desde que el curso de la guerra se había invertido, los ingleses se habían vuelto cada vez más autoritarios. Imponían sus decisiones incluso en materia de política interior. Con la seguridad que les conferían sus guarniciones, cañones y aviones, se

comportaban como dueños y señores, sin prestar mayor atención a los egipcios de la que concederían a una hormiga o un mosquito. Algún día se reconocería el coraje de Faruk, quien, pese a su juventud, había sabido plantarles cara, solo, sin ejército, armado únicamente con la fuerza de su inteligencia y de su encanto. En cuanto a Masreya, la Egipcia, lo colmaba de dulces palabras: «Por mi cabeza, oh, rey mío, por mis ojos, por mi alma, yo que frecuento todos los medios, te juro que solo oigo palabras de cariño en relación a ti. ¡Paciencia, mi rey, paciencia! ¡Todos sabrán reconocer tu grandeza!». Y el corazón de Faruk se apaciguaba un poco.

Desde el cruce con Ezbet-Mansheya, dos motocicletas los seguían como su propia sombra. Faruk había reparado en ellas. Por mucho que aceleraba, soltaba la brida a sus ciento ochenta caballos, aferrándose al volante en un intento de evitar que se encabritasen, no lograba dejarlas atrás. Incluso oía el ladrido lejano de sus motores. «Estoy seguro de que, una vez más, se trata de esos perros que me pisan los talones». Acababa de caer la noche cuando llegaron a Ras el Barr. Confiando en despistarlas, decidió abandonar el litoral por las estrechas carreteras que serpenteaban a través de la campiña. Pero las motocicletas, potentes y ágiles, se acercaban más a cada curva. Un temor sordo invadió a Masreya. Sabía que los ingleses soñaban con hacer desaparecer al rey y conocía los expeditivos métodos de sus servicios secretos. Al principio de la guerra, se habían desembarazado de Ghazi, el rey de Irak, que había manifestado su independencia al invadir Kuwait sin advertir antes a sus tutores británicos. Precisamente, había muerto en un accidente de coche, el pobre... Se trataba de un asesinato, todo el mundo lo sabía.

Empezó a dirigir miradas atrás.

—¡Siguen ahí! —lo previno.

—¿Qué quieres? ¡Son unos perros! —maldijo el rey—. Cuanto más corres, más te persiguen.

Después de Damieta, apenas salieron del pueblo, los dos pequeños faros volvieron a pegarse a la luneta trasera. Masreya podía distinguir a los motoristas, vestidos de cuero, con casco y gruesas gafas. No obstante, sus finos bigotes no eran como los de los egipcios.

Justo en ese momento, Faruk la intimó a hacer algo absurdo, que ella jamás habría podido imaginar... No allí, no en aquel instante, no con aquel miedo en

el vientre y las curvas que aparecían sin cesar en el haz de luz de los faros... «¡Vamos! Muéstrame lo que sabes hacer», le dijo, al tiempo que señalaba con el dedo la pequeña hinchazón entre sus muslos. No supo qué responder. «¡Vamos! —insistió el rey—. ¿A qué estás esperando?». Entonces un brusco volantazo la arrojó contra él. Por lo general, el deseo de Faruk tardaba en manifestarse; necesitaba la sabiduría de las manos de Masreya, la ternura de sus labios y el aguijón de sus palabras para despertarlo. Sin embargo, esta vez, mientras se hallaba ocupado en dominar el vehículo, el rey se expandió de inmediato en todo su esplendor. No cabe duda, ¡el miedo es un potente afrodisíaco! «¡Tómala! —le ordenó—. ¡Tómala en tu boca!». Se acercaban a Qassasin. Dejó de pensar en otra cosa y permitió que la naturaleza tomase las riendas de sus movimientos. Ni Masreya ni Faruk, que tenía los ojos entrecerrados, repararon en la desaparición de las motocicletas. Dos minutos más tarde, a la entrada del pueblo, ella estaba tendida de lado, con la cabeza debajo del volante, y él con el cuerpo escindido, la parte superior lidiando con la carretera y la inferior abandonada a la ciencia de las caricias. Faruk no vio aparecer el enorme camión GMC que salía de un camino adyacente con todas las luces apagadas. Se le escapó un grito. Tuvo el reflejo de pisar el pedal del freno con todas sus fuerzas. ¡Demasiado tarde! El breve chirrido de los frenos al mismo tiempo que la explosión de su placer; luego el ruido, terrible, en la absoluta oscuridad, de choque y fragmentación, de metal y cristales. Seguido de otro ruido, cataclísmico, como la erupción de un volcán, el del camión que se sacudía por efecto del impacto. El Mercedes era pesado y macizo: arrastró el GMC unos veinte metros. Y un último ruido, metálico, una barra de hierro que se desplomaba y rodaba por la carretera. Después reinó el silencio, un silencio extraño, acompasado por un temporizador, el tictac de un reloj invisible o bien la gasolina que goteaba del depósito.

Faruk intentó abrir la portezuela. ¡Atrapado! La otra, la del pasajero, había desaparecido. Masreya se incorporó con dificultad y lo miró a los ojos. Parecía dolorida. Manaba sangre de su arco superciliar.

—¡Estoy herido! —gritó el rey.

Ella no respondió. Se deslizó lentamente fuera del vehículo y permaneció a gatas en el suelo. Los militares británicos se habían apeado del camión y se acercaban al coche.

—¿Está usted bien, señor?

¿No bastaba con que Dios hubiera sorprendido su depravación? ¿También los ingleses debían mirarlos fijamente? Masreya echó a correr. ¡Huir! Largarse de allí. Huir de la humillación..., de la cobardía del rey, que solo pensaría en salvar su piel. Ansiaba mirarse en un espejo lo antes posible, recuperar su imagen, intacta. Corrió en línea recta a través de los campos sin volverse, adentrándose en la noche.

¡Pobres reyes, pobres locos! ¡Jamás deberíais abandonar vuestros palacios!

1952

Al Encuentro de los Pachás

La noche del sábado 6 de noviembre de 1943, al volante del Mercedes 540 K obsequiado por Hitler como regalo de boda, el rey Faruk, con el alma atormentada y el sexo ardiendo, chocó contra un camión del ejército inglés a la entrada del pueblo de Qassasin. Los soldados lo sacaron del coche con dificultad. Con la ropa rasgada y medio desnudo, era incapaz de caminar, ni siquiera de tenerse en pie. Transportado con urgencia a un hospital militar británico, aturdido, repetía frases incoherentes: «¡La maldita me ha pillado!... Noté su presencia a mi espalda, empujándome contra el camión». Hay que decir que el choque había sido de una violencia inusitada, el coche había impactado contra el obstáculo a casi ochenta kilómetros por hora. «Estoy muerto... ¡Estoy muerto!», repetía el rey. Y preguntaba: «¿Quiénes sois vosotros? ¿Angeles?... ¿Demonios?».

Debía la vida a la robustez de su Mercedes de pesado chasis, un concentrado del mejor acero alemán. En realidad, dudaba de estar vivo, y seguía indagando: «¿Estoy en el infierno? ¡Decídmelo, os lo ruego!».

Ya al día siguiente los comunicados oficiales se mostraron tranquilizadores, tan solo hablaban de una pequeña fisura en la pelvis y diversas contusiones. Aunque es cierto que las heridas eran relativamente de escasa consideración, el estado de confusión se prolongó durante semanas: lo perseguían, una presencia negra planeaba por encima de él, en su habitación, en los pasillos del hospital, en el patio... Se negaba a alimentarse por temor a

que lo envenenasen; a salir, pretendiendo que lo esperaban detrás de la puerta; a hablar, convencido de que grababan sus palabras... Respondía de manera lacónica a los médicos, a los que miraba con aire suspicaz.

En El Cairo, los rumores corrían como reguero de pólvora. Como el rey había desaparecido de repente, se dijo que los ingleses lo mantenían prisionero, en una villa de Chipre según unos, en la India según otros. Nada más lejos de la realidad. Los médicos hubieran preferido dejar salir cuanto antes a aquel enfermo exigente, reacio al tratamiento y cada día más agresivo.

Al cabo de cinco semanas, el estado mental del monarca acabó por mejorar. Faruk ya no hablaba de la Parca, el ser que lo había atrapado en las afueras de un pequeño pueblo del Delta. Abandonó el hospital de los ingleses el 14 de diciembre, tras haber distinguido con la Orden de Ismael a los médicos y a las ocho religiosas que lo habían atendido. El pueblo acudió a recibirlo a la entrada de la ciudad de El Cairo, lanzando vítores: «¡Viva el rey! ¡Viva Faruk!». Nadie reparó en el cambio, en su rostro paralizado, los párpados caídos, los ojos de mirada fija tras las gafas de sol, el paso más rígido y la profunda lasitud que le hundía los hombros. El pueblo amaba a Faruk y una vez más le declaraba su amor. Ahora bien, ¿seguía siendo el mismo Faruk? Aquel reyezuelo bello como un dios, ¿no habría sido arrebatado por la muerte en el accidente del 6 de noviembre y sustituido por una sombra maléfica?

Los dos últimos años de la guerra fueron años de gracia para la Compañía del Agua Azul. Faruk mantuvo su palabra y accedió a alquilar a Zohar el hangar de la calle Solimán-Pachá. Es más, secretamente tomó parte en el negocio, a razón de un treinta por ciento. El marco era refinado, mullidos sofás, música moderna, lujosos cortinajes, alfombras, perfumes, y la famosa agua azul, cada vez más pura, cada vez más fuerte... «Más pura que el agua — rezaba el anuncio—, más fuerte que la vida, el agua azul, ¡el agua de la vida!».

Zohar recurrió a los servicios de un director de cine francés, Augustin Levert, un resistente que había huido de un campo de concentración. Este le presentó a las más grandes estrellas del momento, Tino Rossi, Maurice

Chevalier, Charles Trenet y la famosa Jeanne Bourgeois, que se hacía llamar Mistinguett... Era un privilegio oírlos cantar allí, en aquel pequeño escenario, bajo inmensos ventiladores de cobre, llevando un cóctel de agua azul coloreada con curasao en la mano.

La alta sociedad egipcia se dejaba caer por allí, liberada de las rigideces del decoro por el carácter provisional de los tiempos. También los oficiales británicos frecuentaban el lugar, con la esperanza de encontrar a las beldades egipcias; los *jawagates*, los «señores», tanto europeos como ricos egipcios, lo hacían para codearse con los ministros y los diputados, y todos ellos para ver al rey. Faruk era tan asiduo que todas las noches tenía su mesa preparada. Después de cenar, el local se convertía en club, donde solo los miembros estaban admitidos. Entonces surgían las mesas de póquer y *degin-rummy*, los fumaderos discretos y, en el escenario, música oriental y bailarinas del vientre. Faruk paseaba por allí su languidez, con la mirada iluminada de vez en cuando por las ondulaciones de un vientre, la rotundidad de una cadera o la punta de un seno. Mientras que, con la partida de las tropas, Egipto se sumía en la crisis económica, Al Encuentro de los Pachás brillaba en el firmamento, estrella diabólica, entre nobleza londinense y la loca sensualidad de un Hollywood oriental.

Con solo veinte años, el jefe, Zohar Zohar, ya se había hecho rico. Sin embargo, ignoraba adónde iba a parar el dinero. Entusiasmado, se sentía feliz de saber que podría conseguir el suficiente para comprarse una villa o un coche nuevo... No obstante, no hacía nada de eso, absorbido por la dirección de la fábrica de Abasseya y la gestión de Al Encuentro de la calle Solimán-Pachá. El dinero se encontraba en la compañía, él apenas se embolsaba nada. Zohar era el agua azul. Había perdido a sus socios, los dos jóvenes que figuraban con él en la etiqueta *art déco* que adornaba las botellas. De vez en cuando oía hablar de Niño, de sus brillantes prédicas en Ismaleya, de sus denuncias inflamadas de la ocupación británica, de sus llamamientos a la lucha armada, al combate sagrado que abría las puertas del paraíso. Sin embargo, no conseguía tomarse en serio todo aquello. Para él, lo que hacía Niño era ocultarse; se mantenía a buen recaudo en el seno de la Hermandad, el último lugar adonde irían a buscar a un humilde judío.

Empezó a sentir verdadera inquietud en diciembre de 1947, cuando Niño

se transformó en imán de guerra; ¿acaso no era ese el nombre que había elegido para él, Abu l'Harb, «el padre de la guerra»? «Hermanos míos, apelo a vuestra conciencia. Recordad vuestro juramento. El Corán es nuestra ley, jurasteis; la muerte, nuestra más fiel aliada; morir durante la yihad, nuestra más cara esperanza. ¡Pues el momento ha llegado!». Llamaba a la guerra santa.

Varias semanas atrás, el 29 de noviembre, la Asamblea General de la ONU había adoptado el plan de partición de Palestina. El Estado de Israel sería creado en el mes de mayo. Con su hermosa y grave voz, siempre sosegada, apoyándose en textos antiguos y citando al guía supremo, Niño transmitía terribles mensajes de odio: «¡Matad a los judíos! ¡Matad a esos indeseables! Id a defender a vuestros hermanos en Palestina y matadlos del primero al último... Y si no podéis partir, matadlos aquí mismo, en Ismaleya, en Tanta, en Alejandría, en El Cairo, por todo Egipto». Desde hacía algún tiempo frecuentaba al gran muftí de Jerusalén, Hadj Amin el Husseini, acogido por Faruk después de que el Quai d'Orsay lo dejara muy oportunamente «evadirse» de su residencia vigilada en Francia. «Matad a los judíos allá donde los encontréis —había declarado el muftí—, eso complacerá a Dios, a la historia y a nuestra fe».

Cuando Zohar oyó las declaraciones de Niño y del gran muftí, en las postrimerías del año 1947, un escalofrío le recorrió la espina dorsal. No era que se sintiese amenazado —se creía a cubierto a la sombra de los poderosos—, sino que imaginó un pogromo como los que habían tenido lugar en el pasado, las multitudes enloquecidas por los celos de su dios invadiendo la callejuela al grito de: «¡Degollad a los judíos!». ¿Cómo se defenderían los pobres de la *hara*? ¿Qué podría hacer un anciano como el tío Élie..., y su padre, Motty, el ciego..., y las mujeres, sus tías abuelas, Maleka, Tofaha... y sobre todo Adina, que no sabía sujetar la lengua?

Con un vaivén de la mano ahuyentó aquellos pensamientos. Zohar no se daba cuenta de que Egipto estaba cambiando. Y eso que se cruzaba a menudo con el rey, a quien podía observar a su antojo recostado en los cojines de Al Encuentro de los Pachás. En Egipto, el rey, ya lo llamen faraón, primer ministro o presidente, es el país. Faruk iba lentamente a la deriva, como un navío averiado, abandonado al tumulto de sus pulsiones. Había capitulado, no ante los ingleses, que perdían terreno a diario, sino ante su rival de siempre.

La muerte, a la que había desafiado insolentemente desde la infancia, lo había atrapado una noche de noviembre de 1943. La había sentido; incluso la había visto, una sombra negra que planeaba por encima de su cabeza. Esa noche se había presentado para vociferar con infernal estruendo —la lengua que le es propia—: «¡El rey está desnudo!». Y en efecto lo estaba, con la bragueta abierta y la ropa rasgada, delante de los guasones guripas británicos. ¡Menuda vergüenza!

Desde ese día, las manías de siempre invadieron su existencia, expulsando al apuesto reyecito de amor. Ladrón lo fue entonces como nunca, hasta tal punto que en las casas acomodadas de El Cairo, cuando acudía a una cena, hacían desaparecer la plata y los objetos de valor. Se volvió bulímico, empezó a hincharse como un globo triste. Y cuando Zohar le preguntaba: «Majestad, parece contrariado. ¿Acaso hay algo en el servicio que no es de su agrado?», respondía: «¿Cómo podría ser feliz?... ¡Mírame! Un rey calvo, obeso, casi ciego y, como sabes muy bien, completamente loco...». Su caza de jóvenes, que en otro tiempo podía pasar por un rasgo de carácter, se volvió obsesiva. Cada vez las necesitaba en mayor número, interrogando a su sexo, una vez más, para averiguar si había tomado partido por la muerte. Sin embargo, la caza —¡andaos con ojo, cazadores!— es como la mirada, siempre refleja. En efecto, quien ve es a su vez visto... Un día u otro, el cazador será cazado.

Se llamaba Liliane Víctor Cohén. Morena de piel lechosa, labios en forma de corazón, a un tiempo lozana y sensual, pura y voluptuosa, no tendría más de diecisiete años. Nacida en el seno de una familia pobre de Alejandría, había decidido *convertirse en* estrella de cine. Bailaba en un oscuro cabaré de la cornisa cuando vio al rey en la sala. Se puso a dar vueltas a su alrededor, se subió a su mesa y fue quitándose la ropa al ritmo de la música. Faruk, con la cara entre sus piernas separadas, hipnotizado por la pulpa que se le ofrecía, se la llevó en el acto. Creía haberla capturado; en realidad, era ella quien le había echado el guante.

Al día siguiente le preguntó qué deseaba. «¡Actuar en una película, majestad!». En 1947 encarnaba su primer papel en *La máscara roja*. Y el público quedó preso de su encanto. El cine árabe tenía a su Marilyn. En pocos meses se convirtió en Camelia, la vampiresa egipcia, tan inocente como Shadia, tan erótica como Hind Rostom. Era del dominio público que la

jovencísima actriz era la amante del rey. Cada vez que este intentaba abandonarla, ella amenazaba con suicidarse. Y cuando pretendía retenerla, se escapaba al extranjero en compañía de un director de cine o un rico mecenas. Faruk temía el escándalo, sufría crisis de celos, lanzaba a ejércitos de espías tras sus talones. Se comprometió a divorciarse, le prometió matrimonio. Se dejó poner el roncal como un marido adúltero normal y corriente. Zohar, que asistía en ocasiones a sus escenas, debería haberlo comprendido. Si Faruk se había dejado atrapar, eso significaba que Egipto se tambaleaba, que estaba a punto de dar un vuelco, de caer en los brazos de otras potencias... ¡Faruk era Egipto!

Joe di Reggio, que había acompañado a Zohar desde la infancia, fascinado por su alma volátil, por su carácter impenetrable —«Eres como un espíritu», le decía, «apareces de la nada..., no se sabe de dónde sales. Unas veces es para bien y otras no sé yo...»—. Joe di Reggio se alejó de él; a menudo el amor de una mujer viene a empañar el brillo de una vieja amistad.

Tras la terrible escena del callejón Jamis-el-Ads, el 10 de noviembre de 1942, Joe se había desmoronado. Hasta entonces el mundo era una familia; se desplazaba por él con naturalidad, amaba a la gente, expresaba sus dones en la fluidez de un mundo sereno. Sin embargo, ese día el universo había dado un vuelco. Ante aquella madre desgarrada de dolor, ante aquel hijo que se había vuelto loco por un dios, la mente de Joe se había vaciado como el sifón de un lavabo. Quedaba aquel dolor en bruto, el grito de agonía de la madre de Niño insultando a Dios. Aquel lugar se había convertido en un altar, de donde un día habría de surgir el sentido. Joe había vuelto al callejón todas las semanas, por lo general el viernes por la noche, para celebrar el *sabbat* con aquella pequeña familia en duelo. Acudía para consolar a la madre de Niño, sin duda, pero también para ayudarla a llegar a fin de mes, llevándole lo que él llamaba «la paga de su hijo», el salario por un trabajo que hacía mucho que no realizaba. La madre de Niño, a falta de hijo varón, mimaba a Joe como al niño de la casa. Y él, el heredero, el hijo del famoso banquero Di Reggio, no se atrevía a confesarse que allí, en aquella miserable habitación, en aquel edificio torcido, en aquel callejón maloliente, se encontraba más a gusto que en su propio palacio.

También otra persona se metamorfoseaba al hilo de las semanas, al ritmo

de las visitas del *sabbat*: la rubia Lula, la mayor de las hermanas de Niño, que aún no había cumplido los diecisiete. Primero apareció una cola de caballo, que llevaba alta, a la manera de las estrellas jóvenes de cine. Luego su talle se estrechó, ceñido por elegantes cinturones de piel blanca, o roja, sus faldas se acortaron y se ahuecaron con enaguas bordadas de encaje. Cuando, con el rostro dibujado como el de una muñeca y los pómulos acribillados de pecas, acercaba a la mesa la silla pegada a la suya, un aroma a jazmín invadía la mente de Joe. El sábado la llevaba al cine Metro a ver películas americanas. Después pasaban horas en la pastelería Groppi, hablando del futuro ante impresionantes helados cubiertos de chantillí. Egipto era un balcón desde el que se gozaba de una visión panorámica sobre los pueblos y los países. A ella le habría gustado tanto visitar París, Francia... Cuando acabe la guerra... «Si es que algún día acaba», soltaba Joe. «¡Que Dios nos ampare! —exclamaba Lula—, forzosamente ha de tener un final». Pero Joe hacía una mueca dubitativa. De entrada, ella no entendía nada.

La llevó a su club deportivo, el Maccabi. Frecuentaron a los jóvenes sionistas, cantaron durante veladas enteras en hebreo, acompañándose con la guitarra, alrededor de un fuego de campamento. Una noche, después de los cantos, después de los bailes, tras las largas discusiones sobre la necesidad de un Estado judío, con un mismo movimiento se miraron al fondo de los ojos. Su decisión estaba tomada. Irían allí, a Palestina, a fundar una familia.

Esa noche Joe no llevó a Lula a su callejón. Alquiló una habitación en el hotel Shepherd y, en el momento de cruzar el umbral, buscó una fórmula, una bendición... No obstante, la religión nunca había sido su fuerte. De manera que se limitó a murmurar el credo judío, ese se lo sabía de memoria..., bueno, solo las dos primeras frases: «Escucha, Israel, Dios es nuestro dios; Dios es Unidad». Y en aquel cuarto de lujo, con el balcón de doble batiente abierto al Nilo, por primera vez no fueron sino uno. Unidad... De modo que era eso, Dios... Un hombre y una mujer, los cuerpos mezclados y las almas fusionadas..., la Unidad.

Cuando Zohar se enteró de que Joe se había prometido con la hermana de Niño, que ambos frecuentaban a los grupos sionistas y planeaban establecerse en Palestina, la angustia le puso un nudo en la garganta. A diferencia de Niño y de Joe, Zohar no era activo en política, pero acusaba los efectos en sus

adentros. Acabada la guerra, los Hermanos habían ocupado la escena. Su nacionalismo parecía más creíble que el del Wafd, y con mayor razón que el del rey. Ellos eran egipcios, procedentes del pueblo, visceralmente opuestos a la presencia británica y, sobre todo, eran musulmanes, antes que nada musulmanes. En sus eslóganes, el pueblo reconocía su cólera. Bajo su impulso habían estallado disturbios en Alejandría; tres sinagogas incendiadas, hospitales judíos, escuelas judías, también tiendas propiedad de judíos, saqueadas. Muchos judíos habían sido maltratados, pobres comerciantes, ancianos, apaleados, tirados al suelo, pisoteados. Hubo decenas de heridos, incluso algunos muertos.

En Al Encuentro de los Pachás, ministros y banqueros reían sarcásticos. «¿Una revolución? Ni caso... El pueblo egipcio es así. Cuando le pica, se rasca, se sacude, y luego se calma. Todo vuelve a la normalidad». Los acontecimientos parecieron darles la razón, pues pocos días más tarde la vida había recuperado su curso despreocupado. Sin embargo, Zohar sentía que ser sionista en El Cairo en 1945 era como meter el brazo en la boca desmesuradamente abierta de un cocodrilo. En cuanto a hacerlo en compañía de la propia hermana de un combativo imán que predicaba la guerra santa, equivalía a cosquillear al cocodrilo para incitarlo a morder.

Al principio Joe quiso compartir con Zohar su amor por Lula y por el futuro Israel. Trató de arrastrarlo al Maccabi; lo invitaba a salidas a navegar con su pandilla de la juventud. Zohar siempre se negaba, le respondía con frases extrañas: «Recuerda que no estás solo, ¡somos tres, Joe! El agua azul, el aguardiente de los tres *shebabs*... ¡No lo olvides jamás!». Pero ¿de qué hablaba? El mundo se hallaba en ebullición; los ingleses hacían retroceder a los supervivientes de los campos de concentración que pretendían viajar a Palestina. Enviaban los barcos de inmigrantes a Alemania, ¡la tierra maldita, empapada de la sangre de sus padres! Y él, Zohar, solo pensaba en los negocios... ¿Podía ser insensible hasta ese punto a los sufrimientos de su pueblo?

No se pelearon, no, pero se fueron alejando el uno del otro. Joe se pasaba de vez en cuando por la fábrica, en la calle Docteur-Tawfik, siempre por la tarde, después de la siesta, cuando le constaba que Zohar estaba ocupado en la calle Solimán-Pachá con sus millonarios, sus generales y sus ministros. Joe ya

no acudía a Al Encuentro de los Pachás.

—Que el día de su majestad sea límpido como una lágrima de nata en una copa de cristal...

—Este día, Gohar ebn Gohar, hijo de perra, es como la pez, y yo me siento como el cieno del fondo del Nilo...

Eran apenas las siete de la tarde de aquel 22 de octubre de 1948. Faruk acababa de enterarse de que la fragata que llevaba su nombre, *L'Emir Farouk*, se había hundido, arrastrando al fondo a una tripulación de setecientos hombres. Mientras cruzaba frente a Ashdod, los israelíes habían lanzado contra su flanco una lancha cargada de explosivos. No se requirieron más de cuatro minutos para que la embarcación desapareciese de la superficie. Pocas horas antes, un telegrama le había informado de que los tres mil soldados de élite de la brigada del general Taha Bey estaban rodeados en la bolsa de Faluga. Sus generales, que prometían tomar en quince días los cuarteles de Tel Aviv, habían sido derrotados por los que le habían presentado como una banda de descamisados equipados con viejos trabucos.

—¿Sabes lo que me han hecho tus primos, los judíos?

—Uno no elige a su familia... —trató de bromear Zohar.

—Escucha mi consejo, señor Gohar, el consejo de un rey: ¡cambia de familia! Hazlo antes de que sea demasiado tarde.

Entonces, por primera vez desde que se conocían, Faruk lo invitó a sentarse a su lado. Le rodeó los hombros con el brazo.

—Tarde o temprano, Egipto pertenecerá únicamente a los egipcios. Y lo propio del egipcio es ser musulmán...

—¿Y por qué no la religión de los faraones?

Faruk prorrumpió en carcajadas.

—¡En secreto, querido amigo, en secreto!

Cuando evocaba el peligro de ser judío en Egipto después de la guerra, el rey sabía de lo que hablaba. Por iniciativa de sus nuevos consejeros, exnazis que habían conseguido huir de la Alemania ocupada, había hecho que el Parlamento votara unas leyes discriminatorias. Todavía no se trataba de las de

Núremberg, pero iban en camino. Una nueva ley prohibía a los judíos abandonar el territorio, por temor a que fueran a engrosar las filas del ejército israelí. Otra estipulaba que en lo sucesivo el setenta y cinco por ciento de los empleados de asuntos públicos o comerciales debían ser «verdaderos egipcios», es decir, musulmanes, excluyendo por consiguiente a judíos e ingleses. Por otra parte, desde el principio de la guerra del 48 se detenía a los jóvenes por «sionismo», que se había convertido en un delito contra el Estado. Los recluían a centenares en la cárcel de extranjeros o en campamentos en el desierto.

Faruk pellizó la mejilla de Zohar, como uno hace con un niño, y le dijo:

—¡Oh, hijo mío, te lo ruego! ¡Únete a nosotros, quédate con nosotros! No tengo ningunas ganas de ver esfumarse mis veladas en Al Encuentro de los Pachas.

Ese mismo 22 de octubre, ante su villa de Zamalek, recién afeitado, perfumado con una seductora fragancia que se había procurado en la perfumería Nessler —una nueva agua de colonia llamada La Hija de Sudán—. Joe se contemplaba en el retrovisor. Gorra escocesa encasquetada sobre el cabello ondulado, pajarita, camisa de vestir blanca a rayas azules... Oprimió el botón de arranque. Le gustaba aquel ruido de escape ronco, un tanto salvaje, que evocaba la velocidad. Esa noche llevaba a Lula a bailar al Automobile Club. Varios del Maccabi se habían dado cita en aquel lugar seguro, frecuentado únicamente por la alta sociedad, con el fin de preparar su partida. Uno de ellos disponía de una potente motora, capaz de llegar a Haifa. En tiempos de guerra no resultaba fácil salir de un puerto como Alejandría, por eso abandonarían el país por Ras el Barr, la estación balnearia, como si se tratase de una simple salida al mar. La llegada a Israel implicaba mayor peligro. Esa era precisamente la misión de Joe, ponerse en contacto con responsables de la Agencia Judía, que habían avisado al ejército israelí de su llegada. No era cuestión de dejarse ametrallar por los guardacostas una vez alcanzado el objetivo. Ya no aguantaban más aquella ansiosa ociosidad en un Egipto que cada día se les antojaba más hostil.

La calle Port-Said estaba muy congestionada. Se desvió a la derecha, con el pulgar crispado sobre el pequeño botón del claxon, en el centro del volante. Sin embargo, al llegar ante la mezquita Zahir-Baibars, una compacta multitud avanzaba profiriendo eslóganes: «¡Palestina para los árabes!... ¡Degollad a los judíos!». Imposible cruzar las apretadas filas de todos aquellos hombres coléricos que blandían palos. Frenó y metió la marcha atrás. Apenas recorridos unos metros, apareció un camión que le cerró el paso. Frenó de nuevo y trató de dar media vuelta. Pero el gentío ya lo rodeaba. Los hombres se acercaban al coche, lo tocaban. Unos niños jugaron con la manija hasta abrir la portezuela. Entonces un tipo grueso con los ojos inyectados en sangre avanzó hacia él. «¡Lo reconozco! —gritó—. Lo he visto en el Maccabi, con los sionistas». Un rumor creciente repercutió de hilera en hilera. «¡Es un judío! ¡Un sionista hijo de perra! ¡Degollad, degollad!». Y el gordo, que iba a la cabeza, agarró a Joe por la bonita camisa a rayas. «Juegas al baloncesto con los sionistas. Eres un sionista, ¿a que sí?». Y lo sacudió. Con un brusco movimiento, Joe apartó las manos del hombre, se apeó del MG y se plantó ante la multitud. Les habló en árabe: «No soy un extranjero. Soy egipcio, como vosotros». Temblaba de pies a cabeza, de miedo, por supuesto, pero también de rabia. La primera hilera interrumpió sus gritos. Se quedaron desconcertados, sin saber qué pensar de aquel joven de buena familia que hablaba su lengua, un egipcio después de todo. No obstante, los gritos de los de atrás se redoblaron. «¡Degollad al sionista!». El pobre Joe, solo ante cientos de personas, se había convertido en un instante en el responsable de las humillaciones sufridas durante siglos.

El gordo alzó el palo, miró hacia atrás, buscando el asentimiento de sus compañeros, y gritó: «*Allahu Akbar!* (¡Alá es grande!)». Entonces lo abatió sobre el cráneo de Joe. «*Allahu Akbar!*», repitieron los otros.

Esa noche del 22 de octubre, Lula esperó mucho tiempo a su príncipe, su amor, que debía llevarla a bailar al Automobile Club, donde ella nunca había puesto los pies.

El gran rabino de Egipto en persona encabezaba la procesión cuando dos días más tarde, el 24 de octubre —pues el 23 era sábado—, la comunidad judía condujo, a pie y en el mayor de los silencios, los restos mortales de Joe di Reggio al cementerio de Bassatine. El pueblo de El Cairo la miraba pasar

consternado. Las mujeres lanzaron yuyus, surgieron gritos aquí y allá... «¡Pobre! Un muchacho tan guapo...». ¿Cuál es el verdadero pueblo de Egipto, el que dos días atrás exigía a gritos la muerte del sionista o ese otro, sinceramente afligido, que rendía un último homenaje a la belleza de su juventud?

Con mano vacilante, Zohar vertió las últimas gotas en su copa. Se había quedado en Al Encuentro de los Pachás, perdido en la contemplación de la etiqueta: «El aguardiente de los tres *shebabs*». Se había terminado la botella. Joe estaba muerto. No había tenido valor para asistir al funeral. Joe había fallecido y él no comprendía la razón. Desde hacía años se burlaban del peligro con la despreocupación de la juventud. Y ahora, desde..., ¿cuánto hacía ya? Desde el fin de la guerra, realmente. Aquellas manifestaciones en la calle, aquella violencia, aquel principio de pogromos... El ambiente ya no era el mismo, sentía que el cerco se iba cerrando, y también su garganta. El movimiento se había acelerado desde el voto de la ONU que validaba el plan de partición de Palestina. Y desde el desastre sufrido por el ejército egipcio.

En cuanto a aquel rey dandi, antaño tan elegante, se hinchaba día a día, una montaña de grasa que irrumpía en los cabarés con una bailarina de cada brazo. Sus enrevesadas frases en un inglés rebuscado habían sido sustituidas por palabras soeces que nadie le había oído antes, por insultos groseros... Cosa que, Zohar lo sabía intuitivamente, los egipcios jamás le perdonarían. Amaban Egipto en la figura de su rey.

Corrían rumores insistentes. Al parecer, los esbirros de Faruk raptaban a muchachas contra su voluntad. Los maridos, padres o hermanos que osaban protestar eran maltratados y en ocasiones metidos en prisión. Se hablaba asimismo de desapariciones, de muertes inexplicables. Sin embargo, se contaban tantas cosas... En Oriente, la palabra está hecha para cantar los sueños y estremecerse con las pesadillas, ¡no para informar!

De pronto se oyó una terrible explosión. Los cristales temblaron. Un zumbido grave se introdujo en los oídos de Zohar. Luego, en el exterior, un largo pitido seguido de una segunda detonación, no tan sorda pero más penetrante que la primera. Un silencio opresivo que se prolongó más de un minuto. Y los gritos de la multitud, muy cerca. Salió a la calle Solimán-Pachá. La gente corría en dirección a la plaza. El último edificio albergaba los

grandes almacenes Cassuto and Co., que pertenecían al padre de aquella muchacha en la que el rey había puesto la mira cinco años atrás. Tras el intento de raptó, sus padres habían enviado a la joven Viviane a proseguir sus estudios en Francia. Soñaban con casar a su hija con Joe di Reggio. Ahora, el edificio Cassuto estaba en llamas, y Joe había muerto. Cuando vio a la multitud precipitarse por los escaparates de los almacenes para saquear lo que tuvieran a mano —alfombras, cortinas, lámparas, sillas, todos aquellos objetos de los que el pueblo tanto carecía—. Zohar sintió arcadas y se alejó tambaleándose en dirección contraria.

Deambuló largo rato a través de la ciudad. Sus pasos lo llevaron de modo natural a Bab Zuweila. Avanzaba con la cabeza agachada y el alma ausente. Caminó por las callejuelas que tan bien conocía; nadie lo importunó, ningún mendigo le extendió la mano abierta, ningún niño se agarró a sus ropas. Era como si se hubiera vuelto transparente, invisible a los transeúntes. Cuando cruzó el umbral de la concesión, la *kudiya*, la señora de los *zars*, la que había iniciado a su madre y permitido su concepción, lo recibió como siempre, dando palmadas: «¡Oh, Alá! ¡He aquí al hijo, la criatura de Nofal, nuestro señor! ¡Venid! ¡Venid a recibir a nuestro niño!». Y lo estrechó entre sus brazos. La cabeza del muchacho oprimía los enormes senos mullidos, que olían a lejía y a incienso. Lloró, él que jamás había llorado, con sollozos entrecortados. Zohar se ahogaba, de llanto, de aflicción, con el corazón en un puño y un nudo en la garganta: «¡Madre! ¡Oh, madre mía!». Ella, la *kudiya*, lo estrechó más fuerte, y él se hundió en la tierra como en un edredón. «¡Tu ausencia ha sido como un monstruo que me devoraba el alma!», sollozó. La *kudiya* volvió a dar palmadas... «¡Menudo embustero! Qué bien sabe hablar el que vive entre ladrones...». Entonó los compases del canto que había acompañado el primer baile de Esther, su madre, la noche de su iniciación a la danza de los señores: «Oh, Nofal, oh, Nofal... Los que descienden son dichosos en las profundidades...». Acto seguido prorrumpió en carcajadas. Con un brusco cambio adoptó de pronto un aire severo: «¿Mi ausencia? ¡Malnacido! ¿Acaso no eres tú quién ha olvidado a su madre, la *kudiya*? Tú, que no encuentras el momento, que te contentas con enviar a unos sirvientes con las ofrendas de perfume para las ceremonias. ¿Crees que no te han reclamado los señores? Todos los días preguntan por ti. ¿Dónde está? ¿Ha olvidado la casa de su

padre?». Y enumeró los espíritus, los *zars* que llamaban a Zohar: «¿Crees acaso que no te esperaban?... El maestro rojo, nuestro rey con cabellera de fuego, y su mujer, la que llaman la Jenneya..., y Bahri, el del mar, y su hermana gemela, la de la falúa..., y Manzoh, el *bawab*, el portero..., y los propietarios de la tierra, que te llamaban cada vez que hacían acto de presencia, los del alto reino y los de las fuentes..., y la madre Safsaf, que guarda las orillas del desierto... ¡Sí! ¡La madre Safsaf! ¡Ya sabes cuánto te quiere!».

Y de nuevo rompió a reír, la *kudiya*, la severa.

Eso era lo que Zohar amaba por encima de todo en Bab Zuweila. Nada revestía gravedad, todo era reparable, tanto la dificultad de vivir como la imposibilidad de soportar la muerte... «¡Mira mi vientre, pendejo, hijo de los señores!». Se subió el vestido hasta el límite de los senos. Por encima de unas extrañas bragas de lana, llevaba un tatuaje que él jamás había visto... «Mira mi vientre», repitió la *kudiya*, de pronto severa. El tatuaje representaba el rostro de un niño, con la boca abierta y asomando la punta de la lengua. Tenía los ojos rasgados y una carita simpática. Su nariz era el ombligo de la *kudiya*. Entonces esta empezó a ondular en una danza del vientre, sujetando con los dientes el bajo de su vestido. El chiquillo tatuado hacía muecas, luego reía, luego lloraba, y reía otra vez a merced de los movimientos... Zohar sonrió y sonrió... Y las demás mujeres los rodearon dando palmadas. El niño del tatuaje hacía señas a Zohar, un guiño, un movimiento de los labios, como un beso... Zohar ensanchó la sonrisa y acabó por reír. Después se arrojó en brazos de la *kudiya* y dijo: «¡Líbrame de mi pena, oh, madre!». Y hundió la cara en su pecho inmenso y mullido.

Ella lo había entendido, la profunda, la sagaz, la intuitiva, la sacerdotisa de los orígenes; tan pronto como su niño de corazón ardiente había cruzado el umbral de la concesión, comprendió que se sentía perdido. «¡Come un poco! Come la carne del sacrificio junto con la bamia, el quingombó, que se adhiere a ella como hierro fundido... Voy a fabricar una zarpa para ti. La llevarás colgada del cuello». Él comió y bebió, y bromeó con las mujeres, las propietarias de El Cairo. También lloró, y ellas lloraron con él; lo tocaban y lo besaban, aquellas que habían visto descender a los faraones procedentes del reino de Kush. La *kudiya* le entregó la zarpa, tan grande como la de un

tigre, fabricada con piel de búfalo y un hueso de serpiente, y pronunció las palabras adecuadas: «Los señores no viajan, permanecen arraigados como los árboles. Los hijos se marchan, en eso son como los pájaros. ¡Recuérdalo, hijo de la noche, no eres uno, sino dos! Y si un día crees saber con quién formas uno, ten presente que no eres dos, sino tres...».

Entonces Zohar besó las manos de la *kudiya* y se las llevó a la frente. «¡Vete! —le dijo ella—. ¡Ve en tu busca!».

Y Zohar abandonó Bab Zuweila con la cabeza alta, repitiendo para sus adentros la frase que mascullaba cual mantra: «Ten presente que no eres dos, sino tres».

El palacio

Luz de la noche, hijo de las callejuelas, ya no reconocías tu ciudad...

Habías recorrido el barrio viejo de El Cairo desde la más tierna infancia. Tú que adivinabas, en cada mujer del pueblo de voz ronca, la curva de una cadera, el peso de un seno en el hueco de tu mano, la pulpa perfumada de un labio entre los tuyos; y en cada hombre con galabiya, el acre olor del guarda que te llevaba en sus brazos, la mano rugosa en tu mejilla, la bienaventurada fuerza de un mundo... En cada hombre, en cada mujer con los que te cruzabas, depositabas una sospecha. En el rostro de los hombres veías la violencia del leopardo, y la ponzoña en las comisuras de los labios de las mujeres. Por eso, a fin de tranquilizarte, apretabas en la mano hundida en el fondo del bolsillo la zarpa mágica que aún no te habías colgado al cuello.

Luz de la noche, hijo de las callejuelas, no tengas miedo, este mundo va muriendo...

Hacía seis años que no veía a Masreya. Zohar paró un taxi, indicó al chofer la dirección, calle Osman-Bey, en Roda. Ante la vega, dudó en llamar. No soportaría la mirada de Jinane, la del dulce rostro, su madre de leche, su voz de ángel, que le recordaría su juramento de no volver a ver a su hija jamás... Todas las noches se dormía con las mismas palabras, «mi hermana, mi amor, la aparecida, la desaparecida»; cerraba los ojos y olía la fragancia de su cuerpo, los abría, los cerraba, y seguía oliéndola... Las gotitas del viento se reagrupaban para dibujar las formas de su amada. Se estremeció ante

la idea de su mano recorriéndole las piernas. Buscó pretextos. Después de todo, acababa de perder a su amigo. Se sentía desdichado. Necesitaba verla. Llamó.

—¡Que Dios aleje de mí la mala suerte y a todos los *shaitanes*! —exclamó Uahiba cuando lo vio por el resquicio de la puerta.

Él la empujó al interior.

—¡Cállate! ¡Vas a poner nerviosos a los diablos, imbécil! ¿Acaso te crees sola en el mundo? ¿Tienes idea de la multitud que te rodea? A tus pies... —le señaló el suelo y ella miró—, en el aire... —le señaló el aire y ella levantó la cabeza—, todos esos *afrit* que no ves... Ellos oyen tus gritos y acuden. Sobre todo cuando evocas el nombre del Shaitán. —E hizo vibrar la voz al pronunciar el nombre del diablo.

—¡Que Dios me proteja!

—Y se aprietan contra ti. —Se apretó contra ella.

—¡En el nombre de Dios! ¡Que aleje a los *shaitanes*! —Lo apartó de un empujón—. ¿Por qué has vuelto?

—Ahora haz el favor de hablar en voz baja —le advirtió poniéndole un dedo sobre la boca—. ¿Um Jinane está en casa?

—Hace mucho que la madre se marchó al Delta, a su pueblo de Kafr el Amar. Dijo que prefería ocuparse de sus búfalas antes que de los asnos que pasaban por esta casa.

—¡Chitón! ¡No hables tan fuerte! Entonces, ¿ya no vive aquí?

—¡No! Solo el señor y la señora...

—¿Señor?... ¿Qué señor?

Ella se lo contó, Uahiba, la simple, la soñadora, la fiel... Masreya había conocido a muchos hombres tras haber renunciado a su hermano. (¡Que Dios la perdonase!). Y entonces llegó Cherif, al que sin duda Zohar conocía, Cherif el Afgani, el diputado. Incluso una vez había sido ministro, en el gobierno de Sirri Pachá o de Hassan Sabri, ya no lo recordaba. El señor Cherif había puesto orden en la casa. Puso a dos guardias en la entrada, y cuando uno u otro de aquellos golfos, de aquellos cuervos nocturnos que poblaban la cama de su señora, intentaba volver, era llevado de inmediato a comisaría.

—Tienes mucha suerte, Gohar, hijo de nadie, hoy, con todos esos disturbios, los dos guardias han ido a la ciudad para secundar a la Policía. Por

eso has podido llegar hasta la puerta.

—¿Está casada? —preguntó Zohar. Como la criada no respondía, insistió —: Masreya... ¿Está casada con el señor Cherif?... ¡Habla!

—El señor Cherif no es un cuervo nocturno como tú. Es un *jawaga*.

En ese momento Masreya bajó la escalera, vestida únicamente con una bata de seda verde. Los años habían acentuado sus suaves formas. El largo cabello rizado le caía en una cascada de reflejos luminosos. Con el rostro bañado en un vaporoso halo, avanzaba paso a paso, saboreando el momento en el que vería desaparecer su ausencia. Zohar mantenía la vista clavada en ella, sonriendo para sí mismo ante el aire majestuoso que pretendía adoptar. Ella se acercó, él avanzó. Los últimos pasos, la joven los dio corriendo.

—¡Gohar!

Y se pegó contra él. Hundió la cara en el hueco de su hombro y lo estrechó tan fuerte como pudo, respirándolo por cada poro de la piel. Luego lo miró, escrutando su rostro para adivinar su destino. Repetía su nombre. Lo besó en la boca. Con la mano le recorría la espalda, el vientre e incluso el sexo... Solo con una mirada habían vuelto a ser dos lactantes desnudos, agarrados cada uno a un pecho de Um Jinane, su madre. Él fue el primero en hablar:

—Te he esperado durante años en la esquina de mi abatimiento.

—¡Oh, Dios! —se lamentó Uahiba. Y meneó la cabeza de izquierda a derecha en un intento de bloquear el paso a la desdicha—. ¡Que se haga según tu voluntad, oh, Dios mío!

¿Quién conoce la voluntad de Dios? Sin duda creía estar pronunciando un conjuro, Uahiba, la fiel, la carnal, la curiosa... Con esas palabras validaba lo inesperado, aceptaba que los espíritus, los diablos, reuniesen una vez más a las dos mitades... Tal vez con conocimiento de causa, ¿quién sabe? Quizá su alma se regocijaba, pese a pretender lo contrario, al dejar que los amores se vertieran del cielo de uno al cielo de la otra. En Egipto, los contrarios suelen ser idénticos.

—También yo te he esperado, Gohar, mi hermano, amado mío, mi novio. ¿Quién fue el que se marchó aquel 10 de noviembre?

Él la besaba en la boca, la recorría con las manos, la estrechaba, la acarreaba con su fuerza, la llevaba en sus palabras hasta los confines del mundo.

—¿Y quién ha vuelto hoy? ¿Acaso no he sido yo?

La arrastraba en torbellinos infinitos, y corrían sin desplazarse...

—¡Ven! —le dijo él—. Vayamos lo más lejos posible, allí donde nadie conoce la leche que nos nutrió.

—¿Adónde?

—¡Allí donde termina el mundo!

¡Y ese lugar estaba allí mismo! Sobre la alfombra del gran salón. ¿Acaso habrían podido esperar, siquiera un instante? Se dejaron caer de rodillas, cada uno adorando al otro, sin saber quién era el creyente y quién el ídolo. Rodaron hechos una bola de carne y nervios, de tensión y dulzura. Al igual que la primera vez, diez años atrás, cuando apenas contaban trece, dieron rienda suelta a su naturaleza salvaje. Parecían una pareja de gatos en celo, o más bien de tigres.

Uahiba abandonó la sala corriendo. Pero no pudo ir muy lejos. Refugiada en la cocina, sujetando la mano de Baheya, su hermana, con el oído pegado a la pared, los espiaba, los vigilaba, para intentar, una vez más, descubrir su secreto, ¡sin duda!

Permanecieron un rato imbricados, jadeantes.

—¿Volverás? —le preguntó ella.

—¿Estarás aquí? —le preguntó él.

—¡Ahora debes irte! ¡Deprisa!

—¡Lo sé! Pero antes...

—¡No, Gohar, no! Viene hacia aquí, lo percibo. Está en camino.

Habría querido contarle su pena. Habría querido hablarle de sus años sin ella. Habría querido convencerla de que se marchase con él... o incluso de que se quedaran en el país los dos juntos, lejos, en los confines, en Nubia, en Sudán... Sin embargo, Zohar acababa de comprender que la fuerza que los unía, nacida antes del lenguaje, se burlaba de sus palabras.

—¡Vete! —repitió Masreya—. ¡No pierdas un minuto!

Ve, luz de la noche, hijo de las callejuelas, tú cuyo nombre está plantado en un libro como un árbol en la tierra. Este mundo se está muriendo...

Y cuando los contornos de un mundo se vuelven borrosos, solapándose con los de otros mundos, es cuando suele aparecer un testigo del devenir del tiempo. El 10 de noviembre de 1948 nació en Abasseya el nieto del nieto del

gran rabino de Egipto, el rabí Yom-Tov Israel Cherezli, que, durante los ministerios de los jedives Ismael Pachá y Tawfik Pachá, e incluso hasta Mustafá Fahmi Pachá, había sabido gobernar a Israel en Egipto. Contaban los viejos que ese día, en las mezquitas, en las iglesias coptas, en las iglesias católicas y en las sinagogas de El Cairo, todas las miradas se alzaron al unísono, y los fieles no sabían por qué.

El 17 de noviembre de 1948 Faruk repudió a su esposa, la reina Farida, tras diez años de matrimonio. Lluvia, viento..., hasta se vieron algunos copos en Alejandría; los egipcios tenían frío ese mes de noviembre. «En su sabiduría, Dios ha querido que el vínculo sagrado que unía a dos nobles esposos se haya roto...». A continuación, el rey pronunció la fórmula ritual: «¡Te repudio! ¡Te repudio! ¡Te repudio!». Terribles palabras mediante las que, según la tradición, un hombre se separa de su mujer; opuesto perfecto de aquellas con las que el brujo llama al diablo, invitándolo a entrar, tres veces, en su casa. Ya en 1943 la hermosa Farida, provocada sin cesar por las extravagancias de su esposo el rey, no soportando más los ácidos tormentos de sus propios celos y con la autoestima por los suelos a causa del nacimiento consecutivo de dos hijas, había tomado un amante, el elegante hijo de la princesa Shivakiar, un primo lejano de Faruk. Se quedó embarazada por tercera vez, y en la corte todos se preguntaban: ¿de su marido?..., ¿de su amante? ¡Fue otra niña! El 15 de diciembre de 1943 la gentil Fadia, tercera hija del rey Faruk, abrió al mundo sus grandes ojos asombrados. A partir de ese momento, el monarca desconfió de la reina más que de ninguna otra persona. La cortés indiferencia que presidía las relaciones entre los esposos reales dio paso al rencor.

Había que afianzar el trono, engendrar a un varón, un heredero. Saltaba a la vista que Farida no era capaz. Un comentario, hecho de pasada por la princesa Nimet Alá, vino a reforzar la convicción de Faruk. Le contó que la misma historia había sucedido en la generación anterior. A su padre, el severo rey Fuad I, le habían nacido sucesivamente tres hijas de un primer matrimonio. Entonces había elegido nueva esposa, una muchacha muy joven procedente de la alta burguesía ilustrada, bella, educada e inteligente: la reina Nazli. Su primer hijo fue un varón, ¡que no era otro que él, el príncipe Faruk! De manera que, de ser cierto que el destino de la familia se repetía de padres a hijos,

necesitaba un empujón. Cuando uno toma conciencia del futuro, es conveniente ayudar al mundo a que llegue a materializarse. Fue así como decidió repudiar a la reina.

Liberado de su matrimonio, vínculo que, pese a todo, lo obligaba a aparentar normalidad, Faruk se entregó en cuerpo y alma a las fuerzas de la noche. En el Auberge des Pyramides, en el Risotto, en el Mehemet Alí o en Al Encuentro de los Pachás, que durante mucho tiempo prefirió a los demás clubes, Faruk pasaba unas noches tan largas como el aburrimiento. Los juegos de cartas y los juegos de dinero y risas con los cortesanos le procuraban algunas excitaciones pasajeras. Bromeaba ruidosamente, hacía trampas en el juego, comía eructando. Al final de la velada, los captadores le presentaban presas, beldades muy jóvenes que se sentían dotadas para el amor. Se las llevaba en sus potentes coches, que conducía a la velocidad del Shaitán. Y si otros vehículos lentificaban su avance, disparaba con el revólver a los neumáticos del que le estorbaba. ¡Cuándo pasa el rey hay que hacerse a un lado! No obstante, sus coches eran reconocibles, sobre todo su última adquisición, un suntuoso Bentley Mark VI —no el modelo estándar, sino el diseñado por Figoni y Falaschi—, pintado de un rojo caramelo californiano, el único en todo Egipto, sin duda; tal vez el único en el mundo. Se quedaba a las chicas hasta la mañana en villas aisladas y se entregaba a orgías desenfrenadas. Se acostaba al amanecer y se levantaba a la hora de la siesta. Adicto a los excesos, cada vez necesitaba tener más. Para desayunar engullía latas enteras de caviar, unos veinte huevos, un pollo asado... En ocasiones le entraba un hipo terrible, que se prolongaba durante horas, pese a los litros de refresco de naranja helado que ingería en medio de fuertes espasmos por todo el cuerpo.

Esa noche del último día de noviembre, en Al Encuentro de los Pachas, las chicas eran banales, demasiado vulgares para su gusto, y los cortesanos empezaban a dormirse, hartos de distraer al rey. Debían de ser más de las dos de la madrugada. No se sentía con ánimos para volver a palacio. Lo acosaba una pesadilla que venía repitiéndose desde hacía semanas y que, acurrucado entre las sábanas, le impedía conciliar el sueño por temor a que volviera. Zohar estaba atareado detrás de la barra.

—Señor Gohar, ya que, al igual que yo, eres un hijo de la noche, ven a

tomar una copa en mi compañía.

Y Zohar acudió a la mesa de aquel soberano extraviado, a quien al nacer le habían dado todo salvo la promesa; un rey nace sin futuro.

—¿Qué le apetece a su majestad? —preguntó Zohar.

—¡Nada! Tan solo unos minutos de tu tiempo, para charlar.

Y le contó su terrible pesadilla, de la que despertaba sobresaltado, empapado en sudor y jadeante. Unos leones lo perseguían. Trataba de escapar, pero los felinos corrían muy deprisa. Si se escondía, lo encontraban olfateando su rastro. Tal vez si se subía a un árbol... Sin embargo, resultaba imposible; el tronco era demasiado delgado, demasiado liso, sin anfractuosidades. De manera que acababa cayendo al suelo, y cuando ya sentía en la piel el fétido aliento de la fiera dispuesta a devorarlo, se despertaba, muy trastornado.

—Lo que ven en mí son kilos de carne —explicó a Zohar.

—Su majestad me hace un gran honor al pensar que pueda serle de alguna utilidad a la hora de dilucidar ese sueño. Pero yo no soy nadie, ¡tan solo un humilde judío de la callejuela, majestad!

—Vamos, señor Gohar, eres demasiado modesto. Los judíos, me consta, son expertos en la interpretación de los sueños, desde el episodio de José y el faraón. Dime: ¿crees, al igual que yo, que esos leones representan las fuerzas decididas a aniquilarme, los jodidos ingleses, y esos afeminados del Wafd, y los que ladran ante las mezquitas, y los adeptos del gran muftí de Moscú, y la camarilla de la reina Nazli, mi madre...? ¡No temas decírmelo puesto que ya lo sé!

Zohar temblaba. No era conveniente contradecir al rey en aquellos años de tumultos. Se llevó la mano al cuello en busca de la zarpa mágica. Y se limitó a responder:

—Lo que debe hacer su majestad es rezar antes de dormirse, solicitando la ayuda del Todopoderoso...

—¡Quia! —se encrespó el rey, al tiempo que se incorporaba dispuesto a marcharse—. ¡Yo sabré aplastar a esos leones!

Y salió pitando con el Bentley hacia el zoo de El Cairo, que obligó a abrir en plena noche. Se puso a bramar como un poseso al guarda, que estaba aterrorizado: «¡La jaula de los leones! ¡Llévame a la jaula de los leones,

imbécil!». Una vez allí, siguió vociferando, esta vez a las fieras: «De manera que queréis apoderaros de mi trono. No os basta con ser los reyes de los animales, encima necesitáis arrebatarnos la corona a los hijos de Adán. ¡Una vez hecho picadillo, os será fácil acabar conmigo! Si solo se tratase de mi trono y mi fortuna... Pero no, también queréis atiborraros de mi carne, ¿eh?». Dicho esto, descargó el revólver sobre dos desgraciadas leonas soñolientas.

¡Pobre rey! ¿Quién habría podido hacerlo entrar en razón? La princesa Shivakiar había muerto, al igual que el chambelán, el aristocrático Hassanein Pachá, los dos únicos mayores cuya palabra Faruk respetaba un poco. «¡Está loco!», dijo la princesa Fewkie, la de mayor edad entre sus parientes. «¡Completamente loco!», reiteró el príncipe Mohamed Alí Hassan. En la calle se oían eslóganes contra aquel rey de costumbres disolutas, que practicaba el adulterio y se entregaba a juegos infernales. Príncipes y princesas, *nabils* y *nabilas* se mostraron unánimes. Había que destituir a Faruk. Pero ¿cómo hacerlo?

Si al menos hubieran sabido ponerse de acuerdo sobre el procedimiento...

Luz de la noche, hijo de las callejuelas, ¡huye! ¡Corre lejos! Este mundo se está muriendo.

Cuando, el 4 de diciembre, los Hermanos Musulmanes asesinaron al jefe de la Policía, y el 28 de diciembre al primer ministro, El Nokrashí Pachá, y reivindicaron los atentados declarando que erradicarían la corrupción mediante la palabra y la sangre, Zohar no pudo por menos de pensar que era con eso con lo que el rey había soñado unas semanas atrás. Si él hubiera sido José, habría prevenido al faraón... Pero Faruk se había vuelto inaccesible, rodeado de una camarilla de personajes corruptos que sacaban partido de la menor palabra intercambiada con él. Se acabó su política de príncipe oriental, hecha de astucia y de iniciativas inesperadas. Ahora recurría a la fuerza como un vulgar dictador. Decretó la disolución de la Hermandad y el 12 de febrero de 1949 mandó asesinar al guía supremo, su creador, el jeque Hassan el Banna. Los Hermanos, que soñaban con mártires, tenían por fin el suyo. Adquirieron todavía mayor preponderancia. Se sabe que los muertos regeneran a los vivos.

Aunque el hombre de la calle sueña con sus problemas familiares o de trabajo, el rey, como es lógico, lo hace con problemas de Estado. La pesadilla

de Faruk no andaba errada, era sin duda una horda de leones la que ansiaba alimentarse con su carne, no uno, sino toda una manada de leones hambrientos. Los Hermanos Musulmanes no eran los únicos, ¡ni mucho menos! Una quincena de oficiales, inteligentes e instruidos, organizaban reuniones con objeto de derribar al régimen para instalar una república militar y socialista. Fue durante ese período de fluctuación, en que todo parecía posible, cuando Nasser, su líder, creó el comité, rodeándose de hombres de talento como Anuar el Sadat, Abdel Hakim Amer o el general Mohamed Naguib. Pocas semanas más tarde, la nueva organización, que establecía sus redes a todos los niveles de la jerarquía del Ejército, tomó el nombre de «Movimiento de los Oficiales Libres». Los leones salían del bosque y empezaban a reagruparse.

Desde aquella noche de noviembre de 1948 que acabó trágicamente en el zoo de El Cairo, ya casi no se veía a Faruk en Al Encuentro de los Pachás. Zohar seguía gestionando sus negocios, siempre florecientes, tratando de correr un tupido velo sobre la disgregación del mundo que lo rodeaba. Huía de las preocupaciones aturdiéndose con conquistas fáciles. Buscaba entre las egipcias, las mujeres del pueblo, todavía impregnadas del olor a pescado que vendían al pregón. A menudo, las iniciaba en la embriaguez de los sentidos; en ocasiones se tropezaba con hermanas, ya conocedoras del culto de los *zars*, jóvenes adeptas de los señores, procedentes del barrio de la puerta de Barbarins, del de la Maison Nouvelle o del de la Citadelle, y, durante una noche o simplemente una hora, cerraba los ojos para colmarse de los aromas de su mundo. Para él, las mujeres eran el futuro de Egipto. En los muros de la ciudad había aparecido un nuevo anuncio, alabando la coca-cola, ahora fabricada en el extrarradio de El Cairo. Masreya, su hermana, su divina, vestida a la europea con un traje de chaqueta de un gran modisto provisto de un amplio escote, cruzaba las piernas en una silla de playa. La falda, hasta medio muslo, dejaba adivinar la oscuridad del placer. Justo debajo, una botella de coca-cola, con la espuma rebosando del borde... «¡Sacia tu sed!», prometía la indecente publicidad. El anuncio producía su efecto. Los hombres se detenían de vez en cuando largos minutos para soñar ante las perfectas piernas de Masreya; las mujeres le sonreían y él, Zohar, le hablaba en su corazón, recitaba el mismo verso del Cantar de los Cantares: «Oh, hermana mía, oh, mi novia, con una sola mirada me haces perder el sentido...».

Un día tuvo un sobresalto. Le pareció que el anuncio le había respondido. Masreya, con un parpadeo, le había murmurado: «Vete, luz de la noche, hijo de las callejuelas. No estás hecho para el sufrimiento».

El poder era fluctuante. Todo el mundo sabía que pasaría a manos de la fuerza que consiguiera expulsar a los británicos de Egipto. Los Hermanos extraían su influencia de la cuestión moral, repitiendo que la presencia inglesa generaba corrupción y depravación. Los Oficiales Libres se reagrupaban en torno a la cuestión militar y el escándalo de la derrota del 48. El Wafd, que había vuelto al gobierno con Nahhas Pacha, se presentaba como el garante de la ley. Quedaba Faruk, el inaprensible, que ahora vagaba a lo lejos... Obnubilado por sus pasiones, desde los primeros días del ramadán pasaba los meses de verano en Francia, en Deauville, Biarritz, Cannes, Monaco, donde podía comer a su antojo durante aquellas semanas de ayuno musulmán, saquear los casinos, ganar y perder sumas que desafiaban la imaginación y despachar a las jóvenes tras ofrecerles unos minutos de ensueño.

Sábado 26 de enero de 1952. La una del mediodía. Zohar se presentó ante las Vegas del palacio de Abdine al manillar de su nueva y flamante Black Shadow, una motocicleta inglesa de extravagante potencia. Los dos cilindros petardeaban al compás, recuperando el aliento tras la carrera. Se subió las gafas a la frente para que los dos guardias pudieran identificarlo. Entró en el patio, sorprendido al ver decenas de coches, ingleses, sobre todo americanos e incluso algunos Rolls-Royce. La aceleración de la Vincent se desencadenó a través de los dos tubos de escape, repercutiendo fragores de huracán en los muros del palacio. Se detuvo derrapando ante la gran puerta que en 1874 el jedive Ismail, perdidamente enamorado de la emperatriz Eugenia, había bautizado como «puerta de París». Un último toque de acelerador para dejar algunas gotas en los tanques de los carburadores antes de cerrar el contacto. Saltó de la moto, avanzó a largas zancadas hasta la entrada de honor y subió la escalera a paso vivo.

—¿Adónde va tan deprisa, señor?

Se paró en seco y se volvió. Antonio Pulli, el esbirro del rey, con su eterno

esmoquin, lo miraba fijamente con las manos en las caderas. Zohar se encogió de hombros, desdeñoso, y siguió subiendo los peldaños. El otro corrió tras él, lo adelantó y le cerró el paso.

—Su majestad ofrece un banquete para celebrar el nacimiento del príncipe... Hay numerosas personalidades, compréndalo... ¡Mucha, muchísima gente!

—Vengo de la plaza de la Ópera...

Desconcertado, Pulli se quedó quieto.

—¿Viene..., viene de allí?

—¡Sí! He podido escabullirme con mi moto... Vaya a avisar al rey. Debo informarlo. ¡El tiempo apremia!

Desde hacía un tiempo, las fuerzas presentes se enfrentaban a una aterradora competencia. Los Hermanos Musulmanes habían lanzado anatemas: «La religión musulmana prohíbe la colaboración con los británicos en cualquiera de sus formas», había declarado Hassan al Hudaibi, el nuevo guía supremo. Los estibadores de Port Said, infiltrados por los comunistas y el movimiento fascista Joven Egipto, se negaban a dejar salir las mercancías destinadas al Ejército y a las empresas inglesas. El primer ministro, Nahhas Pachá, desestabilizado por las acusaciones de corrupción lanzadas contra él y ampliamente divulgadas por la prensa, había decidido asestar un gran golpe denunciando unilateralmente, el 8 de octubre de 1951, el tratado de 1936 que ligaba a Gran Bretaña con Egipto. Parecía haber ganado la partida. El pueblo lo aclamaba. De boca en boca circulaba la misma fórmula: «Por fin libres e independientes, ¡por primera vez desde hace siglos!».

Después de esto, lo lógico habría sido que los ingleses abandonasen el territorio. Sin embargo, no solo decidieron quedarse, sino también reforzar su presencia militar. ¡Libertad! ¡Independencia! Las consignas surgían por todas partes. La municipalidad de Alejandría decidió rebautizar las calles: desapareció Kitchener, que había regalado Sudán a Egipto, y también Allenby, que había rechazado el ataque de los turcos contra el canal de Suez en 1917. Las cámaras de comercio decretaron el boicot, pidiendo a sus miembros que cancelaran toda relación económica con Inglaterra. El gobierno aumentó la apuesta al animar a la deserción a los empleados; incluso se disponía a someter a votación una ley que prohibiría a los egipcios trabajar en una

empresa británica. Sin embargo, fueron los Hermanos quienes pusieron el listón todavía más alto, al declarar la lucha armada contra el ocupante.

Faruk lo aguardaba en el primer piso. La gente no notaba su elevada estatura de lo mucho que había engordado; debía de pesar más de ciento treinta kilos. Vestido con un traje de americana cruzada, se mantenía muy tieso en lo alto de la escalera, con la mano en la barandilla. Aquel rey que no se atenía a la ley común, ni siquiera a la de los reyes, resultaba al mismo tiempo impresionante y ridículo.

—¡Señor Gohar! ¿Adónde vas tan deprisa, amigo mío?

—Majestad, vengo a advertirle. Lo que ha ocurrido en Ismaleya...

—¡Lo sé, lo sé!

—El pueblo ruge... ¡Esta vez se trata del pueblo! No de los ministros, los diputados o los periodistas... ¡Majestad, se lo suplico! Hoy están aquí, en El Cairo, a pocos pasos de su palacio, ¡que Dios lo guarde! Esta mañana los he visto, en Abasseya... ¡A los policías! Los que habrían debido restablecer el orden... Los propios policías desfilaban por la calle gritando y rompiendo los escaparates con sus porras.

—¡Los entiendo! ¿Acaso los jodidos ingleses no asesinaron ayer a sus colegas, los *buluk nizarn*, en Ismaleya?

—Yo salía de la fábrica, que se encuentra a unos pasos del cuartel. Se unieron a los estudiantes de El Azhar...

—¿Y bien?

—Debió de oírlos pasar, por aquí mismo, al pie de su palacio. ¡Majestad! Sin duda los oyó lanzar alaridos...

Faruk rio sarcástico.

—¿Era peor que lo que cuentan de mí en la prensa?

—¡El pueblo gritaba, majestad!... «¡Faruk, estás acabado! ¡Faruk, estás muerto!».

—¿Lo ves? —concluyó el rey, dándose la vuelta para regresar a su recepción—. Nada extraordinario.

—Los seguí hasta la plaza de la Opera... —añadió Zohar—. Prendieron fuego al casino. Los empleados salían enloquecidos y ellos los iban golpeando con porras. Después se dirigieron hacia el Barclay's Bank y lo rodearon. Gritaban: «¡Quemaremos a los idólatras, a los adoradores de la libra

esterlina!»). Y entonces...

Zohar hizo una pausa para recuperar el aliento.

—Y entonces, majestad... ¡Fue espantoso! Regaron el *hall* del banco con bidones de gasolina. Los empleados suplicaban que los dejaran salir, pero los golpeaban y los iban rechazando hacia el interior. Ellos estaban en la acera dando palmadas. Vociferaban: «¡Arde en el infierno, Shaitán de la libra esterlina!»). Y prendieron fuego, que su majestad me perdone, lanzaron antorchas encendidas. Los empleados del banco chillaban, pataleando aún con vida en la hoguera.

Esta vez el rey se detuvo. Miró a Zohar a los ojos.

—¿Y qué quieres que haga yo? —le preguntó volviendo las palmas de las manos hacia el cielo.

—¡Llaga intervenir al Ejército, majestad! ¡Ahora! ¡Sin pérdida de tiempo!

—¿Sabes lo que celebro hoy? ¿Tienes idea de por qué hay tanta gente en mi palacio? Place diez días nació el príncipe, ¡el príncipe heredero!

Y las lágrimas acudieron a los ojos del rey Faruk al evocar ese nacimiento, que confiaba en que aportase la salvación. Un año atrás, en aquella atmósfera de anarquía tumultuosa, se había casado con una muchacha muy joven, de diecisiete años, Narriman Sadek, una burguesa no muy despierta. Las palabras de la princesa Nimet Alá estaban a punto de cumplirse, le había vaticinado la repetición del destino de su padre. Después de tres hijas de un primer matrimonio, el primer hijo del segundo sería un varón, un heredero que habría de perpetuar la dinastía... Y el vástago real había nacido, el principito Ahmed Fuad, el que salvaría a su padre y el reino. Ese 26 de enero el rey de Egipto daba un banquete, una gigantesca recepción a la que había invitado a los oficiales de alta graduación del Ejército y de la Policía.

Entonces, dado que se hallaban todos presentes allí mismo, podría convocarlos en el acto, le sugirió Zohar, decretar la ley marcial e interrumpir los demenciales atropellos que devastaban la ciudad. Agarró al rey de la manga y lo arrastró hasta la ventana. Desde allí se veían las humaredas por la zona de Qasr-el-Nil y de Solimán-Pachá.

—Si me permite unas palabras directas, majestad...

—Habla, señor Gohar.

—El trono se tambalea.

—Eres demasiado emotivo, mi joven amigo. Unos cuantos descerebrados dándose de puñetazos..., ¡eso es todo! Mañana el sol saldrá por el Nilo y será el mismo de hoy.

Harto de lidiar, Zohar dijo a Faruk, recalcando las sílabas:

—Deseo larga vida al joven príncipe, majestad...

—Entonces, ¡cálmate! ¿Has pensado al menos en esa bailarina con caderas de diosa?

Zohar lo miró fijamente, desconcertado.

—¿Qué bailarina?

—La que me presentaste en el Automobile Club hace algunos años... Me prometiste...

Faruk nunca olvidaba nada, ¡nada en absoluto!

Zohar bajó corriendo la escalinata, con Pulli pisándole los talones.

—¡Señor Zohar! ¡Señor Zohar!

No respondió al jefe de los cortesanos. Zohar no aminoró su carrera, ni siquiera se volvió. Saltó a su moto, arrancó el motor con un vigoroso golpe de pantorrilla y salió pitando hacia la plaza Solimán-Pachá.

Eran las dos de la tarde. La gente corría por las calles, unos para unirse a los agitadores y otros para huir de ellos. El hotel Shepheard estaba en llamas. Habían amontonado sillas, alfombras, cortinajes, muebles de madera y cables del teléfono en el centro del inmenso vestíbulo y, en una especie de auto de fe, habían regado con gasolina y pólvora de fusil la montaña de objetos, a la que luego habían prendido fuego entre alaridos. También allí, como en el Barclay's Bank, impedían salir a los empleados, empujándolos hacia las llamas a golpes de porra.

Zohar cruzó el río, dejó la moto a cubierto al otro lado del puente de Guezira y regresó a pie. Oía las consignas «Guerra total», «Los ingleses, que me laman el culo», y otras como «Enviad a los *shaitanes* al infierno»... Pretendía dirigirse a Al Encuentro de los Pachas, su club. Sin embargo, las calles estaban obstruidas por la multitud, cómplice de los pequeños grupos de

incendiarios. Iban de edificio en edificio, eligiendo a sus víctimas tras consultar unas listas. Y el gentío se precipitaba al otro lado de los escaparates reventados y saqueaba lo que quedaba de las oficinas devastadas, de las tiendas arrasadas. Las empresas británicas, por supuesto, el Turf Club, Smith & Sons, la agencia de viajes Thomas Cook estaban en llamas, como casi todas las oficinas y tiendas a lo largo de la calle Qasr-el-Nil. El incendio se propagaba de piso en piso a todo el edificio, así como a los contiguos. Los *night-clubs*, los bares, los cafés, aquellos lugares de lujo y perdición a los ojos de los Hermanos, eran devorados por las llamas y los clientes insultados, golpeados, hasta la muerte si se resistían. No obstante, una vez fuera del edificio, del café, de la tienda, la gente no huía, se quedaba allí, hipnotizada por el fuego.

Zohar se sobresaltó. En la esquina de Solimán-Pachá oyó una explosión, crepitaciones, seguidas de los gritos de alegría de la multitud. El rótulo fluorescente de la Metro-Goldwyn-Mayer acababa de desplomarse, los cientos de bombillas explotaban como fuegos artificiales sobre la calzada. El cine Metro y el bar del Ritz, situados en el mismo edificio, acababan de inflamarse como una antorcha. Aquella pantalla, ante la que los habitantes de El Cairo habían aprendido a besar en la boca viendo comedias musicales americanas o almibaradas películas románticas egipcias, daba su postrero espectáculo; el Ritz servía su último cóctel. De pie, a unas decenas de metros, con el rostro ardiendo, Zohar estaba petrificado. Una vocecita resonaba en su cabeza: «¡Corre, diablillo, corre!».

Otra voz a su espalda, un vozarrón grave, ronco debido a tanta humareda, ordenó: «¡Encontrad a los judíos!».

Echó a correr, con el cuerpo de pronto electrizado como si lo hubieran azotado. Un gentío se apiñaba delante de los grandes almacenes Cicurel, el orgullo de Egipto, donde uno podía procurarse todos los lujos de Europa. Redujo su carrera y se ocultó en una esquina del muro. Volvió a oír: «¡Adelante! ¡Son judíos! ¡Degollad, degollad!».

Hombres y mujeres iban saliendo de Cicurel, y algunos entre el gentío los abofeteaban gritando: «¡Un judío!».

Los empujaban hacia la hoguera y les daban de bastonazos. Los agitadores reían, y corrían, y quemaban, y destruían, con la seguridad que les confería su número, sus motivaciones, el silencio de los fuertes. Las llamas lamían la fachada, y nuevos empleados iban saliendo entre

alaridos, para ser recibidos a bastonazos. Los escaparates explotaron por la presión del calor y las esquirlas iban a parar a decenas de metros, en una lluvia de cristales ardientes. Y siempre la multitud, que seguía a los agitadores; la multitud, que se adentraba en la tienda para arramblar, antes de la última purificación, con un par de zapatos, de guantes, una sábana, una estantería, un sillón...

Debía de haber mucha gente en la gran pastelería Groppi a la hora de la comida. Ahora, el ventanal estaba negro de humo, los cristales rotos. De los escombros humeantes aún salían algunas llamas. La multitud ya se había alejado en busca de otras víctimas, de otros botines. Un hombre con delantal estaba plantado ante la fachada; alzaba los brazos al cielo lanzando imprecaciones: «¡Oh, padre nuestro! ¿Por qué? ¿Por qué?». Y lloraba. Pocos metros más allá, Zohar levantó la vista... «Al Encuentro de los Pachás». El rótulo estaba intacto, rojo sobre fondo blanco, en francés, con una caligrafía original, y recordaba los carteles de la Viena de los años locos. Miró a derecha e izquierda, para comprobar que nadie lo seguía, abrió la puerta y se precipitó al interior del club. Recorrió la sala, en la que se colaban algunos haces de luz a través de los postigos cerrados. ¿Qué hacía allí? Se deslizó detrás de la barra y se guardó a toda prisa los pocos billetes que quedaban en la caja. Al fondo del cajón, su mano tropezó con un objeto duro, del tamaño de un cuaderno. Su pasaporte italiano. Tenía que renovarlo. Lo había llevado al club creyendo que dispondría de una hora para dirigirse al consulado italiano. Y después lo había olvidado. Se lo metió en el bolsillo trasero de los pantalones. Dirigió una mirada por encima de la barra..., que paseó por las docenas de botellas de licor armoniosamente alineadas. Un escalofrío lo recorrió de pies a cabeza.

Zohar tendría que haber sospechado que figuraba en las listas de aquel día de cristales rotos. Habían hecho un meticuloso inventario de los clubes que frecuentaba el rey. Pero él era así, el hijo de las callejuelas, de músculos nerviosos y alma despreocupada.

Decidió marcharse. Sin embargo, salir por la gran puerta de doble hoja que daba a Solimán-Pachá se le antojó demasiado peligroso. Atravesó el club y pasó por las cocinas hasta la pequeña puerta en la parte de atrás del edificio, que daba a la callejuela, reino de los gatos errantes, donde se amontonaban los

cubos de basura. La abrió, disponiéndose a salir. Y allí estaban los agitadores. Sin duda, lo habían identificado. Lo esperaban con sus porras, sus cuchillos y sus bidones de gasolina. Debían de ser una treintena larga. Cerró precipitadamente la puerta y corrió por el club. La puerta no se les resistió mucho rato. Los oyó precipitarse en su busca vociferando: «¡El judío! ¡El judío!».

En los escasos segundos que quedaban antes de su irrupción en la gran sala de Al Encuentro de los Pachás, sala que había acogido a los poderosos, los artistas y las beldades de Egipto, donde se habían murmurado secretos políticos e intercambiado citas galantes, se arrancó la garra que le colgaba del cuello, la apretó en la mano y buscó las palabras en el fondo de su mente. Eran las de su padre entonando el Cantar de los Cantares: «Huye, bienamado; huye como una gacela, como un tierno cervatillo por las montañas perfumadas». Resonaban en su cabeza y le provocaban temblor en los labios.

—¡Ya eres nuestro, sucio judío, hijo de perra!

Arrojaron piedras a las botellas alineadas y reían al verlas estallar, verterse el licor, romperse los vasos, las copas y las jarras de cerveza. Acto seguido lo rodearon, con la boca cargada de reproches. Los insultos se sucedían, con el fin de excitar los ánimos, de hacer acopio de valor para el crimen.

—Este era el antro del Shaitán.

—Aquí se bebía, se fumaba, se fornicaba...

—Se cometía adulterio...

—Se saqueaba a los pobres y los campesinos...

—¡Y ahora vamos a quemarlo!

—¡El fuego de Dios que lava la inmundicia!

—Quemando Sodoma.

—Y quemando Gomorra...

—Quemando Sodoma y Gomorra. Dios nos ha dado la orden de quemar los antros del Shaitán en la tierra.

—*Allahu Akbar!*

Entonces rociaron de gasolina los sillones de terciopelo del tono rojo que le gustaba al rey, las alfombras con infinitos motivos —que llevaban, inscrito en el centro y caligrafiado con delicados arabescos, el nombre del rey Faruk

—, los cortinajes de gruesa seda, los muebles de maderas preciosas taraceadas de marfil...

Cuando se acercaron a él, una vez que lo hubieron rodeado tan de cerca que sintió que se ahogaba y cerró los ojos a la espera del relámpago que le atravesaría el cerebro bajo el golpe de porra, mientras estrechaba la zarpa repitiéndose una y otra vez las frases..., la puerta doble se abrió de par en par y oyó una voz..., esa voz...

—¡Ya basta!

Silencio.

Y la voz prosiguió:

—¡Dejadlo! A ese lo conozco.

Era la voz de Niño.

—¡Niño! —exclamó Zohar.

—¡Me llamo Abu l'Harb! —Acto seguido, dirigiéndose al mismo tiempo a Zohar y a los agitadores, añadió—: ¡No somos asesinos! No temas nada, no te haremos ningún daño. Lo único que queremos es que los extranjeros nos restituyan el país que nos han robado. Este lugar de perdición, donde se gastaban fajos de billetes a puñados, el salario cuyo color no veían ni los campesinos ni los obreros, este antro del Shaitán arderá en el fuego del infierno. ¡Pero tú puedes irte! Abandona el país hoy mismo si es posible. Vete mañana o pasado mañana si no puedes hacerlo hoy. Eso sí, si la semana próxima te encontramos todavía en Egipto, ya sea aquí o en Alejandría, en Ismaleya o incluso en Menia, Asuán o Asiut, esta vez te degollaremos como a un animal al que se sacrifica.

—¡Degollad, degollad! —vociferó un agitador.

—Degollad al judío...

Zohar se incorporó con dificultad. Lo miró largo rato. Niño apenas había ganado peso desde su salida de la cárcel. Tenía las mejillas hundidas, cubiertas de una espesa barba, y le sobresalían los huesos maxilares. Algunos hilos de plata recorrían su cabello, de un negro brillante, y los ojillos chispeaban tras los gruesos cristales de las gafas.

—No has cambiado tanto —le dijo—. Pero pareces apaciguado. Tengo la impresión de que has encontrado la pureza que buscabas.

Entonces Zohar vio reaparecer la sonrisa de Niño, aquella sonrisa que

iluminaba el mundo.

—¡Así es! —se limitó a decir—. Y ahora, ¡vete! Vete y no vuelvas.

Zohar preguntó si podían darle un vaso de agua. En Egipto, el agua jamás se le niega a nadie. Se la trajeron. Vertió unas gotas en el suelo y dijo simplemente:

—¡Que se haga según vuestra ley, oh, señores, propietarios de la tierra!

Dio un sorbo, depositó el vaso en una mesa y salió sin mirar atrás.

Calle Fleurus

Fue así como salí de Egipto, llevando como único equipaje la zarpa de la *kudiya* y el aceite de amuleto que me había confiado Um Jinane, mi queridísima madre de leche, a la que Dios acune en su matriz.

Y el divino Farid cantaba: «Contigo... Contigo... El mundo es tan bello contigo...».

Seis meses más tarde, Nasser y sus Oficiales Libres derribaban a Faruk. El rey abandonó Alejandría a bordo de su yate, el *Mahroussa*, saludado por los ciento un cañonazos de la marina egipcia. Se disponía a arrastrar su hastío de la Riviera a la Costa Azul, de casino en sala de fiestas, hasta su muerte, en 1965.

Si bien abandoné Egipto, Egipto jamás me abandonó. A veces pienso que es solo mi sombra la que se fue, mientras que yo me quedé allí, errante, como en mi juventud. Por la noche, en mis sueños, paseo el repiqueteo de mis zapatos bicolores por los adoquines de Haret el Yahud y, cuando levanto la cabeza, oigo cantar: «Me aceptes o me rechaces..., cualquiera que sea la ciudad, cualquiera que sea el país, dondequiera que vayas, iré contigo... El mundo es tan bello contigo...».

El tío Elie falleció repentinamente al día siguiente de mi partida. «Existen dos clases de muertos —solía decir—, los que ya estaban muertos antes de fallecer y los que permanecerán vivos por toda la eternidad». En el cementerio de Bassatine, donde están enterrados los joyeles, los Zohar, mi familia, mi tío

abuelo guarda para siempre a las generaciones de nuestros muertos, al igual que protegía a las generaciones de los vivos cuando vivía.

Mis padres, Motty y Esther, se reunieron conmigo en Ginebra tras los acontecimientos de 1956; mis tías abuelas los siguieron dos años más tarde, a excepción de la tía Maleka y su marido, Pupy, que esperaron mucho tiempo en la callejuela vaciada de sus judíos, confiando en el restablecimiento del mundo de antaño. En la *hara*, muchos disponían de ese pasaporte italiano en el que los funcionarios de aduanas egipcios, en el momento de embarcar, estamparon el tampón de «*no return*». Vivieron como fantasmas, aquí o allá, algunos en Francia, otros en Italia, Suiza, Estados Unidos..., manteniendo la esperanza de que sus restos mortales acabaran un día secándose por los siglos de los siglos en las arenas ardientes del viejo país.

También yo, que por un tiempo fui una luz en las noches de El Cairo, vagué durante años en las tinieblas de Occidente, cantando siempre en mi cabeza la belleza del mundo con ella.

Niño accedió a importantes responsabilidades en el seno de la Hermandad, que entró en lucha abierta contra el nuevo régimen, el de Nasser. Sin embargo, algunos entre los Hermanos le reprochaban sus orígenes judíos. A principios de los años sesenta, incluso se produjo una maquinación contra él. Lo acusaron de ser un agente a sueldo de Israel. ¡Nada más falso! Sin duda, los Hermanos pensaron que quien un día traiciona a su pueblo acabará por traicionar también su causa. No habían comprendido su naturaleza. Niño era un hombre recto que intentaba someter las infinitas variaciones de la vida al rigor de la mente. No obstante, tras la cruenta represión que se abatió sobre los Hermanos en 1965, se opuso a la nueva línea política que preconizaba la guerra santa generalizada en todo el planeta. Abandonó el movimiento y abrió un café en El Cairo, en la calle Maruf, frecuentado por intelectuales y escritores. Que yo sepa, nunca se casó, hasta su muerte. Tengo que reconocer que, de todos los judíos que conocí en Egipto, solo él encontró la manera de quedarse en el país.

Nosotros, judíos de Egipto, estábamos allí con los faraones, después con los persas, los babilonios, los griegos, los romanos; y cuando llegaron los árabes, seguíamos allí..., y también con los turcos, los otomanos... Somos autóctonos, como los ibis, como los búfalos, como los milanos. Hoy ya no

estamos allí. No queda ni uno solo. ¿Cómo pueden los egipcios vivir sin nosotros? En mi cabeza, la divina Asmahan, la hermana de Farid, sigue cantando: «¡Ven, oh, amado, ven!».

Si bien abandoné Egipto, este jamás abandonó mi alma, esa cuyo nombre significa «la Egipcia». El mundo era tan bello con ella...

Masreya, mi hermana de leche, mi amor, se convirtió en una gran estrella de cine en el nuevo régimen, antes de caer en desgracia, víctima de la paranoia de los años de plomo. Después vivió recluida en su villa de Roda con su hija, Maaguba, que según me han dicho tiene la misma voz de ángel que su abuela. Todos los años le hago llegar un frasco. Me dirijo a una perfumería por encargo y preparo con la vendedora una mezcla de mirra, palo de aloe y jazmín a la que añado unas gotas de aceite de amuleto.

Soy muy viejo. A veces me pregunto si la muerte me ha olvidado. El día, necesariamente próximo, que se acuerde de mí, quiera Dios que me lleve en el mismo momento que a mi gemela, Masreya, mi prometida, mi prohibida, en el mismo minuto, en el mismo instante.

Resulta tan difícil encontrar a tu amada en el mundo de los muertos, entre la multitud que suponen las ciento cincuenta mil personas que desembarcan allí a diario...

Fue así como salí de Egipto, llevando como único equipaje la zarpa de la *kudiya* y el aceite de amuleto que me había confiado Um Jinane, mi queridísima madre de leche, a la que Dios acune en su matriz.

Y el divino Farid cantaba: «Contigo. Contigo. El mundo es tan bello contigo».

Seis meses más tarde, Nasser y sus Oficiales Libres derribaban a Faruk. El rey abandonó Alejandría a bordo de su yate, el *Mahroussa*, saludado por los ciento un cañonazos de la marina egipcia. Se disponía a arrastrar su hastío de la Riviera a la Costa Azul, de casino en sala de fiestas, hasta su muerte, en 1965.

Si bien abandoné Egipto, Egipto jamás me abandonó. A veces pienso que es solo mi sombra la que se fue, mientras que yo me quedé allí, errante, como en mi juventud. Por la noche, en mis sueños, paseo el repiqueteo de mis zapatos bicolors por los adoquines de Haret el Yahud y, cuando levanto la cabeza, oigo cantar: «Me aceptes o me rechaces..., cualquiera que sea la

ciudad, cualquiera que sea el país, dondequiera que vayas, iré contigo...El mundo es tan bello contigo...».

El tío Elie falleció repentinamente al día siguiente de mi partida. «Existen dos clases de muertos —solía decir—, los que ya estaban muertos antes de fallecer y los que permanecerán vivos por toda la eternidad». En el cementerio de Bassatine, donde están enterrados los joyeles, los Zohar, mi familia, mi tío abuelo guarda para siempre a las generaciones de nuestros muertos, al igual que protegía a las generaciones de los vivos cuando vivía.

Mis padres, Motty y Esther, se reunieron conmigo en Ginebra tras los acontecimientos de 1956; mis tías abuelas los siguieron dos años más tarde, a excepción de la tía Maleka y su marido, Pupy, que esperaron mucho tiempo en la callejuela vaciada de sus judíos, confiando en el restablecimiento del mundo de antaño. En la *hara*, muchos disponían de ese pasaporte italiano en el que los funcionarios de aduanas egipcios, en el momento de embarcar, estamparon el tampón de «*no return*». Vivieron como fantasmas, aquí o allá, algunos en Francia, otros en Italia, Suiza, Estados Unidos..., manteniendo la esperanza de que sus restos mortales acabaran un día secándose por los siglos de los siglos en las arenas ardientes del viejo país.

También yo, que por un tiempo fui una luz en las noches de El Cairo, vagué durante años en las tinieblas de Occidente, cantando siempre en mi cabeza la belleza del mundo con ella.

Nino accedió a importantes responsabilidades en el seno de la Hermandad, que entró en lucha abierta contra el nuevo régimen, el de Nasser. Sin embargo, algunos entre los Hermanos le reprochaban sus orígenes judíos. A principios de los años sesenta, incluso se produjo una maquinación contra él. Lo acusaron de ser un agente a sueldo de Israel. ¡Nada más falso! Sin duda, los Hermanos pensaron que quien un día traiciona a su pueblo acabará por traicionar también su causa. No habían comprendido su naturaleza. Nino era un hombre recto que intentaba someter las infinitas variaciones de la vida al rigor de la mente. No obstante, tras la cruenta represión que se abatió sobre los Hermanos en 1965, se opuso a la nueva línea política que preconizaba la guerra santa generalizada en todo el planeta. Abandonó el movimiento y abrió un café en El Cairo, en la calle Maruf, frecuentado por intelectuales y escritores. Que yo sepa, nunca se casó, hasta su muerte. Tengo que reconocer

que, de todos los judíos que conocí en Egipto, solo él encontró la manera de quedarse en el país.

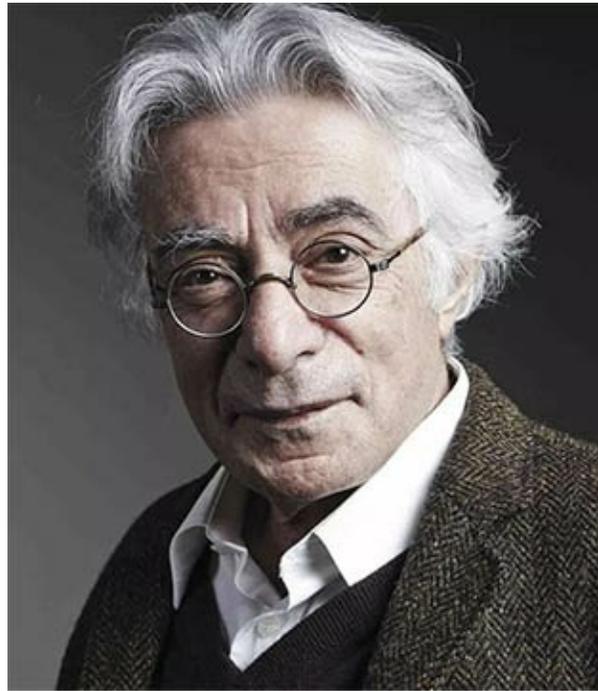
Nosotros, judíos de Egipto, estábamos allí con los faraones, después con los persas, los babilonios, los griegos, los romanos; y cuando llegaron los árabes, seguíamos allí..., y también con los turcos, los otomanos. Somos autóctonos, como los ibis, como los búfalos, como los milanos. Hoy ya no estamos allí. No queda ni uno solo. ¿Cómo pueden los egipcios vivir sin nosotros? En mi cabeza, la divina Asmahan, la hermana de Farid, sigue cantando: «¡Ven, oh, amado, ven!».

Si bien abandoné Egipto, este jamás abandonó mi alma, esa cuyo nombre significa «la Egiptia». El mundo era tan bello con ella.

Masreya, mi hermana de leche, mi amor, se convirtió en una gran estrella de cine en el nuevo régimen, antes de caer en desgracia, víctima de la paranoia de los años de plomo. Después vivió recluida en su villa de Roda con su hija, Maaguba, que según me han dicho tiene la misma voz de ángel que su abuela. Todos los años le hago llegar un frasco. Me dirijo a una perfumería por encargo y preparo con la vendedora una mezcla de mirra, palo de aloe y jazmín a la que añado unas gotas de aceite de amuleto.

Soy muy viejo. A veces me pregunto si la muerte me ha olvidado. El día, necesariamente próximo, que se acuerde de mí, quiera Dios que me lleve en el mismo momento que a mi gemela, Masreya, mi prometida, mi prohibida, en el mismo minuto, en el mismo instante.

Resulta tan difícil encontrar a tu amada en el mundo de los muertos, entre la multitud que suponen las ciento cincuenta mil personas que desembarcan allí a diario.



Tobie Nathan (El Cairo, 1948) es especialista en etnopsiquiatría, disciplina que estudia los trastornos de los pacientes dentro de su universo familiar y cultural, además de profesor emérito de psicología en la Universidad de París, diplomático y escritor. Su familia es de origen italiano y judío. Tuvo que abandonar El Cairo junto a sus padres en 1957 a raíz de la revolución egipcia y la expulsión de los judíos. Vivieron en Italia y luego se trasladaron a Francia, donde obtuvo la ciudadanía a la edad de veintiún años.